TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

LIBROS V - VI

EDITORIAL GREDOS

TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

LIBROS V-VI

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 164

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.



Depósito Legal: M. 8820-1992.

ISBN 84-249-1442-2. Obra completa.
ISBN 84-249-1484-8. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6496.

LIBRO V

DEL AÑO DÉCIMO AL INVIERNO DEL DECIMOSEXTO: 422-421/COMIENZO DEL INVIERNO 416-415 A. C.

SINOPSIS

1-24. DÉCIMO AÑO DE GUERRA Y PAZ DE NICIAS: 422-421 a. C.

1. *Fin del armisticio. Los atenienses expulsan de Delos a los delios.*

2-3; 6-12. *Cleón y Brásidas en la costa tracia (verano del 422).*

2. Cleón llega a Escione y Torone.
3. Los atenienses toman Torone.

4-5. *Sicilia de nuevo.*

4. Embajada de Féax.
5. Féax regresa a Atenas. Negociaciones en Italia y acuerdo con los locros.

6-12. *Campaña de Cleón contra Anfípolis.*

6. Cleón se prepara en Eyón y Brásidas se apresta para la defensa.
7. Cleón, presionado por sus hombres, se pone en marcha.
8. Estratagema de Brásidas.
9. Discurso de Brásidas.
10. Derrota ateniense. Muerte de Cleón y de Brásidas, los adversarios de la paz.

28. Argos acepta la propuesta corintia.
29. Mantinea es la primera en aliarse con Argos.
30. Corinto rechaza la protesta de Esparta.
31. Eleos, corintios y calcideos de Tracia se alían con Argos.

32. *Diversos hechos de guerra y actividad diplomática.*
32, 1. Toma de Escione. Reinstalación de los delios.
32, 2. Guerra entre focenses y locros.
32, 3-7. Tegea no quiere romper con Esparta. Corinto y los beocios.

33. *Expedición lacedemonia a Arcadia: Esparta declara la independencia de los parrasios, vasallos de Mantinea.*

34. *Esparta liberta a los hilotas que habían servido con Brásidas y despoja de sus derechos a los espartiatas de Esfacteria.*

35. *Atenas pierde Tiso y no consigue recuperar Anfípolis y Panacto, pero retira de Pilos a mesenios e hilotas. Se mantienen las relaciones entre Atenas y Esparta a pesar de los incumplimientos.*

36-38. *El invierno. Cambio político en Esparta y actividad diplomática de los nuevos éforos.*
36. Intrigas de Cleobulo y Jénares tendentes a consolidar la situación de Esparta en el Peloponeso.
37. Propuesta argiva coincidente con los planes de los éforos. Los beotarcas son informados de las propuestas de Esparta y de Argos.
38. El proyecto se frustra por la oposición de los Consejos de los beocios.

39. *Atenas pierde Meciberna. Alianza particular entre Esparta y los beocios. Demolición de Panacto y fin del undécimo año de guerra.*

DÉCIMO AÑO DE GUERRA Y PAZ DE NICIAS:
422-421 a. C.

FIN DEL ARMISTICIO. LOS ATENIENSES EXPULSAN DE DELOS A LOS DELIOS

En el verano siguiente, la tregua de un año expiró, 1
<pero se concluyó otra> hasta los Juegos Píticos. Durante el armisticio, los atenienses expulsaron de Delos a los delios, pensando que, a causa de una antigua culpa, habían sido consagrados sin hallarse en estado de pureza y considerando con ello que su purificación —respecto a la que antes he mostrado cómo habían creído efectuarla correctamente al trasladar las tumbas de los muertos— adolecía de este fallo. Y los delios, gracias a una concesión de Farnaces, se establecieron en Adramitio, en Asia, así como a cada cual le apeteció [1].

---

[1] El verano del 422 a. C., décimo año de guerra. Pasaje discutido, en el que *hoútōs hōs hékastos hórmēto* ha sido diversamente interpretado. Se suele traducir «así como cada cual quiso», es decir, «estableciéndose de acuerdo con los deseos o preferencias de cada uno», o «así como cada cual había partido de Delos», o sea, «en las condiciones en que cada uno se encontraba al partir». En cualquier caso, lo que probablemente indica es que no se trasladaron de forma organizada o estableciéndose como una nueva colonia, con una organización social y reparto de tierras, sino por familias individuales, según sus preferencias o las condiciones de cada una. Otros entienden, dando a la expresión un valor débil, «unos después de otros» o «a medida que iban llegando».

CLEÓN Y BRÁSIDAS EN LA COSTA TRACIA (VERANO DEL 422)

Cleón llega a Escione y Torone

2 Cleón logró persuadir a los atenienses y, después de expirar el armisticio, zarpó rumbo a la costa tracia con mil doscientos hoplitas y trescientos jinetes atenienses, un contingente más numeroso de tropas aliadas y treinta naves.
2 Arribó primero a Escione, todavía asediada[2], y, tras llevarse de allí un número de hoplitas de la guarnición sitiadora, desembarcó en Puerto Cofo, que pertenece a Torone
3 y no dista mucho de esta ciudad. De allí, enterado por los desertores de que Brásidas no estaba en Torone y de que las tropas que se encontraban allí no estaban en condiciones de resistir, marchó contra la ciudad con su ejército de tierra y mandó diez naves a que dieran la vuelta hasta el
4 puerto. Llegó en primer lugar al muro exterior que Brásidas había añadido a las fortificaciones en torno a la ciudad con el propósito de dejar dentro el suburbio y de hacer así, derribando una parte de la antigua muralla, que Torone fuera una ciudad única.

---

[2] Cf. *supra,* IV 133, 4. El asedio de Escione, prácticamente el único hecho bélico del otoño e invierno anteriores, tuvo gran resonancia en Atenas. Cf. ARISTÓFANES, *Avispas* 209-10. Sobre su continuación, cf. *infra,* V 18, 7; 32, 1. Pasaje situado al sur de Torone. Cf. ESTRABÓN, VII 32. Es la actual *Koufo,* a unos 2 Km. al sur de la moderna Toroni. El nombre de Puerto Cofo *(Kōphòs limḗn)* significa «Puerto silencioso» o «Puerto mudo» (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 4, 31, donde el calificativo se aplica a la bahía de Muniquia por oposición al ruidoso Pireo).

Los atenienses toman Torone

Acudieron en auxilio del lugar 3
Pasitélidas, el comandante lacedemonio, y la guarnición presente en la plaza, y trataron de rechazar los ataques atenienses. Sin embargo, como comenzaban a verse forzados a la vez que las naves enviadas a dar la vuelta hasta el puerto estaban llevando a cabo el rodeo, Pasitélidas, temiendo que las naves se le anticiparan y tomaran la ciudad sin defensores, y que, si el muro era ocupado, él quedara atrapado en medio, abandonó el muro y se dirigió a la carrera hacia la ciudad. Pero 2
los atenienses lograron anticipársele; los hombres de las naves se apoderaron de Torone, en tanto que las tropas de tierra, lanzándose en su persecución inmediatamente, penetraron por la brecha de la antigua muralla e irrumpieron en la ciudad al mismo tiempo. Y al punto, en el mismo combate, mataron a algunos peloponesios y toroneos, mientras que a otros, entre los que estaba el comandante Pasitélidas, los hicieron prisioneros. Entre tanto Brásidas acudía en 3
auxilio de Torone; pero, al enterarse por el camino de que había sido tomada, se volvió; tan sólo por unos cuarenta estadios no pudo llegar a tiempo[3]. Cleón y los atenienses 4
erigieron dos trofeos, uno en el puerto y otro junto al muro; redujeron a la esclavitud a las mujeres y a los niños de los toroneos, y a los toroneos, peloponesios y cualquier otro calcideo que se encontrara allí —unos setecientos en total— los enviaron a Atenas; de ellos, el grupo peloponesio pudo volver luego a su patria según los términos del

[3] La decisión de Cleón de dejar Escione y dirigirse rápidamente contra Torone fue ciertamente inteligente. La sorpresa del ataque le llevó a la victoria en una acción que se ha comparado a la de Brásidas en Anfípolis. Pasitélidas tuvo aquí el papel de Eucles en Anfípolis, y Brásidas no pudo llegar a tiempo.

tratado que se estipuló, mientras que los restantes fueron rescatados por los olintios, canjeando hombre por hombre.
5 También por la misma época, los beocios tomaron Panacto, fuerte situado en la frontera ateniense, gracias a una trai-
6 ción. Y Cleón, después de dejar una guarnición en Torone, levó anclas y dobló el Atos[4] rumbo a Anfípolis.

SICILIA DE NUEVO

Embajada de Féax

4 Féax, hijo de Erasístrato, en compañía de otros dos colegas, enviado por los atenienses como embajador a Italia y a Sicilia con dos naves, se hizo a la mar por la misma época.
2 Ocurría que los leontinos, una vez que los atenienses partieron de Sicilia, después de la conclusión del acuerdo[5], habían efectuado la inscripción de muchos nuevos ciudadanos, y el partido popular proyectaba hacer una redistribución de las
3 tierras. Pero los poderosos, al enterarse, llamaron a los siracusanos y expulsaron a las gentes del pueblo. Y mientras éstos comenzaron a peregrinar por distintos caminos, los poderosos, concertándose con los siracusanos, abandonaron y dejaron desierta la ciudad y se establecieron en
4 Siracusa con derecho de ciudadanía[6]. Más tarde, sin embar-

---

[4] De Torone, situada al sudoeste de Sitonia, la punta central de Calcídica, pasó a Acté, la oriental (cf. *supra,* IV 109, 1-2, nn. 687 y 689), y dobló el promontorio dominado por el monte Atos.

[5] El acuerdo del 424 a. C. Cf. *supra,* IV 65, 1-2.

[6] Estamos ante un caso de sinecismo. La decisión de los aristócratas conllevaba la incorporación del territorio de Leontinos y de parte de su población en el estado de Siracusa. Los grandes propietarios *(dynatoí),* ante la amenaza de un reparto de las tierras, optaron por disolver su *pólis* y pasar a ser ciudadanos de Siracusa.

1. Sicilia y Grecia

go, algunos de ellos, debido a que no estaban contentos, se trasladaron de nuevo dejando Siracusa y volviendo a ocupar Foceas, un barrio así llamado de la ciudad de Leontinos, y Bricinias, una fortaleza en territorio leontino[7]. Y fueron a unirse a ellos la mayor parte de los del partido popular anteriormente desterrados, y, estableciéndose allí, se pusieron a hacer la guerra desde aquellos dos lugares
5 fortificados. Enterados de estos hechos, los atenienses enviaron a Féax para ver si lograban persuadir a sus aliados de aquella región, y a los demás siciliotas si podían, a efectuar una expedición en común contra Siracusa, que, según decían, estaba acrecentando su potencia, y salvar así al partido popular de los leontinos.
6 A su llegada, Féax logró persuadir a los camarineos[8] y a los acragantinos, pero, al encontrar oposición en Gela, ya no marchó a las otras ciudades, dándose cuenta de que no lograría convencerlas, sino que se retiró hacia Catana pasando por el territorio de

[7] La antigua rivalidad entre Leontinos y Siracusa, agravada por las luchas políticas internas en Leontinos, llevó a la absorción de ésta por Siracusa, tal como cuenta aquí Tucídides. Estos intentos de recuperar su independencia se verán frustrados por la victoria de Siracusa sobre los atenienses de 415-413, y sólo por un breve período, en el 405 a. C., a raíz de presiones cartaginesas, Leontinos será de nuevo una *pólis* independiente, pero a los dos años caerá de nuevo bajo el dominio de Siracusa (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 3, 5; DIODORO, XIII 114, 1; XIV 15, 4).

[8] Sobre Camarina, cf. *supra*, III 86, 2, n. 597, e *infra*, VI 5, 3. Sobre Acragas o Acragante (Agrigento), «la más bella ciudad de los mortales, amante del esplendor, sede de Perséfone» (PÍNDARO, *Píticas* XII 1-3), «el ojo de Sicilia» (PÍNDARO, *Olímpicas* II 11), cf. *infra*, VI 4, 4. Acragas está a unos 70 Km. al noroeste de Gela, mientras que Camarina se encuentra a unos 30 Km. al sudeste de la ciudad que da nombre al amplio Golfo de Gela. Las tres están en la costa meridional de Sicilia. Sobre Catana (la actual Catania), cf. *supra*, III 116, 1, e *infra*, VI 3, 3. Estaba en la costa oriental de Sicilia, al sur de Etna, cuyas erupciones destruyeron la ciudad.

los sículos; en el camino entró en Bricinias, donde dio ánimos a sus defensores, y luego emprendió la travesía de regreso.

Féax regresa a Atenas. Negociaciones en Italia y acuerdo con los locros

En el curso de su viaje a lo 5
largo de la costa rumbo a Sicilia, y luego durante la travesía de regreso, también negoció con algunas ciudades de Italia con miras a unas relaciones de amistad con los atenienses; y se encontró con los colonos locros expulsados de Mesene; estos hombres, después del acuerdo entre los siciliotas y a raíz de que los mesenios eran presa de la discordia civil y de que una de las dos partes había llamado a los locros, habían sido enviados como colonos, y Mesene había pertenecido a los
locros durante un cierto tiempo. Y al encontrarse Féax con 2
estos colonos cuando regresaban, no les causó ningún daño, pues los locros habían llegado a un acuerdo con él
respecto a un tratado con los atenienses. Los locros eran en 3
efecto los únicos en su alianza que, cuando los siciliotas se habían reconciliado, no habían hecho la paz con los atenienses, y entonces tampoco la hubieran hecho si no se hubieran visto forzados por la guerra contra los hiponios y medmeos, que eran vecinos y colonos suyos. Y así llegó Féax a Atenas poco tiempo después.

Campaña de Cleón contra Anfípolis

Cleón se prepara en Eyón y Brásidas se apresta para la defensa

6 Cleón, una vez que desde Torone hubo dado la vuelta con sus naves para atacar Anfípolis, estableció su base en Eyón y desde allí se dirigió contra Estagiro, colonia de Andros[9], pero no pudo tomarla; se apoderó, en cambio, al asalto de
2 Galepso, colonia de Tasos. Luego envió mensajeros a Perdicas, a fin de que se presentara con su ejército de acuerdo con los términos de la alianza, y los envió asimismo a Tracia, a Poles, el rey de los odomantos, para traer el mayor número posible de mercenarios tracios, y él se quedó
3 quieto en Eyón en espera de los refuerzos. Brásidas a su vez, al enterarse de ello, fue a acampar enfrente, en Cerdilio[10]; el lugar pertenece a los argilios y está en una altura al otro lado del río, no muy lejos de Anfípolis; desde allí se divisaba todo, de forma que Cleón no le pasaría inadvertido cuando se pusiera en movimiento con su ejército; y esto era precisamente lo que esperaba que haría, pensando

---

[9] Se repite la información dada en IV 88, 2 respecto a que Estagiro era colonia de Andros. Sobre su sublevación y situación, cf. *supra*, IV 88, 2, n. 526.

[10] Se ha identificado Cerdilio con diversas elevaciones situadas al oeste de Anfípolis y del Estrimón; la ubicación que se considera más probable es la de la actual colina de Sta. Catalina, una altura de 152 m. al sudoeste de la ciudad, cerca del puente moderno sobre el Estrimón y del conocido León de Anfípolis, monumento que, una vez pasado el puente saliendo de Anfípolis, puede contemplarse junto a la carretera. Cf. N. Jones, «The Topography and Strategy of the Battle of Amphipolis in 422 B. C.», *California Studies in Classical Antiquity* 10 (1977), 71-104.

que con las tropas que tenía subiría al asalto de Anfípolis
con desprecio del número de sus enemigos. Al mismo 4
tiempo hizo sus preparativos, llamando en su ayuda a mil
quinientos mercenarios tracios y a todos los edones, peltas-
tas[11] y jinetes. Contaba asimismo con mil peltastas mirci-
nios y calcideos, además de los de Anfípolis. El total de las 5
fuerzas hoplíticas sumaba unos dos mil hombres y ascendía
a trescientos el contingente de la caballería griega. Con
cerca de mil quinientos de estos hombres, Brásidas acampó
en Cerdilio, mientras que los otros permanecían en sus
puestos en Anfípolis a las órdenes de Cleáridas.

Cleón, presionado por sus hombres, se pone en marcha

Cleón se mantuvo quieto durante 7
un tiempo, pero después se vio for-
zado a hacer lo que Brásidas espe-
raba[12]. Como los soldados estaban 2
disgustados por la inactividad y no
dejaban de pensar en el mando de Cleón, presumiendo con
qué impericia y debilidad se enfrentaría a una tan gran
experiencia y audacia, y recordando además cuán en con-
tra de su voluntad habían marchado a sus órdenes fuera de
su patria, él, dándose cuenta de las murmuraciones y no
queriendo que sus hombres se sintieran apesarados por el

---

[11] Los peltastas eran tropas características de Tracia. Cf. *supra*, II 29, 5; IV 93, 3. El uso de esta fuerza, que se incrementó durante la Guerra del Peloponeso, fue un factor importante en el desarrollo de las tácticas de combate. En esta contienda hubo una serie de factores que contribuyeron al desarrollo de la *téchnē* en el terreno militar: intervención de tropas ligeras y de caballería, uso de mercenarios, avance de la poliorcética, importante papel de la marina. De todas formas, la preeminencia siguió siendo de las fuerzas hoplíticas.

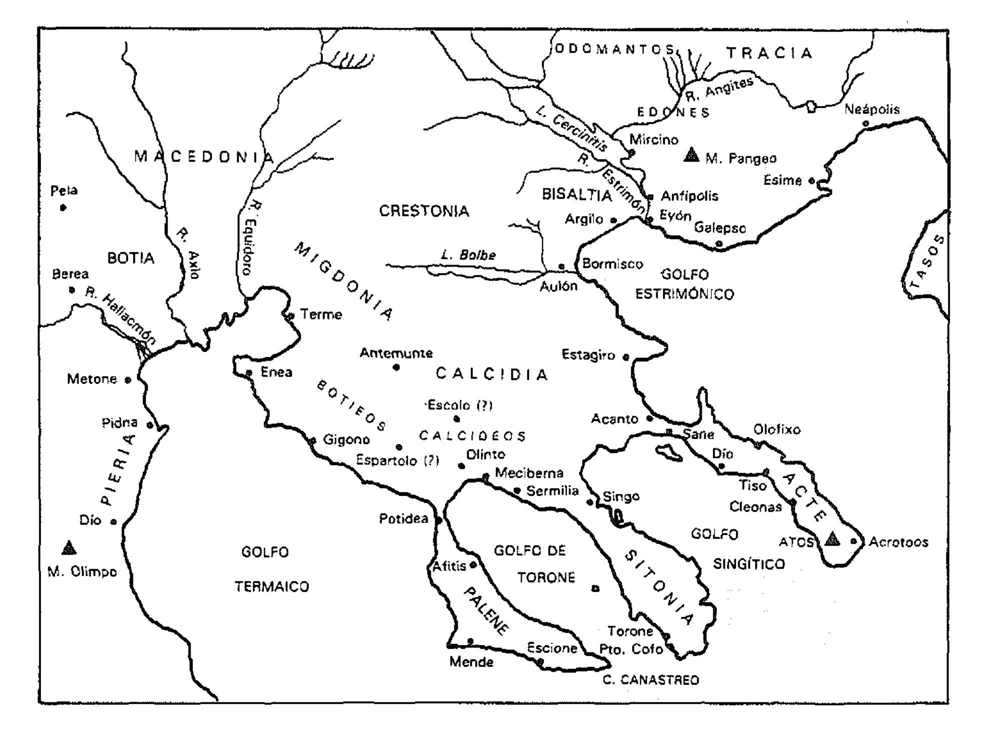
[12] Brásidas pensaba que se dirigiría contra Anfípolis sin aguardar a que llegaran los refuerzos (cf. *supra*, 6, 3), pero en realidad fue la inquietud de sus hombres lo que acabó de decidir a Cleón a emprender una marcha de reconocimiento antes de la llegada de la ayuda que inicialmente tenía la intención de esperar (cf. 6, 2, y 7, 3).

hecho de permanecer quietos en el mismo sitio, levantó el
3 campo y ordenó la marcha. Y adoptó la misma actitud que había manifestado cuando el éxito de Pilos le había hecho creer que no estaba falto de inteligencia. Porque ni siquiera se le pasó por la cabeza que alguien pudiera salir a presentarle batalla; más bien avanzaba, dijo, para hacer un reconocimiento del lugar, y si esperaba la llegada de mayores efectivos no era para vencer sin riesgos en caso de verse forzado a combatir, sino para poner cerco a la ciudad y
4 tomarla al asalto. Fue así a situar su ejército en una colina de fácil defensa frente a Anfípolis, y él en persona se puso a reconocer la zona pantanosa del Estrimón y la situación de la ciudad tal como se presentaba por la parte que mira a
5 Tracia[13]. Pensaba que podría retirarse cuando quisiera, sin necesidad de combatir, pues no se veía a nadie en la muralla ni nadie salía por las puertas, y éstas estaban todas cerradas. De modo que le parecía que había cometido un error al no subir hacia la ciudad con máquinas de asedio, pues, a su juicio, hubiera podido tomarla debido a su falta de defensores.

Estratagema de Brásidas

8 Pero Brásidas, tan pronto como vio que los atenienses se ponían en movimiento, bajó a su vez de Cer-
2 dilio y entró en Anfípolis. Luego no hizo ninguna salida con su ejército para colocarlo en orden de batalla frente a los atenienses, porque tenía miedo en razón de sus efectivos y consi-

[13] Anfípolis estaba abrazada por el río Estrimón (cf. *supra,* IV 102; 108), que al norte de la ciudad formaba una amplia área pantanosa en la que había un gran lago, el *Kerkinitis,* que se extendía por las zonas de *Neochori* y *Tachinó* (cf. *supra,* IV 108, 1). En realidad la llanura del Estrimón está expuesta a inundaciones desde Siderocastro, cerca de la frontera búlgara, y *Tachinó* no era más que un lago y pantanos hasta el drenaje de 1930.


ODOMANTOS
TRACIA
R. Angites
EDONES
Neápolis
L. Cercinitis
Mircino
M. Pangeo
MACEDONIA
R. Estrimón
Esime
Pela
BISALTIA
Anfípolis
CRESTONIA
Argilo
Eyón
Galepso
R. Axlo
R. Equidoro
MIGDONIA
L. Bolbe
Bormisco
GOLFO
ESTRIMÓNICO
TASOS
BOTIA
Berea
R. Haliacmón
Aulón
Terme
Antemunte
Estagiro
Metone
Enea
CALCIDIA
BOTIEOS
Escolo (?)
Acanto
Sane
Olofixo
Pidna
CALCIDEOS
Gigono
Dío
Espartolo (?)
Olinto
Meciberna
Sermilia
Tiso
ACTE
PIERIA
Singo
Cleonas
Potidea
GOLFO
ATOS
Acrotoos
Dío
GOLFO DE
M. Olimpo
GOLFO
Afitis
SINGÍTICO
TORONE
SITONIA
TERMAICO
PALENE
Torone
Escione
Pto. Cofo
Mende
C. CANASTREO

2. Calcídica

deraba que eran inferiores, no en número (pues había un cierto equilibrio), sino en calidad, dado que las tropas atenienses que habían partido para esta expedición estaban formadas exclusivamente por ciudadanos y que con ellas estaba lo mejor de Lemnos e Imbros[14]; sí se dispuso, sin
3 embargo, a atacarles recurriendo a una estratagema. Porque si dejaba ver a los enemigos el número y el mínimo armamento de sus hombres, pensaba que no iba a tener más probabilidades de vencer que si evitaba una visión previa de sus fuerzas y un desprecio no ajeno a la realidad.
4 Así pues, escogiendo para sí a ciento cincuenta hoplitas y confiando los otros a Cleáridas, decidió dar un súbito golpe de mano antes de que los atenienses se retiraran, pues pensaba que no los volvería a sorprender solos de aquella forma si les llegaban efectivamente los refuerzos. Convocando, pues, a todos los soldados y queriendo darles ánimos y explicarles su plan, les habló de este modo:

[14] Islas situadas al norte del Egeo (la primera —Limnos—, griega en la actualidad, y la segunda —Imroz—, turca), colonizadas por los atenienses. Cf. *supra,* III 5, 1, n. 34; IV 28, 4. Fuerzas de lemnios e imbrios combatieron al lado de los atenienses en ocasiones importantes y Cleón había contado con ellos en Pilos.

Discurso de Brásidas

«Peloponesios [15], para recordaros 9
de qué país venimos, un país que
siempre ha sido libre gracias al cora-
je [16] y deciros que vosotros, dorios,
vais a combatir contra jonios, a los
que tenéis la costumbre de vencer, baste esta breve men-
ción. Os explicaré, en cambio, de qué manera proyecto dar 2
el golpe de mano, a fin de que el hecho de afrontar el
riesgo con un pequeño destacamento y no todos a la vez
no parezca a nadie una mala táctica y lo prive de su auda-
cia. Imagino, en efecto, que es por desprecio hacia nosotros 3
y porque no esperan que nadie pueda salir a presentarles
batalla por lo que nuestros enemigos han subido hasta este
lugar y ahora, desordenadamente, se dedican a su recono-
cimiento sin ninguna preocupación. Pues bien, quien, con 4
la visión más clara de esos errores del enemigo y teniendo a
la vez en cuenta las propias fuerzas, efectúa el ataque, no
tanto al descubierto y con sus tropas en orden de batalla
frente al enemigo como según las conveniencias del momen-
to, ése podrá alcanzar los mayores éxitos. Y estos ardi- 5
des [17], con los que se puede engañar al enemigo de la mejor

---

[15] Tucídides acaba de decirnos que Brásidas, después de escoger a ciento cincuenta hoplitas, se dirige al conjunto de sus fuerzas *(touùs pántas stratiṓtas)*, que incluían tropas de anfipolitas, calcideos, argilios probablemente, y algunos bárbaros mircinios (cf. *supra,* IV 103, 3-4; V 6, 4). La expresión «peloponesios» puede ser, por tanto, una simplificación convencional (cf. *supra,* IV 126, 1), aunque el contenido de la primera frase induce a pensar lo contrario.

[16] Cf. la misma asociación en II 43, 4, en un discurso de Pericles.

[17] *Klémmata,* «*hurtos*», «estratagemas», los *furta belli* de los romanos, palabra que sólo aparece en Tucídides en este pasaje. En general, los espartiatas no manifestaban especial aprecio por las artimañas bélicas (cf. *supra,* IV 40, 2), pues su tradicional forma de lucha era el combate hoplítico cuerpo a cuerpo. Cf., sin embargo, JENOFONTE, *Anábasis* IV 6, 11-17, y PLATÓN, *República* VIII 547d-548a, donde parece que los hurtos y los

manera y proporcionar a los amigos el mayor servicio,
6 procuran la fama más gloriosa. Así, pues, mientras están todavía desprevenidos y llenos de confianza y, según me parece, tienen la intención de retirarse más que de permanecer, en este descuido de su espíritu y antes de que su mente concentre más su atención, yo, cogiendo a mis hombres y anticipándome al enemigo, si puedo, me lanzaré a la
7 carrera sobre el centro de su ejército. Tú, Cleáridas, después, cuando me veas ya acosarlos y, como es probable, provocando en ellos el pánico, ponte al frente de tus tropas, de los anfipolitas y de los demás aliados [18], y, abriendo

---

engaños y ardides propios de la guerra gozaban de consideración en Esparta. Los *klémmata,* «hurtos», el engaño al enemigo, formaban parte de la educación espartiata. Cf. B. HEMMERDINGER, «Notes militaires sur Thucydide», *Maia* 35 (1983), 95-104.

[18] Pasaje controvertido. Se ha discutido sobre la distribución de las fuerzas de Brásidas que se desprende de este discurso y, en concreto, sobre esta expresión *(toùs metà seautoû toús t' Amphipolítas kaì toùs állous symmáchous).* ¿Cómo la interpretamos? ¿A qué aliados se refiere? Se nos ha dicho que Brásidas, tras la elección de los 150 hoplitas, ha reunido a todas sus tropas; la arenga ha comenzado con la expresión *ándres peloponnḗsioi* (cf. *supra,* 8, 4-5; 9, 1); Brásidas tiene ante sí a los aliados peloponesios, a los anfipolitas y a los otros aliados del norte de Grecia (cf. *supra,* IV 124, 1) y hace alguna distinción entre ellos hablándoles de modo particular (cf. *infra,* 9, 9). Si es cierto que Brásidas sólo cogió un cuerpo de élite de 150 hombres y no se trata de una corrupción, le quedaban a Cleáridas bastantes soldados del grupo de los aliados peloponesios (cf. *supra,* IV 78, 1, donde asistíamos a la partida del Peloponeso de 1.700 hoplitas; IV 121, 2; 122, 2, respecto a la guarnición dejada en Escione, y 123, 4, y 131, 3, sobre los 500 hoplitas enviados a Mende y Escione; cf., asimismo, IV 124, 1; V 2, 3, y 3, 2-4, respecto a la pequeña guarnición peloponesia de Torone); podía tener perfectamente unos 600 hombres del Peloponeso. Y esto debe de relacionarse con la expresión objeto de esta nota, expresión diversamente interpretada. Brásidas dice a Cleáridas que «coja a los suyos, a los anfipolitas y a los demás aliados», lo que puede llegar a entenderse básicamente de tres maneras: tus hombres (peloponesios) <y> los anfipolitas y los demás aliados; tus hombres, *es decir* los

súbitamente las puertas, corre fuera de la ciudad y apresúrate cuanto puedas a entablar combate. Existe así la mayor 8 esperanza de que cunda el pánico entre ellos, pues una segunda oleada de atacantes es más terrible para el enemigo que las tropas ya presentes en el combate. Tú, com- 9 pórtate como un valiente, como conviene a un espartiata, y vosotros, aliados, seguidle valerosamente y pensad que son tres las virtudes que se requieren para combatir con éxito: la resolución, el sentimiento del honor y la obediencia a los jefes; pensad además que en este día, si sois valientes, está a vuestro alcance la libertad y obtener el título de aliados de los lacedemonios, o, recibir, en caso contrario, el de siervos de los atenienses [19] —si es que tenéis la gran suerte de evitar la esclavitud o la muerte— y estar sujetos a una servidumbre más dura que antes, además de convertiros en obstáculo para la liberación de los demás griegos. Por vuestra 10 parte, pues, no desfallezcáis, viendo cuán grandes son los intereses en juego, y yo a mi vez os demostraré que no

---

anfipolitas y los demás aliados; tus hombres, *es decir* los anfipolitas y los otros miembros de la alianza (tanto peloponesios como no peloponesios). Si la cantidad de 150 que leemos en 8, 4 es cierta y Brásidas no se quedó con el grueso de los peloponesios, debemos optar aquí por una solución que tenga en cuenta a los peloponesios de Cleáridas. Respecto a este pasaje, se ha señalado, además, que Brásidas se dirige a Cleáridas citándolo por su nombre, un hecho único en los discursos de Tucídides. Es probable que el historiador fuera informado de los hechos de Anfípolis por el propio Cleáridas y que contara con algún otro informador entre los hombres de Brásidas; ello explicaría su conocimiento no sólo de la batalla de Anfípolis, sino también de hechos anteriores a la llegada de Cleáridas y de otras intervenciones de Brásidas; y sus informadores debían de estar muy cerca del general espartano, pues Tucídides parece contar con una buena información respecto a las intenciones y sentimientos de Brásidas.

[19] Sobre la «servidumbre» *(douleía)* política de los aliados súbditos de Atenas, cf. *supra*, I 98, 4, n. 545. Esta «servidumbre» se diferencia de la auténtica reducción a la esclavitud *(andrapodismós)*.

valgo más para dar consejos a los otros que para llevarlos personalmente a la práctica.»

Derrota ateniense. Muerte de Cleón y de Brásidas, los adversarios de la paz

10 Después de pronunciar estas palabras, Brásidas se puso a preparar su propia salida y situó a los otros con Cleáridas en la llamada puerta tracia, para que salieran contra el
2 enemigo como había dicho. A su vez, como Brásidas había sido visto cuando bajaba de Cerdilio y luego en la ciudad —que era visible desde el exterior—, mientras ofrecía un sacrificio junto al templo de Atenea y se ocupaba de los preparativos, le fue comunicado a Cleón (se había adelantado entonces para el reconocimiento) que se veía todo el ejército enemigo en el interior de la ciudad y que por debajo de las puertas se percibían muchos cascos de caba-
3 llo y pies de hombre como si fueran a salir. Al oírlo, se acercó y, cuando lo hubo visto, como no quería entablar una batalla decisiva antes de que le llegaran los refuerzos y creía que podría marcharse a tiempo, mandó que se diera la señal de retirada y al mismo tiempo ordenó a las tropas que se ponían en movimiento que, desfilando por el ala izquierda, lo que era el único modo posible, se fueran
4 replegando poco a poco hacia Eyón. Pero luego, como le pareció que tenía tiempo[20], él mismo hizo dar la vuelta al ala derecha y empezó a retirar el ejército presentando al
5 enemigo el flanco descubierto. Entonces Brásidas, al ver la ocasión propicia y al ejército ateniense en marcha, dijo a los que estaban con él y a los demás: «Esos hombres no nos harán frente; es evidente por el movimiento de las lanzas y

---

[20] Con la lectura *skholē gígnesthai.* Siguiendo otra lectura *(skholêi),* algunos entienden «que el movimiento se realizaba *con lentitud*», con lo que el error de Cleón se debería más a precipitación que a exceso de confianza.

las cabezas, pues los que así proceden no acostumbran a hacer frente a quienes les atacan. ¡Ea!, pues, que alguien me abra las puertas que he dicho, y, llenos de confianza, salgamos contra el enemigo cuanto antes». Saliendo al 6
punto por la puerta que daba a la empalizada y por la primera del muro largo que había entonces [21], recorrió a la carrera aquel camino recto en el que actualmente, yendo por la parte menos accesible del lugar, puede verse un trofeo, y lanzándose sobre los atenienses por el centro de su ejército, contra hombres asustados por su propio desorden y llenos a la vez de estupor por la audacia del atacante, los puso en fuga. Simultáneamente Cleáridas, como se había 7
determinado, salió por la puerta tracia y se lanzó al ataque con sus tropas. Y la consecuencia fue que, debido al inesperado y repentino ataque por ambos lados, el desconcierto se adueñó de los atenienses. Su ala izquierda, la que 8
estaba en dirección a Eyón, que ya se había adelantado un poco, se encontró súbitamente cortada del resto y huyó (y,

[21] El «muro largo» era una fortificación que cerraba y protegía el espacio formado por el meandro del Estrimón donde se levantaba Anfípolis (cf. *supra*, IV 102, 4); pero no debía de ser una simple recta o cuerda de arco en el sector oriental, como lo han visto algunos, sino que habría un trazado que, aprovechando las posibilidades defensivas del terreno, constituiría un enorme recinto sin perder de vista el río. Se han encontrado restos de diversas líneas o sectores fortificados, que posiblemente siguen el trazado primitivo de los arquitectos de Hagnón (cf. *supra*, IV 102, 3-4) y entre las diversas obras, además del muro largo, habría un recinto interior o muralla de la ciudad propiamente dicha. En el lado este, el muro largo conectaría efectivamente con los dos extremos del meandro. Se habla en este pasaje del «muro largo que había entonces», porque más tarde fue completado y reforzado por el lado del puente (cf. *supra*, IV 103, 5). La empalizada, a la que también se refiere este pasaje, debía de estar fuera de la muralla de la ciudad y dentro del espacio cerrado por el muro largo, e iría desde este muro trazado por Hagnón hasta el río. También se ha discutido respecto a las puertas que aquí menciona Tucídides.

cuando ésta ya estaba en retirada, Brásidas, al dirigirse
contra el ala derecha, fue herido, pero los atenienses no se
dieron cuenta de que había caído y los que se hallaban
9 cerca de él lo recogieron y se lo llevaron). El ala derecha de
los atenienses resistió más; aunque Cleón, como desde el
principio había decidido no hacer frente al enemigo, huyó
en seguida y fue alcanzado y muerto por un peltasta de
Mircino[22], sus hoplitas se reagruparon en la colina y
rechazaron a Cleáridas, a pesar de que les atacó dos o tres
veces, y no cedieron hasta que la caballería mircinia y cal-
cídica y los peltastas, rodeándolos y lanzándoles dardos,
10 los pusieron en fuga. De este modo, pues, todo el ejército
de los atenienses ya se encontró en penosa huida y tomando
mil senderos por las montañas, y cuantos no perecieron,
bien en seguida en el combate cuerpo a cuerpo, bien alcan-
zados por la caballería calcidea y los peltastas, todos vol-
11 vieron a Eyón. Entre tanto los que habían retirado a Brási-
das del campo de batalla y lo habían puesto a salvo lo
llevaron a la ciudad todavía con vida; se enteró de que los
suyos habían vencido, pero al cabo de poco tiempo murió.
12 El resto del ejército, después de regresar con Cleáridas de
la persecución, despojó a los muertos y levantó un trofeo.

[22] Acaba aquí, de forma ciertamente no gloriosa, la vida de Cleón, uno de los protagonistas de la política de la Atenas posterior a la muerte de Pericles. Este oscuro final, presidido por la cobardía e incompetencia, está de acuerdo con la visión negativa que Tucídides tiene de Cleón. Probablemente era difícil conocer el verdadero final de un hombre en medio de la confusión de un combate, y el relato de DIODORO (XII 74, 2), que pinta una muerte heroica de Cleón enfrentándose al valor de Brásidas, es sin duda una descripción convencional sin ningún valor.

Funerales de Brásidas. Anfípolis honra su memoria

11 Después de estos hechos, asistiendo todos los aliados con sus armas a la comitiva fúnebre, enterraron a Brásidas a expensas públicas en la ciudad, a la entrada de lo que ahora es la plaza[23]; y a partir de entonces los anfipolitas, tras haber cercado su sepulcro, le inmolan víctimas como a un héroe, y han instituido juegos y fiestas anuales para honrarlo; y le dedicaron la colonia, nombrándolo su fundador, después de demoler las edificaciones de Hagnón y de hacer desaparecer cualquier signo que pudiera quedar como recuerdo de la fundación de éste. Consideraban que Brásidas había sido su salvador, y en aquellas circunstancias, además, por temor a los atenienses, cultivaban la alianza de los lacedemonios; y respecto a Hagnón, pensaban que debido al estado de guerra con los atenienses, no podría recibir los honores reportándoles beneficio a ellos, como ocurría antes, ni con placer. Devolvieron sus muertos 2
a los atenienses. Habían caído unos seiscientos atenienses frente a siete bajas en el bando contrario[24]; ello era debido

---

[23] Tenemos aquí otro indicio de los cambios que se efectuaron en la ciudad después de separarse de Atenas (cf. *supra*, IV 103, 5; V 10, 6). Sobre otro entierro de un *oikistês* en el ágora, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 3, 12. Cf. asimismo sobre otro caso de una tumba en la plaza, *supra*, I 138, 5. En Anfípolis quedaron, pues, los restos de Brásidas. En Esparta, según nos dice PAUSANIAS, III 14, 1, había un cenotafio del ilustre general.

[24] La diferencia entre estas cifras y el escaso número de caídos en el bando espartano han sorprendido a algunos y se ha pensado que la cifra de pérdidas de Esparta pudiera ser una cifra oficial que ocultara un número más alto (cf. *infra*, V 74, 3). Tucídides, sin embargo, podía estar bien informado. Para una diferencia análoga entre las cifras de caídos en las filas de vencidos y vencedores, cf. *supra*, IV 38, 5, y HERÓDOTO, *Historia*, trad. y notas de C. SCHRADER, libro VI 117, 1, n. 586. Sobre esta tregua, cf. F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, I, Santiago de Compostela, 1975, pág. 92; II, pág. 85.

a que la batalla no se había desarrollado con las tropas dispuestas de modo regular, sino con el condicionamiento de las circunstancias y el pánico preliminar que hemos
3 visto. Después de recoger los cadáveres, los atenienses zarparon rumbo a su patria, mientras que Cleáridas y sus hombres se pusieron a organizar los asuntos de Anfípolis.

12 *Tropas de refuerzo lacedemonias de camino hacia Tracia. Finaliza el verano del 422 a. C.*

Por la misma época, a fines del verano, los lacedemonios Ranfias, Autocáridas y Epicídidas conducían un socorro de novecientos hoplitas a las plazas de la costa tracia. Llegados a Heraclea de Traquinia, se dedicaron a poner en orden lo que les parecía que no andaba bien. Y mientras estaban entretenidos en ello, tuvo lugar la batalla relatada, y así acabó el verano.

La Paz de Nicias y el fin de la primera parte de la guerra

13 *Hacia la paz. Regreso de las tropas de refuerzo lacedemonias. Esparta a favor de la paz*

A comienzos del invierno siguiente, Ranfias y sus compañeros avanzaron hasta Pierio de Tesalia, pero luego, como los tesalios se oponían a su paso [25] y además había muerto Brásidas, a quien conducían el ejército, se volvieron a su patria; pensaban que ya se les había pasado el momento, puesto que los atenienses se habían

[25] Atravesar Tesalia no fue fácil para Brásidas, cuyas fuerzas eran el doble de las de Ranfias (cf. *supra,* IV 78). Cf. asimismo la experiencia de Iscágoras (*supra,* IV 132, 2, donde los tesalios obstaculizan el paso de otro ejército espartano). Sobre el permiso de paso a un ejército en época de guerra y la solicitud de este permiso, sobre los espacios neutrales y los

marchado derrotados y ellos no estaban en condiciones de realizar lo que Brásidas había proyectado. Pero sobre todo 2
regresaron porque sabían que los lacedemonios, cuando ellos salieron con sus tropas, tenían una mayor inclinación por la paz.

Razones de ambos bandos para negociar la paz

Y resultó así que, inmediatamen- 14
te después de la batalla de Anfípolis y de la retirada de Ranfias de Tesalia, ni unos ni otros emprendieron ninguna acción de guerra, y tuvieron una mayor inclinación por la paz. Los atenienses habían sufrido un duro golpe en Delio, y otro en Anfípolis poco después, y ya no tenían la firme confianza en sus fuerzas que antes les había hecho rechazar un tratado de paz, creyendo, a causa de sus éxitos del momento, que se harían con la victoria. Temían al mismo tiempo que sus 2
aliados, enardecidos por sus fracasos, se sublevaran en mayor medida, y se arrepentían[26] de no haber llegado a un acuerdo después de los hechos de Pilos, cuando se les había presentado una ocasión propicia. Los lacedemonios, por su 3
parte, se inclinaban por la paz debido a que la guerra se desarrollaba de modo contrario a sus previsiones, por cuanto habían pensado que en pocos años aniquilarían el poderío de Atenas si devastaban su territorio; pero se

convenios relativos al paso, cf. D. J. Mosley, «Crossing Greek frontiers under arms», *Revue internat. des Droits de l'Antiquité* 20 (1973), 161 ss.; F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia*, I, Santiago de Compostela, 1975, págs. 229-231; II, núms. 147, 151, 154-158; V. Alonso Troncoso, *Neutralidad y Neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.)*, Madrid, 1987, págs. 81 ss., 219, 265, 344 ss., 358-359, etc.

[26] Cf. Aristófanes, *Paz* 665-669, obra que ilustra sobre los sentimientos de la Atenas de esta época, sentimientos apuntados aquí por Tucídides.

habían visto sumidos en el desastre de la isla[27], desastre sin
precedentes en Esparta, y su tierra se veía sometida al
pillaje desde Pilos y Citera, mientras que sus hilotas deser-
taban y existía la constante preocupación de que también
los que quedaban, contando con el apoyo de los de fuera y
en vista de las circunstancias, tramaran una revolución
4 contra ellos, como ya habían hecho antes[28]. Sucedía ade-
más que el tratado de paz por treinta años que habían esti-
pulado con los argivos estaba a punto de expirar[29], y los
argivos no querían concertar otro, si no se les devolvía el
territorio de Cinuria, con lo que parecía imposible estar en
guerra al mismo tiempo con los argivos y los atenienses; y
se añadía la sospecha de que algunas ciudades del Pelopo-
neso se sublevaran para pasarse a los argivos, cosa que
realmente ocurrió.

15 Ambos bandos se hacían, pues, esas consideraciones y
pensaban que se debía llegar a un acuerdo, y sobre todo
eran de este parecer los lacedemonios, debido a su deseo de
recuperar a los hombres de la isla, pues los espartiatas que
se encontraban entre éstos eran hombres del más alto
2 rango y parientes de hombres de igual categoría[30]. Así

[27] Esfacteria, naturalmente. Cf. *supra*, IV 24, 3.

[28] Sobre la preocupación de los espartanos a propósito de los hilotas, cf. *supra*, IV 41, 3; 55, 1; 80, 2-3. Respecto a la sublevación anterior, la del año 464 a. C., cf. *supra*, I 101-103.

[29] El tratado debió de concertarse en verano/otoño del 451 a. C.; expiraba en el 421 a. Cf. *infra*, V 22, 2; 28, 2. Tucídides no lo mencionó en la «Pentecontecia» (I 89-118). Cf. F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos...*, pág. 95.

[30] Es decir, que contaban con sus «iguales» espartiatas para interesarse por ellos. Cf. *supra*, IV 38, 5, n. 200; I 101, 2, nn. 562 y 563. El texto ofrece algún problema, pero su significado está confirmado por el escoliasta y por Plutarco, *Nicias* 10, 8. La expresión de Tucídides contiene el término *homoíois*, que alude sin duda a la clase espartana de *hoi hómoioi*, «los pares» o «iguales». Cf. Jenofonte, *Helénicas* III 3, 5; *Constitución de*

habían comenzado a negociar inmediatamente después de su captura, pero los atenienses, en una situación favorable, no estaban todavía dispuestos a poner fin a las hostilidades en condiciones de igualdad. Pero cuando a éstos les sobrevino el fracaso de Delio, al instante los lacedemonios, dándose cuenta de que entonces sus propuestas encontrarían mejor acogida, negociaron el armisticio de un año, durante el cual las dos partes debían reunirse y discutir un acuerdo para un período más largo.

Nicias y Plistoanacte, partidarios de la paz

Y una vez que los atenienses 16 también hubieron sufrido la derrota de Anfípolis y que hubieron muerto Cleón y Brásidas[31], quienes precisamente eran en uno y otro bando los más acérrimos adversarios de la paz (este último por los triunfos que obtenía y por la gloria que sacaba de la guerra[32], y el otro porque pensaba que en una situación de tranquilidad serían más evidentes sus fechorías y menos creíbles sus calumnias), entonces aquellos que más aspira-

---

los lacedemonios 13, 1; ARISTÓTELES, *Política* 1306 b 30; cf. asimismo HERÓDOTO, I 134; III 35.

[31] Las muertes de ambos fueron igualmente celebradas en ARISTÓFANES, *Paz* 261-286, donde los dos eran calificados como las dos mazas de mortero con las que Grecia era machacada. Cf. asimismo *supra*, IV 28, 5.

[32] A pesar de la admiración que Tucídides manifiesta por Brásidas, no deja de ver motivos personales en la actuación del general espartano; eran razones más honorables que las de Cleón, pero igualmente al servicio de ambiciones particulares. Se ha observado que los griegos de esta época no concebían una actuación totalmente desinteresada y que la ambición y el deseo de honores y gloria constituían la primera virtud viril para un griego (cf. ARISTÓTELES, *Ética nicomáquea* IV 4; y lo contrario en el estado ideal de PLATÓN, *República* 347b-d). No hay, pues, aquí un intento de disminuir los méritos de Brásidas, sino un simple reconocimiento de que la guerra servía a sus ambiciones. Sobre los éxitos de Brásidas, cf. *supra*, IV 117, 2.

ban al poder[33] en las dos ciudades, es decir Plistoanacte, hijo de Pausanias, rey de los lacedemonios, y Nicias, hijo de Nicérato, que en aquel tiempo tenía más éxito que nadie como estratego, mostraron un afán mucho más grande. Nicias, en tanto que permanecía invicto y bien considerado, quería preservar su buena suerte, librarse, en lo tocante al presente, de sus propias penalidades y librar a sus conciudadanos, y, para el futuro, dejar el buen nombre de alguien que había vivido sin causar ningún mal a su ciudad; y pensaba que esto era el resultado de una situación sin peligros y de confiarse lo menos posible a la suerte, y que esta situación sin peligros la ofrecía la paz. Y Plistoanacte era objeto de los ataques de sus enemigos a propósito de su regreso del exilio[34] y siempre era traído por ellos a las mientes de los lacedemonios, cuando tenían algún fracaso, con la imputación de que aquello ocurría a
2 causa de su regreso ilegal. Le acusaban, en efecto, de que,

---

[33] *Speúdontes tà málista tēn hēgemonían,* «aquellos que más aspiraban a una posición hegemónica», una *hegemonía* que, en vista del deseo de paz que a continuación se atribuye a Nicias y Plistoanacte, se refiere al interior de Esparta y Atenas y no a las relaciones entre las dos ciudades; en este caso hubiera significado una continuación de las hostilidades, lo que estaba en contradicción con el espíritu e intenciones de los dos nuevos dirigentes. Algunos han corregido el texto, sustituyéndolo por *tà málist'autēn (= tēn eirēnēn,* «la paz»), en busca de una oposición con lo anterior *(hoíper amfotérōthen málista ēnantioûnto têi eirēnēi,* «quienes eran en uno y otro bando los más acérrimos adversarios de la paz»). No parece, sin embargo, necesario.

[34] Se da también un motivo personal para la inclinación por la paz de Plistoanacte. Había sido desterrado por haberse retirado una vez que ya había emprendido la invasión del Ática en el 446 a. C. (cf. *supra,* I 114, 2; II 21, 1; III 26, 2). Entonces había sido acusado de soborno y ahora su regreso del exilio también le ocasionaba problemas, problemas que se agravaban en una situación de guerra.

junto con su hermano Aristocles[35], habían persuadido a la profetisa de Delfos a repetir todas las veces a los enviados lacedemonios que iban a consultar el oráculo[36] la respuesta de que debían devolver a su patria desde tierra extranjera la semilla del semidiós hijo de Zeus, porque en caso contrario ararían con arado de plata[37]. Con el tiempo, la sacerdo- 3
tisa había logrado convencer a los lacedemonios; Plistoanacte se encontraba entonces desterrado en el Liceo[38], a causa de su retirada del Ática ocurrida tiempo atrás con la apariencia de soborno, y, por miedo a los lacedemonios, habitaba en una casa con una mitad que formaba parte del santuario de Zeus, y la sacerdotisa los convenció de que lo hicieran regresar dieciocho años después[39], con los mismos

---

[35] Este Aristocles ha sido identificado, aunque sin razones concluyentes, con el polemarco que aparece más adelante (cf. *infra,* V 71, 3, y 72, 1).

[36] Los *théoroí* eran los miembros de una misión religiosa *(theōría)* enviada por los estados griegos; estas misiones eran enviadas para anunciar las celebraciones en nombre de un santuario y solicitar el reconocimiento de la tregua sagrada (sobre la función de los *theōroí o spondophóroi,* cf. F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia,* I, Santiago de Compostela, 1975, págs. 162 ss.); entraban también en esta categoría las delegaciones que asistían a los juegos y fiestas en representación de su ciudad (cf. *infra,* VI 3, 1), o las que presentaban ofrendas o, como en este caso, iban a consultar un oráculo. En Esparta los enviados a consultar el oráculo de Delfos tenían un título especial, los pitios, y eran unas personas determinadas, designadas por los reyes, a diferencia de los consultores *(theōroí)* de los otros estados, que no siempre eran las mismas personas (cf. Heródoto, VI 57, 2). En algunas ciudades, como Mantinea, los *theōroí* eran auténticos magistrados (cf. *infra,* V 47, 9).

[37] Es decir, que, debido a la mala cosecha, el grano estaría a un precio muy alto —como si se hubiese labrado con arado de plata— y habría gran carestía. La frase refleja una típica respuesta oracular.

[38] El Liceo era un monte de la Arcadia sudoccidental, situado en la parte oeste de la llanura donde se fundaría Megalópolis y cerca del territorio espartano; actualmente conserva su nombre. Allí había un antiguo y famoso santuario de Zeus (cf. Platón, *República* 565d).

[39] Probablemente en el 427 a. C., pero después de la invasión del

coros y los mismos sacrificios con que al principio, cuando fundaron Esparta, habían entronizado a los reyes.

Últimas negociaciones. Se acuerda la paz

17 Disgustado, pues, Plistoanacte por esta acusación y pensando que en tiempo de paz, al no surgir ningún contratiempo y recuperar asimismo los lacedemonios a sus hombres, tampoco él se vería expuesto a los ataques de sus enemigos, mientras que en la guerra era inevitable que en todas las ocasiones los dirigentes fueran atacados a consecuencia de las desgracias, mostró un vivo afán por el acuerdo.

2 Durante aquel invierno entablaron negociaciones, y ya hacia la primavera[40] los preparativos, proclamados en las distintas ciudades, con vistas a la construcción de fuertes en el Ática, fueron esgrimidos como amenaza por los lacedemonios a fin de que los atenienses estuvieran mejor dispuestos. Y una vez que, tras una serie de encuentros en que unos a otros se presentaron a la vez numerosas reclamaciones, acordaron hacer la paz con la condición de devolver ambas partes los territorios ocupados en acción de guerra, si bien los atenienses conservarían Nisea (porque cuando éstos a su vez reclamaron Platea, los tebanos dijeron que

---

Ática del verano de este año, porque en esta invasión (cf. *supra*, III 26, 2) vemos que todavía ocupaba el trono Pausanias, hijo de Plistoanacte. La invasión del Ática que había provocado el destierro de Plistoanacte se sitúa a fines de verano del 446 a. C. y debió de marchar al exilio en el 445, dieciocho años antes de su regreso.

[40] La primavera del 421 a. C. Durante estas negociaciones, Aristófanes escribió su comedia la *Paz*, que fue representada en las Grandes Dionisias del 421 (cf. *infra*, V 19, 1, n. 47; 20, 1, n. 49; a fines de febrero-principios de marzo según un cómputo, a fines de marzo, según otro). Podemos pensar que la obra de Aristófanes tuvo alguna influencia en la conclusión de la paz.

no habían ocupado la plaza por la fuerza, sino en virtud de un acuerdo aceptado por sus habitantes y sin mediar traición; y los atenienses habían ocupado Nisea del mismo modo); entonces los lacedemonios, después de convocar a sus aliados[41] y de que, salvo los beocios, corintios, eleos y megareos (éstos no aprobaban las negociaciones), todos votaran el fin de las hostilidades, concluyeron el acuerdo, y con libaciones y juramentos ratificaron ante los atenienses —y éstos ante los lacedemonios— el siguiente tratado:

Cláusulas del tratado de paz

«Los atenienses y los lacedemonios y sus aliados han concluido un tratado de paz en los siguientes términos, y lo han jurado ciudad por ciudad[42]: 18

Respecto a los santuarios comunes, todo el que quiera 2
podrá ofrecer sacrificios y consultar los oráculos y enviar

[41] Los miembros de la Liga Peloponesia, incluyendo a los beocios y a algunos otros pueblos, los conocidos con la denominación *hoi Peloponnḗsioi* (cf. *supra,* I 80, 3; II 9, 2); no se incluye a las ciudades del norte de Grecia que se les habían unido y a las que Brásidas daba el título de «aliados de los lacedemonios» (cf. *supra,* IV 120, 3; V 9, 9). Aquí se les convoca a una reunión formal después de las negociaciones y de discusiones informales que habían preparado el acuerdo.

[42] Aquí se inicia el texto del tratado de paz del 421, que Tucídides transcribe íntegramente (18,1 - 19,2). Este encabezamiento, por el uso de los dos verbos en indicativo aoristo, no parece reproducir exactamente el texto del documento, cuyos verbos principales están en imperativo o infinitivo, no en indicativo. Tucídides recoge probablemente la copia ateniense del tratado, realizada una vez hechos los juramentos. En lugar de este encabezamiento, el tratado sólo debía de tener un título sin verbos. Para otros textos recogidos por Tucídides, cf. *supra,* IV 118, 1 - 119, 2; *infra,* V 23, 1 - 24, 1; 47, 1-12; 77, 1-8; 79, 1-4. Respecto a los aliados a los que se alude, conviene recordar que los aliados de los lacedemonios expresaban su opinión, de forma que Esparta sólo era la primera entre sus aliados, mientras que los aliados de Atenas no tenían voz; Atenas hablaba en su nombre.

embajadas sagradas de acuerdo con la tradición, y podrá ir sin ningún temor tanto por tierra como por mar. El santuario y el templo de Apolo en Delfos así como la misma Delfos serán autónomos, con sus propias leyes, impuestos y justicia, tanto en lo que respecta a las personas como en lo tocante a sus tierras, de acuerdo con la tradición.

3 El tratado tendrá una vigencia de cincuenta años entre los atenienses y los aliados de los atenienses y los lacedemonios y los aliados de los lacedemonios, sin dolo ni daño,
4 tanto por tierra como por mar. No estará permitido empuñar las armas con ánimo hostil ni a los lacedemonios y sus aliados contra los atenienses y sus aliados, ni a los atenienses y sus aliados contra los lacedemonios y sus aliados, ni valerse de ardid o artificio alguno. Si surge alguna diferencia entre ellos, deberán recurrir a arbitrajes y juramentos en conformidad con lo convenido.

5 Los lacedemonios y sus aliados devolverán Anfípolis a los atenienses. En todas las ciudades que los lacedemonios entreguen a los atenienses, estará permitido a sus habitantes marcharse adonde quieran y llevarse sus pertenencias. Estas ciudades serán autónomas, pagando el tributo establecido en época de Arístides[43]. No estará permitido a los atenienses y a sus aliados empuñar las armas con intención de causarles daño con tal que, una vez concluido el tratado, paguen el tributo. Las ciudades son Argilo, Estagiro, Acanto, Escolo, Olinto y Espartolo. No serán aliadas de ninguna de las dos partes, ni de los lacedemonios ni de los

---

[43] El tributo impuesto a los aliados en el momento de la constitución de la *symmachía* ático-delia para contribuir al sostenimiento de la guerra contra los persas (cf. *supra,* I 91, 3; 96, 2; 99, 3). Entonces, en el 477 a. C., se había fijado en 460 talentos, pero en el 425 a. C. el *phóros* había sido elevado considerablemente (andaba por los 1.500 talentos). Mantener para las seis ciudades el tributo de Arístides suponía una concesión muy especial.

atenienses; pero si los atenienses logran persuadir a estas ciudades, con su consentimiento, estará permitido a los atenienses hacerlas sus aliadas[44]. Los ciudadanos de Meci- 6
berna, de Sane y de Singo habitarán sus propias ciudades, en las mismas condiciones que los de Olinto y Acanto. Los 7
lacedemonios y sus aliados devolverán Panacto a los atenienses. A su vez, los atenienses devolverán a los lacedemonios Corifasio, Citera, Metana, Pteleo[45] y Atalanta, y todos los soldados lacedemonios que se encuentran en la prisión de Atenas o en la prisión de cualquier otro lugar donde ejerzan su dominio los atenienses. También dejarán libres a los peloponesios sitiados en Escione y a todos los otros aliados de los lacedemonios que se encuentran allí, a todos los hombres que Brásidas envió a aquel lugar, así como a cualquier aliado de los lacedemonios que se encuentre en la prisión en Atenas o en prisión en cualquier otro lugar donde los atenienses ejerzan su dominio. A su vez, los lacedemonios y sus aliados devolverán en las mismas condiciones todos los prisioneros atenienses y aliados de Atenas que estén en su poder. En lo tocante a las poblacio- 8
nes de Escione, Torone y Sermilia, y a cualquier otra ciudad que los atenienses tengan en su poder, los atenienses

[44] La situación de las seis ciudades resulta un tanto extraña, puesto que por una parte pueden permanecer neutrales, sin comprometerse con ninguno de los dos bandos, mientras que por otra estaban sujetas a tributo respecto a Atenas. El pago del *phóros* debía de ser su única obligación respecto a la Liga de Delos y no tendrían otra obligación respecto a Atenas.

[45] De los lugares mencionados en esta cláusula, Pteleo es el único que no ha aparecido antes. Había varias plazas con este nombre y no sabemos con seguridad a cuál de ellas se refiere ni cuándo había sido ocupada por los atenienses. Es posible que se trate de la que se encontraba en la costa sudoriental de la Acaya Ftiótide (sobre esta región, cf. *supra*, IV 78), la actual Ftelió, en la entrada del Golfo de Págasas (Gomme), pero también podría tratarse de una localidad de la península de Metana (Steup).

dispondrán sobre ellas, así como sobre las demás ciudades, lo que les parezca oportuno.

9 Los atenienses prestarán juramento ante los lacedemonios y sus aliados ciudad por ciudad. Unos y otros jurarán con el más solemne juramento de su país, siendo diecisiete[46] los representantes de cada ciudad. La fórmula del juramento será la siguiente: *Permaneceré fiel a este acuerdo y a este tratado de paz con justicia y sin dolo.* Del mismo modo prestarán juramento los lacedemonios y sus aliados ante los atenienses. Las dos partes renovarán el juramento
10 cada año. Se erigirán estelas en Olimpia, en Pito, en el Istmo, en la Acrópolis de Atenas y en el Amicleo de
11 Esparta. Si cualquiera de las dos partes, y respecto a cualquier punto, comete una omisión, unos y otros, sin faltar al juramento, podrán, fundándose en razones justas, introducir alguna modificación en el sentido que ambas partes, atenienses y lacedemonios, consideren oportuno.

---

[46] El número «diecisiete» se debe a una corrección en los manuscritos (ιζ' en lugar de ἕξ «seis» como sugiere Ullrich, o *<heptà kaì déka> ex hekástēs póleōs,* según la modificación de Stahl) basándose en 19, 2, y 24, 1. Se ha sugerido que este número, como suma de 2 reyes, 5 éforos y 10 ciudadanos, podría tener su origen en Esparta, pero también se ha pensado en un origen ateniense: cf. *Inscriptiones Graecae* II/III² 40, un tratado de Atenas con Tebas y Mitilene en el que también aparecen diecisiete signatarios por cada ciudad [cf. J. H. OLIVER, *Classical Weekly* 44 (1951), 203]. Sobre este número, cf. asimismo PLATÓN, *Leyes* V 761 e. Atenas debía intercambiar el juramento con los lacedemonios y con cada uno de los aliados de Esparta.

Fecha y signatarios

El tratado de paz entra en vigor bajo el eforato de Plístolas, el cuarto día antes del fin del mes de Artemisio[47], y en Atenas bajo el arcontado de Alceo, el sexto día antes del fin del mes de Elafebolión. 19
Los que juraron e hicieron las libaciones fueron los siguientes: por los lacedemonios, <Plistoanacte, Agis>[48], Plístolas, Damageto, Quiónide, Metágenes, Acanto, Daito, Iscágoras, Filocáridas, Zeúxidas, Antipo, Télide, Alcínadas, Empedias, Menas y Láfilo; y por los atenienses, los siguientes: Lampón, Istmiónico, Nicias, Laques, Eutidemo, Procles, Pitodoro, Hagnón, Mírtilo, Trasicles, Teágenes, Aristócrates, Yolcio, Timócrates, León, Lámaco y Demóstenes.» 2

Duración de la primera parte de la guerra. Cronología de Tucídides

Este tratado se concluyó al acabar el invierno, con la primavera en sus comienzos, inmediatamente después de las Dionisias urbanas[49]; habían transcurrido justamente diez años y unos pocos días más desde que se produjo la pri- 20

---

[47] El problema de precisar la correspondencia de las fechas a las que se refieren estos capítulos (V 17-24) no es fácil, y ello ha motivado la división de los estudiosos en cuanto al sistema cronológico. En el año 423 a. C., el año del armisticio (cf. *supra*, IV 199, 1), el día 12 del mes lacedemonio de gerastio coincidía con el 14 del ático elafebolión, a diferencia de lo que ocurre en el presente pasaje, donde se da la coincidencia del 4.° día antes del fin del artemisio (27 de artemisio) con el 6.° antes del fin de elafebolión (25 de elafebolión), es decir, en el 423, elafebolión = gerastio, con 2 días de más en Atenas, y en el 421, elafebolión = artemisio, con dos días de menos en Atenas. Se han efectuado muchos cálculos cronológicos sobre la equivalencia de estas fechas en nuestro calendario.

[48] Los dos reyes de Esparta que encabezan la lista son una adición de Arnold para alcanzar el total de los diecisiete signatarios; los dos nombres se sacan por analogía de la lista que aparece en V 24, 1.

[49] Estas fiestas, sin duda entre las más importantes de las que se celebraban en Atenas, recibían este nombre *(tà Dionýsia astiká)* o el de Gran-

2 mera invasión del Ática y el comienzo de esta guerra[50]. Se debe efectuar el cálculo tomando como base la sucesión de las épocas del año, sin dar más crédito al cómputo basado en los nombres de los magistrados o de otros cargos que en cada lugar indican el tiempo de los hechos del pasado; este método no es preciso, puesto que un episodio puede suceder a otro tanto al principio como a mediados o en cualquier
3 otro momento de una magistratura. Y contando, como se ha hecho en esta historia, por veranos e inviernos, se obtendrá el resultado, equivaliendo las dos partes a un año completo[51], del que en esta primera guerra se han sucedido diez veranos y otros tantos inviernos[52].

---

des Dionisias *(tà megála Dionýsia)*, para distinguirse de otras fiestas dedicadas a Dioniso, como eran las Leneas, que tenían lugar en el mes de gamelión (enero-febrero), o las Antesterias, celebradas en antesterión (febrero-marzo; cf. *supra*, II 15, 4), pero sobre todo para diferenciarlas de las Dionisias rurales *(tà kat'agroùs Dionýsia* o *tà mikrà Dionýsia)*, que se celebraban en el mes de posideón (diciembre-enero) y tenían mayor interés en algunos demos del Ática. Las Dionisias urbanas, las principales fiestas de Dioniso en Atenas, tenían lugar entre el diez y el trece de elafebolión (cf. *supra*, IV 118, 12) y eran famosas por sus concursos y representaciones de tragedia y comedia.

[50] Este pasaje, diversamente interpretado, es uno de los más controvertidos de la obra de Tucídides; cómputos cronológicos distintos han sido objeto de discusión.

[51] Otro pasaje muy discutido. El texto habla de dos mitades que suman un año completo y puede inducir a pensar en dos auténticas mitades de igual duración. Pero las dos grandes estaciones tucidídeas eran dos partes del año desiguales (cf. *supra*, II 1); la estación del «buen tiempo» abarcaría ocho meses, dos tercios del año de primeros de marzo a primeros de noviembre, mientras que el invierno o la estación del «mal tiempo» sólo tendría los cuatro meses restantes.

[52] Estos diez años de la Guerra Arquidámica concluyeron, pues, con el tratado que se conoce con el nombre de Paz de Nicias. Este personaje ateniense (cf. *supra*, III 51, 1; IV 28-29; V 16, 1) era partidario de una política de compromiso que permitiera a los atenienses conservar su Imperio sin agravar las diferencias con los lacedemonios y sus aliados. A

Los lacedemonios devuelven los prisioneros atenienses, pero no consiguen que se cumpla su orden de restituir Anfípolis

21 Los lacedemonios, a quienes tocó en suerte ser los primeros en devolver lo que estaba en su poder, liberaron en seguida a los prisioneros de guerra que tenían y, enviando como embajadores a las ciudades de la costa tracia a Iscágoras, Menas y Filocáridas, ordenaron a Cleáridas que entregara Anfípolis a los atenienses y a los demás que acataran el tratado de paz en las condiciones previstas para cada ciudad. Pero 2 ellos no quisieron aceptarlo por considerarlo insatisfactorio, y Cleáridas tampoco entregó la ciudad para congraciarse con los calcideos, diciendo que no le era posible entregarla contra su voluntad. Él mismo, en compañía de 3 embajadores del lugar, se fue a toda prisa a Esparta con el propósito de defenderse si Iscágoras y sus colegas lo acusaban de no haber obedecido, y al mismo tiempo porque quería saber si los términos del acuerdo eran todavía susceptibles de modificación[53]; pero una vez que vio que los

pesar de que el tratado dejaba en suspenso algunas cuestiones y no se restablecía un clima de paz auténtica y total, Atenas podía considerarse satisfecha. Había resistido con éxito la agresión de una coalición muy poderosa y su Imperio se mantenía intacto. La importantísima plaza de Anfípolis iba a serle restituida. Los atenienses podían celebrar el fin de la guerra con entusiasmo. Esparta, por el contrario, había perdido prestigio. Los lacedemonios habían asumido el papel de «liberadores de Grecia» y la dirección de una guerra que habían iniciado, habían proclamado su propósito de acabar con el Imperio Ateniense. Nada habían conseguido. Después de diez años de guerra, el tratado significaba el reconocimiento de su incapacidad de cumplir las promesas hechas a sus aliados y a las otras ciudades de Grecia, que en el 431 confiaban en la superioridad militar de Esparta. El serio contratiempo de Pilos, con el deseo de Esparta de recuperar a sus hombres, había dado a Atenas una enorme ventaja.

[53] Cf. la cláusula del tratado que se da en V 18, 11. Cleáridas podía abrigar alguna esperanza en este sentido. También podía pensar en el intervalo entre la ratificación del tratado y su entrada en vigor (cf. *supra,*

lacedemonios se habían comprometido, regresó a toda prisa, enviado de nuevo a su puesto por los lacedemonios con la orden de entregar la plaza, si era posible, y, si no, de hacer salir de ella a todos los peloponesios que se encontraban allí.

Oposición al tratado por parte de algunos aliados de Esparta. Ésta, por temor a Argos, negocia una alianza con Atenas

22 Los aliados se encontraban todavía en Esparta, y los lacedemonios exhortaban a los que no habían aceptado el tratado a adherirse. Pero ellos, aduciendo las mismas razones por las que también antes lo habían rechazado[54], dijeron que no lo aceptarían si no estipulaban uno que fuera más justo que
2 aquél. Entonces los lacedemonios, en vista de que no les

V 20, 1). La oposición de Cleáridas, que seguía la línea de Brásidas, indica que el desacuerdo respecto a la Paz de Nicias y al entendimiento con Atenas no se daba sólo entre Esparta y los aliados; aquella política no era aceptada por todos en Esparta y pronto había de darse un giro: cf. *infra,* V 36, 1.

[54] Sus objeciones, a pesar de lo que aquí se dice, no han sido expuestas claramente. Por lo dicho en V 17, 2, podemos suponer la razón de Mégara, quejosa por la pérdida de Nisea. Beocia (Tebas) había obtenido Platea (por lo que a veces no se ha entendido del todo su negativa a aceptar el tratado: cf. D. KAGAN, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition,* Ithaca - Londres, 1981, págs. 20 ss.), pero parece que se oponía a causa de Panacto (cf. *infra,* V 18, 7; 39, 2); los motivos de Corinto y Élide aparecen en V 30-31. Los cuatro aliados debían de estar descontentos por pensar que Esparta había acordado la paz sin atender a los intereses generales, preocupada sobre todo por su propia conveniencia: obtener la devolución de los prisioneros de Esfacteria y recuperar Pilos y Citera, poder dedicarse a los problemas interiores provocados por hilotas y mesenios, y atender a la cuestión de Argos, su gran rival del Peloponeso, con la que en el 451 a. C. había firmado un tratado que ahora expiraba. La Paz de Nicias se ocupaba más de los puntos que afectaban directamente a Atenas y Esparta, las dos grandes potencias, y descuidaba algunos puntos sangrantes para los aliados. La resistencia de estos aliados especialmente

escuchaban, los despidieron y, por su parte, negociaron una alianza con los atenienses, considerando que las posibilidades de que los argivos renovaran su tratado con ellos eran mínimas, puesto que no habían querido hacerlo cuando Ampélidas y Licas habían ido a Argos, y que los argivos sin los atenienses no eran de temer[55], mientras que así sería mayor la posibilidad de que el resto del Peloponeso se mantuviera tranquilo, habida cuenta de que las ciudades de aquella región, si tenían la oportunidad, se pasarían al lado de los atenienses. Así, pues, estando presentes los embaja- 3
dores atenienses y entablándose las conversaciones, llegaron a un acuerdo, y los juramentos y la alianza fueron de este tenor:

Texto de la alianza entre Atenas y Esparta

«Los lacedemonios y los atenien- 23
ses serán aliados por cincuenta años en las condiciones siguientes. Si un enemigo invade el territorio de los lacedemonios y causa daño a los lacedemonios, los atenienses ayudarán a los lacedemonios de la manera más eficaz que puedan, de acuerdo con los medios a su alcance; y si el invasor se retira tras devastar el territorio, su ciudad será declarada enemiga de los lacede-

afectados a someterse a la paz y también la que surgió en Tracia, unida a la preocupación por la cuestión de Argos, hicieron que Esparta pensara en la conveniencia de reforzar la paz mediante la conclusión de una alianza defensiva con Atenas.

[55] Todo el pasaje es muy discutido y ha sido objeto de diversas correcciones e interpretaciones (cf. A. W. GOMME, *A historical commentary on Thucydides*, vol. III, págs. 691-692). Algunos prefieren añadir un «*epitíthesthai*» y leer *epispéndesthai, <epitíthesthai> (kaì autoùs*... en lugar de *epispéndesthai, kaì autoùs*. De este modo se entiende: «considerando que así era menor el riesgo de un ataque por parte de los argivos —que no habían querido renovar la tregua cuando (o «a pesar de que») Ampélidas y Licas habían ido a Argos—, pues ellos solos sin los atenienses no eran de temer...».

monios y de los atenienses y será objeto de las represalias de ambos, y ambos estados pondrán fin a las hostilidades al mismo tiempo. Esto se hará con justicia, con empeño y
2 sin dolo. Igualmente, si un enemigo invade el territorio de los atenienses y causa daño a los atenienses, los lacedemonios ayudarán a los atenienses de la manera más eficaz que puedan, de acuerdo con los medios a su alcance; y si el invasor se retira tras devastar el territorio, su ciudad será declarada enemiga por los lacedemonios y los atenienses, y será objeto de las represalias de ambos, y ambos estados pondrán fin a las hostilidades al mismo tiempo. Esto se
3 hará con justicia, con empeño y sin dolo. Si la clase de los esclavos se subleva[56], los atenienses prestarán auxilio a los lacedemonios con todas sus fuerzas, de acuerdo con los medios a su alcance.

4 Jurarán estas cláusulas los mismos representantes que, por una y otra parte, también han jurado el tratado de paz. Renovarán el juramento cada año, yendo los lacedemonios a Atenas durante las Dionisias y yendo los atenienses a
5 Esparta durante las Jacintias. Unos y otros erigirán una estela, la de Esparta junto al templo de Apolo en Amiclas,
6 y la de Atenas en la acrópolis junto al templo de Atenea. Si los lacedemonios y los atenienses consideran oportuno añadir o quitar algún punto al presente tratado de alianza, cualquier cosa que decidan será, para ambas partes, compatible con su juramento.

---

[56] Esta cláusula constituye una garantía para Esparta ante una posible sublevación de sus hilotas (cf. *supra*, IV 41, 3; 80, 2-5; V 14, 3). Se ha observado que, respecto a la clase de los esclavos *(hē douleía)*, se daba una situación distinta en Atenas y en Esparta. En ésta había el constante temor de una rebelión.

Los signatarios. Devolución de los prisioneros de Esfacteria y fin de los diez años

Prestaron juramento por parte de los lacedemonios los siguientes[57]: Plistoanacte, Agis, Plístolas, Damageto, Quiónide, Metágenes, Acanto, Daito, Iscágoras, Filocáridas, Zeúxidas, Antipo, Alcínadas, Télide, Empedias, Menas y Láfilo; y por los atenienses, Lampón, Istmiónico, Laques, Nicias, Eutidemo, Procles, Pitodoro, Hagnón, Mírtilo, Trasicles, Teágenes, Aristócrates, Yolcio, Timócrates, León, Lámaco y Demóstenes.» 24

Esta alianza se concertó no mucho después del tratado de paz, y los atenienses devolvieron a los lacedemonios los hombres de la isla[58]; comenzaba entonces el verano del 2

[57] Aparecen los mismos nombres que en 19, 2, con la salvedad de que allí los dos primeros han sido restituidos por comparación con el texto presente. Hay, además, un par de diferencias mínimas en el orden de los nombres. Alcínadas y Télide, por parte lacedemonia, y Laques y Nicias, entre los atenienses, están en orden inverso. El hecho no tiene probablemente ninguna significación.

[58] Los lacedemonios logran por fin su mayor deseo desde la época de Esfacteria. Por fin recuperaban los hombres capturados en la isla. Pero, al devolverlos, los atenienses perdían su mejor garantía de que se cumplirían los términos del tratado, especialmente la restitución de Anfípolis y Panacto. Fue un gesto generoso que Plutarco *(Nicias* 10, 8) atribuye a Nicias, afirmando que el hecho contribuyó a disminuir su popularidad en Atenas. La actuación de Nicias nos hace pensar en la política de Cimón (cf. *supra,* I 45, 98 y 102). Ya cuatro años antes, embajadores lacedemonios habían propuesto a los atenienses una alianza que permitiría a los dos estados más poderosos de Grecia dirigir al resto del mundo griego (cf. *supra,* IV 20). Nicias tenía entre los dirigentes espartanos amigos que apoyaban una política de entendimiento con Atenas. Sin embargo, las cosas no estaban claras; algunos aliados eran reacios al tratado de paz y los calcideos se resistían a devolver Anfípolis; la política de Esparta iba a mostrarse indecisa o acomodaticia y no estaría a la altura de la buena fe de Nicias. Sus adversarios políticos, particularmente Alcibíades, se lo echarían en cara.

undécimo año. Y lo escrito hasta aquí es la historia de la primera guerra, que se desarrolló ininterrumpidamente durante los diez años precedentes[59].

SEGUNDA PARTE DE LA GUERRA DEL PELOPONESO.

LA FALSA PAZ (421-414 a. C.)

AÑO UNDÉCIMO: 421-420 a. C.

SEGUNDA INTRODUCCIÓN

De la paz inestable a la guerra declarada

25 Después del tratado de paz y de la alianza entre los lacedemonios y los atenienses que se concertaron después de la guerra de los diez años[60], cuando Plístolas era éforo en Esparta y Alceo arconte en Atenas, la paz se estableció entre los pueblos que se habían adherido al tratado, pero los corintios y algunas otras ciudades del Peloponeso tra-

---

[59] Con este relato, en el que la alianza entre Esparta y Atenas constituye el colofón de la Guerra Arquidámica, Tucídides prolonga un poco (la alianza se concertó «no mucho después del tratado de paz») el décimo año de guerra. Aquí acaba la guerra de los diez años, la primera gran sección de la *Historia* de Tucídides (o más bien la segunda, considerando que el libro I es la primera).

[60] Se ha discutido respecto a la línea divisoria entre la primera parte de la *Historia*, la del período de diez años o Guerra Arquidámica, y la segunda, la referente a los años que siguieron. Parece que debe situarse al final del cap. 24, aunque algunos detalles del cap. 25, como la declaración del establecimiento de la paz con los años oficiales del arcontado y del eforato, inducen a pensar en el epílogo de una obra preparada para una próxima publicación. Dado el carácter de resumen del cap. 25, algunos críticos piensan que este capítulo pertenece a la parte de la obra que con-

taban de alterar la nueva situación y en seguida se produjeron otros movimientos de los aliados contra Esparta. A eso 2
se añadió que, con el pasar del tiempo, los lacedemonios resultaron igualmente sospechosos a los ojos de los atenienses, al no dar cumplimiento en algunos puntos a lo que estaba previsto en los acuerdos. Así, durante seis años y 3
diez meses[61], se abstuvieron de marchar contra los respec-

cluiría con la narración de los diez años, mientras que el cap. 26, en el que aparece otra vez el nombre de Tucídides, como en el prólogo de I 1, sería el comienzo de la segunda parte de la obra (cf. J. STEUP, *Thukydideische Studien,* Friburgo, 1881, págs. 85 ss.). Pero se dan otras explicaciones. Se piensa, por ejemplo, que los dos capítulos podrían ser dos redacciones distintas del prólogo de la segunda parte de la *Historia;* el cap. 25 habría sido escrito en un momento en que la guerra todavía no había terminado, mientras que el cap. 26, que alude a la caída de Atenas, sería un nuevo prólogo a la segunda parte de la obra escrito tras el final de la guerra [cf. H. D. WESTLAKE, «The two second prefaces of Thucydides», *Phoenix* 26 (1972), 12-17]. Es probable que en estos capítulos de conexión entre dos fases del relato se dieran varias redacciones o algunos cambios y adaptaciones y que hayan llegado a nosotros sin una revisión final.

[61] Esta cifra de seis años y diez meses que dan los manuscritos es objeto de algunas discusiones. Hay incluso quien no la acepta (Acacius, Krüger, Romilly), sustituyendo el «seis» por un «siete», lo que no deja de ser una corrección problemática. Si hacemos el cálculo de los «seis años y diez meses», como parecía lógico, a partir de la Paz de Nicias (a comienzos de la primavera del 421), la reanudación de las hostilidades se situaría en pleno invierno del 415-414, en una época en que no hubo ninguna acción de guerra en el Ática o en el Peloponeso (cf. *infra,* VI 75-93). Parece, sin embargo, que debemos calcular este período tomando como punto de partida el principio del invierno del 421, cuando en Esparta subieron al poder los éforos antiatenienses que comenzaron a negociar con Corinto y Beocia con vistas a la ruptura del acuerdo con Atenas (cf. *infra,* V 36). Desde este punto, los «seis años y diez meses» nos llevan a la clara violación de la tregua por parte de los atenienses, a fines del verano del 414, después de producirse algunos desembarcos en tierras de Laconia, en julio probablemente (cf. *infra,* VI 105). Contando desde la Paz de Nicias hasta esta época del verano del 414 son siete años y unos pocos meses, sin llegar, por supuesto, a diez, lo que no cuadra exactamente ni

tivos territorios, pero fuera de éstos, en una situación de armisticio inestable, se inferían unos a otros los mayores daños; finalmente empero, obligados a romper el tratado acordado después de los diez años, se encontraron de nuevo en una situación de guerra declarada[62].

---

con el texto ni con la corrección que algunos adoptan. Si tomáramos como límites la Paz de Nicias y la invasión del Ática de la primavera del 413 (cf. *infra,* VII 19, 1), serían ocho años, lo que tampoco concuerda. Lo más conveniente es, pues, aceptar el texto con los límites indicados, desde noviembre del 421 hasta fines del verano del 414.

[62] Respecto a la «guerra declarada», cf. *supra,* I 23, 6; II 1; *infra,* VI 105. En cuanto al período de paz que siguió a los diez años, obsérvese el análisis general que hace Tucídides y, en concreto, la valoración de 26, 2. El historiador sostiene la tesis de que dicho período de paz no es más que una tregua pasajera o una falsa paz entre dos guerras parciales, la arquidámica y la decélica, que formaban una sola guerra. Se transmite la impresión de que desde el primer momento surgieron serias dificultades, a pesar de los esfuerzos de los partidarios de la paz de las dos potencias, y de que pronto los griegos vieron que aquello era una situación transitoria. La oposición a la paz de los importantes aliados de Esparta y su obstinación en tener una política propia constituían un grave obstáculo. Esparta, primero, no podía obligar a sus aliados a aceptar las condiciones del tratado y luego, con la subida al poder de los «halcones», representados por los nuevos éforos Cleobulo y Jénares —cf. *infra,* V 36, 1— (en terminología de G. E. M. de Ste. Croix, *The Origins of the Peloponnesian War,* Londres, 1972, págs. 169 ss.), dio un nuevo giro a su política exterior. Las ciudades de Calcídica se resistían a reingresar en la Liga marítima, Anfípolis no era devuelta a los atenienses y los beocios no restituían Panacto a Atenas, que, en correspondencia retenía Pilos y Citera. En Atenas, desilusionada de la política de Nicias porque importantes cláusulas se quedaban sin cumplimiento y con problemas económicos, se producía el ascenso de Alcibíades, rival de Nicias, y partidario también de otra política exterior. Y por otra parte entraba en escena un nuevo y prestigioso actor, Argos. Todo ello hará que asistamos a una época de paz inestable, de intensa actividad diplomática y de enfrentamientos indirectos, a un estado de guerra latente.

TUCÍDIDES, AUTOR DE LA HISTORIA, SU MÉTODO Y SU SITUACIÓN DURANTE LA GUERRA. CONSIDERACIONES SOBRE LA DURACIÓN DE LA MISMA

El mismo Tucídides de Atenas[63] ha escrito también la 26
historia de estos hechos, relatándolos según el orden en que sucedió cada uno, por veranos e inviernos, hasta el momento en que los lacedemonios y sus aliados pusieron fin al impe-

---

[63] Esta fórmula en la que Tucídides aparece en tercera persona, fórmula que algunos han considerado interpolada, contrapuesta a lo que sigue en 26, 4, donde el narrador habla en primera persona, constituye uno de los argumentos utilizados en la formulación de una tesis radical según la cual los capítulos 1-83 del libro V (sobre todo la sección 25-83), en la forma que han llegado a nosotros, serían obra de un redactor que habría elaborado un material dejado por Tucídides (cf. L. CANFORA, *Tucidide continuato*, Padua, 1970; «Tucidide continuato e pubblicato», *Belfagor* 25 (1970), 121-134; F. LASERRE, «Le Tucidide continuato de Luciano Canfora», *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica* 100 (1972), 240-250; L. CANFORA, «Storia antica del testo di Tucidide», *Quaderni di Storia* 3 (1977), 3-39, n. 6). Otros argumentos serían: la ausencia en estos capítulos de la fórmula normalmente utilizada por Tucídides para concluir los años (cf., por ej., *supra*, II 70, 5; 103, 2; III 25, 2; 88, 4; 116, 3; *infra*, VI 7, 4; 93, 4), fórmula que no aparece en V 20, 1; 39, 3; 51, 2; 56, 5; 81, 2 y 83, 4; la repetición en los capítulos V 25-26 de conceptos ya expuestos anteriormente, como la consideración sobre el método cronológico (cf. V 26, 1, y II 1) y la observación sobre la relación entre la vida del autor y los acontecimientos de la *Historia* (cf. V 26, 4-5, y I 1, 1). Serían indicios, según esta tesis, de la mano de otro escritor, que podría ser Jenofonte, cuyas *Helênicas* constituyen la continuación de la obra tucidídea, con la que están estrechamente unidas: sus primeras palabras son *metà dè taûta...*, «no muchos días después de estos acontecimientos»; otro título de la obra es *Paraleipómena tês thoukydídou xyngraphês* o *Complemento de la historia de Tucídides* (cf. JENOFONTE, *Helénicas*, trad. introd. y notas de

rio de los atenienses y ocuparon los Muros Largos y el Pireo[64]. Hasta este momento la duración total de la guerra
2 fue de veintisiete años. Y en cuanto al período de acuerdo que hubo en medio, si alguno no quiere considerarlo tiempo de guerra, no juzgará acertadamente. Que preste atención a los hechos tal como han sido analizados y se dará cuenta de que no es razonable tener por época de paz aquella en la que ni devolvieron ni recuperaron todo lo que habían acordado y, además de eso, unos y otros cometieron violaciones en la guerra de Mantinea y en la de Epidauro y en otras ocasiones; los aliados de la costa tracia siguieron con la misma hostilidad que antes y los beocios, en fin, se limitaron a observar un armisticio renovable cada
3 diez días. Así, sumando la primera guerra de diez años, la suspensión de hostilidades llena de recelos que vino después y la guerra que luego derivó de esta situación, se hallará, efectuando el cálculo por estaciones, que son los años que he dicho, con pocos días de más, y para aquellos que hacen afirmaciones fundándose en oráculos[65], resul-

---

O. GUNTIÑAS, Madrid, B.C.G., 2, 1977, págs. 11-13); la primera parte de las *Helénicas* (I-II 3, 10: período 411-404 a. C., hasta el final de la Guerra del Peloponeso) está estructurada según el método analístico y la cronología estacional de Tucídides; se sabe, además, que, en la Antigüedad, la obra de Jenofonte que completaba la *Historia* de Tucídides debía de circular con el manuscrito tucidídeo.

[64] Éste debía de ser su propósito, pero la muerte debió de sorprenderlo antes de poder completar la obra hasta el final de la Guerra. Es posible que tuviera hecho un esbozo e incluso que se perdiera una última parte inacabada, pero su obra sólo llega al 411. Sobre estas cuestiones, cf. el coloquio que sigue a «L'utilité de l'Histoire selon Thucydide», de J. DE ROMILLY (en *Histoire et Historiens dans l'Antiquité. Entretiens sur l'Antiquité Classique*, IV, Vandoeuvres-Ginebra, 1956, págs. 41-81, y en concreto págs. 78-81) con intervenciones de Momigliano, de Romilly, Martin y Syme.

[65] Normalmente Tucídides no muestra un gran aprecio por los oráculos (cf. *supra*, II 8, 2; 17, 2; 21, 3; 54, 2-5) y los portentos (cf. *infra*, VII

tará que éste es el único caso confirmado con seguridad.
Yo mismo recuerdo, en efecto, que siempre, tanto al prin- 4
cipio de la guerra como hasta que se terminó, eran muchas
las personas que anunciaban que duraría tres veces nueve
años. Yo he vivido durante toda su duración, con edad 5
para comprender y esforzándome en conocer los hechos
con exactitud. Se ha dado la circunstancia, además, de que
he estado desterrado de mi patria veinte años, después de
mi mando de Anfípolis, y, al vivir los acontecimientos en
los dos campos, y sobre todo en el de los peloponesios, a
causa de mi destierro, he tenido la calma necesaria para
comprenderlos un poco mejor. Voy, pues, a relatar las dife- 6
rencias que siguieron a los diez años, la violación de los
tratados y la forma como se desarrollaron las hostilidades
a continuación.

La diplomacia en acción. Los peloponesios descontentos se unen a Argos

Sugerencias de los corintios a Argos

Una vez que se concluyeron el 27
tratado de paz por cincuenta años,
y la posterior alianza, las embaja-
das del Peloponeso, que habían sido
convocadas para ese fin, partieron
de Esparta. Los demás regresaron a su patria, pero los 2
corintios se dirigieron primero a Argos y entablaron con-
versaciones con algunos dirigentes argivos; puesto que los
lacedemonios, no para bien, sino con vistas a la esclavitud
del Peloponeso, habían pactado un tratado de paz y una

50, 4). Cf. S. I. Oost, «Thucydides and the Irrational: sundry passages», *Classical Philology* 70 (1975), 186-196.

alianza con los atenienses, antes sus peores enemigos, era preciso —dijeron— que los argivos velaran por la salvación del Peloponeso y decretaran que cualquier ciudad griega que lo deseara —siempre que fuera independiente y respetara la paridad e igualdad de derechos— pudiera concertar una alianza con los argivos con vistas a la mutua defensa; debían asimismo designar unos cuantos hombres investidos de plenos poderes y no someter la cuestión al pueblo, a fin de no ser descubiertos en caso de no lograr convencer a la mayoría. Y dijeron que muchos se les unirían por odio a
3 los lacedemonios. Tras hacer estas recomendaciones, los corintios también regresaron a su patria.

Argos acepta la propuesta corintia

28 Una vez que los hombres de Argos que las escucharon dieron cuenta de estas proposiciones al gobierno y al pueblo, los argivos aprobaron un decreto favorable a la propuesta y eligieron doce hombres, con los que podría concluir una alianza cualquier pueblo griego que lo deseara, excepción hecha de atenienses y lacedemonios; con ninguno de estos dos estados sería lícito hacer un tratado sin
2 el consentimiento del pueblo de los argivos. Los argivos aceptaron estas proposiciones más decididos, porque veían que iban a entrar en guerra con los lacedemonios (pues su tratado con ellos estaba a punto de expirar) y, al mismo tiempo, porque esperaban conseguir la hegemonía del Peloponeso. Por esta época, en efecto, Esparta se encontraba en un momento de máximo desprestigio y era menospreciada a causa de sus fracasos, mientras que los argivos estaban en la mejor situación en todos los aspectos, al no haber tomado parte en la guerra contra Atenas y haber más bien sacado partido del hecho de tener tratados con los dos bandos. Así, pues, los argivos se pusieron a acoger en su alianza a los griegos que quisieron.

Mantinea es la primera en aliarse con Argos

Los mantineos y sus aliados fueron los primeros en unirse a ellos por temor a los lacedemonios. Esto era debido a que una parte de Arcadia había sido sometida al vasallaje de los mantineos cuando todavía duraba la guerra contra los atenienses, y pensaban que los lacedemonios no les permitirían ese dominio ahora que estaban libres de las obligaciones bélicas; así que se inclinaron de buen grado del lado de Argos, considerándola una ciudad importante, siempre en discordia con los lacedemonios y gobernada democráticamente, como ellos mismos. Al hacer defección los mantineos, en el resto del Peloponeso comenzó a correr la voz de que las otras ciudades también debían hacer lo mismo; creían que los mantineos habían cambiado de alianza porque sabían algo más, y al mismo tiempo estaban irritados con los lacedemonios porque, entre otras razones, en el tratado con Atenas se había suscrito que era compatible con los juramentos añadir o quitar cualquier cosa que decidieran las dos ciudades, Esparta y Atenas. Era esta cláusula la que inspiraba más inquietud en el Peloponeso y hacía brotar la sospecha de que los lacedemonios querían esclavizarlo con la ayuda de los atenienses; pues lo justo hubiera sido que se hubiese suscrito el derecho de modificación para todos los aliados. Así, llenos de temor, la mayor parte estaban ansiosos de concluir, cada uno por su parte, una alianza con los argivos.

Los mantineos y sus aliados fue- 29
democráticamente, como ellos mismos. Al hacer defección 2
decidieran las dos ciudades, Esparta y Atenas. Era esta 3
cación para todos los aliados. Así, llenos de temor, la 4

Corinto rechaza la protesta de Esparta

Los lacedemonios, al darse cuenta de que aquella voz se había extendido por el Peloponeso y de que los corintios, que habían sido los instigadores, iban a concluir un tratado con Argos, enviaron embajadores a Corinto con el propósito de anticiparse a lo que estaba a punto de ocurrir; acu- 30

saron a los corintios de estar en la dirección de todo el
asunto y les dijeron que, si se separaban de ellos y se
hacían aliados de los argivos, violarían los juramentos y
que ya faltaban a la justicia al no aceptar el tratado con
Atenas, ya que se había dicho que lo que votara la mayoría
de los aliados sería válido, a menos que hubiera impedi-
2 mento por parte de los dioses o de los héroes. Los corin-
tios, en presencia de todos los aliados que tampoco habían
aceptado el tratado (a los que habían convocado con ante-
rioridad)[66], respondieron a los lacedemonios sin manifestar
claramente los agravios que habían sufrido[67], como el
hecho de que no habían recuperado para ellos de manos de
los atenienses ni Solio ni Anactorio, o cualquier otro
motivo por el que se consideraran perjudicados; pero sí
esgrimieron como pretexto su voluntad de no traicionar a
los pueblos de la costa tracia, pues se habían comprome-
tido con ellos con juramentos de modo particular, primero
cuando hicieron defección juntamente con los de Potidea, y
3 luego con otros juramentos. No violaban, por tanto, decían,
sus juramentos de aliados al no adherirse al tratado con los
atenienses, pues desde el momento en que habían jurado
fidelidad a aquellos pueblos en nombre de los dioses, trai-
cionarlos hubiera constituido perjurio. La cláusula en cues-
tión decía «a menos que haya impedimento por parte de los
dioses o de los héroes», y aquello les parecía un impedi-

[66] A la llegada de los lacedemonios. Cf. el análisis de la hábil y tortuosa diplomacia corintia en este período en D. KAGAN, «Corinthian Diplomacy after the Peace of Nicias», *American Journal of Philology* 81 (1960), 291-310; H. D. WESTLAKE, «Corinth and the Argive Coalition», *American Journal of Philology* 61 (1940), 413-421; V. MARTIN, *La Vie Internationale dans la Grèce des Cités (VIᵉ-IVᵉ s. av J.C.)*, París, 1940, págs. 444 ss.

[67] Es decir, la *alethestátē próphasis*, la verdadera causa. Cf. *supra*, V 17, 2.

mento divino. Esto fue cuanto dijeron respecto a sus anti- 4
guos juramentos, y respecto a la alianza con los argivos, consultarían con sus amigos y harían lo que fuera justo.
Entonces, los embajadores lacedemonios regresaron a su 5
patria. Y se daba el caso de que también se encontraban en Corinto unos embajadores argivos, que exhortaban a los corintios a entrar en la alianza sin tardar; y éstos les invitaron a que asistieran a la siguiente asamblea de su ciudad[68].

Eleos, corintios y calcideos de Tracia se alían con Argos

Inmediatamente después llegó 31
también una embajada de los eleos, que en primer lugar concluyó una alianza con los corintios; luego desde allí se dirigieron a Argos y, tal como se había previsto, se hicieron aliados de los argivos. Los eleos mantenían diferencias con los lacedemonios a
causa de Lépreo. En otro tiempo, en efecto, había estallado 2
una guerra entre los lepreatas y algunos pueblos de Arcadia, y los eleos habían sido llamados por los lepreatas para que se les unieran en alianza a cambio de la mitad de su territorio; y una vez que pusieron fin a la guerra, los eleos determinaron que los lepreatas siguieran cultivando sus tierras con la obligación de tributar un talento a Zeus de
Olimpia. Éstos lo habían pagado hasta el comienzo de la 3
guerra con Atenas, pero luego, con el pretexto de la misma, dejaron de hacerlo; entonces los eleos trataron de obligarles y ellos se dirigieron a los lacedemonios. Y después que se encomendó el arbitraje a éstos, sospechando que no obtendrían un trato justo, se desentendieron del arbitraje y se dedicaron a devastar el territorio de los

---

[68] Es probable que Corinto quisiera asegurarse antes el apoyo de los eleos (cf. *infra,* V 31, 1). Algunos interpretan esta frase refiriéndola a los argivos, pero gramaticalmente es una interpretación más forzada y no parece necesaria.

4 lepreatas. A pesar de ello, los lacedemonios no dejaron de dictar sentencia declarando que los lepreatas eran independientes y los eleos culpables de agresión; y, dado que no acataban el arbitraje, enviaron a Lépreo una guarnición de
5 hoplitas. Entonces los eleos, considerando que los lacedemonios habían acogido a una ciudad que había hecho defección de ellos e invocando el acuerdo[69] en el que se decía que las posesiones que se tuvieran al entrar en la guerra con Atenas debían mantenerse en el momento de salir, juzgaron que no habían recibido un trato justo e hicieron defección para pasarse a los argivos; así también ellos con-
6 cluyeron la alianza en las condiciones previstas. Inmediatamente después de ellos, se hicieron también aliados de los argivos los corintios y los calcideos de la costa tracia. Los beocios y los megareos, en cambio, siguiendo una misma política[70], no hicieron nada, manteniéndose a la expecta-

---

[69] Pasaje problemático. ¿A qué acuerdo se refiere? En V 17, 2 hemos visto que en este sentido hubo un acuerdo previo a la conclusión de la Paz de Nicias; se trataba de una estipulación fundamental por la que ambas partes debían devolverse las posesiones ocupadas durante la guerra, es decir, debían salir de ella como habían entrado. Es probable que se refiera a este principio básico de una paz que Élide no había ratificado por no estar conforme con sus términos. (Cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary...*, vol. IV, págs. 28-29; V. Alonso Troncoso, *Neutralidad y Neutralismo...*, págs. 480 y 503.) Otros piensan que podría referirse a antiguos juramentos (cf. *supra*, V 30, 1 y 4), a un acuerdo constituyente de la Liga del Peloponeso; pero en este caso no se hablaría de la guerra con Atenas. También podría tratarse (así lo piensan Grote, Classen y otros) de un acuerdo pactado entre los miembros de la Liga antes o en el momento de estallar la guerra.

[70] «Hablando el mismo lenguaje», *tò autò légontes*, «de acuerdo entre ellos», como en IV 20, 4, n. 96. No «de acuerdo con los corintios y los argivos», como entienden algunos. Respecto a lo que sigue, *hēsýchazon, periorōmenoi <tà> apò tôn lakedaimoníōn*, entendemos «no hicieron nada, manteniéndose a la expectativa de lo que se haría por parte de los lacedemonios» de acuerdo con el texto corregido por Haase *(<tà>apò tôn*

tiva de lo que harían los lacedemonios y considerando que para ellos, que eran una oligarquía, la democracia de los argivos era menos conveniente que el régimen de los lacedemonios.

DIVERSOS HECHOS DE GUERRA Y ACTIVIDAD DIPLOMÁTICA

Toma de Escione. Reinstalación de los delios. Guerra entre focenses y locros. Tegea no quiere romper con Esparta. Corinto y los beocios

Por la misma época de aquel 32
verano, los atenienses tomaron por asedio Escione; mataron a los hombres adultos, redujeron a la esclavitud a niños y mujeres, y entregaron el territorio a los plateos para que lo ocuparan[71]. También reinstalaron a los delios en Delos[72], recordando los desastres sufridos en el campo de batalla y porque un oráculo del dios de Delfos así lo ordenaba. Y los 2

Lakedaimoníōn), en lugar del *hypò tôn Lakedaimoníōn* de los manuscritos. Otros, siguiendo a Dobree, suprimen este *hypò tôn lakedaimoníōn* por considerarlo una interpolación y entienden «manteniéndose a la expectativa de los acontecimientos».

[71] Tucídides menciona sin comentarios (ya habló de la represión de las sublevaciones en el caso de Mitilene: III 36-50) este crimen de los atenienses, que, como en el caso de Melos (cf. *infra,* V 84 ss.), tuvo gran resonancia en el mundo griego. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 3; ISÓCRATES, IV 100; 107-109; XII, 62-63; 89; DIODORO, XII 76, 3; XIII 30, 6. Respecto a los plateos y su situación en relación con Atenas, cf. *supra,* III 55, 3.

[72] Sobre la expulsión de los delios de su isla un año antes, cf. *supra,* V 1. Hay aquí una prueba de que los atenienses eran casi tan supersticiosos como los espartanos (cf. *infra,* VII 18, 2-3). Respecto a este pasaje, cf. D. LATEINER, «Pathos in Thucydides», *Antichthon* 11 (1977), 46-47.

3 focenses y locros entraron en guerra[73]. Los corintios y los argivos, que ya eran aliados, fueron a Tegea para incitarla a separarse de los lacedemonios; veían que era una parte importante del Peloponeso y pensaban que, si se les unía,
4 todo el Peloponeso sería suyo. Pero como los tegeatas dijeron que no se opondrían en nada a los lacedemonios, los corintios, que hasta entonces habían actuado con entusiasmo, aflojaron en su ardor[74] y empezaron a temer que
5 ninguno de los otros quisiera ya pasarse a ellos. No obstante, se presentaron ante los beocios para pedirles que se hicieran aliados suyos y de los argivos y actuaran en todo siguiendo una política común. Y tocante a la tregua renovable cada diez días, que habían acordado entre atenienses y beocios no mucho después del tratado de paz por cincuenta años, los corintios pidieron a los beocios que les acompañaran a Atenas y les negociaran una tregua como la que tenían los beocios; y si los atenienses no aceptaban, debían denunciar el armisticio y no concluir en adelante
6 ningún tratado sin contar con ellos. Ante las peticiones corintias, los beocios les rogaron que esperaran en lo relativo a la alianza con los argivos; y fueron a Atenas con los corintios, pero no obtuvieron la tregua de diez días, sino que los atenienses respondieron que ya estaba en vigor un tratado de paz con los corintios, si es que eran aliados de

---

[73] No se nos dice nada más de esta pequeña guerra. Es como una breve nota que no ha sido desarrollada ni suprimida en una revisión final. Cf. Diodoro, XII 80, 4, que menciona brevemente una victoria de Fócide sobre los locros en el año 418-417 a. C.

[74] En un rápido cambio del entusiasmo a la preocupación, que Gomme comparaba al que experimentaron los atenienses en Regio (cf. *infra,* VI 46, 2). La negativa de Beocia, Mégara y Tegea a oponerse a Esparta era un serio contratiempo para el planteamiento corintio. Cf. D. Kagan, «Corinthian Diplomacy after the Peace of Nicias», *American Journal of Philology* 81 (1960), 301.

los lacedemonios[75]. Pero los beocios no denunciaron por ello su tregua de diez días, a pesar de las pretensiones de los corintios y de las acusaciones de que así lo habían convenido con ellos. Y se observaba una suspensión de hostilidades entre corintios y atenienses, aunque no estuviera ratificada por un tratado[76]. 7

EXPEDICIÓN LACEDEMONIA A ARCADIA: ESPARTA DECLARA LA INDEPENDENCIA DE LOS PARRASIOS, VASALLOS DE MANTINEA

33 El mismo verano[77], los lacedemonios, a las órdenes de Plistoanacte, hijo de Pausanias, rey de Esparta, hicieron una expedición con todas sus tropas contra los parrasios de Arcadia, que eran vasallos de los mantineos. Se les había llamado con motivo de unas discordias internas y, al mismo tiempo, querían destruir, si podían, el fuerte de Cípsela, que había sido construido por los mantineos y estaba defendido por ellos mismos; se encontraba en Parrasia mirando a Escirítide de Laconia. Los lacedemonios se 2

[75] Cf. *supra,* V 18, 1. El texto del tratado de paz indicaba que se había concluido entre Atenas y Esparta y sus respectivos aliados. Corinto, sin embargo, no se había adherido. En principio era igual el caso de Beocia. No obstante, Atenas considera a Corinto y a Beocia de diferente manera y les niega a los corintios lo que había concedido a los beocios (cf. *supra,* V 26, 2). Es probable que Corinto, en aquel momento en actitud de decidida rebeldía frente a Esparta (cf. *supra,* V 30; 38, 3), le inquietara menos que su vecina Beocia.

[76] Una *anakōkhē áspondos,* es decir, un estado de tregua *de facto* por propia conveniencia, sin haber mediado ningún convenio que regulase la situación. Cf. F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia,* I, Santiago de Compostela, 1975, pág. 90, n. 1.

[77] El del 421 a. C.

dedicaron a devastar el territorio de los parrasios, y los mantineos, tras confiar su ciudad a una guarnición argiva, defendían personalmente el territorio de sus aliados; pero, al verse incapaces de salvar el fuerte de Cípsela y las ciudades de los parrasios, se retiraron. Entonces los lacedemonios declararon independientes a los parrasios y, tras derribar el fuerte, regresaron a su patria.

Esparta liberta a los hilotas que habían servido con Brásidas y despoja de sus derechos a los espartiatas de Esfacteria

34 El mismo verano, asimismo, cuando ya se encontraban en Esparta los soldados que habían partido con Brásidas hacia la costa tracia, conducidos de nuevo a la patria por Cleáridas después de la conclusión del tratado de paz, los lacedemonios decretaron que los hilotas que habían combatido con Brásidas fueran libres y habitaran donde quisieran; y no mucho después los establecieron con los *neodamodes*[78] en Lépreo[79], en la zona fronteriza entre Laconia y
2 Élide, pues ya tenían diferencias con los eleos. Contraria-

[78] Los *neodamodes* eran hilotas liberados (el término *neodamōdēs* significa literalmente «miembro reciente del pueblo»). Sabemos poco respecto a su situación jurídica y social. Cf. *infra,* VII 58; Jenofonte, *Helénicas* I 3, 15; VI 5, 24; M. I. Finley, «Esparta», en *Uso y abuso de la Historia,* 3.ª ed. esp., 1984, págs. 248-272, esp. 253, 258 y 263.

[79] Cf. *supra,* V 31, 1. Extraña aquí esta nota geográfica cuando poco antes se ha hablado más ampliamente (cf. *supra,* V 31, 2-5) sobre la disputa entre Élide y Esparta a causa de Lépreo. Esparta había declarado independientes a los lepreatas (cf. *supra,* V 31, 4) y parece como si buena parte de estos lepreatas hubieran rechazado esta «autonomía» y hubieran emigrado a Élide, dejando el territorio para que Esparta estableciera a los hilotas emancipados.

mente, a los hombres que habían sido apresados en la isla y que habían entregado las armas, temiendo que pensaran que a consecuencia de su desgracia iban a ser relegados y que por ello, al estar en posesión de todos sus derechos, tramaran alguna revuelta[80], les despojaron de sus derechos, incluso en el caso de que algunos ya ocuparan cargos, y a consecuencia de esta privación quedaron incapacitados para ejercer cargos públicos y para comprar o vender cualquier cosa. Algún tiempo después, sin embargo, recuperaron su condición de ciudadanos de pleno derecho.

ATENAS PIERDE TISO Y NO CONSIGUE RECUPERAR ANFÍPOLIS Y PANACTO, PERO RETIRA DE PILOS A MESENIOS E HILOTAS. SE MANTIENEN LAS RELACIONES ENTRE ATENAS Y ESPARTA A PESAR DE LOS INCUMPLIMIENTOS

Aquel mismo verano, los de Dío tomaron Tiso, ciudad 35
de la Acte de Atos[81], que era aliada de los atenienses.

---

[80] Esparta, siempre amante de la estabilidad, estaba temerosa de cualquier *stásis*, tanto si el peligro procedía de los hilotas (cf. *supra*, IV 80) como si el riesgo estaba en el descontento de los propios ciudadanos. Respecto a otros casos en que Esparta hace pagar el deshonor, cf. HERÓDOTO, VII 231-32, donde respecto a Aristodemo, superviviente de la batalla de las Termópilas, se dice: «Las muestras de discriminación que tuvo que soportar eran las siguientes: ningún espartiata le daba fuego ni le dirigía la palabra, y las muestras de desprecio consistían en que se le apodaba Aristodemo *el Temblón*» (trad. de C. Schrader). Y otro superviviente de los trescientos de Leónidas tuvo que ahorcarse ante la discriminación de que fue objeto. Cf. asimismo JENOFONTE, *Constitución de los lacedemonios* IX 3-6; PLUTARCO, *Agesilao* 30.

[81] La Acte del Atos era el promontorio o península que termina con el famoso monte Atos. Cf. *supra*, IV 109, 1-2. El término *Aktḗ* significa

2 Durante todo el verano hubo relaciones entre los atenienses y los peloponesios, pero, inmediatamente después de la conclusión del tratado de paz, los atenienses y los lacedemonios comenzaron a abrigar sospechas recíprocas debido a que por una y otra parte no se había efectuado la
3 devolución de las plazas. Los lacedemonios, a quienes por sorteo había correspondido iniciar las devoluciones, no habían devuelto Anfípolis ni las otras plazas, y no habían conseguido que sus aliados de la costa tracia aceptaran el tratado de paz, ni que lo hicieran los beocios y los corintios, a pesar de que siempre andaban diciendo que, si estos pueblos no querían adherirse, les obligarían a ello en una acción común con los atenienses; y habían fijado un plazo, sin acuerdo escrito, al cabo del cual los que no se hubieran adherido tendrían que ser declarados enemigos de las dos
4 partes. Viendo, pues, los atenienses que nada de esto se llevaba a la práctica, sospechaban que los lacedemonios no abrigaban buenas intenciones. Así, cuando Esparta les reclamó Pilos, no sólo no se la devolvieron, sino que se arrepintieron de haber devuelto los prisioneros de la isla, y retuvieron las otras plazas, en espera de que aquéllos tam-
5 bién cumplieran lo acordado. Pero los lacedemonios decían que habían hecho todo lo posible, pues habían devuelto los prisioneros atenienses que tenían en su poder, habían retirado a sus soldados de la costa tracia y habían hecho todo lo que de ellos dependía. En cuanto a Anfípolis, sin embargo, afirmaban que no tenían bastante poder para entregarla; y respecto a los beocios, intentarían que, juntamente con los corintios, se adhirieran al tratado, y tratarían de recuperar Panacto y de llevar a la patria a todos los prisio-

---

costa, playa, o *península,* y se aplica a diferentes regiones marítimas o penínsulas, como es el caso de Caleacte *(kalê aktê,* «Playa Hermosa») en la costa norte de Sicilia (cf. HERÓDOTO, VI 22).

neros de guerra atenienses que se encontraban en Beocia. Instaban, sin embargo, a que les devolvieran Pilos, y si no, 6
que retiraran a los mesenios e hilotas, como ellos habían hecho con sus hombres de Tracia; los mismos atenienses, si querían, podían guardar la plaza. Y después de frecuentes y 7
largas conversaciones que mantuvieron durante aquel verano, persuadieron a los atenienses a que retiraran de Pilos a los mesenios y a los hilotas, incluidos los desertores que se habían pasado desde Laconia; entonces los atenienses los instalaron en Cranios, en Cefalenia. Durante ese verano, 8
pues, hubo tranquilidad y se mantuvieron las comunicaciones entre las dos partes.

El invierno. Cambio político en Esparta y actividad diplomática de los nuevos éforos

Intrigas de Cleobulo y Jénares tendentes a consolidar la situación de Esparta en el Peloponeso

Al invierno siguiente[82] (ya esta- 36
ban en funciones otros éforos y no aquellos bajo cuyo mandato se había concluido el tratado de paz, y algunos de ellos eran incluso contrarios al tratado)[83], llegaron a Esparta embajadas de la Liga y también estuvieron presentes atenienses, beocios y corintios; después de celebrarse un largo debate entre ellos sin llegar a un acuerdo, cuando los embajadores iban a regresar a su patria, Cleobulo y Jénares —eran éstos los éforos más inclinados a denunciar el tratado— mantuvieron con-

[82] El del 421-420.

[83] La política espartana de estos años era muy cambiante. Pero un objetivo constante y prioritario era evitar una alianza de Atenas y Argos (cf. *supra*, V 14, 4; 22, 2; *infra*, 40; 41, 3; 43; 44, 1).

versaciones en privado con los beocios y los corintios. Les exhortaron a estar lo más de acuerdo posible y a que los beocios, haciéndose primero ellos mismos aliados de los argivos, trataran luego de hacer a los argivos, en unión con los beocios[84], aliados de los lacedemonios. De este modo quedaba muy reducida la posibilidad de que los beocios se viesen obligados a adherirse al tratado con Atenas, pues los lacedemonios, dijeron los éforos, daban más importancia a llegar a ser amigos y aliados de los argivos que a la enemistad de los atenienses y a la ruptura del tratado. Sabían, en efecto, que los lacedemonios siempre habían deseado que Argos fuera una buena amiga, en la idea de que así sería
2 más fácil la guerra fuera del Peloponeso. Pedían, sin embargo, a los beocios que entregaran Panacto a los lacedemonios, a fin de recuperar Pilos en su lugar, si podían, y estar así en una situación más favorable para entrar en guerra con los atenienses[85].

Propuesta argiva coincidente con los planes de los éforos. Los beotarcas son informados de las propuestas de Esparta y de Argos

37 Los beocios y los corintios, recibido este encargo de Jénares y Cleobulo, y de cuantos lacedemonios eran amigos suyos, para comunicarlo a su gobierno, emprendieron el viaje de vuelta cada cual a su
2 patria. Pero dos magistrados argivos de la más alta categoría les aguardaban en el camino de regreso y se acercaron a tratar con ellos para ver si los beocios se harían aliados suyos,

[84] Pasaje algo confuso, que se ha prestado a correcciones. Aquí algunos editores cambian *metà Boiōtôn* por *metà korinthíōn,* «con los corintios».

[85] Si a la amistad de Argos añadía la recuperación de Pilos, Esparta daba dos pasos firmes en su política de unificación del Peloponeso; alejaba una doble amenaza tan importante como cercana. Para conseguir estos objetivos y la amistad de Beocia, sin romper en principio con Atenas, los éforos estaban dispuestos a seguir una sinuosa diplomacia.

igual que los corintios, los eleos y los mantineos; en su opinión, dijeron, si esta unión se llevaba a feliz término, desde aquel momento, les sería fácil tanto emprender la guerra como concluir la paz, lo mismo con los lacedemonios, si así lo querían, de acuerdo con una decisión común, que con cualquier otro pueblo, si era necesario. A los embajadores 3
beocios les agradó oír esta proposición: por fortuna, los argivos les pedían lo mismo que les habían encargado sus amigos lacedemonios. Y los magistrados argivos, cuando vieron que aquéllos aceptaban su propuesta, dijeron que enviarían embajadores a los beocios y se marcharon. A su 4
llegada, los embajadores beocios comunicaron a los beotarcas[86] el encargo que traían de Esparta, así como el de los argivos que habían encontrado; los beotarcas se alegraron y se mostraron doblemente interesados, debido a que se daba la coincidencia de que sus amigos lacedemonios les pedían lo mismo hacia lo que apuntaban los argivos. No 5
mucho después se presentaron los embajadores de los argivos para formular la propuesta antes mencionada; y los beotarcas les despidieron tras aprobar sus palabras y prometer que enviarían embajadores a Argos para tratar de la alianza[87].

[86] Sobre los beotarcas, cf. *supra*, II 2 y IV 91. Los beotarcas ejercían el poder ejecutivo bajo la autoridad del Consejo federal, dividido en cuatro secciones.

[87] No hubo una aceptación inmediata de las propuestas, sino que los beotarcas la pospusieron para una segunda conferencia en Argos, lo que les permitiría un debate sobre el asunto. Entre tanto, propusieron una alianza previa (38, 1).

38 *El proyecto se frustra por la oposición de los Consejos de los beocios*

Entre tanto, los beotarcas, los corintios, los megareos y los embajadores venidos de Tracia decidieron que como primera medida se comprometerían con mutuos juramentos a prestar ayuda al que, llegado el caso, lo necesitara y a no entrar en guerra con nadie ni concluir la paz sin una decisión común; y una vez en esa situación, los beocios y los megareos[88] (seguían la misma política) concertarían el
2 tratado con los argivos. Sin embargo, antes de proceder a los juramentos, los beotarcas comunicaron el proyecto a los cuatro Consejos de los beocios[89], que son los que tienen el poder supremo, añadiendo la recomendación de que se hicieran los juramentos con todas las ciudades que quisieran comprometerse con ellos con vistas a la defensa de sus
3 intereses. Y ocurrió que los beocios que formaban parte de los Consejos no aceptaron la propuesta, temerosos de actuar en contra de los lacedemonios si se comprometían con los corintios, que se habían separado de aquéllos. Esto fue así porque los beotarcas no les habían referido lo de

[88] Mégara no ha sido mencionada en los pasajes precedentes, pero habría sido informada sobre el asunto y su política coincidía con la de los beocios. Cf. *supra,* V 31, 6.

[89] Por las *Helénicas de Oxirrinco* (11, 2) sabemos que en cada ciudad de la federación beocia había cuatro Consejos; estas cuatro secciones se reunían en un Consejo común para tomar decisiones, y uno de los cuatro cuerpos, por turno, desempeñaba la función probuléutica. Podemos pensar que a nivel federal había una organización semejante. El uso alternado del singular y el plural que observamos en este capítulo es debido sin duda a la existencia de cuatro Consejos o secciones federales que se reunían formando el Consejo común de la Confederación Beocia. Cada uno de los cuatro Consejos tenían 165 miembros, con lo que el total del Consejo común era de 660, y cada uno de los once distritos beocios participaba con 60 consejeros.

Esparta[90], es decir, que los éforos Cleobulo y Jénares y sus amigos les exhortaban a hacerse primero aliados de los argivos y los corintios para formar luego conjuntamente una alianza con los lacedemonios; pensaban que el Consejo, aunque no fuera informado, no votaría en contra de lo que ellos, tras un examen previo, les habían aconsejado.
Al frustrarse el plan, los corintios y los embajadores de 4
Tracia se volvieron sin conseguir nada, y los beotarcas, que primero, en caso de haber logrado imponer su proyecto, iban a intentar concluir la alianza con los argivos, ya no presentaron a los Consejos su propuesta respecto a los argivos, ni enviaron a Argos los embajadores que habían prometido, sino que la desidia y la dilación se impusieron en todo el asunto.

ATENAS PIERDE MECIBERNA. ALIANZA PARTICULAR ENTRE ESPARTA Y LOS BEOCIOS. DEMOLICIÓN DE PANACTO Y FIN DEL UNDÉCIMO AÑO DE GUERRA

En aquel mismo invierno los olintios tomaron al asalto 39
Meciberna[91], que estaba custodiada por una guarnición ateniense.

---

[90] Probablemente los argivos podían alarmarse al conocer la segunda parte del plan del cap. 36, en cuya trama ellos no habían participado. Véase el proyecto argivo en 37, 2-3. Éste podría ser un motivo de que los beotarcas guardaran el secreto.

[91] Respecto a la ubicación de esta ciudad, cf. *supra,* V 18, 6, n. 194. Según el tratado del 421 (cf. *supra,* V 18, 6), debía permanecer independiente, pero Olinto pretendía reconstruir el estado al que se había llegado en un proceso de sinecismo (cf. *supra,* I 58, 2, nn. 335 y 337) y que la Paz de Nicias había desmembrado. Además, con la conquista de Meciberna,

2 Después de este hecho, como se mantenían continuas conversaciones entre los atenienses y los lacedemonios respecto a los territorios de la otra parte que cada cual ocupaba, los lacedemonios, en la esperanza de que, si los atenienses recuperaban Panacto de manos de los beocios, también ellos obtendrían Pilos, se fueron en embajada a los beocios y les pidieron que les entregasen Panacto y los prisioneros atenienses para obtener Pilos a cambio de ellos.
3 Pero los beocios dijeron que no los devolverían si no concertaban con ellos una alianza particular[92], como la que habían concluido con los atenienses. Los lacedemonios, por su parte, sabían que se indispondrían con los atenienses, al estar previsto[93] que no se concertaría un tratado ni se entraría en guerra sin el consentimiento recíproco; querían, sin embargo, recobrar Panacto para conseguir a cambio la entrega de Pilos, y al mismo tiempo aquellos que procuraban que se malograra el tratado propugnaban el

---

los olintios recuperaban su puerto. Este hecho refleja, por otra parte, la debilidad de las fuerzas atenienses en Tracia y Calcídica en aquella época.

[92] Una alianza particular *(idía symmachía)*, como la concertada con Atenas la primavera anterior, a diferencia de la alianza general que incluía a Beocia en la Liga del Peloponeso y que la obligaba a aceptar las decisiones de la mayoría de aliados. Con ello no se vería obligada a aceptar una paz que rechazaba (cf. *supra*, V 17, 2; 22, 1) y al mismo tiempo seguía unida a Esparta, tal como deseaba (cf. *supra*, V 31, 6; 38, 3). Esparta, al acordar esta *symmachía* con la Confederación Beocia violaba su tratado con Atenas, puesto que ésta estaba en guerra con Beocia, a pesar de la tregua renovable cada diez días.

[93] El tratado de alianza entre Atenas y Esparta no contenía esta cláusula (y se ha tomado este hecho como un indicio de que Tucídides no conocía exactamente el texto del tratado al redactar este pasaje), pero se ha pensado que puede estar implícita en V 23, 2, y también podemos pensar en un acuerdo verbal sobre este punto, como aquel al que se refiere Tucídides en V 35, 3. Cf. C. MEYER, *Die Urkunden im Geschichtswerk des Thukydides*, Múnich, 1955, pág. 50 ss.

entendimiento con los beocios. Por ello, cuando acababa el invierno y ya estaba cerca la primavera[94], concertaron la alianza, y de inmediato se procedió a la demolición de Panacto. Así terminó el undécimo año de guerra[95].

AÑO DUOCÉCIMO: 420-419 a. C.

CONTINÚAN LOS PROBLEMAS Y LA ACTIVIDAD DIPLOMÁTICA

Argos, inquieta, envía embajadores a Esparta

Con el mismo comienzo de la 40
primavera[96] del verano siguiente, los argivos, como no llegaban los embajadores de los beocios que éstos habían prometido enviar y se enteraron de que se procedía al derribo de Panacto y de que los beocios habían concluido una alianza particular con los lacedemonios, temieron quedar aislados y que
todos sus aliados se pasaran a los lacedemonios; imagina- 2
ban, en efecto, que los beocios habían sido persuadidos por los lacedemonios a derribar Panacto y a adherirse al tra-

[94] A fines del invierno del 421-420 a. C., poco antes de iniciarse la estación del buen tiempo del 420. Esta alianza entre Esparta y Beocia, a menos de un año del tratado de alianza entre Atenas y Esparta, suponía un contratiempo para la política de Nicias. Respecto a la diplomacia de esta época y al problema de Panacto, cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *op. cit.*, vol. IV, págs. 38 ss.; TH. KELLY, «Cleobulus, Xenares, and Thucydides' Account of the Demolition of Panactum», *Historia* 21 (1972), 159-169.

[95] Éste es uno de los finales considerados anómalos por la formulación y la ausencia del nombre de Tucídides: cf. *supra*, V 26, 1.

[96] Hacia marzo del 420. Cf *supra*, n. 51.

tado de paz con los atenienses, y que los atenienses estaban al corriente, con lo que ellos ya no tendrían la posibilidad de concluir una alianza con los atenienses, siendo así que antes, a causa de las diferencias existentes, si no se mantenía su tratado de paz con los lacedemonios, abrigaban la
3 esperanza de ser al menos aliados de los atenienses. Encontrándose, pues, en esa situación de incertidumbre y temiendo tener que hacer la guerra a la vez con los lacedemonios, los tegeatas[97], los beocios y los atenienses, los argivos, que antes no habían aceptado concluir el tratado con los lacedemonios, sino que incluso tenían la pretensión de conseguir la hegemonía sobre el Peloponeso, enviaron como embajadores a Esparta, tan deprisa como pudieron, a Éustrofo y Esón, que parecían gozar de las mayores simpatías de los lacedemonios; pensaban que, dadas las circunstancias, lo mejor era concluir el tratado con los lacedemonios en las condiciones que fuera posible y mantenerse tranquilos[98].

Conversaciones entre Argos y Esparta

41 A su llegada, los embajadores de los argivos entablaron conversaciones con los lacedemonios sobre las condiciones en las que se con-
2 cluiría el tratado. Al principio, los argivos pretendían conseguir que se remitiera a una ciudad o a un particular el arbitraje sobre el territorio de Cinuria, zona fronteriza por la que mantenían constantes diferencias (la región comprende Tirea y la ciudad de Antene, y la ocupan los lacedemonios). Luego, sin embargo, como los

---

[97] Los tegeatas no han sido mencionados en los contactos diplomáticos precedentes. La situación de Tegea era especial por diversas razones: abrigaba una antigua enemistad con Mantinea, aliada de Argos, y tenía una frontera común con Argos; y en el verano anterior no se había entendido con los argivos y corintios (cf. *supra,* V 32, 3-4).

[98] Es decir, acordar la paz con Esparta y permanecer neutrales, sin proseguir en sus pretensiones hegemónicas.

lacedemonios no permitían que se hablara de este territorio, pero afirmaban que, si los argivos querían concluir un tratado como el de antes, ellos estaban dispuestos, los embajadores argivos trataron de conseguir que los lacedemonios accedieran al menos al acuerdo siguiente: de momento concluirían un tratado por cincuenta años, pero, salvo en caso de epidemia o de guerra en Esparta o en Argos, sería lícito, a propuesta de cualquiera de las dos partes, decidir por las armas la suerte de aquella tierra (como tiempo atrás ya habían hecho en una ocasión en que unos y otros se habían atribuido la victoria), aunque no estaría permitido proseguir la persecución del enemigo más allá de las fronteras de Argos o de Esparta. A los lacedemonios en 3
un principio eso les pareció una locura, pero luego —como en todo caso deseaban contar con la amistad de Argos— consintieron en las condiciones que les ponían los embajadores y redactaron el texto del tratado. Sin embargo, antes de que aquello tuviera validez, los lacedemonios les invitaron a que primero regresaran a Argos para exponerlo ante la asamblea, y, si ésta daba su asentimiento, volvieran en las Jacintias para prestar juramento[99]. Ellos, entonces, se marcharon.

Tirantez entre Atenas y Esparta

Durante el tiempo en que los 42
argivos trataban este asunto, los embajadores lacedemonios Andrómedes, Fédimo y Antiménidas, que debían recibir Panacto y los prisioneros de manos de los beocios y devolverlos a los atenienses, se encontraron con que Panacto había sido demolido por los propios beocios con el pretexto de que, a consecuencia de una disputa por el lugar, existían antiguos juramentos prestados antaño por atenienses y beocios por los cuales ninguno de los dos pueblos habitaría el lugar,

[99] Sobre las Jacintias, cf. *supra,* V 23, 4.

sino que ambos lo explotarían en común. En cuanto a los prisioneros atenienses que los beocios tenían en su poder, Andrómedes y sus colegas, tras hacerse cargo de ellos, los llevaron a Atenas y los devolvieron a los atenienses, a quienes informaron del derribo de Panacto, considerando que aquello equivalía a una devolución, puesto que ya no podría habitar en el lugar ningún enemigo de los atenien-
2 ses. Pero los atenienses llevaron a mal estas explicaciones, considerando que habían sido injuriados por los lacedemonios con el derribo de Panacto, que debía ser entregado en pie, y también se habían enterado de que habían concertado una alianza particular con los beocios, a pesar de que anteriormente habían declarado que en una acción común con los atenienses obligarían a los que no habían aceptado el tratado. Pasaron revista, además, a los otros puntos del acuerdo que estaban por cumplir y consideraron que habían sido engañados, de forma que contestaron duramente a los embajadores y los despidieron.

Intervención de Alcibíades, partidario de la alianza con Argos

43 Enfrentados por esta desavenencia los lacedemonios con los atenienses, los que en Atenas querían a su vez romper el tratado se pusie-
2 ron de inmediato en acción. Entre ellos estaba Alcibíades[100], hijo de Clinias, un hombre que por su edad era todavía joven según el criterio de otras

[100] Es ésta la primera mención en la *Historia* de Tucídides de uno de los principales protagonistas de la Guerra del Peloponeso, una primera aparición en escena con escuetas explicaciones sobre el personaje, de cuyo carácter, veleidades y agitada vida el historiador, según su costumbre, no nos anticipa nada. Alcibíades era hijo de Clinias y de Dinómaca; por su padre, entroncaba con la noble familia de los Eupátridas y, por parte materna, pertenecía al *genos* de los Alcmeónidas, uno de los más ilustres linajes atenienses (cf. *supra,* I 126, 11-127, 1). Fue famoso en Atenas por su lujo, sus insolencias y excentricidades, su éxito con las mujeres y sus victorias en los juegos; tenía extraordinarias dotes personales y don de

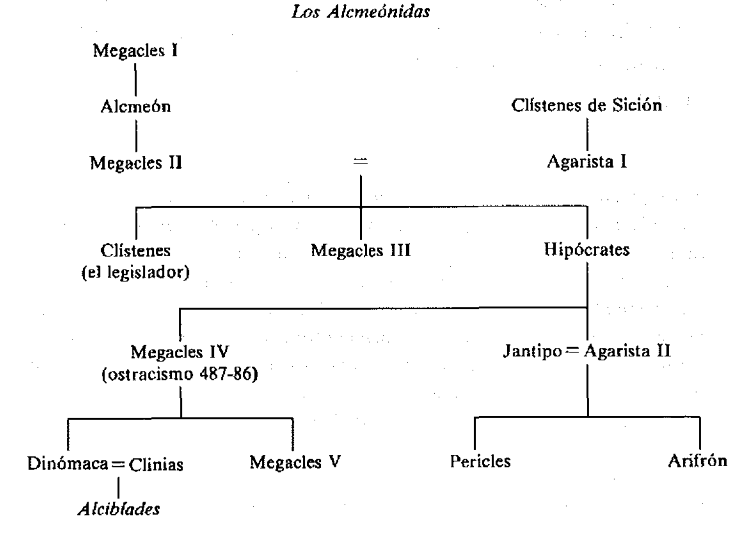
ciudades, pero que era respetado por la consideración de que gozaban sus antepasados. A éste le parecía sin duda que era preferible acercarse a los argivos, pero, por otro lado, al ser amigo de pendencias, también se oponía por orgullo, porque los lacedemonios habían negociado el tratado de paz por medio de Nicias y Laques, haciendo de él caso omiso debido a su juventud y sin honrarle por la antigua proxenía que un día había existido entre ellos y a la que su abuelo había renunciado, pero que él tenía intención de renovar cuidándose de los prisioneros lacedemonios de la isla. Considerando que se le hacía de menos en 3
todos los aspectos, se había mostrado disconforme desde el principio, afirmando que los lacedemonios no eran de fiar y que hacían la paz para desembarazarse de los argivos, merced a su tratado con ellos, y luego dirigirse de nuevo contra una Atenas aislada; y entonces, cuando se produjo la desavenencia, de inmediato envió privadamente un mensaje a Argos exhortando a los argivos a presentarse cuanto antes en compañía de los mantineos y los eleos para proponer la alianza a los atenienses, puesto que, en su opinión, el momento era favorable y él colaboraría con el máximo empeño.

gentes, y era un gran conductor de masas, por lo que consiguió adhesiones muy diversas. En política, encontramos aquí su primera aparición importante, oponiéndose a la paz y a la política de Nicias. Trata de aislar a Esparta mediante una alianza con Argos, Élide y Mantinea, lo que necesariamente llevaría a una ruptura con los lacedemonios. A partir de ahora veremos cómo la masa ateniense vacila entre el pacifista y prudente Nicias y un Alcibíades representante de la nueva generación, de una juventud que no retrocedía ante grandes empresas. Su personalidad es desde luego compleja y difícil de sintetizar; presenta bastantes aspectos contradictorios y ha dado lugar a valoraciones de muy diverso signo, pero no hay duda de que fue uno de los grandes personajes de Atenas y de Grecia de los últimos decenios del siglo v. A partir de aquí iremos viendo lo que de él nos

44 *Embajadores de Argos y de Esparta en Atenas*

Los argivos recibieron el mensaje y una vez que comprendieron que la alianza con los beocios no se había negociado con la participación de los atenienses, sino que éstos se encontraban en una seria desavenencia con los lacedemonios, se olvidaron de sus embajadores que se encontraban en Esparta para discutir sobre el tratado y empezaron a pensar más en los atenienses, considerando que una ciudad que había sido su amiga desde antiguo, que como ellos estaba gobernada democráticamente y que contaba con una gran fuerza marítima, combatiría a su lado si entraban
2 en guerra. Enviaron, pues, de inmediato embajadores a Atenas para tratar sobre la alianza, y los eleos y mantineos

dice Tucídides. He aquí los árboles genealógicos relacionados con Alcibíades:



participaron en esta embajada. También acudieron a toda prisa como embajadores de los lacedemonios Filocáridas, 3

LA FAMILIA DE CLINIAS

Alcibíades I

Clinias I
(combatió en Artemisio)

Alcibíades II
(ostracismo en 460)

Clinias II = Dinómaca
(muerto en Coronea en 446)

Axíoco

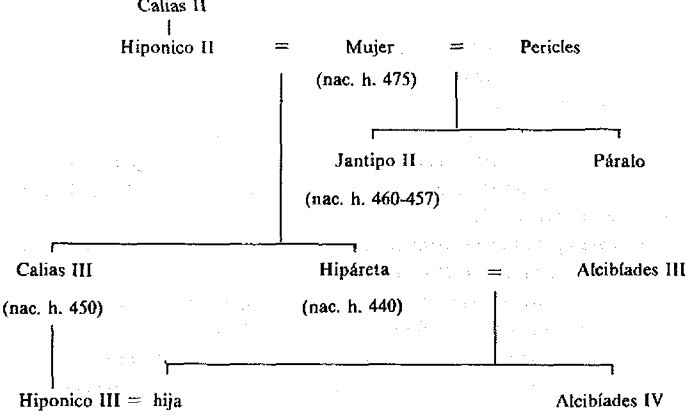
Clinias III

Alcibíades III = Hipáreta

Clinias IV

Alcibíades IV
(Isócrates 16; Lisias 14, 15)

LA FAMILIA POLÍTICA



(cf. W. M. Ellis, *Alcibíades*, Londres y Nueva York, 1989, págs. 1-9, 32-34).

León[101] y Endio, que parecían estar en buenas relaciones con los atenienses; temían que éstos en su enfado concluyeran una alianza con los argivos, y, al mismo tiempo, iban a reclamar Pilos a cambio de Panacto, y querían justificar su alianza con los beocios alegando que no la habían concertado en perjuicio de los atenienses.

Maniobra de Alcibíades contra Esparta y la política de Nicias

45 Cuando expusieron estos argumentos ante el Consejo y dijeron que habían venido con plenos poderes para llegar a un acuerdo en todos los puntos de discordia, hicieron temer a Alcibíades que, si decían lo mismo ante la Asamblea, pudieran atraerse a la masa y fuese rechazada la
2 alianza con los argivos. Entonces Alcibíades maquinó contra ellos el siguiente engaño: dándoles su palabra, convenció a los lacedemonios de que, si no declaraban ante la Asamblea que habían venido con plenos poderes, les entregaría Pilos (él mismo convencería de ello a los atenienses del mismo modo que ahora se oponía) y arreglaría todas
3 las demás divergencias[102]. Actuaba de esta forma porque

[101] Este León podría ser el fundador de Heraclea que apareció en III 92, 5, y el padre de Pedárito que aparecerá en VIII 28, 5, pero no hay más razones para decidirse en este sentido y hay que pensar que era un nombre bastante común tanto en Esparta como en Atenas. En la misma obra de Tucídides aparecen otros personajes con este nombre, por ejemplo el ateniense signatario de los tratados del 421 (cf. *supra,* V 19, 2; 24, 1) y el espartiata de VIII 61, 2.

[102] Este episodio ha llamado la atención por una serie de puntos de difícil comprensión (cf. J. Hatzfeld, *Alcibiade,* París, 1940, págs. 89-95). ¿Por qué razón los embajadores lacedemonios siguieron los consejos de su enemigo Alcibíades con preferencia a los de Nicias, su amigo? ¿Cómo pudo Alcibíades persuadirlos de que su negativa les resultaría ventajosa? ¿Cómo, después de aquella jugada, pudieron los espartanos olvidarse y colaborar Alcibíades y Endio en el 413-412 (cf. *infra,* VIII 6, 3, 12)? Algo raro hay en todo ello. Se ha pensado que en realidad los embajadores no

quería apartarlos de Nicias y porque, desacreditándolos ante el pueblo haciendo ver la falta de sinceridad de sus intenciones y la absoluta contradicción de sus declaraciones, se proponía concertar una alianza con los argivos, los eleos y los mantineos. Y así fue como ocurrió, puesto que 4
cuando se presentaron ante la Asamblea popular y fueron interrogados, no respondieron, como en el Consejo, que habían venido con plenos poderes. Los atenienses ya no se contuvieron, sino que prestaron oído a Alcibíades, que dirigía sus invectivas contra los lacedemonios con más fuerza que antes, y de inmediato se mostraron dispuestos a hacer entrar a los argivos y a sus acompañantes para hacerlos sus aliados. Pero sobrevino un terremoto[103] antes de que se pudiera llegar a una decisión y la sesión de la Asamblea fue aplazada.

---

tenían plenos poderes y que tenían muy poco que ofrecer, y que Alcibíades habría logrado que confesaran la verdad. De todas formas el caso no está claro y podemos pensar en otras explicaciones. Ocho años más tarde, las circunstancias eran diferentes y podría explicarse la colaboración entre Alcibíades y Endio. Los lacedemonios, desconocedores de las reacciones de la Asamblea, pudieron confiar en Alcibíades, que se ocuparía de neutralizar a Nicias, y es posible que tuvieran poderes hasta cierto punto, pero que fueran incapaces de dar satisfacción a reclamaciones como la restitución de Anfípolis o la reconstrucción de Panacto (cf. *infra,* 46, 2). Negar que tenían plenos poderes les parecería un mejor camino para conseguir alguno de sus objetivos (Pilos o el fin de las negociaciones argivo-atenienses) sin comprometerse a una contrapartida, y considerarían útil la cooperación de Alcibíades. Cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary...,* vol. IV, págs. 51-53; D. KAGAN, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition,* Nueva York y Londres, Ithaca, 1981, págs. 67-74; R. B. KEBRIC, «Implications of Alcibiades' relationship with Endius», *Mnemosyne* 29 (1976), 72-78; W. M. ELLIS, *Alcibiades,* Londres y Nueva York, 1989.

[103] Estos fenómenos naturales no eran infrecuentes en Grecia, aunque a veces sorprende la oportunidad con que se producen. Respecto a este aplazamiento, se ha pensado en la intervención del piadoso Nicias, que naturalmente estaba interesado en ello. En más de una ocasión incidentes

46 *Fracasa la embajada enviada a Esparta a propuesta de Nicias. Atenas concierta una alianza con Argos*

En la sesión del día siguiente, aunque Nicias, al ser engañados los lacedemonios, también resultó engañado por la negativa de éstos a confirmar que habían venido con plenos poderes, sostuvo, a pesar de todo, que debían ser preferiblemente amigos de los lacedemonios; tenían que suspender las negociaciones con los argivos y enviar de nuevo embajadores a los lacedemonios para conocer sus intenciones; afirmaba que aplazar la guerra redundaba en beneficio propio y en desprestigio para los lacedemonios, pues para ellos, al marchar bien sus asuntos, era mejor conservar su situación el mayor tiempo posible, mientras que para aquéllos, que se encontraban en una situación desafortunada, afrontar el peligro cuanto
2 antes constituía una feliz solución. Los persuadió, pues, a enviar embajadores —contándose él mismo entre ellos— para exhortar a los lacedemonios a que, si sus intenciones eran rectas, devolvieran Panacto en buen estado, y también Anfípolis, y a que denunciaran la alianza con los beocios a no ser que éstos se adhirieran al tratado de paz, de acuerdo con lo que se había estipulado respecto a no pactar con
3 nadie sin el consentimiento de la otra parte. Y ellos dieron instrucciones a los embajadores para que dijeran que también los atenienses, si hubieran querido violar los pactos, ya hubieran podido ser aliados de los argivos, dado que sus embajadores precisamente se encontraban allí con este fin; y después de recomendarles cualquier otra reclamación que

que se consideraban un augurio (como la gota de lluvia de ARISTÓFANES, *Acarnienses* 170-171) disolvieron una asamblea. De todas formas, los pequeños movimientos sísmicos, que podían preceder a terremotos de mayor importancia, no eran una simple superstición y fueron la causa razonable de más de una interrupción. Cf., por ej., *supra,* III 89, 1; *infra,* V 50, 5; VI 95, 1.

pudieran tener, despacharon a Nicias y a los demás embajadores que iban con él.

Cuando éstos, después de llegar a Esparta y comunicar 4 los restantes encargos, dijeron al fin que, si los lacedemonios no denunciaban su alianza con los beocios en el caso de que éstos no se adhiriesen al tratado de paz, los atenienses se aliarían con los argivos y sus aliados, los lacedemonios les contestaron que no lo harían. Respuesta que suponía el triunfo de la posición del éforo Jénares y sus amigos, así como de todos los demás ciudadanos partidarios de la misma política. Se renovaron, no obstante, los juramentos a petición de Nicias, pues éste temía tener que regresar sin ningún resultado y ser acusado por ello, lo que realmente ocurrió, ya que se le consideraba responsable del tratado de paz con los lacedemonios. A su regreso, cuando los ate- 5 nienses supieron que no se había conseguido nada en Esparta, montaron inmediatamente en cólera y, considerando que sus derechos habían sido lesionados, al darse la circunstancia de que estaban presentes los argivos y sus aliados traídos por Alcibíades, concluyeron con ellos el siguiente tratado de paz y alianza [104].

---

[104] Se trata de un tratado único de paz y alianza. De este tratado se ha conservado un fragmento de la copia oficial ateniense, inscrita en piedra (fue hallada junto al teatro de Dioniso, en la Acrópolis); es un fragmento con lagunas que comprende los párrafos 1-7 y parte del 8 (cf. *Inscriptiones Graecae* I² 86 = I G³ 83; M. N. Tod, *A selection of Greek historical inscriptions*, Oxford, 1946-1948, n. 72). Las variantes respecto al texto de Tucídides son de escasa importancia. Cf. R. Weil, «Les documents dans l'oeuvre de Thucydide», *L'Information Littéraire* 26 (1974), 26. El tratado era una *symmachía* igualitaria: cf. V. Martin, *La Vie Internationale dans la Grèce des Cités (VI*ᵉ*-IV*ᵉ *s. av. J. C.)*, París, 1940, pág. 138; V. Alonso Troncoso, *Neutralidad y Neutralismo en la Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.)*, Madrid, 1987, pág. 41; reconocía la posibilidad de conservar la libertad de acción de cada miembro en caso de guerra ofensiva, y sólo estaban obligados si se daba el *casus foederis* defi-

TRATADO ENTRE ATENAS Y ARGOS, MANTINEA Y ÉLIDE

47 «Los atenienses y los argivos, mantineos y eleos han concluido, en nombre propio y de los aliados que dirige cada parte[105], un tratado por cien años, sin dolo ni daño,
2 tanto por tierra como por mar. No estará permitido empuñar las armas con ánimo hostil ni a los argivos, eleos y mantineos y sus aliados contra los atenienses y los aliados que dirigen los atenienses, ni a los atenienses y sus aliados contra los argivos, eleos y mantineos y sus aliados, ni valerse de ardid o artificio alguno.

3 Los atenienses y los argivos, eleos y mantineos serán aliados por cien años bajo las condiciones siguientes: si un enemigo invade el territorio de los atenienses, los argivos, los eleos y los mantineos acudirán en auxilio de Atenas en la medida en que los atenienses lo requieran, de la manera más eficaz que puedan de acuerdo con los medios a su alcance; y si el invasor se retira tras devastar el territorio, su ciudad será declarada enemiga de los argivos, mantineos, eleos y atenienses y será objeto de las represalias de todas esas ciudades; y a ninguna de estas ciudades le estará permitido poner fin a la guerra contra aquella ciudad si no
4 les parece bien a todas. Los atenienses acudirán igualmente en auxilio de Argos, Mantinea y Élide si un enemigo

---

nido en 47, 3-4; no se perdía la independencia en caso de guerra no defensiva (así los eleos podían negarse a participar en la expedición contra Tegea: cf. *infra,* 62).

105 Se distinguen dos partes, por un lado los atenienses y por otro la «triple alianza» peloponesia. Luego, sin embargo, se hablará de cada una de las ciudades por separado (cf. *infra,* 5). A este acuerdo se le conocerá como la Cuádruple Alianza.

invade el territorio de los eleos, mantineos o argivos, en la
medida en que lo requieran estas ciudades, de la manera
más eficaz que puedan de acuerdo con los medios a su
alcance; y si el invasor se retira tras devastar el territorio,
su ciudad será declarada enemiga de los atenienses, argi-
vos, mantineos y eleos y será objeto de las represalias de
todas esas ciudades; y no estará permitido poner fin a la
guerra contra aquella ciudad si no les parece bien a todas
las ciudades. No consentirán que hombres armados pasen 5
con fines de guerra a través del territorio propio y del de
los aliados que cada uno dirija, ni tampoco por mar[106], a
no ser que el paso haya sido autorizado por el voto de
todas las ciudades, esto es, de atenienses, argivos, manti-
neos y eleos. En cuanto a las tropas de socorro, la ciudad 6
que las envíe les suministrará víveres para treinta días a
partir del momento en que lleguen a la ciudad que haya
solicitado su ayuda, y lo mismo para su regreso[107]; pero si
quiere emplear dichas tropas más tiempo, la ciudad que las
haya llamado les dará mantenimiento a razón de tres óbo-
los eginetas por día y hoplita, soldado de infantería ligera o
arquero, y de una dracma egineta por jinete[108]. La ciudad 7

[106] Se refiere sin duda a la vigilancia de los estrechos, de los puntos de paso y de las principales rutas que los diferentes estados, y en especial Atenas, podían controlar. Cf. *infra*, V 56, 2. Esta cláusula prohibía, pues, que las partes otorgaran permiso de paso sin consultar previamente a los aliados; en este terreno faltaba una norma clara, y se ha dicho que en este caso era una disposición demasiado rígida (cf. D. J. Mosley, «Crossing Greek frontiers under arms», *Revue Internat. des Droits de l'Antiquité* 20 (1973); V. Alonso Troncoso, *op. cit.*, pág. 101).

[107] La ciudad que enviaba las tropas de socorro debía atender a los gastos de los viajes de ida y vuelta y de una estancia de treinta días. Así, la ciudad que solicitaba la ayuda contaba con un mes de servicio a expensas del aliado.

[108] La dracma de Egina era de mayor peso (6,2 gr.) que la ática (4,36 gr.). Una dracma era igual a 6 óbolos, y, según la correspondencia de peso

que lo haya llamado tendrá el mando del ejército cuando la guerra tenga lugar en su territorio; pero si todas las ciudades deciden realizar una expedición en común, todas ellas participarán por igual en el mando [109].

8 Los atenienses jurarán el tratado en nombre propio y en el de sus aliados, mientras que los argivos, mantineos, eleos y sus aliados jurarán ciudad por ciudad. Cada uno jurará con la fórmula de juramento más solemne de su propio país, sobre víctimas perfectas. El juramento será éste: *Permaneceré fiel a la alianza de acuerdo con lo convenido, con justicia y sin daño ni dolo, y no la transgrediré*
9 *con ardid o artificio alguno.* En Atenas prestarán juramento el Consejo y las autoridades de la ciudad, y tomarán

---

citada, 3 óbolos eginetas equivalían aproximadamente a 4,3 óbolos áticos y 1 dracma egineta a 8,6 óbolos áticos. Éste era por tanto el valor de las soldadas a las que se refiere este pasaje. Podemos compararlas a otros estipendios que se citan en otros pasajes: en III 17, 3, la soldada de un hoplita es de una dracma ática y en VI 31 también se da lo mismo a un marinero; en VIII 45, un marinero sólo recibe tres óbolos, y en JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 21, las ciudades que no desean participar en una expedición contra Olinto contribuyen con una tasa de reemplazo de un trióbolo egineta por hombre, cantidad igual a la de este pasaje. La moneda de Egina, de uso muy extendido, era la moneda internacional fuera del Imperio Ateniense. Sobre la dracma, cf. asimismo *supra,* I 27, 1; I 96, 2, y III 17, 3.

[109] Respecto a la cuestión del mando y a otros acuerdos sobre el tema del mando militar, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 1, 2 y 14; 5, 3; M. N. TOD, *A selection of Greek historical inscriptions,* II 144 (=IG II² 112), 34-35. El hecho de las divisiones en el mando o del mando compartido no estaba exento de riesgos y podía ser causa de faltas de entendimiento y fracasos (cf., por ej., *infra,* V 62, 1-2); posiblemente éstos no fueron tantos, porque muchas operaciones bélicas fueron llevadas a cabo por una sola ciudad o por una alianza en la que no había ninguna duda sobre el estado hegemónico. En algunos casos parece que el honor del mando supremo era sustituido por otro reconocimiento, como la posición en el ala derecha de los mantineos en V 67, 2.

el juramento los prítanes[110]; en Argos el Consejo, los Ochenta y los artinas[111], y tomarán juramento los Ochenta; en Mantinea, los demiurgos[112], el Consejo y las demás autoridades, y lo tomarán los teoros y los polemarcos[113]; y en Élide, los demiurgos, los que ocupan las magistraturas

---

[110] *Hai éndēmoi arkhaí,* autoridades o magistrados interiores o de la ciudad (entre los que se encontraban los estrategos, aunque actuaran fuera de la ciudad), por oposición a los cargos desempeñados en el exterior *(hyperórioi),* como los arcontes enviados a las ciudades aliadas, los *epískopoi,* jueces enviados por Atenas (cf. ARISTÓFANES, *Aves* 1023), y los *phroúrarkhoi* o comandantes de las guarniciones. Cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 24, 3.

[111] No conocemos muy bien las instituciones argivas. El Consejo *(bōlá)* tenía presumiblemente carácter probuléutico y correspondía al Consejo de los Quinientos ateniense; las decisiones eran tomadas por la *aliaía,* órgano equivalente a la Asamblea ateniense; Los Ochenta *(Hoi Ogdoēkonta)* serían un consejo reducido, posiblemente reliquia de una época predemocrática, como el Areópago ateniense; en cuanto a los artinas *(artŷnai),* nombre también atestiguado en Epidauro, es posible que fueran los magistrados que en la democracia sustituyeron a los demiurgos, la máxima autoridad de Argos. De ser así, los magistrados de V 37, 2 podían ser artinas.

[112] El nombre de estos magistrados aparece en muchas ciudades griegas (cf. K. MURAKAWA, *Historia* 6 (1957), 385 ss.); parece que eran los principales magistrados a menudo epónimos. Respecto a Mantinea, no sabemos cuáles eran exactamente sus funciones y tampoco estamos mejor informados en lo relativo al Consejo y a las demás autoridades.

[113] No sabemos cuáles eran las funciones de los teoros en Mantinea, ni si tenían relación con las que desempeñaban los teoros que en otras ciudades griegas eran los delegados oficiales enviados a las fiestas panhelénicas y a los oráculos (cf. *supra,* V 16, 2, n. 157). ARISTÓTELES, *Política* 1310b, 21-22, menciona a los demiurgos y teoros como magistraturas supremas. Los teoros, sin embargo, salvo en contextos religiosos, aparecen con menos frecuencia que los demiurgos, pero los encontramos en Egina, Tasos y Tegea (cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 5, 7) como primeras autoridades. No podemos, empero, distinguir entre las funciones de los teoros y de los demiurgos. Los polemarcos eran magistrados con funciones militares.

superiores y los Seiscientos, y tomarán el juramento los
10 demiurgos y los tesmofílaces[114]. Para renovar los juramentos, los atenienses irán a Élide, Mantinea y Argos treinta días antes de los Juegos Olímpicos, y los argivos, eleos y mantineos irán a Atenas diez días antes de las Grandes
11 Panateneas[115]. Los artículos relativos al tratado, a los juramentos y a la alianza los inscribirán en una estela de piedra, los atenienses en la acrópolis, los argivos en el ágora, en el templo de Apolo, y los mantineos en el templo de Zeus, en el ágora. También erigirán en común una estela de bronce en Olimpia, durante los Juegos Olímpicos de este
12 año[116]. Si a estas ciudades les parece oportuno añadir algún punto a las cláusulas estipuladas, aquello que decidan todas las ciudades en común entrará en vigor.»

Corinto no se adhiere a la nueva alianza

48 Así se concluyeron el tratado de paz y la alianza, y no por ello fue denunciado por ninguno de los dos bandos el tratado de paz entre los
2 lacedemonios y los atenienses. Los corintios, aunque eran aliados de los argivos, no se adhirieron a los acuerdos; incluso cuando con anterioridad se había concluido una alianza entre los eleos, los argivos y

---

[114] Los tesmofílaces *(thesmophýlakes)* o «custodios de las leyes», como los *nomophýlakes,* aparecen en varias ciudades; su función en un principio sería preservar las leyes de las ciudades, como los tesmotetas *(thesmothétai)* en Atenas (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 3, 4; PAUSANIAS, VI 24, 3, respecto a los nomofílaces).

[115] Las Panateneas se celebraban en Atenas en honor de Atenea durante el mes de hecatombeón (hacia julio-agosto); cada cuatro años la celebración tenía un carácter extraordinario: eran las Grandes Panateneas, que tenían lugar en el tercer año de las Olimpiadas, es decir, con un desfase de dos años respecto a los Juegos Olímpicos. Cf. *supra,* I 20, 2, n. 143.

[116] El 420. Cf. *infra,* 49, 1.

los mantineos[117], por la que debían hacer la guerra y acordar la paz con los mismos pueblos, los corintios no se habían comprometido, sino que habían declarado que les bastaba la primera alianza defensiva, que les obligaba a prestarse ayuda mutua, pero no a marchar juntos contra nadie. De este modo los corintios se separaron de sus alia- 3
dos y dirigieron de nuevo su atención hacia los lacedemonios.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS DEL 420. CONFLICTO ENTRE ÉLIDE Y ESPARTA

En aquel verano tuvieron lugar los Juegos Olímpicos 49
en los que el arcadio Andróstenes venció por primera vez[118] en el pancracio[119]; y los eleos prohibieron el acceso al recinto sagrado a los lacedemonios, de modo que quedaron excluidos de los sacrificios y las competiciones; ello era debido a que éstos no les habían pagado la multa que los eleos les habían impuesto en virtud de la ley olímpica[120],

---

[117] Este tratado no ha sido mencionado antes, pero podemos pensar en él por lo que se dice en V 44, 2 y 46, 5, donde vemos que las tres ciudades actúan en común.

[118] Sobre Andróstenes, dos veces vencedor en el pancracio, cf. PAUSANIAS, VI 6, 1. Estos Juegos del 420 corresponden a la XC Olimpiada, y los siguientes, en los que Andróstenes debió de vencer por segunda vez, se celebraron en el 416. Esto quiere decir que Tucídides redactó este pasaje por lo menos después del 416.

[119] Sobre el pancracio, combinación de pugilato y lucha en el que los adversarios combatían con las manos desnudas y seguían luchando en el suelo como en la lucha libre o grecorromana, cf. *supra,* III 8, 1.

[120] La ley del santuario panhelénico, administrado por los eleos. El tribunal estaba compuesto por eleos de acuerdo con la costumbre y el consentimiento general; no le debió de ser difícil a Élide lograr la condena de Esparta.

acusándoles de haber empuñado las armas contra ellos atacando el fuerte de Firco[121] y de haber enviado sus hoplitas[122] a Lépreo durante la tregua olímpica[123]. La multa impuesta era de dos mil minas, dos minas por cada hoplita,
2 tal como establecía la ley. Los lacedemonios enviaron embajadores y replicaron que se les había condenado injustamente, alegando que la tregua todavía no había sido pro-
3 clamada en Esparta cuando enviaron los hoplitas. Pero los eleos afirmaron que el armisticio ya había entrado en vigor en su país (pues es a sí mismos a quienes primero lo proclaman) y que, al estar ellos tranquilos y no esperar un ataque, los lacedemonios habían podido cometer aquella
4 agresión sin que ellos lo advirtieran. A eso los lacedemo-

---

121 No conocemos exactamente su ubicación, pero parece que estaba en el territorio de Lépreo, en la parte cuyo control era reivindicado por los eleos (cf. *supra,* V 31, 1-4). Según una glosa de Hesiquio, el término *phýrkos* es un dialectalismo equivalente a *teîchos,* «muralla». El ataque a Firco no constituía un *casus belli,* ya que no estaba en territorio eleo propiamente dicho.

122 De la cuantía de la multa se desprende que eran mil hoplitas, *khilíous,* lectura que Classen propone delante de *hoplítas.* Podría suponerse que estos 1.000 hombres eran los mismos 700 hilotas repatriados de Tracia (cf. *supra,* V 34, 1), establecidos aproximadamente un año antes en Lépreo, más los neodamodes (probablemente sólo una parte de ellos) también instalados allí; redondearían el millar de hombres armados como hoplitas para defensa del lugar. Es posible que no se tratara de otro contingente de 1.000 hoplitas (cf. V. Alonso Troncoso, *op. cit.,* págs. 503-504 y 484-486). No es verosímil que un año antes, cuando se instalaron los hilotas, hubiera entrado en vigor la tregua sagrada. Pero los eleos podrían referirse al momento del posterior ataque de Firco. De todas formas, disputas como éstas relativas al tiempo de entrada en vigor de una tregua sagrada no eran raras. Cf. F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos...,* I, págs. 162 ss.; 173, n. 1; 175, n. 1, y 178, n. 1.

123 La tregua sagrada que se decretaba para hacer posible la celebración de los Juegos Olímpicos y de las otras fiestas panhelénicas. Cf. *infra,* VIII 9, 1.

nios objetaron que los eleos no debían haber proclamado la tregua en Esparta, si entonces ya consideraban que los lacedemonios eran culpables de agresión, y sin embargo lo habían hecho, significando con ello que no los consideraban culpables, y que a partir de entonces los lacedemonios ya no habían empuñado las armas contra ellos en ninguna
parte. Los eleos, sin embargo, mantuvieron su punto de 5
vista: los lacedemonios no les convencerían de que no habían cometido una agresión, pero si querían devolverles Lépreo, ellos, los eleos, renunciarían a su parte del dinero de la multa y, a su vez, pagarían por los lacedemonios la que correspondía al dios[124].

Sigue la tensión hasta el final de los Juegos. Conferencia de Corinto y fin del verano

Como los lacedemonios no escu- 50
charon sus razones, los eleos les hicieron una nueva propuesta: que no les devolvieran Lépreo, si no querían hacerlo, pero que subieran al altar de Zeus Olímpico, ya que estaban tan ansiosos de tener acceso al santuario, y juraran delante de los griegos
que con toda seguridad pagarían la multa más tarde. Y 2
como tampoco quisieron aceptar esta propuesta, los lacedemonios fueron excluidos del recinto sagrado [del sacrificio y las competiciones][125], y ofrecieron los sacrificios en su patria, mientras que los demás griegos, a excepción de los
lepreatas, enviaron sus delegaciones[126]. No obstante, los 3
eleos, temerosos de que los lacedemonios acudiesen a sacrificar por la fuerza, montaron una guardia de jóvenes armados[127]. Se unieron a ellos fuerzas de argivos y manti-

---

[124] Una parte de las dos mil minas se entregaba al tesoro del templo de Zeus en Olimpia.

[125] Supresión de Krüger, efectuada por la mayor parte de editores.

[126] Sus «teorías» *(theōríai)* o embajadas sagradas. Cf. *supra,* V 16, 2, n. 36.

[127] Traducción generalmente admitida que obedece al texto de los

neos, mil hombres de cada ciudad, y tropas de caballería
4 ateniense, que estaban esperando la fiesta en Harpina. Y entre los reunidos cundió un gran miedo de que llegaran los lacedemonios armados, sobre todo después que el lacedemonio Licas, hijo de Arcesilao, fue golpeado en la pista por los rabducos [128], porque, al vencer su biga y ser proclamado vencedor, el estado beocio, debido a que él no tenía autorización para competir, entró en la pista y coronó al auriga, queriendo demostrar que el carro era suyo. La consecuencia fue que todos tuvieron mucho más miedo y se pensaba que iba a ocurrir algo grave. Sin embargo, los lacedemonios se mantuvieron tranquilos y así transcurrió la fiesta [129].

5 Después de los Juegos Olímpicos, los argivos y sus aliados fueron a Corinto para pedir a los corintios que se unieran a ellos (y se daba el caso de que también se encon-

---

manuscritos: *xýn hóplois tôn neōtérōn phylakḕn eîkhon:* «montaron una guardia de jóvenes en armas» *(cum iuventute armata).* Algunos prefieren la corrección *tôn neōterismôn* por *tôn neōtérōn* traduciendo: «montaron la guardia en armas en prevención de desórdenes» (cf. THUCYDIDE, *La Guerre du Péloponnèse,* libros IV-V, texto de J. DE ROMILLY, París, 1967, págs. 141 y 191).

[128] Los rabducos *(rhabdoûkhoi:* «portadores de varas o sarmientos») estaban encargados de mantener el orden y la disciplina durante las competiciones y certámenes (cf. ARISTÓFANES, *Paz* 734). Estaban a las órdenes de los helanódicas *(hellanodíkai),* magistrados que estaban al frente de los Juegos. En un contexto romano, el término *rhabdoûkhoi* se refiere a los *lictores.*

[129] Como recordaba G. GROTE, *History of Greece,* vol. V, Londres, 1988, págs. 453 ss., éstos fueron los primeros Juegos Olímpicos que se celebraron después de la conclusión de la Paz de Nicias. Atenas, excluida durante los últimos once años, volvía a los Juegos y lo hacía con una pompa y magnificencia extraordinarias. Se produjo, sin embargo, la grave exclusión de Esparta, como resultado de la nueva política de Élide. Era un claro signo de la fragilidad de la paz.

traban allí unos embajadores lacedemonios). Tras muchas conversaciones, al final no se llegó a ningún resultado, sino que sobrevino un terremoto y se separaron volviendo cada cual a su patria[130]. Y así acabó el verano.

Combates en Heraclea de Traquinia y fin del año duodécimo

En el invierno siguiente tuvo lugar una batalla entre los de Heraclea de Traquinia y los enianes, dólopes, melieos y algunos grupos tesalios. Estos pueblos, que habita- 2
ban cerca de la ciudad, le eran hostiles, dado que el lugar no había sido fortificado frente a otro territorio, sino frente al suyo. Desde el mismo momento de su fundación se habían opuesto a la ciudad, causándole el mayor daño posible, y en esta ocasión vencieron en el combate a los heracleotas, cuyo comandante, el lacedemonio Jénares, hijo de Cnidis, murió, igual que perecieron otros habitantes de Heraclea. Y así acabó el invierno, y con él acabó el duodécimo año de la guerra.

---

[130] Otro caso de terremoto oportuno (cf. *supra,* V 45, 4). El seísmo debió de servir de excusa para terminar unas negociaciones difíciles. Respecto a la actitud de Corinto, cf. *supra,* V 48, 2.

AÑO DECIMOTERCERO: 419-418 a. C.

ACTIVIDAD BÉLICA EN EL PELOPONESO

Los beocios suplantan a los lacedemonios en Heraclea. Alcibíades en el Peloponeso

52 En el mismo comienzo del verano siguiente[131], como Heraclea había sufrido graves daños a raíz de la batalla, los beocios se hicieron cargo de ella y despidieron al lacedemonio Agesípidas, porque según ellos no había ejercido bien el mando[132]. Se hicieron cargo de la plaza por miedo de que los atenienses la tomaran al tener los lacedemonios muchos problemas en el Peloponeso. Los lacedemonios, sin embargo, se irritaron con ellos.

2 En el mismo verano, Alcibiades, hijo de Clinias, que entonces era estratego de los atenienses[133], actuando en combinación con los argivos y sus aliados, pasó al Peloponeso con unos pocos hoplitas y arqueros atenienses y, tomando consigo tropas de los aliados de la región, se dedicó a disponer una serie de medidas relativas a la alianza, a la vez que recorría el Peloponeso con su ejército; y así persuadió a los de Patras a prolongar sus murallas hasta el mar[134], en tanto que él mismo proyectaba cons-

---

[131] El verano del 419.

[132] Sobre el mal gobierno de Heraclea, cf. *supra*, III 93, 2.

[133] Ésta es en Tucídides la primera mención de Alcibíades como estratego de Atenas. Cf. PLUTARCO, *Nicias* 10, 9; *Alcibíades* 15, 1; A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary...*, vol. IV, págs. 52 y 69.

[134] Respecto a la política ateniense de fortificación de los puertos y construcción de muros largos, para asegurar las comunicaciones por mar en caso de bloqueo, cf. *supra*, I 103, 4 (Mégara); 107, 1 (Atenas y Pireo); e

truir otra fortificación en Río de Acaya; pero acudieron a impedir las obras los corintios, los sicionios y todos aquellos para los que la fortificación suponía una amenaza.

GUERRA ENTRE ARGOS Y EPIDAURO

Los motivos del conflicto

En el mismo verano estalló una 53
guerra entre los epidaurios y los argivos; el pretexto lo proporcionó el asunto de la ofrenda de víctimas a Apolo Pitaeo [135], que los epidaurios no habían enviado a pesar de su obligación de aportarlas como pago de los derechos de pasto [136] (los argivos ejercían la autoridad suprema sobre el santuario); pero, aun sin ese motivo, Alcibíades y los argivos habían decidido anexionarse Epidauro, si podían, tanto para mantener a

infra, V 82, 5 (Argos). Sobre las palabras de Alcibíades a los habitantes de Patras de Acaya, cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 15, 6. Acaya era, por lo menos nominalmente, aliada de Esparta (cf. *supra,* II 9, 2; 84, 3-5), pero, a excepción de Pelene (cf. *infra,* V 58, 4), no le era fiel (cf. *infra,* V 82, 1).

[135] El santuario de Apolo Pitaeo al que se refiere este pasaje suele identificarse con el de Ásine mencionado por PAUSANIAS, II 36, 5. En Argólide había dos importantes santuarios de Apolo Pitaeo, uno cerca de la ciudad de Argos y otro en Ásine, en la costa del extremo sudoriental del Golfo de Nauplia, al sudeste de Argos. Éste último estaba junto al territorio de Epidauro y era probablemente el objeto del litigio al que se refiere Tucídides. El epíteto «Pitaeo» *(Pythaeús)* es una variante de «Pitio» *(Pýthios),* conocido sobrenombre de Apolo (cf. *supra,* II 15, 4; IV 118, 1; V 18, 10).

[136] La interpretación de la expresión *hypèr botamiōn* es insegura y discutida. El término *botámia,* «pastizales», «derechos de pasto» es un hápax de significado dudoso. Algunos prefieren entender «para expiar la castración de los toros», con una interpretación etimológica del término.

Corinto en calma[137], como para que los atenienses tuvieran la posibilidad de enviar socorros[138] desde Egina por un camino más corto que si tuvieran que doblar el Cabo Escileo. Se prepararon, pues, los argivos para lanzar sus fuerzas contra el territorio de Epidauro con vistas a la exacción de la ofrenda.

Se suspende una expedición lacedemonia. Argos invade Epidauro

54 Hacia la misma época, los lacedemonios salieron de expedición con todas sus fuerzas y llegaron hasta Leuctra, plaza situada en su frontera, en el camino del Liceo; su rey Agis, hijo de Arquidamo, iba al frente. Nadie sabía hacia dónde marchaban, ni siquiera las ciudades que habían
2 enviado tropas, pero al no resultarles favorables los sacrificios para el paso de la frontera[139], ellos regresaron a su patria, y a sus aliados les transmitieron la orden de que se prepararan para emprender una expedición después del mes siguiente (que era el Carneo[140], mes sagrado para los dorios).

---

[137] Corinto y Epidauro tenían una antigua relación y se apoyaban mutuamente. La caída de Epidauro hubiera sido un duro golpe para Corinto, que hubiera quedado encerrada entre Argos y Atenas. Respecto a otro ataque contra Epidauro, en el 430, cf. *supra,* II 56, 4-5; recuérdese asimismo la expedición ateniense contra Corinto en el 425 y los desembarcos en Epidauro y territorios adyacentes (cf. *supra,* IV 42-45).

[138] A Argos, naturalmente. Epidauro está prácticamente a la misma latitud de la ciudad de Argos y del extremo sur de la isla de Egina. Desde la base de Egina, las naves atenienses tenían que dar un largo rodeo para llegar a Argos, pero si Atenas llegaba a controlar Epidauro, las distancias se acortaban enormemente por tierra. Era además un acceso al Peloponeso, que al Norte estaba obstaculizado por Corinto.

[139] Estos sacrificios para el paso de fronteras *(diabatēria;* en griego moderno «pasaporte» es *diabatērion)* eran de gran importancia para los espartanos: cf. JENOFONTE, *Constitución de los lacedemonios* XIII 2-5. Cf. asimismo *infra,* V 55, 3, y 116, 1.

[140] Mes que, según PLUTARCO, *Nicias* 28, 2, coincidía con el mes ate-

Tras retirarse los lacedemonios, los argivos, que empren- 3
dieron la marcha el cuarto día contando por el final del mes anterior al Carneo, prolongando esta fecha[141] todo el tiempo que duró su expedición, invadieron el territorio de Epidauro y lo devastaron. Los epidaurios por su parte lla- 4
maron a sus aliados; pero algunos de ellos adujeron el mes como pretexto, mientras que otros, aun llegando a la frontera de Epidauro, se quedaron allí sin intervenir.

Reunión en Mantinea. Movimientos de tropas. Argos se retira de Epidauro

En el tiempo en que los argivos 55
estaban en el territorio de Epidauro, se reunieron en Mantinea embajadas de diversas ciudades, convocadas por los atenienses. En el curso del debate, el corintio Eufámidas declaró que las palabras no estaban de acuerdo con los hechos, pues, mientras ellos se encontraban allí reunidos en asamblea para tratar de la paz, los epidaurios y sus aliados y los argivos estaban con sus ejércitos frente a frente; lo primero que se debía hacer, por tanto, era acudir delegados de los dos bandos[142] y

---

niense de metagitnión, el segundo mes del año ático, correspondiente a parte de agosto y septiembre aproximadamente. Carneo estaba consagrado a Apolo bajo la advocación de Carno o Carneo; era un mes sagrado en muchas ciudades dóricas.

[141] Es decir, que computaron todos los días de la expedición como el día 27 del mes que precedía al Carneo. Con este procedimiento —que tenía un fundamento en la intercalación habitual de meses y días para adecuar el calendario oficial a la realidad de las estaciones—, se pretendía evitar un impedimento de carácter religioso, ya que en el Carneo había una tregua sagrada. Era, si se quiere, un recurso un tanto hipócrita, pero fue una treta que solucionó más de un caso de análogas características. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* IV 7, 2-3; V 1, 29; PLUTARCO, *Alejandro* 16, 2.

[142] *Aph' hekatérōn*. Otros prefieren la lectura *eph' hekatérōn* y entienden «ir a los dos bandos», a los dos ejércitos enfrentados. Pero es lógico pensar que la conferencia, igual que los combatientes, también estaba dividida en dos bandos.

separar a los contendientes, y así podrían hablar de nuevo
2 sobre la paz. Esta moción se impuso y los delegados partieron e hicieron que los argivos se retiraran del territorio de Epidauro. A continuación se reunieron en el mismo lugar, pero ni aun así pudieron llegar a un acuerdo; y entonces los argivos invadieron de nuevo el territorio de Epidauro y lo
3 devastaron. Por su parte los lacedemonios también salieron de expedición y llegaron a Carias, pero como tampoco entonces les resultaron favorables los sacrificios para el
4 paso de la frontera, se volvieron atrás. Los argivos, asimismo, se volvieron a su patria después de arrasar aproximadamente la tercera parte del territorio de Epidauro. Habían acudido en su ayuda mil hoplitas atenienses, con Alcibíades como estratego, luego que éste se enteró de que los lacedemonios habían salido de expedición; y como ya no había necesidad de ellos, se volvieron. Y así transcurrió el verano.

Esparta consigue enviar tropas a Epidauro. Argos se queja ante Atenas. Acaba el año decimotercero

56 En el invierno siguiente, los lacedemonios, sin que lo advirtieran los atenienses, enviaron por mar[143] a Epidauro una guarnición de trescientos hombres al mando de Agesípidas. Entonces los argivos se pre-
2 sentaron ante los atenienses y se quejaron de que, a pesar de lo estipulado en el tratado respecto a que nadie permitiría el paso de enemigos por el territorio propio, ellos habían permitido que los lacedemonios pasaran por mar navegando a lo largo de sus costas[144], y añadieron que, si a su vez los atenienses no llevaban a Pilos a los mesenios e

[143] Llama la atención esta expedición espartana por mar y en invierno, cuando en verano había aplazado dos expediciones por tierra.

[144] En el Golfo Sarónico y particularmente entre Metana (cf. *supra*, IV 45, 2) y Egina, ocupadas por los atenienses.

hilotas para hostigar a los lacedemonios, se considerarían
agraviados. Así los atenienses, a propuesta de Alcibíades, 3
hicieron grabar en la base de la estela del tratado con
Esparta que los lacedemonios no habían permanecido fieles
a sus juramentos[145], y llevaron a Pilos a los hilotas de Cra-
nios[146] para que se dedicaran al pillaje; aparte de esto, no
emprendieron más acciones. Durante este invierno, a pesar 4
de seguir en guerra los argivos y los epidaurios, no hubo
ninguna batalla en regla, sino sólo emboscadas e incursio-
nes, en las que perecieron algunos hombres de uno y otro
bando, según las circunstancias. Cuando acababa el invierno 5
y ya estaba cerca la primavera, los argivos marcharon con-
tra Epidauro con escalas para tomarla al asalto, por pensar
que se encontraba sin defensores a causa de la guerra, pero
al no conseguir nada se volvieron. Así acabó el invierno, y
acabó con él el decimotercer año de guerra[147].

---

[145] No se refiere en concreto al paso de Agesípidas, sino al general incumplimiento de Esparta. Cf. *supra,* V 46, 2.

[146] Los lacedemonios habían persuadido a los atenienses a sacarlos de Pilos y éstos los habían establecido en Cranios, en la isla de Cefalenia. Cf. *supra,* V 35, 6-7.

[147] Así acaba, pues, el invierno del 419-418 a. C.

AÑO DECIMOCUARTO: 418-417 a. C.

CONTINÚA LA ACTIVIDAD BÉLICA EN EL PELOPONESO. EXPEDICIÓN LACEDEMONIA CONTRA ARGOS

Concentración en Fliunte

57 Mediado ya el verano siguiente[148], los lacedemonios, viendo que sus aliados epidaurios lo estaban pasando mal y que de las otras ciudades del Peloponeso unas habían desertado y otras no estaban en buena disposición, pensaron que, si no tomaban la iniciativa en seguida, la situación

[148] La determinación de tiempo para las invasiones peloponesias suele expresarse con la fórmula *touû d'epigignoménou thérous,* «en el verano siguiente», a veces con alguna otra precisión, como la del estado del trigo (cf. *supra,* II 71; III 1; 89, etc.), o con otras que subrayan que se trata del comienzo del verano (cf. *supra,* II 47, 2: *toû dè thérous euthýs arkhoménou,* «tan pronto como comenzó el verano»). Sólo aquí y en VI 30, 1 se añade *mesoûntos,* indicando un tiempo posterior al de las invasiones habituales, dado que éstas solían emprenderse en una época anterior a la cosecha. Aquí ya ha mediado el verano del 418 a. C. (cf. *infra,* VI 30, 1). Se ha discutido sobre la razón por la que Esparta retrasó su intervención hasta la última parte del verano. En primavera las elecciones de Atenas habían dado la victoria a los pacifistas de Nicias frente al grupo de Alcibíades, que, al parecer, no había sido reelegido (cf. *infra,* 61, 2), y el cambio de poderes tenía lugar en pleno verano. Según algunos, Esparta esperaría la entrada en funciones de los pacifistas atenienses para seguir ella, paradójicamente, una política más agresiva. Pero podemos pensar en otras razones. Esparta apuraría la situación hasta llegar a un mayor conocimiento y recibir una presión más insistente de sus aliados. Entonces, una vez acabada la cosecha, se decidiría, pensando además que eran infundadas las esperanzas (concebidas en primavera en el momento de la derrota de Alcibíades) de que la política de Atenas experimentara un cambio importante.

iría a peor, y en masa, tanto ellos como los hilotas[149], se pusieron en marcha contra Argos; iba al frente de ellos Agis, hijo de Arquidamo, rey de los lacedemonios. Mar- 2
chaban con ellos los tegeatas y todos los demás arcadios que eran aliados de los lacedemonios. Los aliados del resto del Peloponeso y los de fuera se concentraron en Fliunte; los beocios tenían cinco mil hoplitas y otros tantos soldados de infantería ligera y quinientos de caballería con igual número de lacayos[150]; los corintios eran dos mil hoplitas, las otras ciudades llevaban contingentes diversos, y los de Fliunte participaban con todo su ejército, dado que la concentración de fuerzas se realizaba en su propio territorio.

Movimientos de los dos ejércitos

Los argivos desde un principio 58
fueron informados a tiempo respecto a los preparativos de los lacedemonios y entonces, cuando éstos se dirigieron a Fliunte con la intención de unirse a los demás, también ellos se pusieron en marcha. Habían acudido en su ayuda los mantineos con sus aliados[151] y tres mil hoplitas eleos. En su avance encon- 2
traron a los lacedemonios en Metidrio de Arcadia. Cada uno de los dos ejércitos ocupó una colina, y los argivos se

[149] *Autoì kaì hoi Heilōtes,* combinación que sólo la encontramos aquí y en V 64, 2. No deben de ser los hilotas al servicio de los hoplitas que encontramos normalmente en el ejército espartano (cf. *supra,* IV 8, 9), sino que probablemente se trata de auténticas tropas de combate. Respecto a los *neodamodes* o hilotas liberados, cf. *supra,* V 34, 1.

[150] Los *hámippoi,* «hamipos», soldados de infantería auxiliares de la caballería. Eran tropas típicas de Beocia, en las que cada jinete tenía un infante a su servicio. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* VII 5, 23-25; *El jefe de la caballería* V 13.

[151] En opinión de DIODORO (XII 78, 4), el número de mantineos se aproximaba al de los eleos. Cf. LISIAS, XXXIV 7, donde el número de ciudadanos de Mantinea en el 403 a. C. no llega a tres mil, un número probablemente bajo.

preparaban para presentar batalla a los lacedemonios en vista de que estaban solos, pero Agis levantó el campo de noche y sin ser visto marchó a Fliunte para reunirse con los
3 demás aliados. Al amanecer, los argivos se dieron cuenta y se pusieron en marcha, dirigiéndose primero hacia Argos y después al camino de Nemea[152], por donde esperaban que
4 habían de bajar los lacedemonios con sus aliados. Pero Agis no tomó el camino que esperaban, sino que, tras dar las órdenes oportunas a los lacedemonios, arcadios y epidaurios[153], avanzó por otro, dificultoso, y bajó a la llanura de Argos; los corintios, peleneos y fliasios marcharon por uno igualmente escarpado; y a los beocios, megareos y sicionios se les ordenó bajar por el camino de Nemea, donde estaban apostados los argivos, a fin de que, si los argivos acudían a la llanura para ir contra las tropas de
5 Agis, ellos pudieran perseguirles con la caballería. Así fue cómo Agis organizó sus fuerzas e irrumpió en la llanura, donde se puso a devastar Saminto y otros lugares.

59

En la llanura de Argos se prepara la batalla. Propuesta de dos ciudadanos argivos

Los argivos lo supieron y ya de día acudieron en auxilio desde Nemea; y al toparse con las fuerzas de fliasios y corintios, causaron algunas bajas entre los fliasios, mientras que ellos mismos sufrieron un número de pérdidas no

[152] Nemea, escenario del primer trabajo de Hércules y sede de un gran templo de Zeus, cerca del camino de Corinto a Argos, estaba a unos 20 Km. al norte de Argos y a unos 8 al sudeste de Fliunte. El camino de Fliunte a Argos salía por el extremo oriental de la llanura de Fliunte e iba a encontrar el camino principal que desde Corinto y Cleonas bajaba a la llanura de Argos (por el paso llamado Treto —*Trētós*, «Horadado»—, descrito por PAUSANIAS, II 15, 2, en la zona montañosa donde se encontraba la cueva del famoso león, a quince estadios de Nemea).

[153] Otros traducen «avanzó con los lacedemonios, arcadios y epidaurios», sin hacer depender los dativos de *parangeílas*, participio al que dan un valor absoluto.

mucho mayor a manos de los corintios. Por su parte, los 2
beocios, megareos y sicionios, tal como se les había orde-
nado, marcharon hacia Nemea, pero ya no encontraron a
los argivos, que habían bajado y, al ver sus tierras devasta-
das[154], se estaban colocando en orden de batalla. A su vez,
los lacedemonios también hacían sus preparativos. Los
argivos habían quedado cogidos en medio: por la parte de 3
la llanura, los lacedemonios y sus acompañantes les cerra-
ban el paso hacia la ciudad; arriba estaban los corintios,
los fliasios y los peleneos, y en la parte de Nemea, los beo-
cios, sicionios y megareos. Además, no contaban con caba-
llería[155], ya que los atenienses eran los únicos entre sus
aliados que todavía no habían llegado[156]. Pero lo cierto es 4
que la masa de los argivos y sus aliados no consideraba la
situación tan terrible, sino que creían que la batalla se
daría en condiciones favorables y que los lacedemonios
habían quedado cogidos en su tierra y junto a su ciudad.
Sin embargo, dos argivos, Trasilo, uno de los cinco genera- 5
les, y Alcifrón, próxeno de los lacedemonios, cuando los

[154] En 59, 1, los argivos bajan al ser informados de los movimientos de Agis, y ahora, a la vista de sus campos saqueados, se disponen para el combate. Agis se anticipó a los argivos, pero éstos, a su vez, debieron de anticiparse a sus planes al tener un rápido conocimiento de la maniobra enemiga; por ello no pudo sorprenderles el destacamento de los beocios.

[155] Se ha señalado el hecho curioso de que *Argos hippóboton,* «Argos criadora de caballos», como la llamaba Homero, no disponía de caballería, mientras que Atenas, menos favorecida para la cría de los équidos, la tenía.

[156] Los atenienses llegaban por mar, doblando el Escileo (cf. *supra,* V 53), lo que suponía un viaje más largo que el de los eleos, y el transporte de caballos debía, además, de llevar cierto tiempo. Es posible, sin embargo, que la demora no se debiera únicamente a estas circunstancias; la actitud de Nicias, que no quería tomar la iniciativa en Argos para evitar una ruptura total con Esparta, podía estar detrás de ello. Cf. J. HATZFELD, *Alcibiade,* París, 1951², pág. 104. Respecto a la llegada de las fuerzas atenienses, cf. *infra,* V 61, 1.

dos ejércitos ya estaban a punto de encontrarse, se fueron a tratar con Agis para inducirle a no trabar combate; los argivos —le dijeron— estaban dispuestos a someterse a un arbitraje que respetara la paridad e igualdad de derechos [157], si los lacedemonios tenían alguna queja contra los argivos, y a respetar la paz en el futuro después de haber concluido un tratado.

La tregua de cuatro meses

Se concluye la tregua y Agis retira el ejército. Críticas en ambos bandos

60 Los argivos que hicieron estas propuestas hablaron a título personal y sin tener el mandato del pueblo; y también Agis las aceptó por su cuenta y, sin contar con el apoyo de la mayoría ni deliberar sobre el asunto, limitándose tan sólo a comunicarlo a una de las autoridades que participaban en la expedición [158], concluyó una tregua de cuatro meses, durante los cuales los argivos deberían cumplir lo prometido. E inmediatamente retiró el ejército, sin dar
2 explicaciones a ninguno de los aliados. Los lacedemonios y sus aliados acataron la orden por respeto a la ley [159], pero

[157] Cf. *supra,* V 27, 2. Respecto a este armisticio de Trasilo y Alcifrón con el rey Agis (V 59, 5-60, 1), cf. F. J. Fernández, Nieto, *Los acuerdos bélicos...,* II, núm. 67. No satisfizo ni a argivos ni a lacedemonios, por lo que de los cuatro meses previstos no debió de transcurrir ni siquiera uno.

[158] Cf. Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 13, 1, respecto a los polemarcos que aconsejan al rey en campaña; y 13, 5, sobre los éforos. Cf. asimismo *Helénicas* II 4, 36, sobre los dos éforos que acompañaban al rey en campaña.

[159] La ley respecto al derecho supremo del rey al frente de un ejército una vez que ha pasado la frontera. Cf. *infra,* V 66, 3; VIII 5, 3; Heró-

entre ellos criticaban mucho a Agis, pues consideraban que se les había presentado una ocasión para entablar combate en condiciones favorables, ya que el enemigo estaba copado por todas partes, tanto por la caballería como por la infantería, y que, a pesar de ello, partían sin haber llevado a cabo ninguna acción en consonancia con las fuerzas que
tenían. Éste fue, en efecto, el más espléndido ejército griego 3
reunido hasta entonces[160], y eso pudo apreciarse muy bien mientras todavía se hallaba concentrado en Nemea; allí estaban los lacedemonios con todas sus fuerzas, los arcadios, beocios, corintios, sicionios, peleneos, fliasios y megareos[161], y todos ellos con contingentes escogidos de cada ciudad, unas tropas que parecían capaces de enfrentarse no sólo a la alianza argiva, sino a cualquier otra que se le
uniera. Así, pues, se retiró este ejército, con críticas contra 4
Agis, y los diversos contingentes se separaron, regresando
cada uno a su ciudad. Pero las críticas que los argivos 5
hacían a los que habían concertado la tregua sin contar con el pueblo eran todavía mucho más duras: también ellos consideraban que nunca se les presentaría una ocasión más favorable y que, a pesar de ello, los lacedemonios se habían escapado; el encuentro hubiera tenido lugar, en efecto, junto a la propia ciudad y con muchos y buenos aliados.

DOTO, VI 56; ARISTÓTELES, *Política* 1285 a^5. En cuanto a la situación de los aliados en lo relativo al mando, las cosas no funcionaban como estaba previsto en el tratado del 420 (cf. *supra,* V 47, 7, n. 109), debido a la fuerte hegemonía de Esparta.

[160] Para otras declaraciones de este tipo, cf. *supra,* I 1, 2; III 17, 1; *infra,* V 74, 1; VI 31, 1. Lo que aquí se afirma resulta un tanto sorprendente si se compara con II 9 y 11, 1. Podría referirse más a la calidad que al número.

[161] Faltan los epidaurios. Ello puede ser debido a una omisión por parte de Tucídides o de un copista, o a que este contingente ya había regresado por otro camino antes de que se separaran en Nemea.

6 Y así, al retirarse, comenzaron a lapidar a Trasilo en el Caradro[162], en el lugar en que precisamente juzgan los delitos cometidos en campaña antes de entrar en la ciudad. Pero éste consiguió refugiarse en un altar y salvó la vida; sus bienes, sin embargo, fueron confiscados.

Los refuerzos atenienses llegan a Argos y se reanudan las hostilidades. Capitulación de Orcómeno de Arcadia

61 Después de esto, llegaron los refuerzos de Atenas, mil hoplitas y trescientos hombres de caballería al mando de Laques y Nicóstrato[163], pero los argivos (que a pesar de aquello vacilaban en romper su tregua con los lacedemonios) los invitaron a marcharse y, pese a que los atenienses querían negociar, no los presentaron ante la asamblea popular hasta que los mantineos y los eleos, que todavía se encon-
2 traban allí, les obligaron a ello a fuerza de insistir. Entonces los atenienses, por medio de Alcibíades, que se encontraba allí como embajador[164], hicieron ante los argivos y

[162] Torrente que sólo lleva agua después de lluvias importantes y que afluye al Ínaco; forma una línea defensiva al norte y al este de Argos. Cf. PAUSANIAS, II 25, 2. Sobre el pasaje, cf. D. KAGAN, «Argive politics and policy after the Peace of Nicias», *Classical Philology* 57 (1962), 209 ss.

[163] Naturalmente no se refiere al pueblo *(plêthos)*, sino a la corporación que recibía a los embajadores y decidía si debía introducirlos ante la asamblea. En Atenas esta misión era desempeñada por el Consejo *(boulḗ)* y en Argos debía de ocurrir algo similar (cf. HERÓDOTO, VII 148, 3, trad. y notas de C. SCHRADER, Madrid, Gredos, 1985, pág. 221).

[164] De este pasaje, en el que vemos a Alcibíades como embajador, se ha deducido que Alcibíades no era uno de los estrategos de este año (cf. DIODORO, XII 79, 1; *supra*, V 56, 3, y 57, 1). No es sin embargo, una deducción segura. Podía no tener un mando militar en esta ocasión y ser enviado como embajador debido a su elocuencia. Cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. IV, Oxford, 1970, pág. 88. Pudo no ser elegido hasta después de la batalla de Mantinea y de la muerte de Nicóstrato (cf. *infra*, V 74, 3), a fin de ocupar la vacante. Cf. W. M. ELLIS, *Alcibiades*, Londres y Nueva York,

los aliados la misma declaración: la tregua no había sido concluida correctamente sin la intervención de los demás aliados, y ahora —dado que ellos habían llegado oportunamente[165]— era preciso reanudar la guerra. Después de per- 3
suadir con estos argumentos a los aliados, marcharon de inmediato contra Orcómeno de Arcadia, todos salvo los argivos; éstos, pese a que también habían sido persuadidos, en un primer momento se quedaron, pero después también ellos fueron detrás de los otros. Acamparon junto a Orcó- 4
meno y todos se pusieron a sitiarla y a lanzar algunos asaltos; querían que se les uniera, sobre todo porque se encontraban en ella rehenes arcadios instalados allí por los lacedemonios[166]. Los de Orcómeno, preocupados por la debilidad de sus murallas y por el gran número del ejército enemigo y, como nadie acudía a prestarles ayuda, por miedo a perecer antes de recibir auxilio, llegaron a un acuerdo por el que se convertían en aliados, daban a los mantineos rehenes propios y entregaban aquellos que habían dejado los lacedemonios.

1989, págs. 43-44; R. Develin, *Athenian Officials 684-321 B. C.*, Cambridge, 1989, págs. 144-145.

[165] Parece que es una defensa del orador en relación con el retraso, tal vez intencionado (cf. *supra*, V 59, 3, n. 156) de los atenienses. Pero también puede referirse a la oportunidad del momento, en el que el ejército argivo y de sus aliados recibía refuerzos, mientras que el de los enemigos se había dispersado.

[166] No se nos ha hablado antes de estos rehenes. Tal vez fueron tomados al principio de esta campaña y dejados en Orcómeno, en el camino hacia Fliunte.

Desacuerdo de los eleos y planes contra Tegea

62 Después de esto, con Orcómeno ya en su poder, los aliados se pusieron a deliberar sobre contra cuál de las restantes ciudades debían marchar en primer lugar. Los eleos proponían que fuera contra Lépreo [167], mientras que los mantineos querían ir contra Tegea; y los argivos y atenienses se
2 adhirieron a la propuesta de los mantineos [168]. Irritados los eleos porque no se había votado ir contra Lépreo, se retiraron a su país; pero los otros aliados se pusieron a prepararse en Mantinea para marchar contra Tegea; y algunos de los mismos habitantes de esta ciudad se movían para poner la situación en sus manos.

Campaña y batalla de Mantinea

Indignación de los lacedemonios contra Agis

63 Los lacedemonios por su parte, una vez que se hubieron retirado de Argos después de concluir la tregua de cuatro meses, persistieron en sus duras críticas contra Agis porque no les había sometido Argos, pese a que se había presentado una magnífica oportunidad, como antes, a su juicio, no se había dado jamás, pues no era fácil tener reunidos a

[167] El primer objetivo para los eleos era, naturalmente, Lépreo (cf. *supra,* V 31; 34; 49-50), pero estratégicamente era mucho más interesante Tegea, cuya caída hubiera sido un duro golpe para Esparta. Dirigirse hacia el Oeste, hacia Lépreo, dejaba además a Mantinea y Orcómeno sin protección ante un contraataque espartano, mientras que desde Tegea el ejército controlaba la zona.

[168] Una de las típicas situaciones difíciles debidas al mando compartido. Cf. *supra,* V 47, 7.

tantos y tan buenos aliados. Y cuando además llegaron las 2
noticias de Orcómeno, anunciando que había sido tomada, aún se indignaron mucho más y de inmediato, dominados por la cólera y en contra de su conducta habitual, decidieron[169] que debían derribar su casa[170] e imponerle una multa de cien mil dracmas[171]. Él les suplicó que no hicieran 3
nada de eso, pues se pondría en campaña y compensaría[172] las críticas con una acción gloriosa; si no era así, podrían hacer entonces lo que quisieran. Los lacedemonios aplaza- 4
ron el pago de la multa y el derribo de la casa, pero por el momento establecieron una norma que antes no habían tenido nunca: designaron a diez espartiatas para que fueran sus consejeros[173] y sin los cuales no estaba autorizado a conducir el ejército fuera de la ciudad.

---

169 Se trata de una decisión de la asamblea, no de la sentencia de un tribunal. Sobre la constitución de un tribunal (28 *gerontes*, el otro rey y cinco éforos) para juzgar a un rey, cf. PAUSANIAS, III 5, 2.

170 Cf. HERÓDOTO, VI 72, 2, donde vemos que se impone la misma pena de demolición a Leotíquidas.

171 Probablemente eran dracmas eginetas (cf. *supra*, V 47, 6). 100.000 dracmas de Egina equivalían a 140.000 dracmas áticas (más de 23 talentos), una suma muy considerable.

172 Hay características léxicas (como un *rhýsesthai*, «compensar, redimir», que no vuelve a aparecer en la prosa ática) que han hecho pensar en un uso dórico y en que Tucídides podría recoger las propias palabras de Agis.

173 Vimos consejeros agregados a los navarcos (cf. *supra*, II 85, 1; III 69, 1), pero no se había dado ningún caso de que se impusiera un consejero al rey, que tenía un poder absoluto una vez cruzada la frontera (cf. *supra*, V 60, 2). En este pasaje se ha propuesto (HAASE) sustituir «de la ciudad» *(ek tês póleōs)* por «del territorio enemigo» *(ek tês polemías)*, lo que concretaría la actuación de los consejeros a casos como el de V 60, 1 y daría al verbo *apágein* un sentido más propio (el de «retirar tropas», que es el que tiene en 60, 1).

Los lacedemonios envían una expedición de socorro a Tegea e invaden Mantinea

64 En esto les llegó de parte de sus amigos de Tegea la noticia de que, si no se presentaban en seguida, Tegea se separaría de ellos para pasarse a los argivos y a sus aliados
2 y que la defección era casi un hecho. Entonces fue enviada una expedición de socorro de lacedemonios, tanto de ciudadanos como de hilotas en masa, con una rapidez nunca
3 vista[174]. Se dirigieron hacia Oresteo, en Menalia. A los arcadios que eran aliados suyos les habían ordenado que se reunieran y fueran a Tegea siguiendo sus pasos; ellos, por su parte, después de avanzar hasta Oresteo y de hacer regresar a su país desde allí a la sexta parte de sus tropas de ciudadanos —en la que se contaban los de mayor edad y los más jóvenes—, a fin de que custodiaran su territorio, con el resto del ejército llegaron a Tegea; y no mucho des-
4 pués se presentaron sus aliados de Arcadia. También despacharon mensajeros a Corinto y a los beocios, focenses y locros[175], para pedirles que acudieran en su ayuda a Mantinea a toda prisa. Pero el aviso les llegó de improviso y no les resultaba fácil, a menos que se reunieran y se esperaran unos a otros, atravesar el territorio enemigo que les cerraba el paso[176]; ello no fue obstáculo, sin embargo, para que se

---

174 Una expedición de socorro «rápida y como no había habido antes otra» *(oxeîa kaì hoía oúpō próteron),* es decir, «rápida y sin precedentes»; pero es probable que la segunda parte sólo concrete la primera y no se refiera a que no tenía paralelos en otros aspectos. Entendemos así «con una rapidez nunca vista». Por otra parte, se ha observado que la expresión *oúpō próteron* se repite tres veces en 18 líneas. Aunque se ha atribuido a una falta de revisión, subraya una serie de situaciones o acciones excepcionales que se relacionan (cf. *supra,* V 63, 1 y 4).

175 En la última ocasión en que han aparecido (cf. *supra,* V 32, 2, n. 73), los focenses y los locros mantenían una guerra entre ellos.

176 Especialmente después de la conquista de Orcómeno, los manti-

movieran con rapidez. Mientras tanto[177], los lacedemonios, 5 tomando consigo a los aliados arcadios que estaban presentes, invadieron el territorio de Mantinea y, tras acampar junto al santuario de Heracles, se pusieron a devastar el país.

Movimientos de los dos ejércitos. Estratagema de Agis

Los argivos y sus aliados, cuando 65 les vieron, ocuparon una posición con buenas defensas naturales y de difícil acceso y se colocaron en orden de batalla. Los lacedemonios mar- 2
charon inmediatamente contra ellos y avanzaron hasta situarse a un tiro de piedra o de dardo; en esto, uno de los soldados más veteranos, al ver la solidez de la posición contra la que marchaban, gritó a Agis que intentaba remediar un mal con otro mal, con lo que daba a entender que el inoportuno ardor actual quería ser una reparación por la criticada retirada de Argos. Entonces Agis, ya por la adver- 3
tencia, ya porque de súbito le había venido la misma idea u otra distinta, de nuevo retiró a su ejército a toda prisa, antes de que trabara combate[178]. Y al llegar al territorio de 4

neos y sus aliados podían bloquear los accesos a las tropas de los aliados de Esparta.

177 La rapidez con la que en este caso actúan los espartanos se refleja en el relato, donde alternan las peticiones de ayuda a los aliados con los avances de las tropas lacedemonias (cf. *supra*, 64, 3-4), que actúan sin esperar la llegada de los refuerzos.

178 Cf. PLUTARCO, *An seni respublica gerenda sit (Ei presbytérōi politeutéon)* 797 c, donde este caso es contemplado como un ejemplo de sumisión edificante; pero se ha pensado en razones más sutiles para explicar algunas maniobras de Agis y en planes y móviles menos claros, o explicaciones que no se nos dan, para entender los movimientos de los dos ejércitos: cf. J. W. WOODHOUSE, «The Campaign and Battle on Mantineia in 418 B.C.», *Annual of the British School at Athens* 22 (1916-18), 51-84, y, sobre todo, su libro *King Agis of Sparta and his Campaign in Arkadia in*

Tegea, se puso a desviar las aguas [179] hacia el de Mantinea, motivo por el que la mayor parte del tiempo están en guerra los mantineos y los tegeatas, ya que las aguas causan daños a unos o a otros, según el lado en el que vierten. Quería obligar a bajar al enemigo, que, al enterarse de lo que ocurría, acudiría desde la colina para impedir la desviación de las aguas, con lo que la batalla se daría en la
5 llanura. Agis permaneció, pues, allí durante aquel día, dedicado a desviar las aguas. Por su parte, los argivos y sus aliados se quedaron en un principio sorprendidos ante la súbita retirada del enemigo efectuada a tan corta distancia [180], y no sabían qué pensar. Luego, cuando el enemigo se retiró y se perdió de vista, mientras que ellos se quedaban sin reaccionar y no salían en su persecución, entonces comenzaron a criticar de nuevo a sus generales, porque en una primera ocasión habían dejado escapar a los lacedemonios, cuando estaban bien cogidos junto a Argos, y ahora porque nadie les perseguía en su huida, sino que se ponían a salvo con toda tranquilidad mientras ellos eran
6 traicionados. Los generales en un primer momento quedaron desconcertados, pero después sacaron a las tropas de la colina y avanzando hasta la llanura establecieron su campamento con la intención de marchar contra el enemigo.

---

418 B.C. A Chapter in the History of the Art of War among the Greeks, Oxford, 1933.

[179] No está claro a qué aguas en concreto se refiere. Se ha pensado en las del *Sarandopótamos*, el torrente más importante de la llanura de Tegea y Mantinea, que fluye al este de Tegea y gira bruscamente hacia el Este a pocos kilómetros al norte de la ciudad.

[180] *Ex olígou.* También puede tener un sentido temporal significando «en un corto tiempo» o «después de un corto tiempo»; sería una retirada súbita *(aiphnidíōi)* después de una corta permanencia.

Los lacedemonios se encuentran inesperadamente con el enemigo. Organización del ejército lacedemonio

Al día siguiente, los argivos y sus aliados se dispusieron en el orden en que iban a combatir si se encontraban con el enemigo. Los lacedemonios, al dirigirse de nuevo desde el lugar de las aguas hacia el santuario de Heracles, al mismo campamento de antes, vieron que sus enemigos estaban a escasa distancia[181], ya todos formados en orden de batalla y lejos de la colina[182]. 66
En este momento los lacedemonios sintieron el mayor terror del que guardan recuerdo[183], pues sus preparativos tenían que hacerse en un tiempo muy corto. De inmediato y con apresurado afán, se colocaron en su orden de batalla habitual, dirigiendo el rey Agis todos los movimientos de acuerdo con la ley. 2
Cuando un rey está al frente de un ejército, todas las órdenes parten de él: él mismo explica a los polemarcos[184] lo que debe hacerse, éstos lo transmiten 3

[181] El avance aliado desde Alesio pudo realizarse al amparo de la noche o, más probablemente, del bosque *Pélagos* (un bosque que, según PAUSANIAS, VIII 11, 1, estaba en el camino de Mantinea a Tegea, pasado el santuario de Posidón). Llama la atención, sin embargo, que Tucídides no se refiriera concretamente a este bosque, si estaba allí en el 418 y si realmente fue la causa de la sorpresa de los espartanos, una sorpresa que ha sido objeto de bastantes controversias.

[182] Habrían avanzado desde el sitio donde habían acampado durante la noche (65, 6), probablemente cuando Agis ya estaba en marcha y se encontraba muy cerca.

[183] Parece reflejar la frase de un combatiente que informara a Tucídides. El ejército espartano se había enfrentado a otras situaciones tan difíciles como pudiera ser ésta, pero probablemente en pocos casos el factor sorpresa fue tan señalado.

[184] Como su nombre indica, el polemarco *(polémarchos)* era el «jefe de la guerra», el más alto jefe militar. La figura del polemarco presenta características diferentes en las distintas ciudades y en algunas asume funciones civiles (por ejemplo, en Atenas: cf. ARISTÓTELES, *Constitución de*

a los locagos, éstos a los penteconteres y éstos a su vez a los enomotarcos, quienes finalmente lo comunican a su
4 enomotía. Así, siempre que desean mandar algo, las órdenes siguen el mismo conducto y se transmiten con rapidez. Ello se debe a que prácticamente todo el ejército de los lacedemonios, salvo escasas excepciones, está constituido por jefes que mandan a otros jefes, y la responsabilidad de la acción es incumbencia de muchos.

Los dos ejércitos en orden de batalla

67 En esta ocasión el ala izquierda estaba ocupada por los esciritas, pues son los únicos lacedemonios que tienen siempre reservado este puesto; a su lado, formaban los soldados de Brásidas venidos de Tracia y, junto a ellos, los neodamodes [185]; luego los lacedemonios propiamente dichos ya disponían sus unidades, una a continuación de otra, y junto a ellos estaban los arcadios de Herea y después de éstos los menalios; y en el ala derecha se encontraban los tegeatas, con un pequeño número de lacedemonios situados en el extremo; su caballería ocupaba los flancos de
2 ambas alas. Así estaban ordenados los lacedemonios. Enfren-

---

los atenienses 3, 2-3; 22, 2; 58, 1-3). En Esparta tenían básicamente competencias militares, aunque también desempeñaban alguna función civil.

[185] Respecto a *hoi apò Thráikēs Brasídeioi* y a los *neodamṓdeis*, cf. *supra*, V, 34, 1. Eran hilotas liberados; cf. asimismo *supra*, IV 80. En Mantinea debían de formar un cuerpo de unos 1.024 (2×512) hombres, constituyendo una unidad adicional, la séptima, que se añadiría a las 6 *mórai* del ejército espartano. Cf. J. F. Lazenby, *The Spartan Army*, Warminster, 1985, págs. 42-43 y 128-130. El número de unos 1.024 hombres entre *Brasídeioi* y *neodamṓdeis* parece acertado, si tenemos en cuenta que originariamente los soldados de Brásidas eran 700 (cf. *supra*, IV 80, 5) y los *neodamṓdeis* posiblemente unos 1.000 (cf. *supra*, V 34, 1; 49, 1); contando unas bajas entre los primeros, y un número dejado de guarnición en Lépreo entre los segundos, el resultado no parece que deba ser inferior al millar.

te de ellos, los mantineos ocupaban el ala derecha, porque la acción tenía lugar en su territorio; a su lado estaban los aliados arcadios, luego los mil soldados escogidos de Argos, a quienes la ciudad proporcionaba un largo adiestramiento para la guerra a expensas públicas, y a continuación los otros argivos; después de éstos venían sus aliados, los cleoneos y los orneatas; y luego, en último lugar, se hallaban los atenienses, que ocupaban el ala izquierda, y con ellos estaba su propia caballería.

Estimación de los efectivos

Tales eran el orden de batalla y 68
la composición de los dos bandos, y el ejército lacedemonio parecía mayor. No podría, sin embargo, 2
referir con exactitud las cifras[186], ni de cada contingente de uno u otro bando, ni de la totalidad. El número de los lacedemonios era desconocido a causa del hermetismo de su régimen político[187], y el de los otros no resultaba creíble a causa de la humana tendencia a vanagloriarse respecto al número de las cosas propias. Es posible, no obstante, formular una estimación del número de lacedemonios allí presentes, gracias al siguiente cálculo: sin contar los esciritas, que eran seiscientos, participaron 3
en el combate siete batallones, y en cada batallón había cuatro pentecostis, y en la pentecostis cuatro enomotías. En la primera fila de cada enomotía combatían cuatro hombres; y en lo que respecta a la profundidad, no formaban todos de la misma manera, sino según la decisión de

[186] La preocupación por la exactitud. Cf. *supra,* I 22, 2, n. 152. En otros casos, Tucídides se refiere en términos igualmente explícitos a la falta de información. Cf., por ejemplo, *infra,* VI 27, 2; 60, 2 y 5. Cf. H. D. WESTLAKE, ΛΕΓΕΤΑΙ in Thucydides», *Mnemosyne* 30 (1977), 345-362, esp. 345.

[187] *Tò Kriptón,* el secretismo de Esparta. Cf. *supra,* IV 80, 2-4; V 54, 1, n. 502 b.

cada locago; pero por lo general estaban colocados de ocho en fondo. En su conjunto, la primera fila, exceptuando los esciritas, estaba formada por cuatrocientos cuarenta y ocho hombres.

Arengas y actitud de los contendientes ante la batalla

69 Cuando ya estaban a punto de trabar combate, entonces vinieron las arengas de los respectivos generales a los distintos contingentes, diciendo básicamente lo siguiente: a los mantineos, que la batalla iba a ser por su patria y al mismo tiempo por el poder o la servidumbre, para no ser despojados del primero después de haberlo disfrutado y no experimentar de nuevo la segunda; a los argivos, que iban a combatir por la antigua hegemonía[188] y por la igualdad de derechos[189] que otrora había existido en el Peloponeso, de la que no debían tolerar ser privados para siempre, y para castigar por sus muchos agravios a unos hombres que eran enemigos a la vez que vecinos; a los atenienses, que era hermoso luchar junto a muchos y valientes aliados y no resultar inferior a ninguno, y que, si vencían a los lacedemonios en el Peloponeso, tendrían un imperio más seguro y más grande y jamás ningún otro pueblo invadiría su terri-
2 torio. De tal suerte fueron las razones con que se arengó a

---

[188] Cf. *supra,* V 28, 2; 40, 3; HERÓDOTO, I 82; VII 148, 4. Argos se consideraba heredera de la hegemonía de Agamenón, rey de Micenas, en tiempo de la Guerra de Troya. En el siglo V a. C., Micenas no tenía ningún poder y era una parte del territorio de Argos. Por otra parte, hacia la primera mitad del siglo VII a. C., Argos fue una gran potencia del Peloponeso bajo la dirección del rey Fidón, que se opuso al avance de Corinto y de Esparta. En esta época se reaviva la nostalgia por la antigua grandeza. Cf. asimismo *supra,* V 28, 2; 40, 3; DIODORO, XII 75, 6-7.

[189] Igualdad de derechos y poder, en una posible alusión a la igualdad de los tres reinos en que originariamente estuvo dividido el Peloponeso (Argos, Esparta y Mesenia) después de la conquista de los heráclidas. Cf. *supra,* I 12, 3, n. 87.

los argivos y a sus aliados. En el lado lacedemonio, se dirigieron exhortaciones en los distintos contingentes[190], y entre ellos mismos, de acuerdo con sus costumbres de guerra[191], se daban ánimos con el recuerdo de lo que, como valientes que eran, habían aprendido, pues sabían perfectamente que un largo adiestramiento en la acción contribuía más a la salvación que una arenga de hermosas palabras pronunciada en el último momento[192].

Al ataque

70 Después de esto vino el encuentro. Los argivos y sus aliados comenzaron a avanzar con vehemencia y coraje, mientras que los lacedemonios lo hacían lentamente, al ritmo que marcaban gran número de flautistas presentes en el ejército según la costumbre, no por razones religiosas, sino

---

[190] El pasaje es problemático y se ha pensado en una laguna, aunque podemos entenderlo considerando que hay una elipsis. Parece que se hace una distinción entre los aliados («en los distintos contingentes»: *kath' hekástous* como en el párrafo 1) y los lacedemonios propiamente dichos (cf. asimismo *supra*, 67, 1).

[191] Prefiero traducir así la expresión *metà tôn polemikôn nómōn*, de acuerdo con A. ANDREWES (A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. IV, Oxford, 1970, pág. 118) y tal como hacen traductores como G. DONINI (*Le Storie di Tucidide*, Turín, 1982, vol. II, pág. 875) y T. GEORGOPAPADAKOS en su versión de Tucídides, Tesalónica, 1982, vol. II, pág. 155. Por lo general, sin embargo, se traduce de acuerdo con el escoliasta, que da a los términos *polemikoì nómoi* el significado de «cantos de guerra». Aquí sería: «en medio de (o "con") cantos de guerra, se daban ánimos, recordando...». No obstante, el uso de *nómos* en el sentido de «ley o costumbre» es frecuente en estas páginas (cf. *supra*, 66, 2; *infra*, 70) y pudiera ser que en el antiguo escoliasta hubiera pesado el conocimiento de que *nómos* podía significar «canto».

[192] Respecto a la idea de que la acción era más importante que las palabras, idea que no era exclusivamente espartana, aunque aquí parece

para que las tropas avanzaran de forma igualada marchando al compás de la música y no se descompusiera así su orden de batalla, cosa que les suele ocurrir a los grandes ejércitos en el momento de marchar al ataque.

Tácticas y movimientos. Agis ordena reforzar su ala derecha

71 Mientras aún estaban avanzando los unos contra los otros, el rey Agis decidió hacer lo siguiente[193]. Los ejércitos maniobran todos de este modo: cuando llega el momento del encuentro tienden a desplazarse hacia su ala derecha, y ambas formaciones desbordan con el ala derecha la izquierda del enemigo; esto ocurre así porque cada soldado, por miedo, trata de cubrir lo más que puede su lado descubierto con el escudo del hombre que está alineado a su derecha y piensa que la apretada unión de una formación bien cerrada constituye la máxima protección; y el primer responsable de este desplazamiento es el jefe de la fila del ala derecha, ansioso de mantener siempre alejada del enemigo la parte descubierta de su cuerpo, y los otros le siguen
2 a causa del mismo temor. Y en esta ocasión los mantineos desbordaban largamente el ala de los esciritas, mientras que los lacedemonios y los tegeatas lo hacían con los atenienses todavía más, en la medida en que tenían un mayor
3 ejército. Entonces Agis, temiendo que fuera envuelta su ala izquierda, y considerando que los mantineos lo desbordaban excesivamente, indicó a los esciritas y a los soldados de Brásidas que desplazaran su línea desde donde se encontraba él con sus hombres para igualarse a los mantineos, y para ocupar el espacio dejado ordenó a los polemarcos Hiponoidas y Aristocles que pasaran allí con dos batallo-

---

entenderse que los lacedemonios tenían menos necesidad de palabras que otros, cf. asimismo *supra,* IV 95, 1; e *infra,* VI 68, 1.

[193] El rey tomó esta decisión con independencia y plena responsabilidad; parece que los consejeros no intervienen. Cf. *supra,* V 63, 4.

nes desde el ala derecha, a fin de meterse en él y llenarlo; consideraba que su ala derecha todavía conservaría su superioridad y que así habría mayor seguridad para la parte que estaba situada enfrente de los mantineos.

La batalla. Los lacedemonios, a pesar de la derrota inicial en su ala izquierda, se imponen en los otros sectores

Pero como dio la orden en el 72
mismo momento del ataque y de manera súbita, lo que ocurrió fue que Aristocles e Hiponoidas no quisieron pasar a aquel sitio (y debido a la inculpación de este hecho fueron luego desterrados de Esparta, puesto que se resolvió que se habían comportado cobardemente); entonces los enemigos pudieron adelantarse en el choque, y cuando Agis, viendo que los batallones no habían pasado a situarse junto a los esciritas, mandó a éstos que se unieran de nuevo a ellos, estas tropas ya no pudieron cerrar las filas. Sin embargo, los lacedemonios, a 2
pesar de que, desde todos los puntos de vista, quedaron muy por debajo en cuanto a habilidad táctica, demostraron entonces con no menos claridad que eran superiores en valor [194]. En efecto, tan pronto como llegaron al cuerpo a 3
cuerpo con el enemigo, el ala derecha de los mantineos puso en fuga, en las filas del ejército lacedemonio, a los esciritas y a los soldados de Brásidas, y los mantineos y sus aliados, más los mil soldados escogidos de Argos, se lanzaron por el espacio que había quedado vacío y que no había sido cerrado y comenzaron a causar destrozos entre los lacedemonios; en una maniobra envolvente los pusieron en

[194] Es decir, a pesar de la dirección de un jefe tan discutido como Agis, los espartanos se hicieron con la victoria gracias a su valor. Se trata de la falta de habilidad táctica del rey o de los polemarcos que no obedecieron sus órdenes, habilidad táctica o experiencia *(empeiría),* reconocida a los lacedemonios en otras ocasiones (cf. *supra,* IV 33, 2). Esta valoración de Tucídides es, como hemos dicho, objeto del ataque de Woodhouse.

fuga y los persiguieron hasta los carros, y mataron a algunos de los soldados de más edad que montaban guardia en
4 aquel sitio. En este sector, pues, los lacedemonios eran derrotados; pero con el resto del ejército, y sobre todo con su parte central —donde se encontraba el rey Agis, y en torno a él los llamados Trescientos Caballeros[195]—, cayeron sobre los veteranos argivos, los denominados pentélocos[196], así como sobre los cleoneos, orneatas y los atenienses que formaban a su lado, y los pusieron en fuga; la mayor parte de ellos ni siquiera aguardó al cuerpo a cuerpo, sino que, cuando los lacedemonios acometieron, cedieron en seguida, y hubo incluso algunos que fueron pisoteados mientras trataban de evitar que el enemigo les diera alcance y los apresara.

---

[195] Sobre este cuerpo escogido, cf. HERÓDOTO, VIII 124, 3 (y probablemente I 67, 5, y VII 205, 2); JENOFONTE, *Constitución de los lacedemonios* 4, 3; ESTRABÓN, X 4, 18. El testimonio de Heródoto demuestra que ya existían en la época de las Guerras Médicas, y el testimonio de Estrabón, basado en Éforo, prueba que en la época clásica el cuerpo estaba formado por hoplitas y no por soldados de caballería, por lo que su denominación debe remontar a una época más antigua, en que el rey tendría una guardia de caballería. Este cuerpo de caballeros *(hippeîs),* que constituía la guardia real, estaba formado por trescientos hombres, a razón de tres por cada una de las tribus espartanas. En esta batalla, la caballería propiamente dicha de los lacedemonios y sus aliados se encontraba en los dos flancos (cf. *supra,* V 67, 1). Recuérdese, por otra parte, que Esparta recurrió poco a la caballería (cf. *supra,* IV 55, 2).

[196] Los pentélocos, *Pentélochoi,* los «cinco locos» o «cinco batallones», término que sólo aparece en este pasaje y con el que se designa a todas las fuerzas argivas con excepción de los «mil escogidos». El término implica que estas fuerzas estaban subdivididas en cinco unidades, lo que está de acuerdo con lo que se decía en V 59, 5 respecto a los cinco generales de Argos.

Victoria lacedemonia

73 Como en este sector había cedido el ejército de los argivos y sus aliados, no sólo quedó rota la línea por las dos partes[197], sino que el ala derecha de los lacedemonios y los tegeatas se puso a envolver a los atenienses con las tropas que los desbordaban; y así se cernió sobre éstos un doble peligro, puesto que por un lado se les estaba envolviendo y por otro ya habían sido derrotados. Y hubieran pasado mayores apuros que el resto del ejército si la caballería, que se encontraba a su lado, no les hubiera ayudado. Ocurrió 2
además que Agis, al darse cuenta de que su ala izquierda, frente a los mantineos y los mil argivos, se encontraba en apuros, ordenó a todo el ejército que se dirigiera hacia el sector que estaba siendo vencido[198]. Y cuando esta orden 3
fue ejecutada, los atenienses, en tanto que el ejército pasaba al otro lado y se alejaba de ellos, lograron ponerse a salvo tranquilamente, y con ellos se salvó el sector derrotado de los argivos. Por su parte, los mantineos y sus aliados y las tropas escogidas de los argivos ya no se preocuparon de acosar a sus adversarios, sino que, al ver que los suyos habían sido vencidos y que los lacedemonios se les echaban encima, se dieron a la fuga. Entre los mantineos se dio un 4
mayor número de bajas, pero las tropas escogidas de los

[197] O «quedó roto el contacto entre las dos partes». Se refiere básicamente a que el ejército argivo y de sus aliados quedó dividido. Las dos partes son las de su derrota ante el ataque de Agis y sus tropas y la de su victoria en el ala izquierda por obra de los mantineos. Y podemos pensar que el sujeto es sólo el sector central de los argivos y los aliados situados a su lado, o entender que es toda la línea. Ésta quedaría rota al separarse del ala izquierda el sector central y el ala derecha. Cf. *supra,* IV 96, 6.

[198] Este pasaje ha hecho pensar en EURÍPIDES, *Suplicantes* 703-709, en la actitud de Teseo y en la batalla que allí se describe.

argivos lograron salvarse en su mayor parte[199]. Ciertamente, la huida y la retirada no fueron ni violentas ni largas, pues los lacedemonios, gracias a su resistencia, sostienen las batallas durante largo tiempo y con firmeza hasta el momento en que ponen en fuga al enemigo, pero una vez que lo han hecho huir, sus persecuciones son breves y a escasa distancia[200].

Balance de la batalla de Mantinea

74 De este modo, o de forma muy parecida a la descrita, se desarrolló la batalla, la más grande entre fuerzas griegas desde hacía muchísimo tiempo[201], reñida con la participa-
2 ción de las más famosas ciudades. Los lacedemonios formaron con sus armas delante de los cadáveres de los ene-

---

[199] Frente a Tucídides, que justifica el hecho de que el regimiento de élite argivo saliera bien librado por una costumbre lacedemonia, DIODORO, XII 79, 5-7, habla de un desesperado combate entre espartanos y argivos y cuenta una anécdota según la cual Fárax, uno de los consejeros, habría influido sobre Agis para que no persiguiera al cuerpo de los mil argivos.

[200] Ésta era la actitud normal de los lacedemonios en las victorias. Cf. *supra,* I 70, 5 (la visión corintia de los atenienses en contraste con los espartanos); V 41, 2; PLUTARCO, *Licurgo* 22, 9-10, donde se atribuye a motivos de carácter humanitario y a razones prácticas. Pero la explicación debía de estar en las reglas del combate hoplítico: lo fundamental era quedar en posesión del campo de batalla, lo que constituía el criterio básico para atribuirse la victoria (cf. por ej., *supra,* I 30, 1). Y en algunos casos (cf. *supra,* V 41, 2), parece una limitación que refleja costumbres del pasado y antiguas formas de combate. En el presente pasaje, los espartanos habían conseguido su objetivo —la victoria y la posesión del campo de batalla—, y no necesitaban exponerse innecesariamente, sobre todo ante la presencia de caballería enemiga.

[201] Probablemente desde la batalla de Tanagra, reñida hacía 39 años y en la que los atenienses y sus aliados eran 14.000, mientras que los peloponesios (sin contar los beocios) reunían unos 11.500 hombres (cf. *supra,* I 107, 2-108, 1). Por otra parte, todas las ciudades que tomaron

migos, y en seguida levantaron un trofeo y despojaron a los muertos; luego recogieron los cuerpos de sus propios caídos y los llevaron a Tegea, donde les dieron sepultura[202]; y finalmente devolvieron los de los enemigos en virtud de
una tregua. Murieron setecientos hombres entre argivos, 3
orneatas y cleoneos, doscientos de los mantineos, y de los atenienses, con los eginetas incluidos, otros doscientos y los dos estrategos. En el lado de los lacedemonios, sus aliados no sufrieron pérdidas dignas de tenerse en cuenta; y en cuanto a los mismos lacedemonios, resultaba difícil saber la verdad, pero se decía que habían muerto unos trescientos.

ESPARTA RECUPERA SU PRESTIGIO. LOS EPIDAURIOS INVADEN ANGÓLIDE Y LOS ARGIVOS Y SUS ALIADOS MARCHAN CONTRA EPIDAURO

Cuando la batalla iba a tener lugar, Plistoanacte, el 75
otro rey[203], acudió con fuerzas de socorro formadas por los de mayor edad y los más jóvenes, y llegó hasta Tegea, pero,
al enterarse de la victoria, regresó. Las tropas aliadas que 2
venían de Corinto y del otro lado del Istmo también reci-

parte en Mantinea también participaron en Tanagra, y asimismo estuvieron presentes los beocios.

[202] De acuerdo con la costumbre griega, los muertos fueron enterrados cerca del campo de batalla (cf. *supra,* II 34, 1). Tucídides pudo ver esta tumba. Respecto a la tregua concedida por los lacedemonios, cf. F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos...,* I, pág. 111; II, pág. 90.

[203] Los dos reyes nunca partían juntos de campaña al mando del mismo ejército (cf. HERÓDOTO, V 75, 2). Podían coincidir fuera, como hubiera pasado en este caso (cf. asimismo JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 7-8; DIODORO, XIII 107, 2) y podían mandar expediciones diferentes al mismo tiempo. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 3, 10 y 13-14, donde los fliasios, equivocadamente, confiaban en que los dos reyes no estarían fuera de Esparta al mismo tiempo.

bieron un mensaje de los lacedemonios para que se volvieran a su casa; y ellos mismos, depués de retirarse y licenciar a sus aliados, dado que se encontraban en la época de las
3 Carneas[204], se pusieron a celebrar las fiestas. Con esta única gesta se vieron libres de los reproches que en aquel tiempo les dirigían los griegos, acusándoles de cobardía a causa del desastre de la isla[205] y de indecisión y lentitud[206] en todas sus empresas; y se creyó que habían sido maltratados por la suerte[207], pero que seguían siendo los mismos en cuanto al valor.

4 Sucedió también que, el día antes de esta batalla, los epidaurios con todas sus fuerzas invadieron el territorio de Argos, pensando que se encontraba sin defensores; y mataron a muchos argivos que habían quedado de guardia al
5 ausentarse el grueso de las tropas. A su vez, como después de la batalla habían acudido tres mil hoplitas eleos en auxilio de los mantineos y mil atenienses que se unieron a los de antes[208], todos estos aliados[209] marcharon de inmediato

[204] Fiestas dorias que se celebraban durante el mes Carneo (cf. *supra,* V 54, 2-3).

[205] De Esfacteria, naturalmente. Mantinea suponía un gran alivio para Esparta, que había visto minado su prestigio desde los acontecimientos de Pilos y Esfacteria, y cerraba las grietas entre los lacedemonios y sus aliados, ventaja que había conseguido Atenas con la alianza de V 23.

[206] Respecto a la «lentitud» *(bradytês)* lacedemonia y a las acusaciones de sus aliados, cf. *supra,* I 71, 4; 72, 1; 78, 1; 84, 1-4; cf. asimismo V 64, 2; 66, 2 y 70.

[207] O «vituperados por lo que sólo era mala suerte».

[208] Este envío de tropas con cuentagotas se debía posiblemente a las diferencias entre Nicias y Alcibíades. Pero también puede explicarse por el exceso de confianza que Atenas ya había mostrado en otras ocasiones, como en el caso de Corcira en el año 433 a. C. (cf. *supra,* I 45, 1-2, y 50, 5) y en el de Naupacto en el 429 (cf. *supra,* II 85, 4-6, y 92, 7). Primero se pensaría en una fuerza y un gasto menores y luego se vería que no eran suficientes. Cf. *infra,* VI 16, 6.

[209] Algunos cuestionan el *hoûtoi,* «estos», y entienden «todos los

contra Epidauro, en tanto que los lacedemonios celebraban las fiestas Carneas, y repartiéndose las zonas comenzaron a cercar la ciudad con un muro de circunvalación. Los otros 6
abandonaron el trabajo, pero los atenienses, tal como se les había encomendado, llevaron en seguida a término las obras de fortificación del promontorio del templo de Hera. Entonces todos estuvieron de acuerdo en dejar una guarnición en esta fortificación y luego se retiraron dirigiéndose cada contingente a su ciudad. Y así acabó el verano.

EL INVIERNO DEL AÑO DECIMOCUARTO. TRATADO DE PAZ Y ALIANZA ENTRE ESPARTA Y ARGOS

Esparta propone un acuerdo a Argos

Recién comenzado el invierno 76
siguiente[210], los lacedemonios, después de celebrar las Carneas[211], salieron de expedición, y al llegar a Tegea enviaron a Argos una propuesta de conciliación. Ya antes contaban con partidarios 2
que querían derribar el régimen democrático de Argos, y,

aliados», pero es probable que se refiera a los eleos y atenienses con los argivos, excluyendo a los mantineos.

[210] El invierno del 418-417, en el mes de noviembre del 418.

[211] Dado que el mes Carneo (cf. *supra*, V 54, 2, n. 140) acababa hacia mediados de septiembre, mientras que el invierno tucidídeo se iniciaba a comienzos de noviembre, algunos comentaristas (Krüger) han sugerido que esta alusión a las Carneas no sería de Tucídides y que, por tanto, debería suprimirse, puesto que de ella se desprende que los lacedemonios se pusieron en movimiento inmediatamente después de las fiestas Carneas, lo que está en contradicción con lo afirmado anteriormente; había unas seis semanas entre el fin de las Carneas y el principio del invierno. Pero tal vez se trata de una insistencia respecto a que ya no existía el obstáculo religioso para emprender una expedición, con lo que no sería necesaria la supresión.

una vez que se hubo dado la batalla, éstos estuvieron en condiciones mucho mejores para persuadir a la masa a llegar a un acuerdo. Querían primero concluir un tratado de paz con los lacedemonios, a continuación una alianza, y, una vez en esta situación, emprender ya el ataque contra la
3 democracia. Así pues, Licas, hijo de Arcesilao, que era próxeno de los argivos, llegó a Argos como enviado de los lacedemonios; llevaba dos mensajes: uno para el caso de que se decidieran por la guerra, otro con las condiciones de la paz en el caso de que quisieran hacerla[212]. Después de un largo debate (se daba la circunstancia de que Alcibíades se encontraba allí), los que colaboraban con los lacedemonios, que ya se atrevían a actuar abiertamente, lograron persuadir a los argivos a aceptar la propuesta de conciliación. Su texto era el siguiente[213]:

---

212 El giro griego es un tanto elíptico. De los dos mensajes o documentos, uno, el *symbatḗrios lógos* o «propuesta de conciliación», debía de ser más largo y detallado, mientras que el otro sería una amenaza de guerra.

213 El texto de este pacto y el del documento del capítulo 79 aparecen en dialecto laconio. El tema de los documentos transmitidos por Tucídides, especialmente de los que están en otro dialecto, ha sido objeto de interesantes discusiones respecto a una serie de cuestiones, como la de si Tucídides transmitió los documentos tal como estaban en el original, o si los «retradujo», suprimiendo algunas formas dialectales. A ello está ligado el problema de las variantes de la tradición manuscrita, que ha tendido a regularizar las formas no áticas. ¿En qué medida era Tucídides fiel a los originales o los interpretaba, abreviaba o sintetizaba (de modo comparable a lo que hiciera en los discursos)? Se plantea, por otra parte, un problema ligado a la cuestión de la composición de la *Historia*, el problema de la incorporación de los documentos a la obra de Tucídides (el momento de esta incorporación, la unidad de estilo, etc.).

El texto del acuerdo

«La asamblea de los lacedemonios[214] decide concertar un pacto con los argivos en las siguientes condiciones: 77

Los argivos devolverán los niños a los orcomenios y los hombres a los menalios; también devolverán los hombres que están en Mantinea a los lacedemonios; evacuarán asimismo el territorio de Epidauro y derribarán la fortificación.

Si los atenienses no se retiran de Epidauro, serán enemigos de los argivos y de los lacedemonios, así como de los aliados de los lacedemonios y de los aliados de los argivos. 2

Si los lacedemonios tienen en su poder algunos niños, los devolverán a sus respectivas ciudades en su totalidad. 3

Por lo que respecta a la ofrenda de las víctimas que se debe al dios, se pedirá a los epidaurios que presten juramento y ellos se comprometerán a realizar la ofrenda[215]. 4

Las ciudades del Peloponeso, tanto las pequeñas como las grandes, serán todas independientes de acuerdo con sus tradiciones patrias. 5

Si alguno de los pueblos de fuera del Peloponeso penetra en territorio peloponesio con intenciones hostiles, se le 6

---

[214] Aquí la asamblea de Esparta se llama a sí misma *ekklēsía.* Sobre ésta y otras denominaciones, cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides,* vol. IV, Oxford, 1970, págs. 134-135.

[215] Esta cláusula se refiere sin duda a la disputa entre Argos y Epidauro a causa de la ofrenda a Apolo Pitaeo que los epidaurios no habían realizado (cf. *supra,* V 53). El texto, en el que probablemente hay alguna laguna o corrupción, es muy problemático y ha recibido diversas interpretaciones. Lo entendemos en el sentido de que los lacedemonios (que antes habían apoyado a Epidauro) se ponen de parte de Argos en el litigio motivado por la ofrenda.

rechazará de común acuerdo del modo que parezca más justo para los peloponesios[216].

7 Todos los que fuera del Peloponeso son aliados de los lacedemonios estarán en la misma situación que los lacedemonios, y los aliados de los argivos <también estarán en la misma situación que los argivos>[217], manteniendo la soberanía de su territorio.

8 Después de exponer estas condiciones a los aliados, si a éstos les parece bien, se concertará el pacto. Y si los aliados juzgan conveniente alguna modificación, podrán reexpedir este texto a su lugar de origen[218].»

---

[216] Otros entienden «a los peloponesios» como si la decisión dependiera de todos los peloponesios; pero es probable que sean Esparta y Argos las que deciden por los demás. Cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary...*, vol. IV, págs. 138-139; H. ERBSE, «Argos und Melos im fünften Buch des Thukydides», *Würzburger Jahrbücher* 1 (1975), 64.

[217] El texto se ha completado por comparación con el de V 79, 2. Los aliados de Argos de fuera del Peloponeso que aparecen en otros pasajes son los calcideos de la costa tracia: cf. *supra*, V 31, 6; *infra*, V 80, 2. Argos también tenía aliados en Creta.

[218] Otro pasaje de este capítulo diversamente interpretado. Entendemos *oíkad' apiállen* en el sentido de que se devuelve el texto a sus autores, o sea, a Esparta (o a Argos) para su revisión. La interpretación del *oíkade*, «a casa, a la patria», es problemática; el término es ambiguo y algunos entienden que se refiere a las ciudades aliadas, cuyos delegados habrían ido a Esparta y habrían conseguido que el texto se remitiera a sus respectivos países. Pero es probable que fuera Esparta la que enviara representantes a las ciudades aliadas para presentar las propuestas y que el «reenviar» se refiera a la posibilidad de que los aliados devolvieran el texto «a casa» *(oíkade* equivaliendo a *es Lakedaímona)*, a Esparta, con sus observaciones o enmiendas.

Argos acepta la propuesta y concluye un tratado con Esparta

Los argivos aceptaron primero esta propuesta y el ejército de los lacedemonios regresó a su patria desde Tegea. A continuación, una vez restablecidas las relaciones entre las dos ciudades y sin pasar mucho tiempo, las mismas personas realizaron una nueva gestión para conseguir que los argivos denunciaran su alianza con los mantineos, eleos y atenienses[219] y concluyeron un tratado de paz y alianza con los lacedemonios. He aquí su texto: 78

Texto del tratado de paz y alianza

«Los lacedemonios y los argivos han decidido estipular un tratado de paz y alianza por cincuenta años en los siguientes términos: 79

Aceptarán someter sus diferencias a arbitraje en condiciones de paridad e igualdad de derechos de acuerdo con las tradiciones patrias.

Las otras ciudades del Peloponeso se adherirán al tratado de paz y a la alianza como estados autónomos e independientes[220], manteniendo la soberanía de su territorio y

[219] Primero hubo una alianza entre argivos, mantineos y eleos (cf. *supra*, V 48, 2) y después se unieron los atenienses (cf. *supra*, V 47). Por eso es preferible la lectura en la que los pueblos aparecen en el orden que aquí recogemos (M G, adoptado por Classen), en lugar del que encontramos en otros manuscritos.

[220] *Autónomoi kaì autopólies.* Autónomos, es decir, «libres» dentro de un orden internacional (no con independencia absoluta o verdadera: *eleuthería),* e independientes, insistiendo en el sentido de «cada ciudad en sí misma», como unidad separada. El término *autopólies,* que aquí aparece en combinación con *autónomoi,* es un hápax, sólo se encuentra en este pasaje de Tucídides; pero encontramos *autopolîtai,* «ciudadanos independientes», en JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 14. Cf. asimismo *supra,* V 18, 2, donde encontramos *autoteleîs* y *autodíkous* en combinación con *autonómous.* Esta cláusula introduce el principio de legitimidad oponiendo la autoridad tradicional de Esparta y Argos sobre sus aliados y

sometiendo sus diferencias a arbitraje en condiciones de paridad e igualdad de derechos de acuerdo con las tradiciones patrias.

2 Todos los que fuera del Peloponeso son aliados de los lacedemonios estarán en las mismas condiciones que los lacedemonios, y los aliados de los argivos también estarán en la misma situación que los argivos, manteniendo la soberanía de su territorio.

3 Si es necesario emprender una expedición en común a cualquier parte, los lacedemonios y los argivos tratarán el asunto conjuntamente y decidirán del modo que sea más justo para los aliados.

4 Si alguna ciudad, sea dentro sea fuera del Peloponeso, se ve envuelta en disputas por cuestión de fronteras o por cualquier otro asunto, se someterá a un arbitraje. Si una ciudad aliada entra en conflicto con otra ciudad, acudirán a una tercera, que parezca imparcial a ambas ciudades. Y los ciudadanos particulares someterán sus diferencias a juicio de acuerdo con las leyes patrias.»

Política común de Esparta y Argos. Atenas se retira del territorio de Epidauro

80 Éste fue el texto del tratado de paz y alianza. Y se pusieron de acuerdo respecto a todo lo que cada una de las partes tenía de la otra por derecho de guerra o por otra razón cualquiera. Y adoptando ya una política común, decretaron no recibir a ningún heraldo o embajada de los atenienses, si éstos no salían del Peloponeso abandonando sus fortificaciones, y no pactar ni entrar en guerra con
2 nadie a no ser conjuntamente. En general siguieron esta

súbditos respectivos a un dominio nuevo como el de Mantinea sobre las ciudades arcadias (cf. *infra,* V 81, 1). Cf. E. J. Bickerman, «Autonomia. Sur un passage de Thucydide (I 144, 2)», *Revue Internat. des Droits de l'Antiquité* 5 (1958), 333-334; M. Ostwald, «Autonomia: Its Genesis and Early History», *American Classical Studies* 11 (1982), 5 ss.

política con empeño[221], y, entre otras actuaciones en común, enviaron embajadores a las ciudades de la costa tracia y a la corte de Perdicas[222], a quien convencieron de que se uniera a ellos mediante juramento. Éste, sin embargo, no se desligó en seguida de los atenienses, pero tenía la intención de hacerlo, puesto que veía el ejemplo de los argivos, y él mismo era de Argos por su ascendencia[223]. También renovaron los antiguos juramentos con los calcideos[224] e inter-

---

[221] En Esparta la influencia de los partidarios de una política de enfrentamiento con Atenas se había visto reforzada con la victoria de Mantinea, pero debía de seguir existiendo una oposición. El entendimiento con Argos estaba en la línea de la política que Agis había adoptado en el verano del 418 (cf. *supra*, V 59, 5-60, 1 y 63, 2) al entenderse con una minoría argiva. Esos líderes argivos y los partidarios en Esparta de un entendimiento con ellos fomentarían este empeño.

[222] A Perdicas se le convencía con frecuencia para cambiar de bando. La última mención de Perdicas, que entonces era aliado de Atenas debido a sus diferencias con Brásidas (cf. *supra*, IV 132, 1), la tuvimos en V 6, 2, cuando fue llamado para que cumpliera una cláusula de su tratado de alianza con Atenas.

[223] Sobre sus orígenes argivos, cf. *supra*, II 99, 3; Heródoto, VIII 137. Existen otras versiones respecto a este origen y es posible que haya en ello alguna confusión. Témeno, uno de los hijos de Aristómaco, descendiente de Heracles (cf. Heródoto, VIII 131), era el heraclida que, con su hermano Cresfontes, conquistó el Peloponeso; obtuvo el dominio de Argos, ciudad de la que procedían los tres descendientes de Témeno que fueron a Macedonia; uno de ellos, de nombre Perdicas, conquistó el poder en Macedonia y lo transmitió a su hijo Argeo (cf. Heródoto, V 22; VIII 139), que dio nombre a la dinastía de los Argéadas que gobernó en Macedonia. Es posible, sin embargo, que fueran originarios de otra Argos, situada en Oréstide, al sudoeste de Macedonia, junto al curso alto del Haliacmón. Probablemente está en todo ello la propaganda genealógico-política con el interés de los reyes macedonios por demostrar su ascendencia griega.

[224] Es probable que la alianza de Esparta y la Liga Peloponesia con los calcideos y botieos remonte al principio de la guerra, después de que los corintios se hubieron aliado por su cuenta con ellos (cf. *supra*, V 30,

3 cambiaron otros nuevos. Los argivos también enviaron embajadores a los atenienses, pidiéndoles que abandonaran la fortificación que tenían en Epidauro. Atenas, viendo que su contingente estaba en inferioridad con relación a las restantes fuerzas de guarnición, que eran más numerosas, envió a Demóstenes[225] con la misión de sacar de allí a sus tropas. Éste, a su llegada, organizó como pretexto unas competiciones atléticas fuera del fuerte y, tan pronto como salió el resto de la guarnición, cerró las puertas. Luego los atenienses renovaron el tratado con los epidaurios[226] y les devolvieron personalmente la fortaleza.

2). La alianza debió de ser renovada por Brásidas (cf. *supra,* IV 122, 2). Respecto a la alianza entre Argos y el estado calcideo, cf. *supra,* V 31, 6.

225 No hemos visto otra actuación militar de Demóstenes desde su fracaso en Sición (cf. *supra,* IV 101, 3-4). En V 19, 2, y 24, 1, fue uno de los que prestaron juramento en la Paz de Nicias y la alianza con Esparta. El envío de un hombre de su experiencia a Epidauro en aquellas circunstancias (con una Argos desanimada después de Mantinea, en la que por el momento se imponía la política de los partidarios de Esparta) podía deberse al deseo de mantenerse firmes en Epidauro esperando que cambiara la situación.

226 Probablemente el tratado de paz concluido en el 421 con Esparta y sus aliados, la Paz de Nicias, que Epidauro había aceptado (cf. *supra,* V 17, 2; 18, 1 y 9). Después de la reciente ruptura, se renovarían los juramentos. Pero tal vez no debamos descartar la posibilidad de otro pacto con los epidaurios.

Mantinea forzada a tratar con Esparta. Establecimiento de un régimen oligárquico en Argos. Fin del año decimocuarto

Después de la defección de la alianza por parte de los argivos, los mantineos, que al principio se habían resistido, pero que después no pudieron continuar sin el apoyo de los argivos, llegaron también ellos a un acuerdo[227] con los lacedemonios y renunciaron a su dominio sobre las ciudades. 81

Y los lacedemonios y argivos, con mil hombres de cada 2
ciudad[228], emprendieron una expedición conjunta; los lacedemonios solos se dirigieron a Sición e impusieron un régimen más oligárquico, y después de aquello, esta vez actuando juntos los dos contingentes, derribaron la democracia de Argos y fue instaurada una oligarquía favorable a los intereses de los lacedemonios. Todo esto ocurría cuando el invierno tocaba a su fin, con la primavera ya en puertas[229], y así acababa el decimocuarto año de la guerra.

[227] Un tratado de paz por treinta años entre Esparta y Mantinea. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* V 2, 2.

[228] A pesar de que Tucídides no lo hace, se ha relacionado este contingente argivo de mil hombres con el cuerpo de mil soldados escogidos que vimos en V 67, 2 y se ha pensado que tenía un carácter aristocrático. Lo cierto es que como cuerpo especial debían de considerarse aparte del resto de los ciudadanos. Cf. DIODORO, XII 75, 7, quien nos dice que destacaban por su fuerza y por su riqueza. Cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary...*, vol. IV, págs. 105 y 149.

[229] La primavera del 417. Acaba el año 418-417 a. C.

AÑO DECIMOQUINTO: 417-416 a. C.

ARGOS ROMPE CON ESPARTA Y SE ACERCA A ATENAS

Defección de Dío e intervención lacedemonia en Acaya. Restablecimiento de la democracia en Argos, que de nuevo se aproxima a Atenas

82 En el verano siguiente, los dieos del Atos hicieron defección de Atenas para pasarse a los calcideos, y los lacedemonios intervinieron en la política de Acaya, que hasta entonces no era favorable a sus intereses.

2 Por su parte, el partido popular de Argos, que se había ido reagrupando y había recuperado la confianza, atacó a los oligarcas, aguardando para ello al mismo momento en que se celebraban las Gimnopedias en Esparta[230]. Hubo una batalla en la ciudad y se impusieron los del partido popular, que mataron a algunos de sus adversarios y desterraron a
3 otros. Los lacedemonios, mientras sus amigos les llamaban, estuvieron mucho tiempo sin ir, pero finalmente aplazaron las Gimnopedias y acudieron en su auxilio. Sin embargo, al enterarse en Tegea de que los oligarcas habían sido vencidos, ya no quisieron seguir adelante, pese a las peticiones de los que habían conseguido escapar, sino que regresaron

---

[230] Las Gimnopedias, término que significaba «fiesta de los muchachos desnudos», se celebraban en el calor del centro del verano, hacia el mes de julio, en honor de Apolo y Ártemis y de su madre Leto. Los jóvenes espartanos intervenían en competiciones atléticas, danzas rítmicas, y cantos, bien solos bien en compañía de hombres maduros y ancianos (cf. PAUSANIAS, III 11, 9; PLUTARCO, *Licurgo* 21, 3). Según PLATÓN, *Leyes* I 663c, la desnudez de los participantes, originariamente de carácter ritual, era un medio para poner a prueba su resistencia a los rigores de la canícula.

a su patria y celebraron las Gimnopedias. Más tarde llegaron embajadores de parte de los argivos de la ciudad y de parte de los exiliados y, en presencia de los aliados, se dieron muchos argumentos por parte de los dos bandos; el veredicto fue que los de la ciudad habían actuado contra justicia y decidieron emprender una expedición contra Argos, pero se produjeron pérdidas de tiempo y aplazamientos. Entre tanto, el pueblo de Argos, que temía a los lacedemonios y se disponía a reanudar la alianza con los atenienses[231], considerando que era para ellos de la máxima utilidad, empezó a construir unos muros largos hasta el mar, a fin de que, si eran bloqueados por tierra, pudieran contar con el aprovisionamiento por mar con la ayuda de los atenienses[232]. Algunas ciudades del Peloponeso estaban al corriente de la construcción de estos muros. Participaron en la obra los argivos en masa, hombres, mujeres y siervos, y de Atenas les llegó una ayuda de carpinteros y canteros. Y así acabó el verano.

4 (margin, line 1) · 5 (margin, line 8) · 6 (margin, line 14)

---

231 Por una inscripción *(Inscriptiones Graecae* I² 96), sabemos que se acordó una alianza por cincuenta años entre Atenas y Argos durante el arcontado de Eufemo (417-416), alianza que fue concluida formalmente en la primavera del 416.

232 La construcción de muros que unían el recinto urbano al mar era el principal medio que tenían los atenienses para apoyar a sus aliados frente a la amenaza peloponesia; las ciudades atacadas podían así defenderse con posibilidades de éxito, y los atenienses, gracias a su supremacía marítima, podían intervenir en cualquier momento. Además de los Muros Largos de la propia Atenas, podemos pensar en casos como los de Mégara (cf. *supra,* I 103, 4) y Patras (cf. *supra,* V 52, 2).

Expedición lacedemonia contra Argos y expedición argiva contra Fliunte. Ruptura entre Atenas y Perdicas y fin del año decimoquinto

83 En el invierno siguiente, los lacedemonios, cuando se enteraron de la construcción de los muros, emprendieron una expedición contra Argos en compañía de sus aliados a excepción de los corintios[233]; había además una facción que desde dentro de Argos actuaba a su favor[234]. Al frente del ejército iba Agis, hijo de Arquidamo, rey de
2 los lacedemonios. En lo que pensaban conseguir dentro de la ciudad, al final no tuvieron éxito, pero se apoderaron de los muros en construcción y los demolieron, y tomaron Hisias, una localidad de Argólide, y, después de matar a todos los hombres libres que capturaron[235], se retiraron y se dispersaron, volviendo cada contingente a su ciudad.
3 Después de esto, los argivos también hicieron una expedición contra el territorio de Fliunte, y se retiraron

[233] Tampoco participará Corinto en la campaña contra Argólide del siguiente invierno (cf. *infra,* VI, 7, 1). Podía persistir el resentimiento surgido desde la Paz de Nicias, aunque parece que Corinto vuelve a estar en la línea de la política espartana (cf. *infra,* V 115, 3) y ya había enviado un contingente para la primera campaña del 418 (cf. *supra,* V 57, 2) y había sido llamada para la segunda (cf. *supra,* V 64, 4; 75, 2).

[234] Cf. *infra,* V 84, 1. Todavía habían quedado partidarios de Esparta. En 82, 2, sólo se dice que algunos encontraron la muerte o el exilio; no fue una matanza.

[235] Los demócratas argivos habían dado muerte a algunos oligarcas durante la contrarrevolución (cf. *supra,* 82, 2) y los oligarcas tal vez habían causado algunas bajas entre los del partido popular durante el invierno anterior (cf. *supra,* 81, 2); parece, pues, una represalia despiadada por parte de Esparta, afectada también por la degeneración de la guerra. Cf. D. Gillis, «Murder on Melos», *Rendiconti dell'Istituto Lombardo* 112 (1978), 193. Se trata de un caso en que los espartanos merecen una condena similar a la de los atenienses por las matanzas de Escione y Melos y a la de los tebanos por la aniquilación de Platea. Es un inmediato precedente de los hechos de Melos.

tras haber devastado la región. Actuaron así porque Fliunte había acogido a los desterrados de Argos, que en su mayor parte habían ido a instalarse allí.

En el mismo invierno, los atenienses establecieron un bloqueo contra Macedonia[236]; reprochaban a Perdicas su compromiso con los argivos y lacedemonios y el hecho de que, cuando ellos habían efectuado los preparativos para conducir un ejército contra los calcideos de la costa tracia y contra Anfípolis, con Nicias, hijo de Nicérato, como estratego, él había traicionado su alianza, siendo su abandono la causa principal de que aquel ejército se hubiera disuelto; por ello se había convertido en enemigo. Así acabó este invierno, y con él acabó el decimoquinto año de la guerra[237]. 4

AÑO DECIMOSEXTO: 416-415 a. C.

EXPEDICIÓN ATENIENSE CONTRA MELOS

Alcibíades efectúa una depuración en Argos. Los atenienses marchan contra Melos

84 En el verano siguiente, Alcibíades se hizo a la vela hacia Argos con veinte naves y capturó a los argivos que todavía parecían sospechosos y partidarios de los lacedemonios; fueron trescientos hombres, y los atenienses los deportaron a las islas vecinas sobre las que ejercían su dominio[238]. Por otra parte, los atenienses hicieron una

[236] Probablemente era un intento de bloqueo naval, un bloqueo difícil, si bien es verdad que Macedonia no tenía una gran longitud de costa en esta época y Atenas contaba con bases muy cercanas.

[237] El invierno del 417-416 a. C.

[238] Respecto a la costumbre de utilizar las islas para custodiar a pri-

expedición contra la isla de Melos[239] con treinta naves suyas, seis de Quíos y dos de Lesbos, y con unas fuerzas propias de mil doscientos hoplitas, trescientos arqueros y veinte arqueros a caballo, amén de unos mil quinientos
2 hoplitas de los aliados e isleños. Los melios son colonos de los lacedemonios[240] y no querían someterse a los atenienses como los otros isleños, sino que primero permanecían tranquilos en una posición de neutralidad, pero después, al forzarles los atenienses devastando sus tierras, entraron
3 abiertamente en guerra. Acamparon, pues, en su territorio con las fuerzas mencionadas los estrategos Cleomedes, hijo de Licomedes, y Tisias, hijo de Tisímaco, y, antes de causar algún daño a sus tierras, les enviaron primero embajadores para entablar negociaciones. Pero a estos enviados los melios no los condujeron a presencia del pueblo, sino que les invitaron a exponer el motivo de su venida ante las autoridades y los notables. Y entonces los embajadores atenienses dijeron en esencia lo siguiente[241]:

---

sioneros o rehenes, cf. *supra,* III 72, 1. En cuanto a la suerte de estos hombres capturados en Argos, cf. *infra,* VI 61, 3.

239 Cf. *supra,* III 91, 1. La isla de Melos, la actual Milo, está en el extremo sudoeste del archipiélago de las Cícladas, a unos 150 Km. al sureste de Atenas y a unos 120 Km. de la costa del Peloponeso. Como Santorini, es un antiguo volcán cuyo cráter, invadido por el mar, forma una profunda ensenada.

240 Cf. HERÓDOTO, VIII 48. Como dorios que eran, los melios se resistían a estar bajo el dominio de Atenas. Eran *ápoikoi* de los lacedemonios como los de Citera (cf. *infra,* VII 57, 6; J. DE WEVER, R. VAN COMPERNOLLE, «Les termes de "colonisation" chez Thucydide», *L'Antiquité Classique* 36 (1967), 465).

241 Aquí comienza el famoso diálogo de los melios (85-113), la conferencia entre melios y atenienses, que constituye uno de los pasajes más bellos, profundos y dramáticos de la *Historia* de Tucídides y uno de los más clásicos y celebrados de toda la literatura. En este «terrible» (Nietzsche) diálogo, el análisis político de Tucídides va hasta lo más hondo y saca a la luz la trágica oposición entre las razones e intereses del imperia-

EL DIÁLOGO DE MELOS

«En vista de que nuestros discursos no tienen lugar ante 85
el pueblo, sin duda para que la masa no sea engañada al oír de nuestros labios palabras seductoras e incontestables

---

lismo y los argumentos y esperanzas de los neutrales, entre atacantes y asediados, entre la fuerza y el derecho a la libertad del débil, entre lo justo y lo conveniente. A partir de la cuestión particular del enfrentamiento entre melios y atenienses, Tucídides pasa al tema universal del imperialismo *(archḗ)* frente a la libertad *(eleuthería)* o al derecho a la independencia o neutralidad, un tema inagotable para la reflexión política; en estos capítulos, el cronista de la guerra da paso al pensador político que analiza un asunto eterno en la política de los pueblos y en sus relaciones internacionales. No es ésta la primera vez en la obra de Tucídides en que aparece un trágico enfrentamiento en el campo político entre justicia y utilidad, moral y pragmatismo; ya lo hemos encontrado en los discursos antitéticos al modo sofístico, como en el enfrentamiento entre corcireos y corintios (cf. *supra,* I 36; 42) y en la conocida antilogía de Cleón y Diódoto (cf. *supra,* III 35-50). Pero ahora nos encontramos con un diálogo, una forma que en la obra tucidídea sólo aparece claramente en el presente pasaje, hecho que por sí solo ya evidencia un carácter excepcional (cf. el precedente, en cierta manera, de II 71-74, las conversaciones entre Arquidamo y los plateos, y IV 97, 2-99, las negociaciones entre beocios y atenienses). Las dos partes dialogan con descarnada crudeza y sus planteamientos nos recuerdan los diálogos de la filosofía sobre temas como derecho y naturaleza, fuerza y justicia, tal como se discuten, por ejemplo, en el *Gorgias* o la *República* de Platón. Y junto a la profundidad filosófica, el diálogo está animado por una fuerza trágica extraordinaria; el enfrentamiento de posturas es dramático. Los melios no insisten en demostrar a los atenienses que el derecho y la justicia están de su parte; saben que este lenguaje no sería comprendido y que incluso suscitaría, por su ingenuidad, la burla de sus enemigos; por ello, su esfuerzo se dirige a demostrar que el interés de Atenas está en no atropellar a neutrales y a pueblos todavía libres que podrían alinearse contra ella. Pero ningún razonamiento hace mella en los atenienses; su lenguaje es de un realismo brutal: la enemistad de los melios es menos perjudicial para ellos que una amistad basada en la neutralidad, claro signo de debilidad ante los pueblos de su Imperio y ante todo el mundo griego; la amistad del débil no les importa, mientras que el odio

dichas de una vez en una argumentación seguida[242] (nos damos cuenta, en efecto, de que éste es el objetivo de nuestra introducción ante este auditorio de notables), vosotros, los que aquí tenéis asiento, procuraos una mayor seguridad

del sometido es una prueba de la fuerza de aquel a quien se odia. Se nos da, pues, una imagen de una Atenas brutal, una Atenas dominada por los imperativos de su política imperialista (cf. *supra,* I 76, II 63).

242 El diálogo es una exposición de las conversaciones emprendidas por los atenienses para conseguir la rendición de un pequeño estado sin tener que recurrir a las armas. Quieren el sometimiento de una ciudad que busca su salvación por otros caminos. Se ha discutido sobre la realidad de las negociaciones que hay detrás de este diálogo y se ve en él la presencia de la mano de Tucídides, que, igual que en los discursos, quintaesencia los planteamientos. Tucídides no expresa tanto las palabras reales de melios y atenienses (no es, desde luego, una copia taquigráfica) como la postura esencial de los dos bandos y lo que debieron de decir en un planteamiento realista de aquella situación, «ciñiéndose lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas», la *xýmpasa gnṓmē* (cf. *supra,* I 22). Pero no es una creación *ex nihilo* del historiador, hay una realidad histórica en la que está profundamente enraizado: los repetidos esfuerzos del imperialismo conquistador de Atenas frente a la tenaz decisión de los melios de mantenerse neutrales. Y Tucídides pudo muy bien obtener información de alguno de los delegados atenienses en Melos, del mismo modo que, según algunos, también recibió información del propio Alcibíades. Como quiera que fuera la realidad de las conversaciones reflejadas en este pasaje, lo cierto es que el diálogo de Melos se considera un punto culminante y un momento crucial en la obra de Tucídides. El episodio de Melos está en un sitio clave dentro de la *Historia,* a caballo entre la Paz de Nicias y la expedición a Sicilia, ante cuyo trágico final el diálogo adquirirá un valor de símbolo. Por todo ello ha sido y sigue siendo un texto que ha suscitado el interés de los estudiosos de la Historia griega y de lectores menos especializados. Con frecuencia se ha observado que llama la atención del lector moderno porque sus planteamientos podrían haberse dado, *mutatis mutandis,* en situaciones de la historia reciente, en enfrentamientos entre fuertes y débiles, como podrían ser los casos de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968 y tantos otros en los que el poder impone sus razones frente a justicia, religión o libertad.

Y curiosamente este diálogo de los melios aparece como broche de oro al final del libro V, un libro problemático y falto de revisión (cf. *supra,* V

todavía: exponed vuestras razones punto por punto y no recurráis tampoco vosotros al discurso único, sino replicad de inmediato a los argumentos que no os parezcan adecuados. Y en primer lugar decidnos si estáis de acuerdo con el procedimiento que os proponemos.»

La comisión de los melios respondió: 86

«La oportunidad[243] de explicarnos mutuamente nuestros puntos de vista no merece reproche; pero la realidad de la guerra —algo que ya está aquí y que no pertenece al futuro— parece estar en desacuerdo con esta propuesta. Vemos, en efecto, que vosotros habéis venido como jueces de lo que aquí se diga y que a nosotros el fin del debate nos traerá con toda probabilidad el siguiente resultado: si logramos imponernos en el campo del derecho y por ello no cedemos, la guerra, y si nos dejamos convencer, la esclavitud».

Atenienses: «Bueno, si habéis venido a este coloquio 87
para formular suposiciones sobre el futuro o para cualquier otra cosa que no sea deliberar acerca de la salvación de vuestra ciudad, partiendo de la situación presente y de la realidad que está ante vuestros ojos, ya podemos levantar la sesión; pero si vuestro objetivo es éste último, podemos seguir hablando».

Melios: «Es natural y merece disculpa el hecho de que 88
personas en una situación como la nuestra encaminen sus

26, 1), en el que no hemos encontrado más discurso que la breve arenga de Brásidas en el cap. 9. Por eso se ha dicho que el diálogo de los melios se destaca del resto del libro V y que mira hacia lo que va a ocurrir en los libros siguientes, la expedición a Sicilia y su desastroso resultado.

[243] *Epieíkeia,* término que significa «equidad», «generosidad», «moderación», «oportunidad» (cf. *supra,* I 76, 4; III 40, 3; IV 19, 2). Aquí es una «buena idea», una oportunidad razonable y generosa, una actitud que no se corresponde con la realidad de la guerra. Sobre este término, cf. J. DE ROMILLY, «Fairness and Kindness in Thucydides», *Phoenix* 28 (1974), 95-100.

palabras y conjeturas en más de una dirección. Sin embargo, es indudable que está aquí este encuentro y que ha de versar sobre nuestra salvación[244]; que el debate vaya, pues, si os parece, por el camino que proponéis».

89 *Atenienses:* «En ese caso, pues, no recurriremos, por lo que a nosotros atañe, a una extensa y poco convincente retahíla de argumentos[245], afirmando, con hermosas palabras, que ejercemos el imperio justamente porque derrotamos al Medo o que ahora hemos emprendido esta expedición contra vosotros como víctimas de vuestros agravios; pero tampoco esperamos de vosotros que creáis que vais a convencernos diciendo que, a pesar de ser colonos de los lacedemonios, no os habéis alineado a su lado[246], o que no

---

[244] O «seguridad», seguridad para los campos, las casas y las personas, para su existencia como *pólis* libre; tal vez no se pensaría en el resultado al que se llegó, la destrucción total. La idea de «salvación», de todas formas, es una idea muy presente en todo el diálogo. Se ha observado que todos los casos en que aparece el término *sōtēría,* «salvación», en el libro V ocurren en el diálogo de Melos (87; 88; 91, 2; 101; 105, 4; 110; 111, 2), donde se da la mayor frecuencia de la idea y del término *sōtēría* después del libro VIII, en el que la palabra aparece nueve veces, referidas, en una trágica ironía del destino, a la propia salvación de los atenienses. Cf. J. W. ALLISON, *Preparation (Paraskeue) in Thucydides,* Tesis, Univ. de Pittsburgh, 1974, págs. 233 ss.

[245] *Lógōn mêkos ápiston,* «una larga serie de argumentos poco creíble», «un largo y sospechoso discurso». Parece que se implica que un discurso largo, simplemente por serlo, tenía que resultar menos convincente que uno corto, lo que, sin embargo, no impedía que se hicieran largos discursos, sin que pesara la asociación convencional entre brevedad y sinceridad. Lo que más bien se subraya en este caso es el convencimiento realista de los atenienses de que ni sus argumentos lograrán persuadir a los melios, ni los de éstos les convencerán a ellos. No implica que los atenienses pensaran que sus argumentos no eran dignos de crédito. Sobre «un largo discurso», cf. *supra,* IV 59, 2; 62, 1.

[246] Falta la determinación. Otros entienden: «por ser colonos de los lacedemonios, no os habéis alineado a nuestro lado». En un caso, literal-

nos habéis hecho ningún agravio; se trata más bien de alcanzar lo posible de acuerdo con lo que unos y otros verdaderamente sentimos, porque vosotros habéis aprendido, igual que lo sabemos nosotros, que en las cuestiones humanas[247] las razones de derecho intervienen cuando se parte de una igualdad de fuerzas, mientras que, en caso contrario, los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan».

Melios: «Según nuestra manera de ver las cosas al 90
menos, lo útil (es necesario, en efecto, moverse en esos términos, puesto que vosotros habéis establecido que se hable de lo conveniente dejando aparte de este modo las razones de derecho), lo útil, decimos, exige que nosotros no acabemos con lo que es un bien común, sino que aquel que en cualquier ocasión se encuentre en peligro pueda contar con la asistencia de unos razonables derechos[248] y obtenga provecho de ellos si con sus argumentos logra un cierto convencimiento de su auditorio, aunque sea dentro de unos límites estrictos. Y esto no es menos ventajoso para vosotros, tanto más cuanto que en vuestra caída cons-

---

mente, «no habéis participado en sus campañas»; en otro, «no habéis participado en nuestras campañas».

[247] Es decir, «cuando se habla del hombre», en las relaciones regidas por las leyes humanas, sin referencia a las leyes divinas. O «en los razonamientos humanos». Otra vez la «naturaleza humana» como razón o excusa. Cf. *supra,* I 76, 2-3; III 40, 2; 45, 3; 82, 2, n. 569; IV 61, 5; *infra,* V 103, 2; 105, 2; etc.

[248] Preferimos *tà eikóta díkaia* (ABFM), «razonables derechos», a *tà eikóta kaì díkaia* (CEZ), «equidad y justicia», «juego limpio y trato justo». Respecto a «justicia y razón», cf. *supra,* I 37, 1, y II 74, 2, donde los plateos hablan de «proposiciones razonables». Otros prefieren suprimir *kaì díkaia,* considerándolo una glosa. Cf. S. L. RADT, «Philologische Kleinigkeiten zum Melierdialog», *Mnemosyne* 29 (1976), 33-41.

tituiríais un ejemplo para los demás por la magnitud de las represalias».

91 *Atenienses:* «Nosotros no nos angustiamos por el final de nuestro imperio, en el supuesto de que vaya a tener fin. Porque no son los que ejercen el imperio sobre otros, como es el caso de los lacedemonios, quienes son temibles para los vencidos (y además ahora no estamos en lucha con los lacedemonios), sino los súbditos si un día llegan a atacar y
2 a vencer a sus dominadores[249]. Pero, respecto a eso, que se nos deje correr el riesgo. Ahora lo que queremos demostraros es que estamos aquí para provecho de nuestro imperio y que os haremos unas propuestas con vistas a la salvación de vuestra ciudad, porque queremos dominaros sin problemas y conseguir que vuestra salvación sea de utilidad para ambas partes».

92 *Melios:* «¿Y cómo puede resultar útil para nosotros convertirnos en esclavos, del mismo modo que para vosotros lo es ejercer el dominio?»

93 *Atenienses:* «Porque vosotros, en vez de sufrir los males más terribles, seríais súbditos nuestros y nosotros, al no destruiros, saldríamos ganando[250]».

---

[249] Así ocurrió en el 404, cuando Esparta no quiso ceder a las exigencias de sus aliados, que pedían que Atenas fuera arrasada y los atenienses reducidos a la esclavitud. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 19, nos dice que «los lacedemonios se negaron a esclavizar una ciudad helena que había hecho gran bien en los mayores peligros ocurridos a la Hélade» (trad. de O. GUNTIÑAS, B. C. G., 2, Madrid, 1977). Pero debemos ser realistas y decir con MME. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien,* Paris, 1951², pág. 233: «les sujets sont guidés par la haine et les empires par l'esprit politique. Les cités maîtresses cherchent à soumettre, non à détruire». Respecto a un argumento parecido al de este pasaje, cf. *infra,* VI 11, 2-3, en un discurso de Nicias.

[250] Cf. *supra,* III 39, 8; 46, 3. Semejante es la justificación con la que Hobbes y los tratadistas de derecho natural de los siglos XVII y XVIII tratan de legitimar la esclavitud. Según ellos, la esclavitud estaba basada en un

Melios: «¿De modo que no aceptaríais que, permaneciendo neutrales, fuéramos amigos en lugar de enemigos, sin ser aliados de ninguno de los dos bandos?» 94

Atenienses: «No, porque vuestra enemistad no nos perjudica tanto como vuestra amistad, que para los pueblos que están bajo nuestro dominio sería una prueba manifiesta de debilidad, mientras que vuestro odio se interpretaría como una prueba de nuestra fuerza». 95

Melios: «¿Tal es la idea que vuestros súbditos se forman de lo razonable[251], que ponen en un mismo plano a los pueblos que no tienen ningún lazo con vosotros y a todos aquellos que en su mayoría son colonos vuestros y de los que algunos han sido reducidos tras una sublevación?[252]». 96

Atenienses: «Es que piensan que ni a los unos ni a los otros les faltan razones de derecho; pero que unos se mantienen libres gracias a su fuerza y que nosotros no vamos contra ellos por miedo. Así que, amén de acrecentar nuestro imperio, por el hecho de ser conquistados nos proporcionaríais seguridad, especialmente en vista de que vosotros, siendo isleños, y más débiles que otros, no habríais 97

---

pacto de sumisión concluido en interés de las dos partes. «En este convenio, el bien que recibe el vencido o el más débil es la vida, que, por el derecho de guerra y en el estado natural de los hombres, podía serle quitada; y la ventaja que promete al vencedor es su servicio o su obediencia» (HOBBES, *De Cive* VIII 1).

[251] *To eikós,* «lo razonable»; véase la réplica de los atenienses en el c. 97. Cf. asimismo *supra,* V 90. Se dan otras interpretaciones, como la de «apariencia»: «Tanto atienden vuestros súbditos a la apariencia que...».

[252] Los aliados de Atenas eran predominantemente jonios (cf. *infra,* VII 57, 4) y, por tanto, según la tesis comúnmente admitida en época de Tucídides, descendientes de los atenienses *(ap' Athēnaíōn).* Cf. asimismo *supra,* I 12, 4; *infra,* VI 76, 3; HERÓDOTO, I 147, 2. Pero en el área egea también se encontraban bajo la hegemonía ateniense pueblos no jonios, como era el caso de los dorios de Rodas y los eolios de Lesbos. En esta isla, Mitilene había sido sometida tras una sublevación.

logrado manteneros libres frente a los señores del mar».
98 *Melios:* «¿Y no apreciáis seguridad en aquello que os propusimos? Porque llegados a este punto, del mismo modo que vosotros nos habéis hecho renunciar a los argumentos de derecho y tratáis de persuadirnos a que nos sometamos a vuestra conveniencia, es preciso también que a nuestra vez os hagamos ver lo que es útil para nosotros a fin de intentar persuadiros si se da el caso de que nuestra conveniencia coincide con la vuestra. Vamos a ver, todos aquellos pueblos que actualmente no son aliados de ninguno de los dos bandos, ¿cómo no los convertiréis en enemigos cuando dirijan su mirada a lo que está pasando aquí y se pongan a pensar que un día también marcharéis contra ellos? ¿Y con ese comportamiento, qué otra cosa haréis sino reforzar a vuestros enemigos actuales e incitar a convertirse en enemigos bien a su pesar a los que ni siquiera tenían intención de serlo?»
99 *Atenienses:* «No lo vemos así, puesto que no consideramos más peligrosos para nosotros a todos esos pueblos de cualquier parte del continente que, por la libertad de que gozan[253], se tomarán mucho tiempo antes de ponerse

[253] Llama la atención esta expresión, que, si no hay corrupción en el texto, implica que los pueblos libres continentales se sienten más seguros y tardan más en tomar medidas contra Atenas que los pueblos libres insulares. La libertad parece ser la razón de la lentitud. Tucídides no lo explica, pero podemos pensar que hay una elipsis y que se trata de «una libertad de temor» o «una libertad más segura», dado que la verdadera fuerza de los atenienses estaba en el mar (eran «los señores del mar»: V 97) y los pueblos insulares se considerarían necesariamente dependientes de Atenas, sin posible libertad (cf. *infra,* VII 57). Los pueblos libres continentales, en cambio, estarían en mejor situación para defender aquella libertad, y esta misma libertad, tal vez por no querer arriesgarla o por estar unida a una mayor seguridad, les haría más prudentes y menos peligrosos para Atenas. Respecto a la diferente situación de los pueblos continentales y los insulares frente a las fuerzas de Atenas, es interesante el texto de PSEUDO JENO-

en guardia contra nosotros, sino a los isleños que en cualquier parte no se someten a nuestro imperio, como es vuestro caso, y a los que ahora mismo ya están exasperados por el peso ineludible de este imperio. Ésos son, en efecto, los que, dejándose arrastrar por la irracionalidad, podrían ponerse a sí mismos, y a nosotros con ellos, en un peligro manifiesto».

Melios: «Pues, si vosotros corréis un tan gran peligro 100
para no ser desposeídos de vuestro imperio, y también lo afrontan aquellos que ya son esclavos a fin de liberarse, para nosotros que todavía somos libres sería ciertamente una gran vileza y cobardía no recurrir a cualquier medio antes que soportar la esclavitud».

Atenienses: «No, si deliberáis con prudencia; pues no es 101
éste para vosotros un certamen de hombría en igualdad de condiciones[254], para evitar el deshonor; se trata más bien de una deliberación respecto a vuestra salvación, a fin de que no os resistáis a quienes son mucho más fuertes que vosotros».

Melios: «Pero nosotros sabemos que de las vicisitudes 102
de las guerras a veces resultan suertes más equilibradas de lo que la diferencia entre las fuerzas de las dos partes permitiría esperar. Y para nosotros, ceder significa la desesperanza inmediata, mientras que con la acción todavía subsiste la esperanza de mantenerse en pie».

Atenienses: «La esperanza, que es un estímulo en el 103
peligro, a quienes recurren a ella desde una situación de superabundancia, aunque llegue a dañarles, no les arruina; pero a aquellos que con ella arriesgan toda su fortuna en

FONTE (*La República de los atenienses* 2, 1 ss., trad. de O. GUNTIÑAS, B. C. G., 75, Madrid, 1984, págs. 304 ss.).

254 Las cuestiones de honor, como las de justicia (cf. *supra*, V 89) deben plantearse entre iguales.

una sola jugada (la esperanza es pródiga por naturaleza) les muestra su verdadera cara en compañía de la ruina, cuando ya no deja ninguna posibilidad de guardarse de ella una vez
2 que se la ha conocido[255]. Vosotros, que sois débiles y os jugáis vuestro destino a una sola carta, no queráis pasar por esta experiencia; no queráis asemejaros al gran número de aquellos que, teniendo todavía la posibilidad de salvarse dentro de los límites de su naturaleza humana[256] cuando, en una situación crítica, les abandonan las esperanzas claras, buscan apoyo en ilusiones oscuras, tales como la adivinación, los oráculos y todas aquellas prácticas que, junto con las esperanzas, acarrean la desgracia».

104 *Melios:* «También nosotros —sabedlo bien— consideramos difícil luchar contra vuestro poderío y contra la fortuna, si ésta no ha de repartirse por igual. No obstante, en lo tocante a la fortuna, confiamos en que no seremos peor tratados por la divinidad, pues somos hombres piadosos que nos enfrentamos a un enemigo injusto[257], y, en lo que concierne a la inferioridad de nuestras fuerzas, contamos con que estará a nuestro lado la alianza de los lacedemo-

---

[255] Sobre la esperanza y sus riesgos, cf. *supra*, II 62; y el citado III 45; cf. asimismo IV 65, 4; 108, 4. Frente a los melios, que se aferran a la esperanza, los atenienses oponen un brutal realismo que se apoya en la doctrina de la ley del más fuerte. Sobre la *elpis*, la esperanza, en la obra de Tucídides, cf. F. M. CORNFORD, *Thucydides mythistoricus*, Londres, 1907, págs. 182 ss.; R. A. GERVASI, *The Concept of «Elpis» in Thucydides*, Tesis, Ohio State Univ., 1981, y la bibliografía allí citada.

[256] *Anthrōpeíōs*, «de forma humana», es decir, actuando como un hombre, aceptando los límites a los que está sujeta la condición humana (cf. *infra*, VI 78, 2). O «por medios humanos». Cf. M. VÍLCHEZ DÍAZ, «Naturaleza humana. Teoría y praxis en Tucídides», *Athlon. Satvra grammatica in honorem Francisci R. Adrados*, vol. II, Madrid, Gredos, 1987, págs. 873-882.

[257] Sobre la piedad *(hósion)* y la justicia *(díkaion)*, cf. PLATÓN, *Eutifrón* 11e-12e.

nios, que se verá obligada a acudir en nuestra ayuda, si no por otra razón, a causa de la afinidad de raza y por el sentimiento del honor. En modo alguno es, pues, nuestra confianza tan irracional como afirmáis».

Atenienses: «Bueno. En cuanto a la benevolencia por 105
parte de la divinidad, tampoco nosotros creemos estar en desventaja. Porque ninguna de nuestras pretensiones o acciones se aparta del pensamiento de los hombres con respecto a la divinidad ni de su voluntad respecto a las relaciones mutuas. Pensamos, en efecto, como mera opinión en 2
lo tocante al mundo de los dioses y con certeza en el de los hombres, que siempre se tiene el mando, por una imperiosa ley de la naturaleza[258], cuando se es más fuerte. Y no somos nosotros quienes hemos instituido esta ley ni fuimos los primeros en aplicarla una vez establecida, sino que la recibimos cuando ya existía y la dejaremos en vigor para siempre habiéndonos limitado a aplicarla, convencidos de que tanto vosotros como cualquier otro pueblo haríais lo mismo de encontraros en la misma situación de poder que nosotros. Así que, por lo que respecta a la divinidad, es 3
razonable que no tengamos miedo de recibir un peor trato. Y en cuanto a vuestra opinión sobre los lacedemonios, por

[258] Según las creencias tradicionales de los griegos, los dioses no eran «sobrenaturales», sino simplemente «sobrehumanos», y una misma madre, la Tierra, había engendrado a la raza de los dioses y a la de los hombres (cf. PÍNDARO, *Nemeas* VI, 1 ss.); parecía lógico, pues, que los dioses estuvieran sujetos a las leyes universales de la naturaleza igual que los hombres. Con todo, era materia opinable si los dioses estaban sometidos a principios como la ley del más fuerte invocada aquí por los atenienses o si estaban con la ley de la justicia *(Dikē)* en la que los melios quieren apoyarse. Los atenienses sostienen unas nociones de justicia y divinidad en apoyo de su postura, mientras que los melios se apoyan en una visión tradicional (cf. HESÍODO, *Trabajos y días* 232-234) de unos dioses guardianes de la justicia. Cf. A. W. SAXONHOUSE, «Nature and Convention in Thucydides' History», *Polity* 10 (1978), 461-487, esp. 478 ss.

la que confiáis que van a acudir en vuestra ayuda debido a su sentido del honor, celebramos vuestro candor, pero no
4 envidiamos vuestra inconsciencia[259]. Porque los lacedemonios, en sus relaciones entre ellos y en lo que concierne a las instituciones de su país, practican la virtud en grado sumo; respecto a su comportamiento con los demás, en cambio, cabría decir muchas cosas, pero, para resumir brevemente, podríamos manifestar que de los pueblos que conocemos son los que, de la forma más clara, consideran honroso lo que les da placer y justo lo que les conviene[260]. Y la verdad es que esta actitud no está de acuerdo con esa salvación irracional en la que ahora confiáis».

106 *Melios:* «Pero precisamente por esa misma razón nosotros abrigamos la mayor confianza de que, en su propia conveniencia, no querrán traicionar a los melios, que somos colonos suyos, para suscitar la desconfianza de los griegos que son amigos suyos y prestar así un servicio a sus enemigos».

107 *Atenienses:* «¿Y no creéis que la conveniencia es compañera de la seguridad y que lo justo y lo honroso comportan peligros, en los que los lacedemonios, por lo general muestran escasísima audacia?»

108 *Melios:* «Pensamos, sin embargo, que por nuestra causa arrostrarán incluso esos peligros, y que los verán con

---

259 Realmente la actitud de Esparta no contribuía muchas veces a que sus aliados tuvieran confianza. Piénsese en casos como los de Tasos (cf. *supra,* I 101, 1-2), de Eubea (cf. *supra,* I 114, 1-3) y de Potidea (cf. *supra,* I 58, 1), en las críticas de los corintios en I 69, 5, en conductas como la de Álcidas (cf. *supra,* III 31, 2-33, 1), en afirmaciones como la de IV 20, 4, y en algunas cláusulas del tratado del 421 (cf. *supra,* V 18, 5-8).

260 Es decir, identifican lo honroso o bello con lo placentero, y la justicia con el interés. Respecto a la hipocresía espartana, cf. *supra,* III 68, 4, donde Tucídides emite un juicio sobre la actitud de Esparta en el asunto de Platea, y los acuerdos con Persia en el libro VIII.

mayor seguridad que si los corrieran por otros, por cuanto, para el caso de una intervención militar, nosotros estamos situados cerca del Peloponeso, y, en lo que concierne a nuestros sentimientos, por nuestra afinidad de raza somos más dignos de confianza que otros».

Atenienses: «Pero la garantía de seguridad para quienes 109
han de combatir en auxilio de otros no reside en los sentimientos de amistad de quienes solicitan la ayuda, sino en si el aliado se destaca en gran manera por la potencia de sus efectivos. Y esto es algo que los lacedemonios todavía miran más que otros (al menos marchan contra sus vecinos con un gran número de aliados por desconfianza respecto a sus propias fuerzas), de suerte que no es razonable que pasen a una isla siendo nosotros los amos del mar».

Melios: «Pero podrían enviar a otros[261]. El mar de 110
Creta es vasto y en sus aguas es más dificultosa una captura por parte de quienes lo dominan que la salvación para el que quiere burlar la vigilancia. Y si fracasaran en esto, 2
podrían volverse contra vuestro territorio y contra vuestros restantes aliados, los que no fueron atacados por Brásidas[262], y entonces vuestros esfuerzos ya no serán por un país que no tiene ningún lazo con vosotros, sino por algo que os toca más de cerca, por las tierras de vuestros aliados y por vuestro propio territorio».

Atenienses: «Cualquiera de estas posibilidades no sería 111
una experiencia nueva, y vosotros tampoco ignoráis que los atenienses nunca han levantado un solo asedio por temor a otros enemigos[263]. Pero estamos observando que, 2

261 Alude principalmente a los corintios.

262 En el área de Tracia había, en efecto, muchas ciudades, como Abdera y Maronea, que no habían recibido la «visita» de Brásidas. Cf. *supra,* IV 85-87. Curiosamente, Brásidas es el único personaje histórico nombrado en este diálogo.

263 Especialmente referido a las invasiones del Ática, que no aparta-

a pesar de haber afirmado que íbais a deliberar sobre vuestra salvación, en todo este largo debate no habéis dado ni una sola razón con la que los hombres puedan contar para creer que van a salvarse; por el contrario, vuestros más fuertes apoyos están en las esperanzas y en el futuro, y los recursos a vuestra disposición son muy escasos para que podáis sobrevivir frente a las fuerzas que ya están alineadas contra vosotros. Evidenciaréis, pues, la enorme irracionalidad de vuestra actitud, si, una vez que nos hayáis despedido, no tomáis una decisión que muestre una mayor sen-
3 satez que la de ahora. No vayáis a tomar la senda de aquel sentimiento del honor[264] que, en situaciones de manifiesto peligro con el honor en juego, las más de las veces lleva a los hombres a la ruina. Porque a muchos que todavía preveían adónde iban a parar, el llamado sentido del honor, con la fuerza de su nombre seductor, les ha arrastrado consigo, de modo que, vencidos por esa palabra, han ido de hecho a precipitarse por voluntad propia en desgracias irremediables, y se han granjeado además un deshonor que, por ser consecuencia de la insensatez, es más vergonzoso
4 que si fuera efecto de la suerte. De esto vosotros debéis guardaros si tomáis el buen camino. No consideréis indecoroso doblegaros ante la ciudad más poderosa cuando os hace la moderada propuesta de convertiros en aliados suyos, pagando el tributo pero conservando vuestras tie-

---

ban a los atenienses de otros frentes. Piénsese en casos como los de Egina (cf. *supra,* I 105, 3), Potidea y Mitilene (cf. *supra,* III 16, 1). Más adelante, ni siquiera la ocupación de Decelia les hará abandonar el sitio de Siracusa (cf. *infra,* VII 28, 3).

[264] Se inicia aquí un notable ejercicio sofístico que juega con el concepto del honor y el deshonor *(en toîs aiskhroîs... aiskhýnēn... tò aiskhrón... aiskhýnēn aiskhíō).* Cf. *supra,* V 101, 104; 105, 3-4. *Aiskhýnē* signi- fica tanto *honor, sentido del honor, pundonor, heroísmo* como *deshonor, deshonra, vergüenza,* con valoración positiva o negativa. Respecto a *tò aiskhrón* sustantivado (=*aiskhýnē),* cf. *supra,* V 105, 3.

rras, ni dejar de porfiar por tomar el peor partido cuando se os da la oportunidad de elegir entre la guerra y la seguridad. Porque aquellos que no ceden ante los iguales, que se comportan razonablemente con los más fuertes y que se muestran moderados con los más débiles son los que tienen mayores posibilidades de éxito. Reflexionad, pues, cuando nos hayamos retirado, y no dejéis de tener presente que estáis decidiendo sobre vuestra patria, y que de esta única decisión sobre esta única patria que tenéis, según sea acertada o no, dependerá que sea posible mantenerla en pie»[265].

Entonces los atenienses se retiraron del debate; y los 112
melios, tras estar deliberando entre ellos, como su decisión estaba en consonancia con su postura anterior y en desacuerdo con los atenienses, respondieron lo siguiente: «Ate- 2
nienses, ni nuestras opiniones son distintas a las que sosteníamos al principio, ni en un instante vamos a privar de su libertad a una ciudad que está habitada desde hace setecientos años[266], sino que, confiando en la fortuna otorgada por la divinidad que hasta ahora la ha mantenido a salvo y en la ayuda de los hombres, y en particular de los lacedemonios, intentaremos salvarla. Nuestra propuesta es ser 3

[265] Aceptando la corrección y el texto propuesto por J. DE ROMILLY, *Thucydide. La Guèrre du Péloponnèse,* libros IV y V, París, 2.ª ed., 1973, págs. 172 y 194. El pasaje, considerado un *locus desperatus* y respecto al que se han intentado diversas conjeturas, presenta algunos problemas sintácticos. También se puede entender: «que estáis decidiendo sobre vuestra patria, la única que tenéis, y que de vuestra única decisión dependerá su prosperidad o su ruina» (manteniendo el *katorthôsasan* en lugar del infinitivo *katorthôsai,* propuesto por Romilly y que parece exigir el *éstai).*

[266] Tomando esta afirmación de setecientos años en números redondos al pie de la letra, nos remontamos para la fundación de Melos al año 1116 a. C., lo que es una fecha muy alta. En ISÓCRATES, VI 12, Arquidamo III también se refiere, en el 360 a. C., a setecientos años de gloria espartana. Respecto a la ocupación de Melos, cf. CONÓN, en F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker,* Berlín-Leiden, 1923-1958, 26 F 1 (XXXVI).

amigos vuestros, sin enemistarnos con ninguno de los dos bloques, y que vosotros os retiréis de nuestra tierra después de concluir un tratado que resulte satisfactorio para ambas partes».

113 Esto es cuanto respondieron los melios; y los atenienses, dando ya por terminadas las negociaciones, hicieron la siguiente declaración: «Verdaderamente, a juzgar por estas decisiones, sois, a nuestro parecer, los únicos que tenéis por más cierto el futuro que lo que estáis viendo y que, con los ojos del deseo, contempláis como si ya estuviera ocurriendo lo que todavía no se ve. En fin, cuanto mayor sea la confianza con que os abandonéis a los lacedemonios, a la fortuna y a las esperanzas, tanto mayor será vuestra caída».

Asedio de Melos

114 Los embajadores de los atenienses se retiraron entonces adonde estaba el ejército, y sus estrategos, en vista de que los melios no se sometían, se dispusieron de inmediato a iniciar las hostilidades y, repartiéndose el trabajo entre los contingentes de las distintas ciudades, construye-
2 ron un muro de asedio en torno a los melios. Después, los atenienses dejaron una guarnición de tropas propias y aliadas para que montara guardia por tierra y por mar y se retiraron con el grueso de su ejército. Y los que se quedaron allí siguieron asediando la plaza.

Escaramuzas en el Peloponeso. Acción de los melios y fin del verano

115 Por aquella misma época, los argivos invadieron el territorio de Fliunte[267] y, cayendo en una emboscada que les tendieron los de Fliunte y sus propios exiliados, perdieron
2 unos ochenta hombres. Los atenienses que operaban desde

[267] Atenas era entonces aliada de Argos (cf. *supra,* V 82, 5); respecto a la enemistad de Argos y Fliunte, cf. *supra,* V 83, 3.

Pilos capturaron un importante botín a los lacedemonios. Y ni siquiera por este motivo los lacedemonios denunciaron el tratado para entrar en guerra con los atenienses, sino que se limitaron a efectuar una proclama autorizando al que de ellos lo deseara a saquear a los atenienses. Y los 3
corintios, a causa de ciertas diferencias particulares, hicieron la guerra a los atenienses; pero los restantes pueblos del Peloponeso permanecieron quietos[268].

Los melios, en un ataque nocturno, tomaron la parte 4
del muro de asedio ateniense que daba al mercado; mataron a algunos hombres, introdujeron en la ciudad víveres y la mayor cantidad de cosas útiles que pudieron, y luego se retiraron y permanecieron quietos. Desde entonces los atenienses se preocuparon de mejorar la vigilancia. Y así acabó el verano.

Disensiones en Argos. Caída de Melos y masacre de los melios

En el invierno siguiente, los lace- **116**
demonios se disponían a emprender una expedición contra el territorio de Argos, pero, como en la frontera no les resultaron favorables los sacrificios para el paso, se retiraron. Entonces los argivos, sospechando de ciertos elementos de la ciudad a causa de la tentativa de aquéllos, apresaron a algunos de ellos, mientras que otros se les escaparon.

Por los mismos días, los melios tomaron de nuevo, por 2
otro punto, una parte del muro de asedio ateniense, donde no había mucha guardia. Pero después, cuando, a causa de 3
estos hechos, llegó de Atenas un nuevo cuerpo expedicionario al mando de Filócrates, hijo de Demeas, los melios

[268] Corinto ni había jurado la Paz ni había logrado concluir la tregua de la que se habló en V 32, 6-7. En teoría seguía estando en guerra con Atenas.

ya se vieron asediados con todo rigor[269]; entonces, al aparecer por añadidura la traición entre ellos, se rindieron a
4 los atenienses, entregándose a su discreción. Los atenienses mataron a todos los melios adultos que apresaron[270] y redujeron a la esclavitud a niños y mujeres. Y ellos mismos, con el posterior envío de quinientos colonos, poblaron el lugar[271].

---

[269] Cf. ARISTÓFANES, *Aves* 186: «mataréis a los dioses de hambre melia». El hecho de que los sufrimientos de Melos fueran material cómico en la primavera del 414 no parece indicar remordimiento por parte de Atenas, al menos según la visión del comediógrafo.

[270] La crueldad de los atenienses con los melios tuvo una amplia resonancia en el mundo griego. Cf. ISÓCRATES, IV 100-102; XII 62; XV 113; PSEUDO-ANDÓCIDES, IV 22-23; PLUTARCO, *Alcibíades* 16, 5-6, según el cual Alcibíades tendría una gran parte de responsabilidad en los hechos. El episodio que quería ser una lección para los aliados inquietos se convirtió en un símbolo de la lucha antiimperialista, y los mismos atenienses, tras la derrota final, recordaron la suerte de Melos por temor a sufrir algo parecido (cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 3). Notemos, además, que el trato dado a los melios fue idéntico al que recibieron los escioneos (cf. *supra*, V 32, 1): destrucción de una comunidad, mediante el asesinato de los hombres adultos y la esclavitud de mujeres y niños, y sustitución por colonos atenienses.

[271] Estos colonos atenienses fueron expulsados por Lisandro, que, después de Egospótamos, restableció en la isla a los melios que consiguieron librarse de la matanza. Cf. JENOFONTE, *Helénicas* II 2, 9.

LIBRO VI

DEL INVIERNO DEL AÑO DECIMOSEXTO AL VERANO DEL DECIMOCTAVO: INVIERNO DEL 416-415/VERANO DEL 414

LA EXPEDICIÓN A SICILIA

SINOPSIS

1-7. CONTINUACIÓN DEL AÑO DECIMOSEXTO (invierno del 416-415 a. C.).

- 1. *Introducción: planes atenienses respecto a Sicilia.*
- 2-5. *La colonización de Sicilia.*
  - 2. Los pueblos bárbaros.
  - 3-5. Las colonias griegas.
- 6. *Egesta solicita la ayuda de Atenas. Los pretextos y la verdadera causa.*
- 7. *Operaciones en Grecia y Macedonia.*

8-93. AÑO DECIMOSÉPTIMO: 415-414 a. C.

- 8-26. *El proyecto de expedición a Sicilia en la Asamblea Ateniense.*
  - 8. La Asamblea decreta la expedición a Sicilia y nombra los estrategos. Debate sobre el proyecto.
  - 9-14. Discurso de Nicias.
  - 15. Alcibíades contra Nicias. La personalidad de Alcibíades.

EXPEDICIÓN A SICILIA

CONTINUACIÓN DEL AÑO DECIMOSEXTO: INVIERNO DEL 416-415

INTRODUCCIÓN: PLANES ATENIENSES RESPECTO A SICILIA

En este mismo invierno[1], los atenienses quisieron emprender una nueva expedición naval contra Sicilia con mayores efectivos que los que habían zarpado a las órdenes de Laques y Eurimedonte[2], a fin de someterla si podían. La mayor parte de ellos ignoraba la extensión de la isla y el número de sus habitantes, griegos y bárbaros, así como que acometían una guerra de importancia escasamente inferior a la de la guerra contra los peloponesios. Efectivamente, la circunnavegación de Sicilia le lleva a un barco mercante no 1 2

[1] En el invierno del 416-415 a. C.

[2] Se refiere a dos expediciones. La flota de Laques y Caréades enviada en el 427 tenía veinte naves (cf. *supra*, III 86, 1); Laques fue relevado por Pitodoro en el invierno del 426-425, y en la primavera del 425 Eurimedonte y Sófocles fueron enviados con cuarenta naves (cf. *supra*, IV 2, 2), lo que hacía un total de sesenta barcos, precisamente el mismo número que los atenienses decidirán en el 415 (cf. *infra*, VI 8, 2). Los «mayores efectivos» *(meízoni paraskeuêi)* deben referirse, pues, a tropas de tierra. *Paraskeuḗ* es un término ambiguo; puede referirse al proceso (preparación, preparativos) o al producto (cosa preparada, aquí flota, fuerzas, o efectivos, expedición...).

mucho menos de ocho días[3], y, aunque es una isla tan grande, lo que hace que no sea tierra continental es un brazo de mar de tan sólo unos veinte estadios[4].

La colonización de Sicilia

2 He aquí el modo como fue colonizada en tiempos antiguos, y ésta es, en su totalidad, la relación de los pueblos que la ocuparon:

Los pueblos bárbaros

Se cuenta que los más antiguos pobladores de una parte del país fueron los cíclopes y los lestrigones, de quienes yo no puedo decir su raza, ni de dónde llegaron o a dónde emigraron. Baste con lo que han dicho los poetas y con la idea que cada cual, de una
2 manera o de otra, se ha formado sobre ellos. Parece que después de ellos los primeros en establecerse en la isla fueron los sicanos, que, según lo que afirman ellos mismos,

---

[3] Según Heródoto, IV 86, 1, una nave recorría, «en la estación de los días largos», setecientos estadios durante el día y seiscientos durante la noche, es decir, unos 124 y unos 106 Km., respectivamente, 230 en total. Cf. asimismo el cálculo de Tucídides, II 97, 1. Ahora bien, puesto que el perímetro de Sicilia es de unas 500 millas, o sea, de unos 930 Km., debemos pensar, descartando la hipótesis de un grave error de cálculo, que en este caso Tucídides se refería exclusivamente a una navegación diurna, sin contar las horas de la noche.

[4] El Estrecho de Mesina, en su parte más angosta, mide 2,8 Km. (=unos 16 estadios). Tucídides habla aquí de unos 20 estadios (=3,5 Km.). Piénsese, sin embargo, en los problemas en torno al estadio y en la dificultad de las mediciones marinas. En este capítulo, en el que se establece un cierto paralelismo entre Sicilia y el Peloponeso y se habla de la parecida importancia de las dos guerras, la observación final respecto a la escasa distancia entre Sicilia e Italia no sería gratuita; recalcaría la similitud entre Sicilia y el Peloponeso.

incluso serían anteriores, ya que dicen ser autóctonos; pero, según la evidencia de la verdad, eran iberos[5] que fueron desalojados por los ligures de la zona del río Sicano, en Iberia. Y fue por ellos por lo que la isla, que antes se llamaba Trinacria, recibió entonces el nombre de Sicania. Todavía hoy habitan la parte occidental de Sicilia.

Cuando Ilión fue conquistada, algunos troyanos que consiguieron escapar de los aqueos llegaron en sus barcos a Sicilia y se establecieron en la vecindad de los sicanos; tomaron en común el nombre de élimos, pero formaron dos ciudades, Erice y Egesta. Junto a ellos también se establecieron algunos focenses que, al volver de Troya, habían sido llevados por una tempestad, primero a Libia y luego desde allí a Sicilia. 3

Los sículos, en cambio, pasaron a Sicilia desde Italia (allí era donde habitaban) huyendo de los ópicos; como es 4

---

[5] Iberos de la Península Ibérica. Se ha discutido sobre la identidad de los sicanos de Sicilia, y la polémica ya existía entre los historiadores antiguos. Tanto la tesis de que eran autóctonos —rechazada aquí por Tucídides— como la de su origen ibérico fueron objeto de debate, y ambas posturas encontraron defensores en dos escritores siciliotas como Timeo y Filisto (cf. DIODORO, V 6, 1; FILISTO, en F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker* 556, F 3). HECATEO, F. JACOBY, *FGH* 1 F 45, mencionaba una ciudad llamada *Sikane* en España, y AVIENO, IV 379 (ed. Holder) también menciona una Sicana junto al río Sicano (el Júcar) o cerca del Cabo Cullera, entre Hemeroscopion-Denia y el río Tirio (el Turia). En época histórica los sicanos, desplazados hacia Occidente por los sículos, fueron relegados a la zona central y septentrional de Sicilia por las presiones de sículos, griegos y cartagineses. El río Sicano no ha sido identificado con seguridad. Según AVIENO (IV 379, ed. HOLDER), poeta del siglo IV d. C. que en sus *Ora Maritima* conecta con un periplo masaliota del VI a. C. (cf. ed. de A. SCHULTEN, Barcelona-Berlín, 1992, págs. 1-47), sería el mismo río que los romanos llamaron *Sucro*, es decir, el actual Júcar. (Avieno —dicho sea de paso— elogia especialmente a Tucídides: cf. A. SCHULTEN, ed. cit., págs. 40 y 58, v. 50). Según el gramático SERVIO (siglos IV-V d. C.), *Ad Aeneida* VIII 328, se trataría del *Sicoris*, el actual Segre.

verosímil y tal como se cuenta, llegaron a la isla en balsas; después de observar el mar, hicieron la travesía cuando sopló el viento favorable; pero también es posible que arribaran de cualquier otro modo. En la actualidad todavía hay sículos en Italia; y el país fue denominado Italia por
5 Ítalo, un rey de los sículos que tenía este nombre[6]. Llegados a Sicilia como un numeroso ejército, vencieron en combate a los sicanos, los rechazaron hacia la parte meridional y occidental de la isla e hicieron que ésta se llamara Sicilia en vez de Sicania. Desde el momento de su travesía, ocuparon y habitaron las mejores tierras durante cerca de trescientos años, hasta la llegada de los griegos a Sicilia[7]; y en la actualidad todavía ocupan la parte central y la parte septentrional de la isla.

6 También los fenicios estaban establecidos todo a lo largo de la costa de Sicilia, pues se habían apoderado de los promontorios sobre el mar y de las pequeñas islas cercanas a la costa con vistas a su comercio con los sículos; pero cuando los griegos empezaron a arribar en gran número, abandonaron la mayor parte de sus asentamientos y, concentrándose, se limitaron a ocupar Motia, Solunte y

---

[6] Es ésta una versión respecto al origen del nombre «Italia». Pero se considera más probable que el término se originara en Calabria meridional y que derivara de la palabra itálica *vitelia*, «tierra de terneros» *(vitulus*, «ternero», cf. HELÁNICO, F. JACOBY, *FGH* 4 F 111). ANTÍOCO, *FGH* 555 F 2 y 5, igual que aquí Tucídides, lo relaciona con el rey sículo Ítalo.

[7] Según Tucídides, la colonización griega de Sicilia se inició en el 734 a. C. (cf. *infra*, VI 3, 1); de acuerdo, pues, con la cronología tucidídea (cf. *infra*, VI 4, 2), la llegada de los sículos ocurriría hacia el 1034, en el siglo XI a. C. Los movimientos registrados en las islas Eolias y en Sicilia oriental, fechados de acuerdo con otras fuentes a partir del XIII, se relacionan con la llegada de los pueblos itálicos, ausonios y sículos. En la segunda fase de la cultura sícula de Pantalica, hacia el siglo XI a. C., son más fuertes las influencias culturales itálicas (cf. M. GUIDO, *Guida archeologica della Sicilia*, Palermo, 3.ª ed. ital., 1983, página 15).

Panormo, en la vecindad de los élimos, tanto porque confiaban en su alianza con ellos como por el hecho de que aquél es el sitio desde donde es más corta la travesía entre Cartago y Sicilia.

Éstos son, pues, los bárbaros que se establecieron en Sicilia y así fue como lo hicieron.

Las colonias griegas

Entre los griegos, los primeros 3
fueron los calcideos, quienes haciéndose a la mar desde Eubea con el fundador[8] Tucles fundaron Naxos y erigieron un altar en honor de Apolo Arquegeta[9], altar que actualmente se encuentra

---

[8] El *oikistés*, el «ecista» o «fundador de la colonia»: cf. *supra*, I 24, 2; IV 102, 1-3; V 11, 1. El fundador de Naxos, según este texto de Tucídides, fue Tucles, Teocles en la versión de Estrabón basada en Éforo (cf. ESTRABÓN, VI 2, 2; ÉFORO, F I 37); en esta versión era un ateniense que llegó a Sicilia al frente de una expedición de calcideos de Eubea y jonios. Todo el pasaje de Tucídides (VI 3-5) es un *locus classicus* sobre la colonización griega de Sicilia y su cronología. Tucídides nos dice que, tras la fundación de Naxos por los calcideos, Siracusa fue fundada por los corintios y que cinco años más tarde los naxios fundaron Leontinos y Catana. A continuación le llegó el turno a Mégara Hiblea, pero en este caso se ha observado que parece que falta algo de la claridad y precisión características de Tucídides. Usa la frase *katà dè tòn autòn chrónon*, «por la misma época» (3, 4), y nos habla de las andanzas de los megareos y de su establecimiento final en Mégara Hiblea con cierta vaguedad cronológica. Pero después nos da un dato preciso, los 245 años transcurridos entre la fundación y su destrucción por Gelón de Siracusa. Esta información nos da la clave de la cronología tucidídea. Tenemos una fundación de Mégara Hiblea hacia el 728 a. C. y la fundación «por la misma época» de Catana y Leontinos por los naxios, cinco años después de Siracusa y seis después de Naxos, fundaciones a fechar, pues, en el 733 y 734 a. C., respectivamente. Son fechas de enorme importancia no sólo para la historia de Sicilia, sino también, indirectamente, para la de Grecia propiamente dicha, por cuanto son fechas clave en la cronología de la cerámica protocorintia y corintia, que desempeña un importante papel para fechar los sitios arcaicos.

fuera de la ciudad y en el que los teoros ofrecen sus sacrificios antes de zarpar de Sicilia.

Parece evidente, por otra parte, que la fuente de Tucídides era siracusana, lo que explicaría una posible inclinación a favor de Siracusa. En la secuencia cronológica de Tucídides Siracusa es la primera colonia dórica de Sicilia y su fundación ocurre sólo un año después de Naxos, de indiscutible primacía. Con ello entramos en conflicto con Diodoro Sículo (XIII 59), cuyas fuentes principales eran Timeo y Éforo. Según el cálculo de Diodoro, la fundación de Mégara tendría que remontarse al 751 a. C. (según Diodoro, cuando Aníbal destruyó Selinunte en el 409 a. C., habían transcurrido 242 años desde su fundación, 100 años posterior a la de Mégara Hiblea); sería, pues, anterior a la de Siracusa. Y, según esto, y manteniendo los seis años de diferencia, la fundación de Naxos se situaría en el 757 a. C. La diferencia respecto a la cronología de Tucídides es de 23 años, una diferencia no muy importante que no afectaría a la fecha del 733 de la fundación de Siracusa, pero que parece que debe tenerse en cuenta para las fechas de fundación de Mégara Hiblea y de las colonias calcideas (Naxos, Catana y Leontinos). Aunque no es fácil aplicar criterios arqueológicos en la confirmación de una fecha precisa, Vallet, Villard y algún otro sostienen que la más antigua cerámica protocorintia de Mégara es anterior a la cerámica de Siracusa (cf. G. Vallet, F. Villard, «Les dates de fondation de Megara Hyblaea et de Syracuse», *Bulletin de correspondance Hellénique* 76 (1952), 289-346).

[9] Apolo *Archēgétēs*, el «Guía», el «Fundador». Cf. Píndaro, *Píticas* 5, 60. Naxos, al ser el primer asentamiento de los griegos en Sicilia, tendría para ellos un carácter sagrado. De ahí la importancia de este altar de Apolo, dios que tuvo un gran papel en la colonización griega. La presencia de este altar debió de ayudar a mantener vivo el recuerdo de la mayor antigüedad de la fundación de Naxos, hecho en el que están de acuerdo los diversos autores (cf. el testimonio de Éforo en Estrabón, VI 2, 2). Algunos interpretan el detalle de «que actualmente se encuentra fuera de la ciudad» como prueba de una composición anterior al 403, año en que la ciudad de Naxos fue totalmente destruida por Dionisio de Siracusa (cf. Diodoro, XIV 15, 2). Respecto a este Apolo *Archēgétēs*, cf. A. Brelich, «La religione greca in Sicilia», *Kokalos* 10-11 (1964-65), 35-54, sostiene la teoría de que no era el Apolo de Delfos sino el de Delos. Esta hipótesis es difícil de conciliar con las bien documentadas relaciones entre Delfos y las colonias desde los primeros tiempos.

Siracusa fue fundada al año siguiente[10] por Arquias, de la familia de los Heráclidas, que vino de Corinto; primero expulsó a los sículos de la isla en la que se halla la ciudad interior y que ahora ya no está completamente rodeada por las aguas; más tarde, con el pasar del tiempo, la ciudad exterior quedó unida a la otra dentro de un recinto amurallado y también se hizo muy populosa. 2

En el quinto año después de la fundación de Siracusa[11], Tucles y los calcideos zarparon de Naxos y, después de expulsar a los sículos por medio de las armas, fundaron Leontinos[12] y, luego, Catana; pero los propios cataneos nombraron fundador a Evarco. 3

Por la misma época también llegó a Sicilia Lamis, que venía de Mégara al frente de una colonia, y se estableció al norte del río Pantacias, en un lugar llamado Trótilo; des- 4

---

10 Respecto a Siracusa, cf. *supra*, III 86, 2, n. 596. Siracusa, una de las ciudades más bellas e interesantes de Sicilia, fue probablemente, desde su fundación en el 733 a. C., la ciudad griega de mayor influencia política sobre toda Sicilia. Para una cronología alta sobre la fundación de Siracusa, cf. E. MANNI, «Fidone d'Argo, i Bacchiadi di Corinto e le fondazioni di Siracusa e di Megara Iblea», *Kokalos* 20 (1974), 77 y sigs.

11 «En el quinto año» *(étei pémptōi)* después de la fundación de Siracusa, o «cuatro años después» (729-728 a. C.).

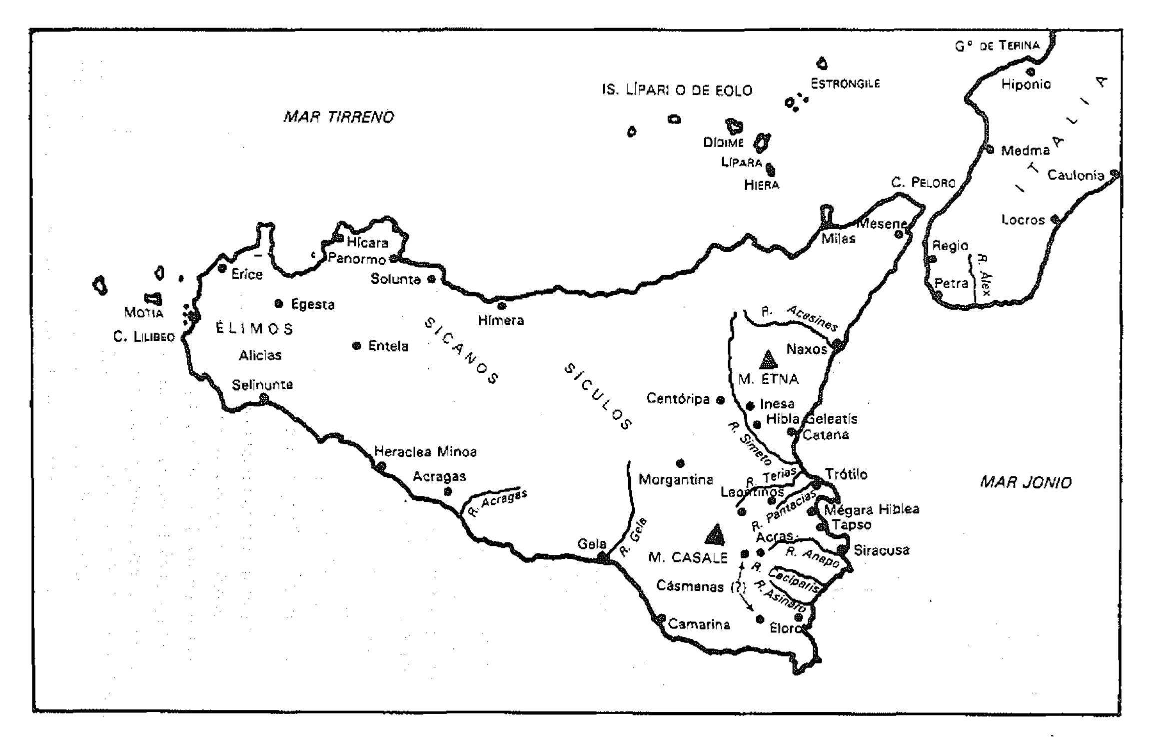
12 Respecto a Leontinos, situada cerca de la actual Lentini, a unos 70 Km. al sur de Naxos y a medio camino, tierra adentro, entre Siracusa y Catana, cf. *supra*, III 86, 2. La antigua Leontinos estaba al sur de la actual y al oeste de Carlentini; fue construida sobre dos colinas, Metapiccola y San Mauro, entre las que corre un río. Los calcideos de Naxos fueron a establecerse allí posiblemente con dos objetivos: aprovechar la riqueza agrícola de la zona y frenar la expansión de Siracusa. Según Tucídides expulsaron a los sículos, pero POLIENO, V 5, 1, habla de una cohabitación inicial entre sículos y griegos. La arqueología atestigua desde luego la existencia de poblados indígenas debajo de la ciudad griega, pero también prueba que los sículos no fueron desalojados de inmediato. Leontinos, igual que Catana, tenía un territorio muy fértil, la llanura del río Simeto, las tierras más ricas de Sicilia.

pués pasó desde allí a Leontinos, donde durante un breve tiempo formó una comunidad política con los calcideos, y a continuación, al ser rechazado por ellos, marchó a establecerse en Tapso[13], donde encontró la muerte; entonces los demás tuvieron que partir de Tapso y, bajo la dirección del rey sículo Hiblón, que les cedió el terreno, fundaron la
2 colonia que se llamó Mégara Hiblea[14]. Después de habitar allí durante doscientos cuarenta y cinco años[15] fueron

[13] Tapso *(Thápsos)* es la actual península de Magnisi, situada en el centro del Golfo de Mégara Hiblea, entre Siracusa (a unos 12 Km.) y el Golfo de Catania (cf. *infra,* VI 97, 1). Es un lugar arqueológico interesantísimo, con contactos con el Mediterráneo oriental y central desde el siglo XV a. C., cuyas diversas fases culturales están perfectamente documentadas en el Museo Paolo Orsi de Siracusa.

[14] Respecto al rey indígena Hiblón sabemos muy poca cosa. Mégara Hiblea se encontraba en la costa, al sur del río Cantera y al norte de Tapso y de Siracusa. Según ÉFORO (F. JACOBY, *Die Fragmente der griechischen Historiker* 70 F 137), Mégara fue fundada antes que Siracusa, ciudad que según Tucídides sólo tenía un año menos que Naxos. Según el testimonio de Tucídides, Mégara habría sido fundada seis años después de Leontinos, es decir, en el 727 (o en el 728); pero la arqueología sitúa su fundación hacia el 750 a. C., o sea, más de veinte años antes de la fecha de Tucídides. A mediados del siglo VIII, un jefe sículo habría ofrecido aquellos terrenos a unos colonos que habían pasado por Trótilo y Tapso. Es, pues, un caso de asentamiento pacífico, orientado por los indígenas. El nombre compuesto de la colonia, Mégara Hiblea, es, naturalmente, en recuerdo de la patria griega de los colonizadores (Mégara del Istmo o Mégara Nisea) y del rey sículo Hiblón, en cuyo territorio se establecieron.

[15] Este dato es de suma importancia para traducir en cronología absoluta los datos de cronología relativa ofrecidos por Tucídides. Dado que la destrucción de Mégara Hiblea por Gelón de Siracusa se sitúa en 483-482 a. C. (los límites son el 484 y el 482, con lo que, si cogemos el 483, siempre puede haber un margen de error de un año por exceso o por defecto), la fundación de la ciudad debe situarse hacia el 728-727 a. C. A partir de este dato seguro se pueden fechar una buena parte de los acontecimientos de la colonización. En la narración tucidídea respecto a las fundaciones de Leontinos, Catana y Mégara Hiblea (VI 3, 3-4, 1), los tres episodios parecen ocurrir en un tiempo bastante corto, primero la de



MAR TIRRENO
IS. LÍPARI O DE EOLO
ESTRONGILE
DÍDIME
LÍPARA
HIERA
G° DE TERINA
Hiponio
Medma
ITALIA
Caulonia
C. PELORO
Locros
Regio
R. Álex
Petra
Mesene
Milas
Hícara
Panormo
Solunte
Érice
Egesta
MOTIA
C. LILIBEO
ÉLIMOS
Entela
Alicias
Selinunte
SICANOS
Hímera
SÍCULOS
R. Acesines
Naxos
M. ETNA
Centóripa
Inesa
Hibla Geleatis
Catana
R. Simeto
Heraclea Minoa
Acragas
R. Acragas
Morgantina
R. Terias
Trótilo
Leontinos
R. Pantacias
Megara Hiblea
Tapso
Acras
Siracusa
Gela
R. Gela
M. CASALE
R. Anapo
R. Cacíparis
Cásmenas (?)
R. Asínaro
Camarina
Eloro
MAR JONIO

3. Sicilia

expulsados de la ciudad y de su comarca por Gelón[16], tirano de Siracusa. Pero antes de ser expulsados, y cien años después de haber fundado su propia ciudad, enviaron a Pámilo y fundaron Selinunte; éste había venido de Mégara, su metrópoli, y participó con ellos en la fundación.

3 Gela fue fundada en común por Antifemo y Entimo, que vinieron de Rodas y de Creta, respectivamente, al frente de unos colonos cuarenta y cinco años después de la fundación de Siracusa. La ciudad tomó su nombre del río Gela, pero el lugar en que actualmente se encuentra la

---

Leontinos y a continuación, y prácticamente contemporáneas, las de Catana y Mégara Hiblea (puesta un año después de la de Leontinos por POLIENO, V 5, 2). Según ello, y situando la fundación de Leontinos en 729-728 a. C., podemos establecer las siguientes fechas:

Naxos: 734 (1 año antes que Siracusa). Cf. VI 3, 1-2.
Siracusa: 733 (5 años antes que Leontinos).
Leontinos: 729-728 (1 año antes que Catana y Mégara Hiblea. Cf. VI 3, 3-4, 1).
Catana: 728-727.
Mégara Hiblea: 728-727 (245 años antes de su destrucción en 483-482).
Selinunte: 628-627 (100 años después de Mégara Hiblea. Cf. VI 4, 2).
Gela: 689-688 (45 años después de Siracusa. Cf. VI 4, 3).
Agrigento: 581-580 (108 años después de Gela. Cf. VI 4, 4).
Acras: 664-663 (70 años después de Siracusa. Cf. VI 5, 2).
Cásmenas: 644-643 (unos 20 después de Acras. Cf. VI 5, 2).
Camarina: 598 (135 años después de Siracusa. Cf. VI 5, 3).

Estos datos de la cronología tucidídea deben conjugarse con los testimonios arqueológicos y con otras fuentes antiguas.

[16] Gelón, nacido hacia el 540, fue tirano de Gela a partir del 491 y en 485-484 se apoderó de Siracusa, donde se estableció como tirano, dejando Gela a su hermano Hierón; gobernó en Siracusa hasta el 478-477, fecha en que le sucedió Hierón. HERÓDOTO, VII 156, 2, también se refiere a la destrucción de Mégara Hiblea. Nos cuenta que Gelón concedió la ciudadanía siracusana a los megareos hacendados, mientras que vendió como esclavos al resto de la población con la condición de que se los llevasen de Sicilia.

acrópolis y que fue el primero que estuvo amurallado se llama Lindios. Se dio a la colonia una constitución doria.

Aproximadamente ciento ocho años después de su pro- 4
pia fundación, los de Gela fundaron Acragas[17]; pusieron a la ciudad el nombre del río Acragas, nombraron fundadores a Aristónoo y Pístilo y dieron a la colonia una constitución como la que tenía Gela.

Zancle tuvo su origen en la llegada de unos piratas pro- 5
cedentes de Cumas[18], la ciudad calcídica situada en el territorio de los ópicos, pero más tarde llegó de Calcis y del resto de Eubea un importante número de colonos y compartieron con ellos la tierra. Los fundadores de la colonia fueron Perieres y Cratémenes, uno de Cumas y otro de Calcis. En un principio su nombre fue Zancle, un nombre dado por los sículos, debido a que la configuración del lugar recuerda la forma de una hoz (y los sículos a la hoz la llaman *zanclon).* Pero más tarde sus habitantes fueron expulsados por los samios y por otros jonios que, huyendo

---

[17] La griega Acragas *(Akrágas)* o Acragante o la romana Agrigento, «la más bella ciudad de los mortales, amante del esplendor, sede de Persófone» (PÍNDARO, *Píticas* XII 1-3), estaba entre los ríos *Hýpsas* y *Akrágas,* en la costa sur de Sicilia, frente al mar de África. Es notable la intensa historia de la opulenta *Akrágas* griega, vivida en algo más de siglo y medio (desde su fundación hacia el 580 a. C. hasta el 406, fecha de la conquista cartaginesa); contó con ilustres hijos, con Empédocles a la cabeza, y dio magníficas pruebas de la sensibilidad e inteligencia que acompañaron a su opulencia, una muestra de las cuales está hoy a la vista en el «Valle de los Templos».

[18] Cumas, en la costa de Campania, al noroeste de Nápoles, fue fundada por elementos eubeos y de Cime de Asia Menor hacia el 750 a. C. (en el 757, según Hammond, y algo más tarde, según Vallet). La decana de las colonias griegas de Occidente a juicio de ESTRABÓN (V 4, 4) estaría, sin embargo, precedida por el asentamiento euboico de Pitecusa (h. 770) en la isla de Isquia, frente al golfo de Nápoles, que sería una estación de espera. Los hallazgos arqueológicos de cerámica protocorintia anterior a la de Cumas lo han confirmado.

6 de los medos, arribaron a Sicilia, y Anaxilas, tirano de Regio, que poco tiempo después expulsó a su vez a los samios y él mismo realizó la refundación con una población mixta, cambió el nombre de la ciudad por el de Mesene, en recuerdo de su antigua patria.

5 Hímera, colonia de Zancle, fue fundada por Euclides, Simo y Sacón. La mayor parte de los que fueron a la colonia eran calcideos, pero también participaron con ellos en la fundación unos exiliados de Siracusa que habían sido vencidos en las luchas civiles, los llamados Milétidas. La lengua que resultó fue una mezcla de la de los calcideos y del dorio, pero prevalecieron las instituciones calcídicas.

2 Acras y Cásmenas fueron fundadas por los siracusanos, Acras setenta años después de Siracusa, Cásmenas cerca de veinte años después de Acras.

3 Camarina[19] también fue fundada en un principio por los siracusanos, aproximadamente ciento treinta y cinco años después de la fundación de Siracusa; sus fundadores fueron Dascón y Menecolo. Pero como los camarineos fueron expulsados por los siracusanos en una guerra que sostuvieron a causa del distanciamiento de la colonia, y como

[19] Camarina estaba en la costa sur de Sicilia, junto a la desembocadura del Híparis *(Hípparis)*, «los venerables cauces del Híparis» cantados por Píndaro en su Olímpica Quinta, a unos 28 Km. al sudoeste de Ragusa y a unos 30 al este de Gela. Su historia fue una sucesión de destrucciones y reconstrucciones. A diferencia de Acras y Cásmenas, quiso mantener su autonomía frente a Siracusa, por lo que tuvo bastantes conflictos. Estaba en un emplazamiento que le ofrecía bastantes posibilidades, ya que se encontraba en la costa con un puerto aceptable, y en medio de una rica zona agrícola. En los montes cercanos había tribus sículas que sufrían la política opresiva de Siracusa, como era el caso de la plaza fuerte *Hybla Heraea* (Ragusa), con la que pronto se entendieron los de Camarina (cf. A. de Vita, «La penetrazione siracusana nella Sicilia sudorientale alla luce dell più recenti scoperte archeologiche», *Kokalos* 2 [1956], 198-199).

después de cierto tiempo[20] Hipócrates, tirano de Gela, obtuvo el territorio de Camarina como rescate de unos prisioneros siracusanos, el mismo Hipócrates asumió el título de fundador y repobló Camarina. Luego, expulsada de nuevo su población por obra de Gelón, fue colonizada una tercera vez por los de Gela[21].

EGESTA SOLICITA LA AYUDA DE ATENAS. LOS PRETEXTOS Y LA VERDADERA CAUSA

Todos estos pueblos griegos y bárbaros habitaban Sici- 6
lia, y contra esta isla tan importante los atenienses se disponían a emprender una expedición. Estaban ansiosos —ésta era la verdadera razón[22]— de dominar toda Sicilia; pero al mismo tiempo querían —era un bello pretexto— prestar ayuda a sus hermanos de raza y a los aliados que se
les habían unido. Lo que les movió a ello de una forma 2
más decisiva fue la llegada a Atenas de unos embajadores de Egesta y su ardorosa invocación de ayuda. Los de Egesta habían entrado en guerra con los selinuntios, de

[20] Hacia el 493-492 a. C.

[21] Esta nueva reconstrucción se realizó en el 461-460 a. C. (cf. DIODORO, XI 76, 5), bastante tiempo después de morir Gelón. Es absolutamente necesario por tanto aceptar la corrección de DODWELL, que lee *hypò Gelôiōn*, «por los de Gela», en lugar de la lectura *hypò Gélōnos*, «por Gelón», de los manuscritos. Ésta fue, pues, la «tercera fundación de Gela». PÍNDARO, en *Olímpicas* 5, 9 (hacia el 452), llama a Camarina *tàn néoikon hédran*, «la renacida patria».

[22] «La causa más verdadera», *hē alethestátē próphasis*. Cf. *supra*, I 23, 6. El historiador debe distinguir entre los *pretextos* (los motivos que se aducen y los incidentes desencadenantes) y las *causas verdaderas*, las que mueven realmente los hilos de la Historia. Cf. asimismo *supra*, VI 1, 1, e *infra*, VI 90, 2-3.

quienes eran vecinos, por unas cuestiones relativas a los matrimonios y por un territorio que se disputaban, y los selinuntios habían llamado como aliados a los siracusanos y los acosaban en una guerra por tierra y por mar. En vista de ello, los de Egesta, recordando a los atenienses la alianza con Leontinos que había habido en tiempos de Laques, durante la guerra anterior[23], les solicitaban el envío de una flota en su auxilio. Entre otros muchos argumentos, el punto principal era que si los siracusanos, después de expulsar a los leontinos, seguían sin castigo y si, tras aniquilar a los aliados que todavía les quedaban, pasaba a sus manos todo el poder de Sicilia, existía el peligro de que un día con un gran ejército prestaran su ayuda, como dorios que eran, a otros dorios, a causa de los vínculos de raza y, asimismo, en su condición de colonos, a los peloponesios que habían enviado la colonia, contribuyendo con ello a derribar igualmente el poderío de Atenas. Lo sensato sería que los atenienses se enfrentaran a los siracusanos con los aliados que todavía les quedaban, máxime si tenían en cuenta que Egesta aportaría dinero suficiente
3 para costear la guerra. Los atenienses, al oír repetidamente esas razones en las sesiones de la asamblea de boca de los de Egesta y de los oradores que los apoyaban, decretaron, como primera medida, enviar embajadores a Egesta para

[23] La guerra iniciada en el 427 (cf. *supra,* III 86, 1-3) con el envío de Laques. La intervención de Atenas había sido motivada por una disputa entre Siracusa y Leontinos. Los atenienses apoyaron a los leontinos y sus aliados. Pero en aquella ocasión no se habló de una nueva alianza entre Atenas y Leontinos, sino de la antigua, ya renovada en el 433 (cf. *supra,* III 86, 3). En el 427 podía haberse dado otra renovación, pero en todo caso *symmachía* puede no referirse a la «alianza renovada», sino al «pacto de guerra», a «la acción de combatir en el mismo lado» que habían acordado atenienses y leontinos después de la embajada de Gorgias. Otros, en fin, interpretan *Leontínōn symmachía* como «alianza de los leontinos», es decir, «la alianza cuyo centro era Leontinos» (cf. *supra,* III 86, 3).

que averiguaran si había dinero suficiente en el erario público y en los templos, tal como les decían, y al mismo tiempo para que se informaran respecto a la situación en que estaba la guerra contra los selinuntios.

OPERACIONES EN GRECIA Y MACEDONIA

Fueron, pues, enviados a Sicilia los embajadores ate- 7
nienses. Por su parte, en este mismo invierno [24], los lacedemonios y sus aliados, con excepción de los corintios, hicieron una expedición contra Argólide. Arrasaron una parte no muy extensa del territorio y se llevaron una cierta cantidad de trigo en carros que habían traído consigo. Luego instalaron en Orneas a los desterrados argivos y dejaron con ellos una pequeña parte de su ejército; y después de concluir un acuerdo por un determinado tiempo en el sentido de que ni los orneatas ni los argivos cometerían agresión contra el territorio de los otros, regresaron a su
patria con el ejército. No mucho después, sin embargo, al 2
llegar los atenienses con treinta naves y seiscientos hoplitas, los argivos hicieron una salida con todas sus tropas en compañía de los atenienses y pusieron sitio a los de Orneas durante un día. Pero por la noche, al acampar el ejército lejos de la ciudad, los de Orneas consiguieron escapar. Al día siguiente, cuando se dieron cuenta, los argivos destruyeron la ciudad y se retiraron, y a continuación lo hicieron los atenienses en sus naves rumbo a su patria.

Los atenienses también transportaron por mar a Metone, 3
la limítrofe con Macedonia, un cuerpo de caballería compuesto por hombres de Atenas y por exiliados macedonios que se habían refugiado en Atenas; una vez allí, se dedica-

[24] Invierno del 416-415 a. C.

4 ron a saquear el territorio de Perdicas. Entonces los lacedemonios enviaron emisarios a los calcideos de la costa tracia, que habían pactado con los atenienses una tregua con la cláusula de los diez días[25], aconsejándoles que combatieran al lado de Perdicas; pero los calcideos no quisieron. Y así acabó el invierno y con él acabó el año decimosexto de esta guerra cuya historia escribió Tucídides[26].

---

[25] Respecto a esta «tregua de diez días», cf. *supra,* V 26, 2. Se trataría de un tipo de tregua «con una vigencia de diez días» o «renovable cada diez días». Esta renovación sería tácita y automática y también se piensa que sería una tregua «que debía ser denunciada con una antelación de diez días». Cf. asimismo, *supra,* V 32, 5; *infra,* VI 10, 3. Los calcideos, a pesar de lo previsto en la Paz de Nicias, se habían opuesto a volver a la alianza ateniense (cf. *supra,* V 21, 2; 26, 2; 35, 3 y sigs.). Respecto a la tregua de la que aquí se habla, no sabemos cuándo fue concluida. En V 83, 4, Tucídides se refirió a un proyecto de expedición ateniense contra la costa tracia. Sobre este pasaje y sobre esta tregua, cf. F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia,* vol. I, Santiago de Compostela, 1975, pág. 144; vol. II, págs. 91-92.

[26] Con el fin del año decimosexto se vuelve a la fórmula habitual, más amplia que la utilizada para concluir algunos años anteriores. Cf. *supra,* V 26, 1.

AÑO DECIMOSÉPTIMO: 415-414 a. C.

EL PROYECTO DE EXPEDICIÓN A SICILIA EN LA ASAMBLEA ATENIENSE

La Asamblea decreta la expedición a Sicilia y nombra los estrategos. Debate sobre el proyecto

Al verano siguiente, nada más 8
comenzar la primavera[27], llegaron de Sicilia los embajadores atenienses acompañados por los delegados de Egesta que traían sesenta talentos de plata sin acuñar, cantidad que representaba la paga de un mes para las sesenta naves cuyo envío tenían la intención de solicitar. Entonces los 2
atenienses celebraron una asamblea[28] y escucharon los informes de los delegados de Egesta y de sus propios embajadores —informes seductores pero no ciertos— y en particular el relativo al dinero, del que decían que estaba a su disposición en abundancia en los templos y en el erario público. Oídos estos informes, decretaron enviar a Sicilia

[27] Recuérdese que para Tucídides la primavera forma parte del verano, la «estación del buen tiempo». Cf. *supra,* II 1. Estamos en la primavera del 415.

[28] Es ésta la *primera asamblea;* en ella se decretó la expedición y se tomaron las decisiones principales: nombramiento de estrategos, número de naves y objetivos de la expedición. En el párrafo 3 comienza el relato de la *segunda asamblea,* que se celebró unos días después para tratar problemas concretos de organización. Hay dos inscripciones *(Inscriptiones Graecae* I³, 93), fragmentarias y mutiladas, que se relacionan con las dos sesiones que aquí describe Tucídides.

sesenta naves a las órdenes de Alcibíades[29], hijo de Clinias, Nicias, hijo de Nicérato, y Lámaco, hijo de Jenófanes, que irían como estrategos con plenos poderes; su misión sería ayudar a Egesta contra Selinunte; luego, si tenían éxito en la guerra, colaborarían en el restablecimiento de los leontinos en su ciudad y, de forma general, arreglarían los asuntos de Sicilia del modo que juzgaran mejor para Atenas.

3 Cuatro días después de esta sesión[30], tuvo lugar una nueva asamblea para decidir de qué manera deberían acelerarse los preparativos navales y para votar en favor de los estrategos todo lo que pudieran necesitar con vistas a la
4 salida de las naves. Pero Nicias, que había sido elegido contra su voluntad para ejercer el mando, consideraba que la ciudad había tomado una decisión equivocada y que esgrimiendo una razón de bella apariencia pero de escasa consistencia aspiraba a dominar toda Sicilia, lo que constituía una empresa de gran envergadura; por ello salió a

[29] Parece que Alcibíades está nombrado en primer lugar porque era el promotor de la expedición; no significa que haya una relación jerárquica entre los tres estrategos. Nada hay en Tucídides que sugiera una posición superior de uno de ellos. El tratamiento de PLUTARCO *(Nicias* 12, 4; 15, 1, 3; *Alcibíades* 18, 1 y sigs.) de Nicias como «primer» estratego, Alcibíades como «segundo» y Lámaco como «tercero» refleja la tendencia de los escritores helenísticos a traducir el mando colegiado en términos de subordinación. Respecto a Alcibíades, cf. *supra,* V 43, 2; sobre Nicias, *supra,* III 51, 1; III-V *passim;* V 16, 1, y respecto a Lámaco, *supra,* IV 75, 1. De los tres, Lámaco era el menos político; era ante todo un soldado. Aristófanes lo había ridiculizado en los *Acarnienses,* en el 425 a. C., pero debía de ser un hombre valeroso y capaz. Luego, el comediógrafo hará justicia después de su muerte *(Ranas* 1039). Respecto a las chanzas, cf. ARISTÓFANES, *Comedias, Los Acarnienses,* text. rev. y trad. por E. RODRÍGUEZ MONESCILLO, Madrid, 1985, págs. 46 y 94: 269-270, «libre de líos, batallas y Lámacos»; 1071, «Ah fatigas, batallas y Lámacos».

[30] Literalmente, «en el quinto día» *(hēmérai pémptēi)* con cálculo inclusivo, es decir, «cuatro días después».

hablar con el propósito de disuadir a los atenienses, y los exhortó de este modo:

Discurso de Nicias

«Esta asamblea ha sido reunida 9
para tratar de nuestros preparativos, para considerar de qué manera debemos levar anclas hacia Sicilia. A mí, sin embargo, me parece que todavía debemos reflexionar sobre la cuestión en sí misma preguntándonos si es aconsejable el envío de las naves; me parece que no debemos emprender una guerra que no nos concierne con una resolución tan rápida[31] sobre un asunto de tanta importancia y por instigación de gentes de otra
raza. Y que conste que yo mismo recibo honores por 2
empresas como ésta y que temo por mi persona menos que otros, aunque considero que igualmente es un buen ciudadano el que se preocupa un poco de su persona y de su hacienda, puesto que un hombre así, por su propio interés, también será el primero en desear la prosperidad de su ciudad. De todas formas, ni en el pasado he hablado en contra de mis convicciones para obtener honores ni tampoco ahora voy a decir algo distinto de lo que tengo por más aconsejable.
Frente a un carácter como el vuestro[32] sería inútil mi dis- 3
curso si os aconsejara conservar lo que tenéis y no poner en peligro lo que está realmente a vuestra disposición en pos de posesiones inciertas y futuras; os demostraré, sin embargo, que no os afanáis en un momento oportuno y que no es fácil llegar a poseer lo que anheláis.

Afirmo que vosotros dejáis muchos enemigos aquí y 10
que todavía queréis hacer venir a otros al navegar hacia
allí. Y es posible que penséis que el tratado de paz que 2

[31] En el original de este final de párrafo hay una notable aliteración.

[32] Sobre el carácter emprendedor *(polypragmosýnē)* de los atenienses, cf. *supra*, I 70, 2. Cf. asimismo *infra*, VI 18, 7; 87, 2.

habéis concertado os ofrece alguna seguridad; ahora bien, aun cuando os mantengáis quietos, ese tratado sólo supondrá una paz nominal (pues éste es el estado de cosas al que nos han llevado ciertas personas, tanto de aquí como de nuestros adversarios), y si una fuerza nuestra de importancia sufre un revés en alguna parte, nuestros enemigos se lanzarán al ataque de inmediato, primero porque llegaron al acuerdo por necesidad, a consecuencia de una serie de desgracias y en una situación menos honorable que la nuestra[33], y, en segundo lugar, porque en ese mismo acuerdo
3 tenemos muchos puntos en litigio. Y hay incluso algunos pueblos que hasta ahora ni siquiera han aceptado este acuerdo, y no son precisamente los más débiles; al contrario, unos nos hacen la guerra abiertamente, mientras que otros, debido a que los lacedemonios todavía permanecen quietos, se mantienen también ellos inactivos con treguas
4 de diez días. Pero si llegaran a encontrar nuestras fuerzas divididas en dos frentes, y ahora nos afanamos en ello, es muy probable que nos atacaran decididamente de acuerdo con los siciliotas, cuya alianza en el pasado habrían prefe-
5 rido a muchas otras. Es preciso, pues, considerar esta posibilidad y no pensar en poner en peligro a la ciudad cuando está en una situación delicada[34], ni aspirar a un nuevo

[33] Literalmente, «más humillante». Los atenienses también tenían motivos de *aiskhýne,* de «deshonor», en el 421 (la pérdida de muchos aliados de Calcídica, la derrota de Anfípolis); sin embargo, ha llamado la atención el hecho de que Nicias pueda referirse a ello; parece una falta de tacto que el mismo Nicias hable de la mala situación de Atenas cuando se hizo la paz que él promovió, y algunos (Classen) han puesto el *ḗ hēmîn* entre corchetes. No obstante, se ha observado que el comparativo no implica necesariamente que Nicias admita que la situación de Atenas era humillante. *Toûto kheîron ekeínou,* «esto es peor que aquello» o «esto no es tan bueno como aquello», sin implicar que sea malo.

[34] Interpretando *meteōrōi* en el sentido de «posición delicada, inestable, incierta». Encontramos el término en HIPÓCRATES *(Sobre la Medicina*

imperio antes de haber consolidado el que tenemos, siendo así que los calcideos de la costa tracia, después de tantos años de rebelión contra nosotros, todavía no han sido reducidos, y que otros pueblos del continente nos prestan una obediencia vacilante. Nosotros, en cambio, prestamos nuestra rápida ayuda a los egesteos, unos aliados que se presentan como víctimas de un agravio, pero nosotros mismos, víctimas del agravio de aquellos pueblos tanto tiempo en rebeldía, todavía vacilamos en darles la respuesta adecuada.

Sin embargo, a estos pueblos, si llegáramos a someter- 11
los, podríamos tenerlos bajo nuestro imperio, mientras que a los otros, aun en el caso de vencerlos, difícilmente podríamos dominarlos, dado que son muy numerosos y se encuentran a mucha distancia. Es insensato emprender una expedición contra unos pueblos a los que no se podrá tener bajo control en caso de victoria, y cuando, en caso de fracaso, no se podrá estar en la misma situación que antes de
acometer la empresa. Y me parece que los siciliotas, en su 2
situación actual, todavía nos resultarían menos temibles si llegaran a ser dominados por los siracusanos, eventualidad con la que especialmente tratan de asustarnos los egesteos.
Porque actualmente sería posible que vinieran por sepa- 3
rado para complacer a los lacedemonios, pero en la otra hipótesis no sería de esperar que un imperio emprendiera una expedición contra otro imperio[35], pues del mismo

Antigua 19), referido a los elementos, con el sentido de «suelto, descompuesto, inestable». Cf. asimismo *supra,* II 8, 1; DEMÓSTENES, XIX 122; HERODIANO, II 12, 4. Este sentido está de acuerdo con lo dicho en el párrafo 2. También podemos entender *meteōrōi* en el sentido de «en alta mar», viendo aquí la conocida metáfora de la nave del estado. En ese caso diría: «no poner en peligro la nave de la ciudad cuando está en alta mar».

[35] El argumento no está en consonancia con las creencias tradicionales (*tíktei gàr kóros hýbrin:* «la saciedad engendra desenfreno», = cf. SOLÓN, 5

modo que podrían destruir el nuestro en unión de los peloponesios, cabría también esperar que el suyo fuera destruido con los mismos medios y por las mismas gentes.
4 En cuanto a nosotros, como con más temor nos mirarían los griegos de allí es si no apareciéramos ante ellos, y en segundo lugar si les hiciéramos una demostración de nuestra fuerza y al cabo de poco nos fuéramos[36]; pero si sufriéramos un contratiempo, al momento nos perderían el respeto y se lanzarían contra nosotros en unión de los de aquí. Porque todos sabemos que lo que más se admira es lo
5 lejano y lo que pone menos a prueba su fama. Y esto, atenienses, os lo demuestra ahora vuestra experiencia con los peloponesios y sus aliados: por el hecho de haber superado, en contra de vuestras previsiones, aquellos objetivos que en un principio temíais, ahora los menospreciáis y ponéis
6 vuestras miras en Sicilia. Pero no hay que crecerse por los infortunios del adversario, sino fundar la confianza en la superioridad de los planes propios, y, en cuanto a los lacedemonios, debemos tener en cuenta que a causa de su humillación no piensan en otra cosa sino en la manera como todavía hoy nos infligirán, si pueden, una derrota que les permita reparar su deshonor, y eso tanto más cuanto que se cuidan de su reputación de valor con muchí-
7 simo empeño y desde hace muchísimo tiempo. Así pues,

(5 D), en *Líricos Griegos,* vol. I, ed. F. R. Adrados, Barcelona, 1956, pág. 192; M. P, Nilsson, *Historia de la Religiosidad Griega,* Madrid, 1953, pág. 68 y sigs.) ni con los hechos de la historia, pero se relaciona con lo que decían los atenienses en el diálogo de Melos (cf. *supra,* V 91, 1).

[36] A continuación no seguimos el orden de muchas ediciones recientes, que anteponen «porque todos sabemos...» a «pero si sufriéramos...», según la trasposición de Rauchenstein. Preferimos el orden de los códices, de acuerdo con la argumentación de A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides,* vol. IV, Oxford, 1970, págs. 234-235, y otros editores.

nuestro debate, si somos sensatos, no versará sobre los egesteos de Sicilia, que son un pueblo bárbaro, sino sobre cómo nos pondremos en guardia rápidamente frente a una ciudad que debido a su régimen oligárquico constituye una amenaza.

Conviene también recordar que acabamos de recobrar 12
un poco el aliento después de una grave epidemia y de una guerra, hasta el punto de experimentar un crecimiento en recursos financieros y humanos[37]; y estos recursos es justo gastarlos aquí, en nosotros, y no en beneficio de estos exiliados que piden ayuda, gentes a quienes interesa ir con hermosas palabras y, después de poner en peligro a los demás mientras que ellos mismos sólo ponen en juego palabras, no tributar, en caso de éxito, el agradecimiento debido, o, en caso de fracaso, arrastrar con ellos a la ruina
a sus amigos. Y si alguno, contento por haber sido elegido 2
para el mando, os exhorta a zarpar atento tan sólo a su propio interés (máxime cuando todavía es demasiado joven para este mando), a fin de poder ser admirado por sus cuadras de caballos y poder resarcirse un poco de sus muchos gastos gracias a su cargo, a ése no le brindéis la oportunidad de brillar personalmente poniendo en peligro a la ciudad; pensad más bien que esa clase de gente malversa lo público y malgasta lo privado, y que la empresa es demasiado seria como para que unos jóvenes[38] decidan sobre ella y la manejen a la ligera.

---

[37] Aparece aquí la preocupación por el problema demográfico. Cf. *infra,* VI 26, 2; VII 77, 7; 83, 2, donde Nicias considera fundamental para el futuro de la *pólis* la salvación del cuerpo expedicionario. Cf. H. D. Westlake, *Individuals in Thucydides,* Cambridge, 1968, pág. 206; O. Longo, «La polis, le mura, le navi (Tucidide, VII 77, 7)», *Quaderni di Storia* 1 (1975), 87-113. Una ciudad está constituida por hombres, no por muros y naves sin hombres.

[38] Aceptando la corrección de Pluygers *(neōtérous),* que facilita el

13 Viendo ahora aquí sentados a estos jóvenes, respondiendo a las peticiones de apoyo de ese compañero suyo, tengo miedo, y a mi vez exhorto a los de más edad a que no se avergüencen, si alguno está sentado junto a uno de ellos, de parecer cobardes en el caso de que no voten la guerra; que no se pierdan, como les podría ocurrir a ésos, por el amor de lo lejano, pues saben muy bien que son muy pocas las empresas que alcanzan el éxito gracias a la pasión, y que son muchas las que lo logran merced a la previsión; les exhorto, en cambio, a que, por la patria, que está arrostrando un peligro mayor que todos los precedentes, se pronuncien en contra y voten que los siciliotas mantengan sus actuales fronteras con nosotros, unos límites que no se discuten (es decir, el Golfo Jonio para quien navega a lo largo de la costa y el Mar de Sicilia si se viaja por alta mar), y que administrando sus dominios resuelvan
2 entre ellos sus diferencias. A los egesteos en particular, propongo que se les diga que, en vista de que primero han entrado en guerra con los selinuntios sin contar con los atenienses, del mismo modo pongan fin por su cuenta a las hostilidades. Y en el futuro no hagamos aliadas, como es nuestra costumbre, a gentes a quienes hemos de defender cuando están en apuros, pero de las que nosotros no obtendremos ayuda si la necesitamos.

14 Y tú, prítano[39], si crees que es tu deber preocuparte por la ciudad y quieres ser un buen ciudadano, somete mis propuestas a votación y da una nueva oportunidad a los

---

paso al párrafo siguiente, aunque no es del todo necesaria. Con el *neōtérōi* de los códices, la última frase estaría en singular, refiriéndose en concreto a Alcibíades: «que un joven decida...».

[39] Nicias se dirige al prítanis *(prýtanis)* o prítano epistata, es decir, el presidente de los prítanes *(epistátēs tôn prytanéōn)*, que presidía la Asamblea y ponía a votación las propuestas. Sobre esta institución, cf. *supra,* IV 118, 11, y II 15.

atenienses para debatir el asunto. Si temes someter de nuevo a votación una cuestión ya votada, considera que con tantos testigos de tu lado no se te acusará de infringir nuestras costumbres[40] y que te convertirás en el médico de esta ciudad, que ha tomado una decisión equivocada[41]; y piensa que desempeña un cargo con acierto quien presta los mayores servicios a su patria o, al menos, quien no la perjudica voluntariamente[42].»

Alcibíades contra Nicias. La personalidad de Alcibíades

Así habló Nicias. Pero la mayor 15
parte de los atenienses que salieron a hablar aconsejaron realizar la expedición y no revocar lo decretado, aunque también hubo algunos que
se manifestaron en contra. El que con mayor ardor inci- 2
taba a la expedición era Alcibíades, hijo de Clinias; quería oponerse a Nicias, no sólo porque en general estaba en desacuerdo con su política sino también por el hecho concreto de que había sido aludido por él de forma injuriosa; pero lo que más le movía era su deseo de ser estratego de la

[40] Debía de referirse a la praxis de no reexaminar los asuntos ya votados. Esta costumbre, sin embargo, podía no ser respetada en casos especiales, como también lo fue el de Mitilene (cf. *supra*, III 36, 5-6). Nicias quería decir que la Asamblea era testigo de que muchos se oponían a la expedición, hecho que podía legitimar un nuevo debate.

[41] Algunos manuscritos no tienen *kakôs* delante de *bouleusaménēs;* sin el adverbio sería: «te convertirás en médico de una ciudad que delibera».

[42] En este pasaje se contraponen los verbos *ōpheleîn*, «ser útil», «prestar servicio», y *bláptein*, «dañar», una antítesis frecuente en los escritos médicos. Cf. HIPÓCRATES, *Epidemias* II 634, 8-636, 1 Littré: *ōpheléein, ē mē bláptein:* en las enfermedades hay que tener en cuenta dos cosas: «ser útil, o al menos no dañar», cf. asimismo *supra*, II 51, 2. Para un análisis de estos pasajes tucidídeos, cf. K. WEIDAUER, *Thukydides und die hippokratischen Schriften. Der Einfluss der Medizin auf Zielsetzung und Darstellungsweise des Geschichtswerks*, Heidelberg, 1954, págs. 72-73, y C. LICHTENTHAELER, *Thucydide et Hippocrate vus par un historien-médicin*, Ginebra, 1965, págs. 69-70.

expedición y su esperanza de que Sicilia y Cartago fueran conquistadas bajo su mando y de que con su éxito pudiera prestar servicio a sus intereses particulares, tanto en el
3 aspecto económico como en el de la fama. Gozaba, en efecto, de la consideración de sus conciudadanos y alimentaba deseos que excedían a sus posibilidades, tanto en lo referente a sus cuadras de caballos como en otras prodigalidades; y esta circunstancia estuvo más tarde de modo especial en el origen de la ruina de la ciudad de Atenas.
4 Porque la mayoría de los ciudadanos, asustados por la magnitud de los excesos a los que se entregaba en la vida diaria y por el alcance que daba a sus proyectos en cada una de las empresas en que llegaba a intervenir, se enemistaron con él convencidos de que aspiraba a la tiranía[43]; y aunque en la vida pública había tomado las disposiciones más acertadas respecto a la guerra, como en la vida privada cada uno de ellos estaba disgustado por su forma de comportarse, confiaron los asuntos a otros[44] y en poco
5 tiempo llevaron la ciudad a la ruina. En aquella ocasión, pues, salió a hablar Alcibíades y aconsejó a los atenienses de la siguiente manera:

---

[43] Aunque los días de los Pisistrátidas estaban lejos (había pasado casi un siglo desde la expulsión de Hipias), en Atenas seguía vivo el temor de que pudiera volver la tiranía, y este temor era utilizado en la lucha política, como demuestra el caso de Alcibíades. Respecto a las sospechas que motivaron el primer exilio de Alcibíades, cf. *infra,* VI 53, 60-61. Sobre este pasaje, cf. A. W. Gomme, «Four passages in Thucydides», *Journal of Hellenic Studies* 71 (1951), 73-74; A. Andrewes, «Thucydides and the Persians», *Historia* 10 (1961), 9 y sigs., y J. de Romilly, «L'optimisme de Thucydide et son jugement sur Périclès», *Revue des Études Grecques* 78 (1965), 563 y sigs.

[44] Es probable que se refiera a la época del segundo exilio de Alcibíades, tras la batalla de Notio (406 a. C.), que tuvo lugar después de un período de éxitos militares atenienses a partir del año 411, cuando Alcibíades volvió de su primer exilio (cf. *infra,* VIII 81, 1).

Discurso de Alcibíades

«Ciertamente, atenienses, me corresponde a mí más que a otros tener el mando (es necesario que empiece por este punto, ya que Nicias me ha atacado[45]), y además creo que lo merezco. Porque las actividades por las que soy criticado procuran fama a mis antepasados y a mí mismo, y prestan, además, un servicio a la patria. En efecto, los griegos se han formado una idea de nuestra ciudad superior a su potencia real gracias a la magnificencia de la delegación que yo envié a Olimpia, cuando antes la creían agotada por la guerra; porque presenté siete carros, número antes nunca alcanzado por ningún particular, y logré la victoria y el segundo y cuarto puestos, y dispuse todo lo demás en consonancia con mi triunfo[46]. Y de acuerdo con la costumbre, estos triunfos se miran como un honor, pero, al mismo tiempo, del hecho de alcanzarlos se desprende una impresión de potencia efectiva. Por otra parte, todo el brillo de que hago gala en la ciudad con mis coregias[47] o con

16 ... 2 ... 3

[45] Es normal que los oradores comiencen por defenderse de los ataques del adversario. Cf. *supra,* I 37, 1; *infra,* VI 82, 1; 89, 1. Sobre estos capítulos, cf. C. W. MACLEOD, «Rhetoric and history (Thucydides, VI 16-18)», *Quaderni di Storia* 2 (1975), 39-65. Sobre la retórica de este pasaje y la *Retórica a Alejandro* de Anaxímenes, cf. F. ROMERO CRUZ, «Tucídides VI 16 y la Retórica a Alejandro», *Stephanion. Homenaje a María C. Giner,* Salamanca, 1988, págs. 149-153.

[46] Estas «disposiciones» fueron sonadas por su lujo y derroche y por la ostentación de Alcibíades, y de ellas se hacen eco diversos autores. Cf. ANDÓCIDES, IV 29, que se refiere al uso que se hizo de los vasos sagrados con anterioridad a la ceremonia oficial de la ciudad (cf. ANDOCIDES, *Discours,* ed. de G. DALMEYDA, París, 1930, págs. 122-123 y 142), e ISÓCRATES, XVI 34, según el cual ni las grandes ciudades podían competir con el número de los carros de Alcibíades ni las fortunas públicas le superaban en los gastos de fiestas y sacrificios.

[47] La coregia *(khoregía)* era una liturgia *(leitourgía)* o servicio público. Estas liturgias eran asumidas por los ciudadanos ricos para financiar

cualquier otro servicio es motivo de la envidia que por naturaleza sienten mis conciudadanos, pero para los extranjeros también supone una manifestación de fuerza. Y no es en absoluto inútil la locura[48] de aquel que a expensas propias no sólo se presta servicio a sí mismo sino que tam-
4 bién lo presta a la ciudad. Ni es injusto que quien tiene un alto concepto de sí mismo no se sitúe a igual nivel que los demás, dado que aquel a quien le van mal las cosas no halla a nadie para compartir su infortunio; y al igual que nadie nos dirige la palabra cuando caemos en desgracia, del mismo modo sopórtese ser despreciado por los que tienen éxito; o si no se quiere así, trátese a los demás sobre un
5 pie de igualdad y exíjase recíprocamente el mismo trato. Sé que los hombres de esta clase, como todos los que han sobresalido por la brillantez de una actividad, resultan molestos durante su vida, sobre todo en el trato con sus iguales, aunque también acaban siéndolo en sus relaciones con los demás; sin embargo, a algunos ciudadanos de las generaciones siguientes les dejan la pretensión de un parentesco, aunque tal parentesco no exista, y a la que fue su patria le queda el orgullo de recordarlos, no como si se tratara de gentes extrañas o fracasadas, sino como hijos

---

diversos gastos del Estado. La coregia en concreto obligaba al corego, el ciudadano que la desempeñaba, a correr con los gastos de los coros destinados a los festivales dramáticos o a otras ceremonias (formación e instrucción de los coros, vestidos y máscaras, etc.). Tanto la coregia como las otras liturgias (sobre los trierarcos y la trierarquía, cf. *supra*, II 24, 2) eran tributos costosos, pero comportaban algunas ventajas y desgravaciones y ofrecían la posibilidad de conseguir el favor popular y de acrecentar el prestigio y la influencia en la ciudad.

[48] *Hē ánoia*, la «locura»: cf. *infra*, VI 17, 1. Tiene más fuerza que la *diánoia*, «idea, propósito, proyecto», de algunos manuscritos. Nicias, sin embargo, no se había referido especialmente a la «locura» de Alcibíades, salvo al hablar en general de la insensatez del proyecto (cf. *supra*, VI 11, 1: *anóēton*, «insensato»).

suyos y autores de hermosas acciones. Éstas son mis ambi- 6
ciones y por ellas soy blanco de críticas en mi vida privada; pero examinad si en los asuntos públicos me manejo con menos competencia que cualquier otro. Después de coaligar a las ciudades más poderosas del Peloponeso, sin grandes riesgos ni gastos para vosotros, puse a los lacedemonios en la tesitura de tener que jugarse en Mantinea en un solo día el todo por el todo; y de resultas de ello, a pesar de haberse impuesto en la batalla, aún hoy no han recuperado la solidez de su confianza.

Y esta política fue una conquista de mi juventud y de 17
esta locura mía que parece traspasar los límites de la normal naturaleza de un hombre; fueron ellas las que con las palabras apropiadas entablaron relaciones con las potencias del Peloponeso[49] y ellas las que lograron persuadirlas con la confianza que su ardor inspiraba. No las temáis, pues, ahora, sino que en tanto que yo estoy aún con ellas en la flor de mi vida y Nicias parece ser un hombre de suerte, utilizad los servicios que uno y otro os ofrecemos. Y res- 2
pecto al envío de una flota a Sicilia, no cambiéis de parecer por pensar que se trata de una expedición contra una gran potencia[50]. Las ciudades son muy populosas, pero sus

[49] Literalmente se habla del «poderío o esfera de poder de los peloponesios», y si tenemos en cuenta que en Tucídides el término *Peloponnêsioi* no significa «habitantes del Peloponeso» sino «peloponesios» en el sentido de «Esparta y sus aliados», aquí parece como si Alcibíades, al haber tratado con Mantinea, Élide y Argos, quisiera hacer ver que había negociado con el área de influencia espartana, olvidando que Argos, la mayor potencia de las tres, había sido neutral (cf. *supra,* V 28, 2). Podemos, sin embargo, interpretar *Peloponnêsioi* en un sentido puramente geográfico, como el que tiene normalmente la palabra *Pelopónnēsos,* dando a *tḕn Peloponnesíōn dýnamin* el significado de «las potencias del Peloponeso» (cf. *infra,* VI 16, 6: *Peloponnêsou tà dynatōtata).*

[50] La tesis de Alcibíades respecto a la debilidad y a la desunión de los siciliotas se opone a lo expresado por Nicias en VI 11. Luego le replica

masas son heterogéneas[51] y se dan fácilmente los cambios
3 de población y las admisiones de nuevos ciudadanos. Por esa razón nadie está preparado como si se tratara de su verdadera patria ni con armas para su persona ni con instalaciones normales en el país; cada cual se agencia de la comunidad, mediante la persuasión de sus palabras o merced a la lucha civil, aquello con lo que piensa que podrá
4 instalarse en otra tierra en caso de fracaso. Y no es de esperar que una tal masa obedezca a una idea con voluntad unánime ni que se ponga en acción de común acuerdo; al contrario, grupo tras grupo se pasarán inmediatamente a nuestro lado si se les regala el oído[52], tanto más si, tal
5 como sabemos, tienen disensiones internas. Por otra parte, no disponen de tantos hoplitas como alardean, del mismo

Nicias; cf. *infra,* VI 20. Cf. G. Caiani, «Nicia e Alcibiade: il dibattito sull' ἀρχῇ alle soglie della spedizione in Sicilia (Annalisi lessicale di Thuc., 6, 9-18)», *Studi Italiani di Filologia Classica* 44 (1972), 166; A. Masaracchia, «Tucidide, VI 17, 2-3», *Helikon* 17 (1977), 213-217.

[51] Los tiranos siciliotas de comienzos del siglo v a. C. efectuaron importantes traslados de población (cf. Heródoto, VII 156, 2, respecto al traslado de habitantes de Camarina, Gela y Mégara Hiblea a Siracusa efectuados por Gelón en una política de engrandecimiento de Siracusa continuada por Hierón que permitió contrarrestar el poderío cartaginés: cf. S. Moscati, «Fenici e Cartaginesi in Sicilia», *Kokalos* 18-19 (1972-73), 23 y sigs., cf. asimismo Diodoro, XI 49). Después de desaparecer el poder de los tiranos, hubo nuevos traslados de población en el 461-460 (cf. Diodoro, XI 76, 3 y sigs.). Y entre esta fecha y el 415 el único traslado que conocemos es la incorporación a Siracusa de los «poderosos» de Leontinos con la expulsión del resto de la población en el año 423 (cf. *supra,* V 4, 2 y sigs.). Este caso reciente estaría presente en el auditorio, puesto que además era uno de los pretextos de la expedición.

[52] Los embajadores debían ser, pues, hábiles oradores. Para Alcibíades era muy importante la actividad diplomática: cf. *infra,* VI 48. Los diplomáticos debían seducir a sus interlocutores para atraerlos a su causa o para disipar sus recelos (cf. *infra,* VI 83, 3). Sobre el placer y la seducción de la palabra, cf. J. de Romilly, «La condamnation du plaisir dans l'oeuvre de Thucydide», *Wiener Studien* 79 (1966), 142-148.

modo que se ha puesto de manifiesto que los otros griegos tampoco han sido tantos como indicaban los cálculos de cada ciudad; a este respecto, Grecia ha exagerado muchísimo las cifras y en esta guerra[53] apenas ha contado con un número de hoplitas suficiente.

Tal es, pues, la situación de allí por lo que he oído 6
decir, y todavía podrá ser más favorable, pues contaremos con muchos bárbaros que por odio a los siracusanos los atacarán juntamente con nosotros, y la situación de aquí no debe constituir ningún obstáculo si vuestro análisis es correcto. Porque nuestros padres, con estos mismos enemi- 7
gos que ahora se dice que dejaremos a nuestras espaldas cuando zarpemos, y con la hostilidad de los medos por añadidura, conquistaron nuestro imperio sin más fuerza que la superioridad de su flota[54]. Y mirando la situación 8

[53] Cf. *supra,* V 26, 1-3, donde Tucídides defiende la unidad formada por la Guerra Arquidámica, el período de la Paz de Nicias, la expedición a Sicilia y la guerra posterior, tesis que no coincide con el punto de vista de Andócides, III 8-9. Si estas palabras atribuidas aquí a Alcibíades no constituyen un anacronismo, vemos que el político ateniense ya sostenía la idea de una guerra única adoptada luego por el historiador y que daba el hecho por supuesto delante de la Asamblea. Algunos no admiten la posibilidad e incluso consideran el párrafo 5 una interpolación basada en V 68, 1 (Classen), considerando que la idea de una continuación de la guerra contra los peloponesios era impensable en el 415. Pero es muy posible que las palabras aquí atribuidas por Tucídides a Alcibíades reproduzcan una opinión de la época; ya se habían producido algunos choques en verano del 416 y no había por qué pensar que aquello iría a mejor. Cf. A. Andrewes, «Thucydides and the Persians», *Historia* 10 (1961), 8, y A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary...,* volumen IV, Oxford, 1970, pág. 252.

[54] El argumento es de una lógica indudable: si los atenienses, en la época de fundación de su imperio, tenían dos enemigos, ahora pueden verse en la misma situación. Los siracusanos en lugar de los persas. Y si entonces triunfaron, también es posible ahora la victoria. Sin embargo, Alcibíades olvida, intencionadamente sin duda, que cuando se constituyó

actual, vemos que nunca los peloponesios han abrigado tan pocas esperanzas de éxito frente a nosotros, y que, en el supuesto de recuperar la confianza, cuentan con medios para invadir nuestro territorio aunque no zarpe la expedición, pero no podrían causarnos daño con su flota, pues queda aquí una flota nuestra para hacerles frente.

18 Así pues, ¿con qué argumento razonable podemos convencernos de que nos hemos de echar atrás o qué excusa podemos alegar ante nuestros aliados de allí para no prestarles ayuda? Unos aliados a quienes debemos defender, ya que nos comprometimos a ello con juramentos, sin objetar que ellos no hacen lo mismo con nosotros. Porque no los asociamos a nuestra alianza para que en correspondencia acudieran aquí a ayudarnos[55], sino para que ocasionando dificultades a nuestros enemigos de allí impidieran que
2 éstos vinieran a atacarnos. Así es como hemos conquistado el imperio, tanto nosotros como todos los demás pueblos que han logrado tenerlo, asistiendo llenos de celo a aquellos que en cada ocasión reclamaban nuestra presencia, fueran bárbaros o griegos; porque si todo el mundo permaneciera inactivo[56] o se dedicara a hacer distinciones de

---

la Liga de Delos Atenas y Esparta eran aliadas y que cuando se pusieron las bases del imperio (cf. *supra,* I 98, 4-99) seguía en vigor la alianza.

[55] Estas palabras reflejan una intención, no los términos de los tratados. Sería el primer caso en que un aliado prometiera ayudar a otro sin que éste le correspondiera con la misma promesa. De todas formas, dado que ninguna de las dos partes prestaba la ayuda sin ser llamada, las alianzas formalmente recíprocas podían ser unilaterales en la práctica.

[56] Seguimos el texto de los manuscritos, entendiendo que se refiere a todos los atenienses (lo demuestra lo que sigue), no a todos los pueblos que poseen un imperio, a los que se ha referido antes. El sentido sería que tanto el hecho de estar mano sobre mano como el andar con distinciones en el momento de actuar no casaban con el espíritu imperialista. Era naturalmente una doble crítica a Nicias. Algunos prefieren el texto corregido por HUDE *(pántōs* en vez de *pántes* y los verbos en 1.ª persona del

raza para ver a qué pueblos debía prestar ayuda, añadiríamos bien poca cosa a nuestro imperio y más bien pondríamos en peligro su propia existencia. Porque no sólo hay que defenderse del poderoso cuando ataca, sino que hay
que anticiparse para que no pueda atacar. Y no nos es posible 3
determinar con precisión la extensión que queremos dar a nuestro imperio, sino que, en vista de la situación en que estamos, es necesario maquinar contra unos y no aflojar con los otros, puesto que, si nosotros no ejerciéramos el imperio sobre los demás, seríamos nosotros mismos quienes nos veríamos en el peligro de caer bajo el imperio de los otros[57]. No podéis mirar la inactividad desde la misma perspectiva que los demás, a no ser que estéis dispuestos a cambiar vuestro modo de vivir igualándolo al suyo.

Calculando, pues, que acrecentaremos aquí nuestro po- 4
derío si marchamos contra aquellas tierras, hagamos la travesía para abatir la soberbia[58] de los peloponesios haciéndoles ver que despreciamos la tranquilidad actual navegando contra Sicilia, y, al mismo tiempo, o conseguir el imperio de toda Grecia[59], como es de esperar, ya que se

---

plural): «Si permaneciéramos completamente quietos (sin ayudar nunca a nadie) o nos entretuviéramos en discusiones sobre las razas...». En cuanto a los términos *hēsychía, tò hêsychon* y *hēsycházein* con la idea de quietud, tranquilidad, inactividad o paz, cf. *infra,* VI 18, 3.

[57] Cf. *supra,* II 62, 3, y 63, 2 y sigs., donde leemos las palabras de Pericles sobre los peligros que para una ciudad imperial como Atenas podían derivar de la inactividad. Cf. asimismo HERÓDOTO, VII 8 y 11, respecto a los planes imperiales de Jerjes.

[58] *Poiō̂metha tòn ploûn, hína Peloponnēsíōn te storésōmen tò phrónēma.* En Tucídides sólo encontramos *storennýnai* en este pasaje, y la última expresión no aparece otra vez en la prosa clásica. Se ha pensado que Tucídides hablaba al modo de Alcibíades.

[59] La ambición de ejercer el mando *(árchein)* sobre toda Grecia existía también en Esparta, aunque en este caso se utilizaba el verbo *hēgeîsthai,* «dirigir». Cf. *supra,* I 18, 2; 19; 77, 6, e *infra,* VI 92, 5, y VIII 2, 4.

nos habrán unido los pueblos de allí, o al menos infligir un severo castigo a los siracusanos, con lo que nos prestaremos
5 un servicio a nosotros mismos y a nuestros aliados. En cuanto a la seguridad, tanto para permanecer, si las cosas van bien, como para marcharnos, nos la proporcionarán las naves, pues seremos los amos del mar incluso frente a todos los siciliotas juntos.

6 Que no os disuadan la política de inactividad defendida por Nicias ni su enfrentamiento entre jóvenes y viejos. De acuerdo, en cambio, con nuestro sistema tradicional, como hicieron nuestros padres, que, deliberando los jóvenes junto con los viejos, elevaron nuestro poderío hasta las altas cotas actuales, tratad también ahora de llevar adelante la ciudad con el mismo procedimiento. Considerad que juventud y vejez nada pueden la una sin la otra, pero que la mayor fuerza reside en la unión y mezcla de lo defectuoso, lo medio y lo realmente perfecto[60]; y que la ciudad, si permanece inactiva, se consumirá en sí misma, como cualquier otra cosa, y envejecerán sus conocimientos en todos los

---

[60] Otra idea que está en conexión con la medicina hipocrática. La salud del «cuerpo político» depende de la mezcla y equilibrio de elementos dispares, lo mismo que dicen los médicos respecto al cuerpo humano. Cf. HIPÓCRATES, *Sobre la medicina antigua* 14 («en el organismo se encuentran lo salado, lo amargo, lo dulce, lo ácido, lo astringente, lo insípido y otros muchos elementos más dotados de principios activos distintos en cantidad y fuerza. Mezclados y combinados unos con otros pasan inadvertidos y no perjudican al hombre; pero en el momento en que alguno se disgrega e individualiza, entonces se deja sentir y causa sufrimiento al hombre» [trad. de M.ª D. LARA NAVA, *Tratados Hipocráticos*, vol. I, Madrid, 1983, B. C. G., 63, pág. 153]; o sea, la salud estriba en la mezcla [*krêsis*] de elementos, y la enfermedad en su disgregación [*apókrisis*]) y 18, y *Sobre aires, aguas y lugares* 12. Sobre este pasaje, cf. J. DE ROMILLY, «Alcibiade et le mélange entre jeunes et vieux: politique et médecine», *Wiener Studien* 10 (1976), 93-105.

campos[61], mientras que si se mantiene en lucha acumulará experiencia y reforzará la costumbre de defenderse no con palabras, sino con hechos[62]. En suma, sostengo la opinión 7
de que una ciudad no dominada por la inactividad con el cambio a una política de inactividad va rápidamente a la ruina, y que viven en las condiciones más seguras aquellos hombres que en su política están en el menor desacuerdo posible con las costumbres y normas vigentes[63], aunque éstas sean menos perfectas.»

Entusiasmo de los atenienses por la expedición. Nuevo intento de disuasión por parte de Nicias

Así habló Alcibíades. Los atenienses, después de escuchar sus palabras y las de los egesteos y los exiliados leontinos, que subieron a la tribuna para pedirles y suplicarles, en nombre de sus juramentos, que acudieran en su auxilio, estaban mucho más inclinados que antes a emprender la expedición. Entonces Nicias, 19
2
dándose cuenta de que ya no les podría disuadir con las mismas razones, pero pensando que tal vez lograría hacerles cambiar de opinión con el argumento de la magnitud de los preparativos, si insistía en su importancia, se presentó de nuevo ante ellos y les habló de este modo:

[61] O «los conocimientos de todos los atenienses», sin interpretar el *pántōn* como neutro.

[62] Contra Nicias, que defiende la *hēsychía*, la *apragmosýnē*, Alcibíades defiende la acción. Sobre esta idea de esfuerzo y de progreso, cf. J. DE ROMILLY, «Thucydide et l'idée de progrès», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 35 (1966), 143-191.

[63] Cf. las palabras de Cleón en III 37, 3-5. Son consideraciones que recuerdan la argumentación de los conservadores en Aristóteles: es una buena política respetar escrupulosamente las leyes y costumbres de la ciudad, aunque tengan algunas imperfecciones. Cf. P. MORAUX, «Quelques Apories de la *Politique* et leur arrière-plan historique», *La «Politique» d'Aristote, Entretiens sur l'Antiquité Classique*, XI, Vandoeuvres-Genève, 1965, págs. 127 y sigs.

Segundo discurso de Nicias

20 «Atenienses, puesto que os veo completamente decididos a emprender la expedición, ¡ojalá que todo salga como deseamos!; pero, respecto a la situación actual, quiero indi-
2 caros cuál es mi opinión. Estamos a punto de marchar contra unas ciudades que, por lo que sé de oídas, son grandes y no están sujetas unas a otras[64], ni tienen necesidad de aquellos cambios gracias a los cuales uno puede estar contento de pasar de una esclavitud impuesta por la fuerza a un régimen más benigno; por lo tanto, tampoco es previsible que quieran aceptar nuestro imperio a cambio de su libertad, siendo así, además, que, para tratarse de una sola isla, el número de ciudades griegas es muy importante.
3 Porque, si dejamos aparte Naxos y Catana, que espero se alineen a nuestro lado debido a su parentesco con los leontinos, hay otras siete, que están equipadas en todos los aspectos de una forma muy similar a la de nuestras fuerzas, y ello es especialmente cierto en los casos de las ciudades que constituyen el principal objetivo de nuestra travesía,
4 Selinunte y Siracusa. Hay en ellas muchos hoplitas, arqueros y lanzadores de jabalina, y cuentan con muchas trirremes y mucha gente para tripularlas. Además tienen dinero, el de los particulares y el que se encuentra en los templos de Selinunte[65]; y Siracusa también ingresa una fracción de los productos de algunos pueblos bárbaros[66]. Pero lo que

---

[64] Nicias contesta a las afirmaciones de Alcibíades (cf. *supra,* VI 17, 2-6). Cf. el análisis de estos discursos en V. LAFFI, «La spedizione ateniese in Sicilia del 415 a. C.», *Rivista Storica Italiana* 82 (1970), 284 y sigs.

[65] Si el texto es correcto, Tucídides no habla aquí de otro tesoro público que no sea el de estos templos. Pero cf. *supra,* VI 6, 3, y 8, 2. Los templos arcaicos y clásicos de Selinunte constituían en esta época un conjunto incomparable.

[66] El término *aparchḗ* indica una contribución consistente en las pri-

constituye su principal ventaja sobre nosotros es que poseen muchos caballos y que consumen el grano de sus propias tierras y no grano importado.

Así pues, contra una potencia de tal envergadura no 21
basta una flota con unas fuerzas insuficientes, sino que es necesario que un importante contingente de infantería se haga a la mar con nosotros, si es que queremos hacer algo digno de nuestro proyecto y no vernos impedidos de actuar en tierra por una numerosa caballería, sobre todo si las ciudades llegan a unirse a causa del miedo[67] y si, aparte de los egesteos, no contamos con otros amigos que nos proporcionen caballería con la que podamos defendernos de la
de aquéllos. Sería vergonzoso tener que retirarse a la fuerza 2
o pedir refuerzos más tarde por haber decidido primero sin la reflexión suficiente. Desde aquí hay que marchar contra el enemigo con fuerzas en consonancia con su importancia, convencidos de que vamos a zarpar hacia un país que dista mucho del nuestro y de que esta campaña no se desarrollará en las mismas condiciones que cuando marcháis contra algún enemigo moviéndoos como aliados entre vuestros súbditos de aquí, por lo que os resulta fácil el abastecimiento de todo lo necesario desde una tierra amiga; muy al contrario, esta vez marcharéis sin apoyo a una tierra completamente extraña, desde la que ni siquiera será fácil que llegue un mensajero durante los cuatro meses de invierno[68].

micias o una parte de los productos, o su equivalente en dinero, una especie de diezmo, que se pagaría a los dioses. Cf. *supra*, III 58, 4. El pasaje es problemático y se han dado otras lecturas.

[67] Otra vez el «miedo» como motor. Cf. J. DE ROMILLY, «La crainte dans l'oeuvre de Thucydide», *Classica et Mediaevalia* 17 (1956), 121.

[68] Afirmación exagerada (cf. *infra*, VI 74, 2, donde una trirreme va a Atenas durante el invierno en busca de refuerzos; 88, donde vemos que unos embajadores siracusanos van a Corinto, y VII 16, 2, respecto a las diez naves de Eurimedonte enviadas a Sicilia en el solsticio de invierno), aunque es cierto que la navegación era mucho más dificultosa en invierno

22 Me parece, pues, necesario que llevemos muchos hoplitas, tanto propios como aliados, y éstos no sólo alistados entre nuestros súbditos sino también entre aquellas gentes del Peloponeso a las que podamos convencer o atraer con una soldada; y también necesitamos muchos arqueros y honderos, para hacer frente a la caballería enemiga; y asimismo se hará imprescindible nuestra superioridad en el número de naves, a fin de facilitar el transporte de víveres; y desde aquí habrá que llevar el grano en barcos de carga, trigo y cebada tostada, y también al personal[69] de nuestros molinos, que, en un número proporcional, deberá ser reclutado con carácter forzoso aunque cobrando su paga, a fin de que si quedamos bloqueados en algún sitio a causa del temporal, el ejército tenga lo necesario (pues al ser muy numeroso, no todas las ciudades podrán acogerlo). En fin, es preciso tenerlo todo dispuesto en la medida de lo posible para no depender de otros, y sobre todo hay que contar con el dinero de aquí, con la mayor cantidad que se pueda.

---

y que se tenía conciencia de ello: cf. ANDÓCIDES, I 137: *tís gàr kíndynos meízon anthrōpois ē cheimônos hōrai pleîn tēn thálattan,* «¿qué mayor peligro para el hombre que surcar el mar durante el invierno?». Cf. asimismo *infra,* VIII 38, 1.

[69] El texto se refiere concretamente a los *sitopoioí*, personal que se dedicaba tanto a moler el grano como a preparar el pan y que aquí aparece ligado a los molinos o tahonas *(mylônes).* Encontramos el término *sitopoiós* sobre todo con la acepción de «panadero», «hornero» o «persona que prepara la comida», pero también se refiere al «molinero», al que muele los cereales, sin excluir que la misma persona pudiera realizar las dos funciones. Normalmente eran mujeres y esclavas (cf. *supra,* II 78, 3; HERÓDOTO, III 150, y VII 187; L. A. MORITZ, *Grain-mills and Flour in Classical Antiquity,* Oxford, 1958, págs. 34 y sigs.), pero aquí podemos pensar en panaderos acompañados cada uno por un número de esclavos (cf. ARISTÓFANES, fr. 1). En cuanto a lo del «número proporcional», puede entenderse que la proporción se estableciera en relación con las unidades del ejército o con la idea de repartir la carga entre los diversos molinos del Ática.

El de Egesta, que se nos dice que está allí a nuestra disposición, consideradlo dispuesto sobre todo de palabra.

Aun en el supuesto de que nosotros no nos limitemos a 23 partir de aquí con unas fuerzas equivalentes a las del enemigo (salvo en lo que se refiere a su fuerza de combate básica, la hoplítica)[70], sino superándoles incluso en todos los campos, aun así apenas seremos capaces de vencerlos y de salvar nuestras fuerzas. Es preciso hacernos a la idea de 2 que vamos a fundar una ciudad en medio de pueblos hostiles y de otra raza como colonos, hombres que deben dominar el territorio inmediatamente, desde el primer día que arriban, o ser conscientes de que, si fracasan, todo les será hostil. Movido por ese temor y consciente de que son 3 muchas las decisiones acertadas que debemos tomar y de que todavía es mayor la fortuna que hemos de tener, cosa difícil dada nuestra condición humana, yo quiero hacerme a la mar confiándome a la fortuna lo menos que pueda y

[70] Seguimos la lectura básica de los manuscritos en un pasaje en que a veces se ha preferido alguna variante o corrección (cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. VI, Oxford, 1970, págs. 259-261). En el pasaje se opone la expedición de sesenta naves anteriormente decretada (cf. *supra*, VI 8, 2), respecto a la que Nicias considera que tiene un número de hoplitas totalmente insuficiente, pese a que la equivalencia pueda darse en otros aspectos como el naval (cf. *supra*, VI 20, 4, en oposición a las palabras de Alcibíades de 17, 3; 21, 1, y 22 al principio), a los nuevos y mayores preparativos propuestos en este discurso. Con esta oposición y en este sentido se entiende el pasaje, que de otro modo presenta algunas dificultades. Una de ellas, si no se entiende que la inferioridad hoplítica se refiere al proyecto inicial, que Nicias juzga insuficiente, lleva a corregir *tò hoplitikón* por *tò hippikón*, es decir, las fuerzas de caballería en lugar de las hoplíticas, lo que según algunos estaría más de acuerdo con el contexto. También se ha querido sustituir el general *paraskeuasámenoi, plēn ge...* por *paraskeuasámenoi plein ge* (Romilly), con lo que el sentido sería: «de que no nos limitemos a ir desde aquí por mar con unas fuerzas hoplíticas equiparables a sus tropas de combate, sino superándoles...».

con un poder militar que, en la medida de lo previsible, garantice mi seguridad desde el mismo momento de mi
4 partida. Pienso que esta forma de actuar es la que más seguridad ofrece a toda la ciudad y la que nos lleva a la salvación a nosotros, los que vamos a emprender la expedición. Pero si alguien piensa de otra manera, yo le cedo el mando»[71].

Conclusión del debate. Efecto contrario del discurso de Nicias

24 Esto fue todo lo que dijo Nicias. Pensaba que, ante la magnitud de la empresa, o disuadiría a los atenienses o, si se veía forzado a emprender la expedición, se haría así
2 a la mar con la máxima seguridad. Pero a los atenienses no se les quitó el deseo de embarcarse por la complicación de los preparativos, sino que todavía se sintieron mucho más inclinados y el resultado fue el contrario del que Nicias había esperado, pues se consideró que había dado buenos consejos y que a partir de entonces la seguridad sería
3 grande. Y de todos se apoderó por igual el ansia de hacerse a la mar: los más viejos porque pensaban que conquistarían el país contra el que zarpaban o que un poder militar tan grande no podía sufrir ningún fracaso; los jóvenes en edad de servir por el afán de ver y conocer aquella tierra lejana y en la esperanza de regresar sanos y salvos, y la gran masa del pueblo y los participantes en la expedición porque esperaban que de momento ganarían un dinero y que además se procurarían una potencia de donde obten-
4 drían una paga perpetua[72]. Así, debido al desmesurado

---

[71] En otra famosa ocasión, Nicias hizo lo mismo con Cleón (cf. *supra*, IV 28, 1 - 29, 1). Evidentemente, con su simple declaración un estratego no podía pasar a otra persona el mando que le había otorgado el pueblo ateniense, pero podía renunciar al encargo y solicitar el relevo.

[72] Los ingresos de un estado imperialista como Atenas le permitían el pago de soldadas a sus hombres de tierra y a sus marineros (cf. *supra*, III

deseo de la mayoría, si alguien estaba descontento con la expedición, por miedo a parecer mal dispuesto respecto a la ciudad si se pronunciaba en contra, se quedaba sin intervenir.

Un ateniense interpela a Nicias

Finalmente se adelantó un ate- 25
niense[73] e interpelando a Nicias le dijo que ya no debía recurrir a pretextos y demoras, sino que era ya hora de decir delante de todos qué
fuerzas tenían que votarle los atenienses. Nicias, contra- 2
riado, respondió que tendría que decidirlo con más tranquilidad junto con sus colegas en el mando, pero que, según la idea que por el momento se había formado, debe-

---

17, 3), así como diversas retribuciones a jurados, consejeros, magistrados y funcionarios. Este hecho constituía la base de uno de los principales reproches de los adversarios del régimen democrático. Según ellos, la masa sólo pensaba en vivir a expensas del estado y, debido a su número, dirigía la política ateniense en función de sus intereses. Por ello los pobres de Atenas estaban interesados en las guerras de conquista y en el engrandecimiento del imperio. Sobre el tema de Atenas como *émmisthos pólis* o «ciudad a sueldo», cf. PSEUDO JENOFONTE, *Constitución de los atenienses* I 3, 6-7; ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 24, 3; PLUTARCO, *Pericles* 11, 4-5; 12, 1-4, y 5-6; cf. J. DE ROMILLY, «Le Pseudo-Xénophon et Thucydide», *Revue de Philologie* 36 (1962), 228-229. En lo tocante al tema de la «esperanza», se ha estudiado el uso del término *elpis* en la narración de la expedición a Sicilia, en la que, trágicamente, desde esperanzas y grandes expectativas se fue avanzando hacia un desastroso final. Y como en el caso de la *paraskeue*, la *elpis* de los siracusanos siguió una línea ascendente en tanto que iba descendiendo la de los atenienses. Cf. H. AVERY, «Themes in Thucydides' Account of the Sicilian Expedition», *Hermes* 101 (1973), 1-9, y R. A. GERVASI, *The Concept of «elpis» in Thucydides*, Tesis, Univ. de Ohio, 1981, págs. 106 y sigs.

[73] Según PLUTARCO, *Nicias* 12, 6, sería Demóstrato, un dirigente popular (cf. ARISTÓFANES, *Lisístrata* 387 y sigs.). Tucídides, que en algunas ocasiones da nombres de personajes poco importantes, a veces omite nombres que podrían ser de interés: cf. *supra*, IV 36, 1, e *infra*, VI 60, 2.

rían zarpar con no menos de cien trirremes de la propia Atenas —de las cuales serían transportes de hoplitas las que se juzgara oportuno— y que deberían pedir el envío de otras a los aliados; y el contingente de hoplitas, entre atenienses y aliados, no debería ser inferior a cinco mil, y un número mayor si era posible; en fin, respecto al resto de los efectivos, en un número proporcional, tanto de arqueros de Atenas y de Creta[74] como de honderos y de cualquier otra fuerza de combate que les pareciera conveniente, ellos mismos se cuidarían de prepararlos y conducirlos.

Plenos poderes para los estrategos y movilización del ejército

26 Después de oír a Nicias, los atenienses votaron inmediatamente plenos poderes para los estrategos, a fin de que actuaran de la forma más conveniente para Atenas, tanto en lo relativo al número de efectivos como respecto a la expedición en general. A continuación se iniciaron los preparativos; enviaron instrucciones a los aliados y procedieron al alistamiento de tropas atenienses. La ciudad se había recuperado recientemente de la epidemia y del período de guerra continua, tanto por lo que hacía al número de jóvenes en edad militar, que había aumentado, como por la acumulación de dinero debida a la tregua, y así todo se conseguía más fácilmente. De este modo, pues, estaban ocupados en los preparativos.

[74] Estos arqueros cretenses fueron alistados como mercenarios: cf. *infra,* VII 57, 9. La Guerra del Peloponeso no implicó a Creta, salvo en una intervención ateniense en el 429 de muy poca importancia (cf. *supra,* II 85, 5). Cf. asimismo *infra,* VI 43. Creta, consciente de la seguridad y protección del «vasto» mar (cf. *supra,* V 110), no veía necesaria su alineación con otros estados o bloques de alianzas. Cf. V. ALONSO TRONCOSO, *Neutralidad y Neutralismo...,* págs. 457 y sigs.

MUTILACIÓN DE LOS HERMES Y PARODIA DE LOS MISTERIOS. ACUSACIONES CONTRA ALCIBÍADES

Mientras estaban en esto, los hermes[75] de mármol que 27
había en la ciudad de Atenas (se trata de unos bloques tallados de forma cuadrangular que, conforme a la costumbre local, se encuentran en gran número en las entradas de las casas particulares y en los santuarios) sufrieron en su mayoría una mutilación en el rostro en el curso de una sola
noche[76]. Nadie conocía a los autores, pero éstos fueron 2

[75] Los hermes, estatuas del dios Hermes cuya invención se atribuía a los atenienses (que heredaron la costumbre de los pelasgos: cf. HERÓDOTO, II 51, 1-2), eran unos pilares de sección cuadrangular rematados por la cabeza del dios Hermes y con un falo erecto esculpido en la parte delantera del bloque. Estaban dedicados a Hermes, representado en su advocación de guía y protector de los caminantes, el Hermes itifálico. El elemento itifálico era símbolo de fertilidad e indicaba buen augurio, y los hermes constituían una garantía de fecundidad y prosperidad para los individuos y para la ciudad. Se encontraban en los caminos y encrucijadas, en las plazas y esquinas de las calles, y en las entradas de las casas, de los lugares sagrados y de los edificios públicos y eran objeto del culto de los ciudadanos atenienses. PAUSANIAS, IV 33, 4, afirma que los demás griegos representaron a Hermes del mismo modo, imitando a los atenienses. Es posible que su nombre esté conectado con los términos *hérma* o *hermádion* («piedra», «piedrecilla»), pues se utilizaban como mojones en las bifurcaciones o para señalar los límites de una propiedad o territorio. Cf. L. CURTIUS, «Zeus und Hermes», *Rom. Mitt. Erganzenheft* 1 (1931), 48-82; GOLDMAN, «The origin of the Greek herm», *American Journal of Archaeology* 46 (1942), 58-68; H. WREDE, *Die antike Herme*, Maguncia, 1986, y la reseña de A. HERMAN, en *Gnomon* 60 (1988), 75-76.

[76] La fecha exacta de esta noche es muy discutida (cf. ANDÓCIDES, *Discours*, por G. DALMEYDA, París, 1930, págs. III y sigs., 30). Las distintas fechas que se han dado dependen de si se da crédito al testimonio de que era una noche de luna llena (cf. ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* 38: el testimonio de Dioclides, el denunciante cogido en mentira debido a que en la hora en que afirmaba haber visto a los autores del sacrilegio, la luna ya

buscados a cargo del Estado con el ofrecimiento de grandes recompensas por la delación, y también se decretó que si alguien tenía conocimiento de cualquier otro acto de impiedad, quienquiera que fuese, lo mismo ciudadano que extranjero o esclavo, podía denunciarlo sin ningún temor.
3 Dieron mucha importancia a este asunto, pues parecía que era un presagio para la expedición y al mismo tiempo daba la impresión de estar en conexión con una conjura con vistas a una revolución y al derrocamiento de la democracia [77].

---

se había puesto) o bien al de que era luna nueva (cf. PLUTARCO, *Alcibíades* 20, 8, y DIODORO, XII 2, 3-4). Basándose en esta última posibilidad se han dado fechas como la noche del 10 al 11 de mayo del 415 (DROYSEN, «Des Aristophanes Vögel und die Hermokopiden», *Rheinisches Museum* 3 (1835), 161 y sigs.) o la del 8-9 de junio (W. GOETZ, «Der Hermokopidenprozess», *Jahrbücher für Classische Philologie*, Suppl. VIII, Leipzig, 1875-1876, págs. 577 y sigs.) o la del 7-8 (J. HATZFELD, *Alcibiade*, página 161). Pero es probable que Plutarco y Diodoro cayeran en un error (ya señalado por B. KEIL, *Hermes* 39, pág. 352) y que la noche de la mutilación de los hermes fuera de luna llena (útil, además, para una operación como aquella en una ciudad antigua). Según esto, las fechas posibles serían el 25 de abril o de mayo o el 23 de junio o de julio, dos días arriba o abajo en cada caso. Cf. A. W. GOMME, A. ANDREWES, K. J. DOVER, *A Historical Commentary...*, vol. IV, págs. 271-276. Y podemos inclinarnos por una fecha cercana al 16 de muniquión (hacia el 25 de mayo), sin olvidar desde luego que la cronología de estos hechos es muy problemática.

[77] Si los culpables no eran encontrados y castigados, el sacrilegio podía recaer sobre toda la ciudad, y la preocupación era aún mayor por coincidir con los preparativos de la expedición a Sicilia. Preocupaba además el gran número de hermes mutilados, lo que hacía pensar en un numeroso grupo de participantes en aquel acto sacrílego que, al profanar unas imágenes sagradas muy queridas por los atenienses, permitía asimismo suponer que era un preludio de un verdadero ataque contra las instituciones y contra el régimen (cf. *supra*, III 82, 6). Excesos como los de este caso, que podían ser el resultado de una noche de juerga de jóvenes como Alcibiades (cf. *infra*, VI 15, 4; 28, 2), eran vistos por los atenienses como un indicio de actitud contraria a las instituciones. Había conexión entre los usos religiosos y sociales y las leyes e instituciones políticas. Ciu-

Hubo entonces unas denuncias presentadas por algunos metecos y servidores, no respecto a los hermes, sino sobre otras mutilaciones de estatuas efectuadas anteriormente por jóvenes en un momento de juerga y borrachera; también denunciaron que en algunas casas se celebraban sacrílegas parodias de los misterios[78]. Y de estos hechos acusa- 28

---

dad y religión andaban unidas. Respecto a lo que aquel sacrilegio suponía para los atenienses, una sociedad en la que intelectuales y políticos daban importancia a la adivinación, se han establecido comparaciones con hechos, actitudes sociales o determinadas actuaciones de importantes personajes en diversas épocas: la fe en la profecía entre las clases altas de Roma, el apego a la astrología y a supersticiones similares de eminentes personajes del siglo XVII (como Bacon, Harvey, Kepler, Locke, Milton y Newton), el interés por la astrologia mostrado en diversas universidades europeas en los años 1920, y otros casos más modernos, como el de políticos que han subordinado importantes decisiones a consultas astrológicas o a consejos de adivinos. Cf. C. A. POWELL, «Religion and the Sicilian Expedition», *Historia* 28 (1979), 15-31.

[78] Los misterios eran ritos secretos que por lo general incluían ideas místicas relacionadas con el Más Allá; se celebraban en honor de Deméter y Dioniso y a ellos sólo tenían acceso los iniciados. Los más famosos eran los de Eleusis, que estaban dedicados a Deméter y Perséfone; a ellos se refiere este pasaje. Eleusis era un lugar cercano a Atenas y el Estado ateniense se encargaba de la celebración de los misterios, en cuyo centro estaba el mito del rapto de Perséfone por Hades: Perséfone pasaba parte del año con su madre Deméter sobre la tierra; era la época del florecimiento de la naturaleza y de la cosecha; el resto del año, la época del mal tiempo y de la muerte de la naturaleza, habitaba bajo tierra en compañía de Hades; eran, pues, cultos agrarios, y se celebraban en el mes de boedromión (septiembre/octubre) coincidiendo con la recolección. Para convertirse en iniciado había que superar tres estadios y en las ceremonias había palabras mágicas, «demostraciones» y ritos de fecundidad, pero nuestra información sobre las mismas, debido a su carácter secreto, no es todo lo amplia que desearíamos. Se iniciaban con una procesión de Atenas a Eleusis, que se realizaba bajo la protección de Dioniso, y la ceremonia comenzaba en el santuario aquella misma noche a la luz de las antorchas. Su divulgación entre los no iniciados era un sacrilegio y, naturalmente, la parodia a la que hace referencia el pasaje debía de considerarse

2 ban, entre otros, a Alcibíades[79]. Y los que estaban más disgustados con Alcibíades por considerar que era un obstáculo para que ellos mismos pudieran estar bien instalados a la cabeza del pueblo prestaron oído a aquellas denuncias, y en la idea de que, si conseguían desterrarlo, ellos serían los primeros, se pusieron a exagerar la importancia del asunto e hicieron correr la voz de que tanto la parodia de los misterios como la mutilación de los hermes apuntaban al derrocamiento de la democracia y de que no había ninguna de esas fechorías en que no estuviera la mano de aquél; y como prueba aducían otros ejemplos del antidemocrático[80] desprecio de la ley que caracterizaba su conducta.

29 Él trató de defenderse al momento de las delaciones y se mostró dispuesto a someterse a juicio antes de zarpar (ya estaban listos los preparativos de la expedición) a fin de que se dilucidara si era responsable de alguna de aquellas

---

una falta tan grave como la mutilación de los hermes. Otra fuente respecto a estos sucesos la tenemos en el discurso *Sobre los misterios* de ANDÓCIDES, orador aristócrata implicado en la mutilación (cf. *infra,* VI 60, 2) y que vivió aproximadamente entre el 440 y el 390 a. C.

[79] Según ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* 15 y 34-35, quien denunció tanto la mutilación de los hermes como la parodia de los misterios fue el meteco Teucro, que, respecto a la mutilación, delató a dieciocho personas, pero no a Alcibíades. Parece que las denuncias sobre la mutilación (cf. *infra,* VI 60) y el testimonio de Teucro deben situarse después de zarpar la flota; Tucídides no precisa aquí estos datos. El discurso de Andócides se refiere a otras denuncias en relación únicamente con el asunto de los misterios: las de Andrómaco (I 12-13), Agariste (I 16) y Lido (I 17); en las listas de los dos primeros figuraba el nombre de Alcibíades, y la primera denuncia, la de Andrómaco, se formuló antes de que partiera la flota (ANDÓCIDES, I 11).

[80] Se ha observado que el término *dēmotikós* («democrático», «popular», y *ou dēmotikós*, «antidemocrático») se refiere no sólo a las ideas y lealtad políticas (cf. ANDÓCIDES, II 26), sino también al tratamiento de los conciudadanos como iguales (cf. JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* I 2, 60).

acciones; si era culpable de alguna de ellas, sufriría el castigo, pero si salía absuelto, tomaría el mando. Y rogaba 2
encarecidamente que no dieran oídos a calumnias sobre su persona mientras él estuviera ausente, sino que lo condenaran a muerte si había cometido delito, y les decía que con semejante acusación sería más prudente no enviarlo al frente de un ejército tan grande antes de haber pronunciado un veredicto. Pero sus enemigos, temerosos de que el ejército estuviera a su favor si ya se procedía al juicio y de que el pueblo se ablandara y lo tratara con deferencia porque gracias a él se habían unido a la expedición los argivos y algunos mantineos[81], trataban de disuadir a la gente y de impedir por todos los medios el triunfo de la propuesta de Alcibíades; incitaron a hablar a otros oradores y éstos dijeron que se hiciera a la mar ahora y que no retrasara la salida de la flota, y que a su regreso sería juzgado en un plazo determinado. Su intención era que una citación le obligara a volver a Atenas para someterse a juicio por una acusación más grave, que pensaban preparar más fácilmente en su ausencia. Se decidió pues que Alcibíades se hiciera a la mar.

[81] Tras el fracaso, como consecuencia de la batalla de Mantinea, de la alianza antiespartana promovida por Alcibíades, Argos pasó por una revolución oligárquica y una alianza con Esparta (cf. *supra,* V 76-81). Después los demócratas se hicieron de nuevo con el poder y se concluyó una alianza con Atenas (cf. *supra,* V 82, 2-6). Sin embargo, la amenaza de Esparta (cf. *supra,* V 83, 1-2; 84, 1, e *infra,* VI 105, 1) no permitió que Argos ayudara a Atenas con verdadera eficacia. En cuanto a Mantinea, se encontraba en este momento aliada a los lacedemonios, aunque el acuerdo del 418-417 se había realizado contra su voluntad (cf. *supra,* V 81, 1). Los voluntarios que atrajo Alcibíades no debieron de ser muchos, y en VII 57, 9, veremos que se habla de los mantineos participantes en la expedición como mercenarios. Sobre la especial relación de Alcibíades con los contingentes de Argos y Mantinea, cf. asimismo *infra,* VI 61, 5.

La partida de la expedición

Concentración de aliados en Corcira. Despedida en el Pireo

30 Después de estos hechos, ya mediado el verano[82], tuvo lugar la salida de la flota rumbo a Sicilia. A la mayoría de los aliados, a los transportes de víveres, a los cargueros y a toda la restante impedimenta que acompañaba la expedición se les había ordenado previamente que se concentraran en Corcira, a fin de atravesar desde allí todos juntos el Mar Jonio hasta la Punta Yapigia. Por su parte, los propios atenienses y algunos aliados que se encontraban en Atenas bajaron al Pireo en el día señalado, al alba,
2 y se embarcaron para hacerse a la mar. Con ellos también bajó, por decirlo así, toda la restante población que se encontraba en la ciudad, ciudadanos y extranjeros; las gentes del país acompañaban cada cual a los suyos, unos a sus amigos, otros a sus parientes, otros a sus hijos; iban con esperanza pero sin dejar de lamentarse, pues pensaban en

---

[82] La cronología de los hechos en torno a la partida de la expedición a Sicilia no es muy segura (cf. *supra*, VI 27, 1). Los hermes fueron mutilados durante el período de los preparativos; pero ni Tucídides ni ninguna otra fuente nos dicen exactamente si fue mucho o poco tiempo antes de la partida; y también hay algún problema en las relaciones de tiempo posteriores, respecto a las distintas denuncias y consecuencias de los actos sacrílegos. Según dice aquí Tucídides, la flota zarpó *thérous mesoûntos ḗdē*, lo que no significa «en la época del solsticio de verano» sino «ya mediado el verano», «una vez empezado el período central del verano» (cf. *supra*, V 57, 1), lo que, en el verano de ocho meses de Tucídides, corresponde aproximadamente al período junio-julio. Respecto a la fecha exacta de la partida de la expedición también ha habido mucho desacuerdo. Podría ser a principios de junio (cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary...*, vol. IV, pág. 276); otros cálculos la sitúan en julio, probablemente en los primeros días (cf. J. Hatzfeld, *Alcibiade*, París, 1951², págs. 160-161).

las tierras que conquistarían, pero, considerando cuán lejos de su patria les llevaría la travesía que emprendían, se preguntaban si volverían a ver a aquellos a quienes despedían.

Consideraciones sobre los efectivos y el coste de la expedición

En aquel momento, cuando ya 31
estaban a punto de separarse unos de otros para afrontar el peligro, los temores les acometían más de cerca que cuando habían votado hacerse a la mar. No obstante, ante el presente despliegue de fuerza, dada la importancia de todos los efectivos que tenían a la vista, recobraban la confianza. Los extranjeros y la restante multitud acudieron a ver el espectáculo con el convencimiento de que era un proyecto grandioso e increíble. En efecto, esta primera escuadra[83] fue la más costosa y la más magnífica de las que hasta aquel momento se habían hecho a la mar desde una sola ciudad y con fuerzas
griegas. Por el número de naves y de hoplitas no fue infe- 2
rior la enviada contra Epidauro a las órdenes de Pericles y luego contra Potidea a las órdenes de Hagnón, pues juntos

---

[83] La idea básica es que aquella escuadra no tenía precedentes entre las equipadas por una sola ciudad con fuerzas griegas. Sin embargo, si el texto es correcto, hay un *prôtē* problemático. Algunos, siguiendo a Classen, optan simplemente por suprimirlo (su origen estaría en una glosa de alguien que tendría presente el cap. 44, 1). Otros aceptan el texto tal cual *(paraskeuê gàr haútē prôtē...)*, lo que no da un sentido muy convincente: Tucídides diría que «ésta fue la primera escuadra que, enviada a la mar por una sola ciudad y con fuerzas griegas, superó, por su coste y magnificencia, a las que se habían visto hasta aquel momento». Por ello preferimos la acción *haútē <hē> prôtē* de Dobree. Se referiría a la primera escuadra o expedición *(he prôtē paraskeuê)* en oposición a los refuerzos que serán enviados dos años después, en el 413, es decir, a la segunda expedición. Sobre el uso de *paraskeuê*, cf. *supra,* VI 1, 1. Respecto al *prôtē* del 31, 1, y 44, 1, y a los sutiles paralelismos verbales y concordancias de pensamiento en 30, 1-44, 2; cf. asimismo J. W. ALLISON, *Preparation (Paraskene) in Thucydides,* Tesis, Univ. de Pittsburg, 1974, págs. 115 y sigs., y 249.

se hicieron a la mar cuatro mil hoplitas, trescientos hombres de caballería y cien trirremes de los propios atenienses, cincuenta de Lesbos y Quíos y, además, otros muchos alia-
3 dos. Pero aquélla era una escuadra que había partido para una breve travesía y con preparativos escasos, mientras que esta vez se trataba de una expedición que se preveía larga y que estaba suficientemente dotada para sostener por igual una guerra en los dos campos, donde fuera necesario, tanto desde las naves como por tierra. La flota había sido cuidadosamente aprestada con grandes gastos de los trierarcos y de la ciudad: el Estado daba una dracma al día a cada marinero[84] y había proporcionado sesenta naves rápidas sin equipar y cuarenta transportes de hoplitas[85], además de la mejor marinería especializada para estos barcos, mientras que los trierarcos, como complemento a la soldada

[84] Era el sueldo normal en el primer período de la Guerra del Peloponeso: cf. *supra*, III 17, 3, y VI 8, 1. Desde luego no era bajo y se ha pensado que el sueldo habitual debía de ser menor. Atenas se vería obligada a reducirlo a la mitad después del 413. Cf. *infra*, VIII 45, 2, y 29, 1.

[85] La trirreme en condiciones normales tenía una tripulación de unos doscientos hombres (cf. *supra*, I 14, 1); le quedaba poco espacio para otras cosas y no convenía que fuera sobrecargada (cf. *supra*, II 83, 3). A diferencia de estas trirremes rápidas, las naves para transporte de tropas (*hoplitagogoí* o *stratiōtides*: cf. *supra*, I 116, 1, y VI 25, 2; *infra*, VI 43; VIII 25, 1, y 62, 2) debían de tener mayor capacidad. Si las trirremes rápidas eran barcos en perfectas condiciones, con los cascos secos y ligeros y con sus tripulaciones completas, todo con vistas a la rapidez en el combate, los transportes eran trirremes antiguas o trirremes provisionalmente modificadas que se utilizaban para misiones de vigilancia o de transporte o barcos con considerables modificaciones en cascos y cubiertas, con popa y bordas más altas y con menos remeros que una trirreme rápida, a fin de tener una mayor capacidad. Cf. L. CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton, 2.ª ed., 1986, págs. 92-93, y J. S. MORRISON, J. F. COATES, *The Athenian Trireme. The history and reconstruction of an ancient Greek warship*, Cambridge, 1986, págs. 156-157.

pagada por el Estado, daban una paga extraordinaria a los remeros que eran tranitas[86] y a la marinería especializada, eso sin contar que habían equipado las naves con enseñas y aparejos de mucho precio; cada uno de ellos se había esforzado al máximo para que su nave sobresaliera por su bello porte y por su velocidad de navegación. En cuanto a las fuerzas de tierra, la leva se había hecho a partir de las mejores listas, y los hombres habían rivalizado con gran empeño respecto a las armas y al equipo personal. Y el 4
resultado fue que, además de establecerse una competencia entre ellos, cada uno en el puesto que se le había asignado, aquello causaba más la impresión de una demostración de fuerza y de recursos de cara a los demás griegos que de unos preparativos frente al enemigo. En efecto, si alguien 5
hubiera calculado el gasto público de la ciudad y el privado de los participantes en la expedición —de la ciudad, todas las sumas que ya había desembolsado y las que llevaban consigo los estrategos en el momento de la partida; de los particulares, el dinero que cada uno había gastado en su equipo personal, y, si era trierarco, lo gastado en su barco y lo que todavía le quedaba por gastar, todo ello sin contar el dinero que, como era natural, cada cual se había procurado como viático, aparte de la soldada pagada por el Estado, para una campaña que se preveía larga, y cuanto llevaban a bordo los soldados o los comerciantes con vistas al intercambio comercial—, entonces se hubiera hallado que el número total de talentos sacados de la ciudad era muy

---

[86] Los tranitas *(thranítai)* eran los remeros de la fila superior de la trirreme (cf. *supra*, IV 32, 2-7). Su superior categoría y, en esta ocasión, su mejor paga se debían a varias circunstancias: su trabajo requería más esfuerzo, puesto que manejaban los remos más largos, eran reclutados entre los remeros más hábiles (cf. ARISTÓFANES, *Acarnienses* 162-163), y estaban más expuestos al enemigo en las batallas navales. Su nombre deriva de *thrânoi*, los bancos en los que se sentaban.

6 elevado. En fin, esta expedición no fue menos famosa por la admiración que causaba su audacia y por la brillantez del espectáculo que por la superioridad de aquel ejército frente al enemigo contra el que se dirigían[87]; a ello se unió que hasta aquel momento era la expedición marítima que más se alejaba de la patria y la que se emprendía con las mayores esperanzas de cara al futuro en relación con la situación presente[88].

Embarque, plegaria y libaciones. La flota zarpa del Pireo rumbo a Corcira

32 Una vez que las tripulaciones hubieron subido a las naves y que ya estuvo a bordo todo aquello con lo que debían zarpar, la trompeta tocó silencio. Entonces se dijeron las plegarias que se rezan habitualmente antes de zarpar, no cada nave por separado, sino todas juntas, siguiendo a un heraldo[89]. Por todo el ejército se había mezclado el vino en las crateras[90] y representantes de las tropas a bordo y comandantes[91] hicieron libaciones con copas de oro y

---

[87] Éste era el punto de vista de Alcibíades, no el de Nicias. Respecto a las esperanzas atenienses de someter Sicilia diez años antes, cf. *supra,* IV 65, 3.

[88] Se descarta la anterior expedición a Sicilia por su menor importancia y la expedición a Egipto del 459-458 a. C. (cf. *supra,* I 104 y 109-110) por considerarse expedición de la Liga de Delos y no exclusiva de Atenas.

[89] A la voz de un heraldo o por medio de un heraldo. Cf. Heródoto, IX 98, 2. Sobre el papel de los heraldos en Tucídides, cf. D. Lateiner, «Heralds and Corpses in Thucydides», *The Classical World* 71 (1977), 97-106, esp. 103.

[90] En las crateras se mezclaba el vino con agua, en proporción de dos partes de agua por una de vino o de tres de agua por dos de vino; la mezcla se sacaba con los ciatos. Sobre la religiosidad y solemnidad de esta partida, cf. A. W. Saxonhouse, «Nature and Convention in Thucydides History», *Polity* 10 (1978), 484.

[91] El texto griego dice *hoi te epibátai kaì hoi árchontes,* es decir, «las tropas a bordo y los comandantes», pero no es probable que todo el

plata. Se unió a la plegaria toda la multitud que se encon- 2
traba en tierra, tanto los ciudadanos como las demás personas allí reunidas para desear el éxito de la empresa. Después de cantar el peán y de concluir las libaciones, las naves levaron anclas y primero salieron del puerto en columna, pero luego hicieron una regata hasta Egina. Después se afanaron por arribar rápidamente a Corcira, donde se estaba concentrado el resto del ejército aliado.

El debate de Siracusa

Entre tanto, desde muchas partes llegaban a Siracusa 3
noticias sobre la expedición que hacía rumbo contra ellos, pero durante mucho tiempo no se les dio ningún crédito. Sin embargo, cuando se reunió la Asamblea, se pronunciaron diversos discursos como los que siguen por parte de varios oradores, unos dando crédito a las noticias sobre la expedición y otros sosteniendo una opinión contraria; entre ellos se adelantó a hablar Hermócrates[92], hijo de Hermón,

mundo tuviera copas de oro y plata; debía de tratarse de una representación de las tropas.

[92] Este personaje ya había sido protagonista de la Asamblea de Gela del 424 a. C. (cf. *supra,* IV 58, 58-64). Allí había pronunciado un importante discurso que fue decisivo para conseguir la paz entre los siciliotas y para acabar con la primera intervención ateniense en Sicilia. También tendrá un papel importante ahora en los hechos que precedieron a la llegada de los atenienses y en la guerra que les siguió. Su adversario político, Atenágoras, lo presenta como una persona sólo preocupada por imponerse mediante un golpe de mano que sustituiría el gobierno democrático por un régimen oligárquico (cf. *infra,* VI 36, 1 y sigs.). Tucídides no habla aquí mucho de Hermócrates, pero lo hará más adelante (cf. *infra,* VI 72, 2-73) y lo mirará con simpatía, tanto por sus dotes de político como de comandante militar, así como por su prestigio y capacidad de hacerse escuchar por los siracusanos. Más tarde, sin embargo, participaría en la

convencido de que estaba bien informado sobre el asunto, y tomando la palabra les exhortó de este modo:

Discurso de Hermócrates

33 «Increíble tal vez os parezca lo que yo, al igual que algunos otros, os voy a decir sobre la realidad de la expedición que hace rumbo contra nosotros, y sé perfectamente que los que hacen afirmaciones o comunican noticias que no parecen creíbles no sólo no convencen, sino que incluso producen la impresión de ser unos insensatos. No obstante, al estar la ciudad en peligro, no voy a dejar de hablar a causa de ese temor, convencido como estoy, además, de poder hablar con una información más fidedigna que cualquier otro.

2 Los atenienses, por sorprendente que esto os parezca, avanzan contra nosotros con fuerzas muy importantes, tanto navales como de tierra; su pretexto es la alianza con los egesteos y el restablecimiento de los leontinos, pero la realidad es que vienen con el deseo de conquistar Sicilia, y sobre todo nuestra ciudad, puesto que piensan que, si se hacen con ésta, se apoderarán fácilmente del resto de la
3 isla. En la seguridad, pues, de que estarán aquí enseguida, mirad, teniendo en cuenta la situación presente, de qué manera podréis rechazarlos mejor; que no os cojan insuficientemente protegidos por haberlos despreciado ni totalmente descuidados por no haber dado crédito a la noticia.

4 Pero aquel a quien resulte creíble lo que digo, que no se

---

guerra del Egeo junto a los espartanos (cf. *infra*, VIII 26, 1, y 29, 2 y sigs.) y sería condenado al exilio por el partido democrático de su ciudad (cf. *infra*, VIII 85; JENOFONTE, *Helénicas* I 1, 27). Cf. F. GROSSO, «Ermocrate di Siracusa», *Kokalos* 12 (1966), 102-143; H. D. WESTLAKE, «Hermocrates the Syracusan», *Bulletin of the John Rylands Library* 41 (1958-59), 239-268, y F. TANNEN HINRICHS, «Hermokrates bei Thukydides», *Hermes* 109 (1981), 46 y sigs.

asuste ante la audacia y el poderío de los atenienses. Ni serán capaces de infligirnos daños mayores que los que ellos mismos sufrirán, ni el hecho de que avancen contra nosotros con una gran escuadra carece de interés; al contrario, respecto a los demás siciliotas será una gran ventaja (puesto que al estar asustados preferirán aliarse con nosotros); y si por nuestra parte conseguimos acabar con ellos o los rechazamos sin que hayan alcanzado ninguno de sus objetivos (y no temo desde luego que logren lo que pretenden), esto constituirá para nosotros la más hermosa hazaña, una proeza que al menos a mi parecer está dentro de lo que cabe esperar. Porque pocas han sido las grandes expedi- 5
ciones, tanto de griegos como de bárbaros, que han alcanzado el éxito cuando se han alejado mucho de la patria. Ello se debe a que no marchan con efectivos numéricamente superiores a los habitantes del país atacado y a sus vecinos (pues todos se unen a causa del miedo); y si por falta de víveres sufren una derrota en tierra extranjera, aunque el fracaso se deba sobre todo a sus propios errores, procuran renombre a aquellos que fueron objeto de sus asechanzas. Y eso es precisamente lo que les pasó a estos 6
mismos atenienses: cuando el Medo sufrió una completa derrota, una derrota contra todo pronóstico[93], ellos vieron acrecentado su prestigio gracias al renombre de que el Medo se había dirigido contra Atenas; y cabe esperar que algo similar nos ocurra a nosotros.

Llenos, pues, de confianza, hagamos aquí nuestros pre- 34
parativos y, enviando mensajeros a los sículos, consolidemos nuestras relaciones con unos y tratemos de obtener la

93 En el discurso de los corintios en el debate de Esparta, ya se había dicho que la derrota de Jerjes se debió más a los propios errores que al poder o los méritos del adversario: cf. *supra*, I 69, 5. Cf. asimismo n. 394, respecto al uso de la expresión «el Medo».

amistad y la alianza de otros; enviemos asimismo embajadores al resto de Sicilia para hacerles ver que el peligro es común, y a Italia, a fin de hacerla aliada nuestra o para
2 que no acojan a los atenienses. Y también me parece una buena idea enviarlos a Cartago. Para los cartagineses no será algo inesperado; al contrario, ellos viven permanentemente en el temor de que un día los atenienses se dirijan contra su ciudad[94]; así que muy bien puede ocurrir, de considerar que ellos mismos corren el riesgo de verse en apuros si se despreocupan de las cosas de aquí, que estén dispuestos a ayudarnos, bien en secreto, bien abiertamente, o de cualquier manera. Y si quieren pueden hacerlo con más capacidad que cualquier otra potencia actual, pues poseen las mayores cantidades de oro y plata, que es lo que
3 allana el camino en la guerra y en cualquier otra empresa. Y enviemos también embajadas a Esparta y a Corinto, para pedirles que acudan rápidamente aquí en nuestra ayuda y que activen la guerra de allí[95].

4 Hay además una medida que yo considero extraordinariamente oportuna, pero que vosotros, a causa de vuestra habitual inactividad, estaréis muy poco dispuestos a aceptarla con prontitud. A pesar de ello, os la diré. Si todos los siciliotas, o al menos el mayor número posible a nuestro lado, quisiéramos sacar a la mar toda la flota que tenemos con víveres para dos meses y salir al encuentro de los ate-

---

94 Probablemente es una afirmación exagerada en busca del efecto retórico. Respecto a las aspiraciones atenienses, cf. *supra*, VI 15, 2, donde la conquista de Cartago estaba dentro de las esperanzas de Alcibíades. Más tarde (cf. *infra*, VI 88, 6), después de la partida de Alcibíades, los atenienses de Sicilia enviarán una trirreme a Cartago para tratar de conseguir su ayuda contra Siracusa. Cf. F. GROSSO, art. cit., *Kokalos* 12 (1966), 111-112.

95 Hermócrates debía de saber muy bien que la situación de la tregua entre Atenas y Esparta era extremadamente precaria.

nienses en Tarento[96] y en la Punta Yapigia, para hacerles ver claramente que, antes de llegar a la lucha por Sicilia, tendrán que batirse por la travesía del Mar Jonio, les daríamos un buen susto y les haríamos caer en la cuenta de que nosotros estamos en guardia desde una base situada en un territorio amigo (pues Tarento nos da acogida), mientras que ellos han de atravesar un ancho mar[97] con todo su equipo, por lo que les será difícil permanecer en formación debido a la longitud de la singladura, y así su flota podrá ser atacada fácilmente por nosotros al avanzar lentamente
y presentarse en pequeños grupos. Y en el supuesto de que, 5
después de aligerar su escuadra, se volvieran contra nosotros en bloque con sus unidades más veloces, de venir ellos a remo, podríamos atacar a unos hombres cansados, y si no lo decidiéramos así, cabe que nos retiráramos a Tarento[98]; ellos, en cambio, al realizar la travesía con esca-

[96] Tarento estaba situada al fondo del golfo que lleva su nombre, en la ruta de Grecia a Sicilia (cf. *infra,* VI 44, 2). Era una ciudad doria, fundada por colonos laconios. Tarento estaría dispuesta a acoger a la expedición que saliera al encuentro de la flota ateniense.

[97] El canal de Otranto, que separa la Apulia, al sur de Italia, de Albania y el norte de Grecia, tiene unos 70 Km. de anchura en su parte más estrecha. La travesía del puerto de Corcira a la Punta Yapigia es de 84 millas marítimas, unos 155 Km., lo que constituía una considerable travesía para una trirreme. La otra ruta, la ruta directa de Corcira a Crotona, era de 204 millas (=385 Km.), lo que superaba las posibilidades de una trirreme a remo en una singladura de un «día largo» de 16 a 18 horas.

[98] Ante la flota siciliota a la espera en el sur de Italia, la flota ateniense podía optar por quedarse en Corcira o por dejar toda la impedimenta y los barcos lentos en la isla y cruzar el canal únicamente con las veloces trirremes para atacar inmediatamente al enemigo que quería estorbar la llegada de la expedición. En esta segunda hipótesis, podía hacerlo a remo, con lo que sus hombres llegarían cansados, o a vela, en cuyo caso los siracusanos decidirían retirarse a Tarento. Tal es el razonamiento de Hermócrates. Luego los atenienses se encontrarían sin el apoyo de las ciudades de Italia, hostigados por el enemigo y con la flota dividida. Ante

sas provisiones, en la idea de que iban a una batalla naval, se encontrarían sin recursos en parajes deshabitados; y entonces, una de dos, o permanecerían allí y tendrían que aguantar nuestro asedio, o tratarían de navegar a lo largo de la costa, dejando atrás al resto de la expedición, y, al no tener ninguna garantía respecto a la acogida de las distintas
6 ciudades, caerían en el desánimo. Y lo que yo pienso es que, con el escollo de este razonamiento, ni siquiera zarparían de Corcira, sino que, o, tras largas deliberaciones y después de enviar a efectuar reconocimientos para conocer nuestro número y nuestras posiciones, se les echaría encima el invierno, o, perplejos ante lo inesperado de la situación, renunciarían a la expedición, máxime cuando el más experimentado de sus estrategos, según he oído decir, desempeña el mando contra su voluntad y de buen grado nos tomaría como pretexto si se viera por nuestra parte alguna
7 iniciativa importante. Y las noticias que sobre nosotros les transmitirían —de eso estoy seguro— superarían ampliamente a la realidad. Las opiniones de los hombres se for-

---

esta perspectiva era probable que ni siquiera zarparan de Corcira. Es éste un interesante análisis estratégico, a propósito del cual se han señalado las limitaciones de la flota. Como hemos visto, la distancia de Corcira al talón de Italia era de unas 84 millas marinas (= 155 Km.), lo que no constituía mucho más de la mitad de la distancia que una trirreme podía recorrer en un «día largo» (de 16 a 18 horas). Cf. J. S. MORRISON, J. F. COATES, *The Athenian Trireme*, Cambridge, 1986, págs. 103-106. Pero los remeros, piensa Hermócrates, no estarían en condiciones de librar batalla a su llegada. La travesía de los transportes y de los mercantes sería más lenta, y si la escuadra de las 60 trirremes rápidas no cruzaba el canal a remo, sino que esperaba un viento favorable y lo hacía a vela, la flota siracusana podría rehusar la batalla y retirarse a Tarento, pero las naves rápidas atenienses quedarían aisladas del resto de la flota y de los víveres y los siracusanos podrían emprender alguna acción ante aquella flota dividida. Podemos pensar, sin embargo, que los atenienses habrían tenido capacidad de respuesta para superar aquella estrategia de Hermócrates.

man de acuerdo con lo que oyen, y su temor es mayor ante aquellos que toman la iniciativa del ataque o que al menos muestran por adelantado a sus atacantes que están dispuestos a defenderse, pues los consideran en igual situación ante el peligro[99]. Y eso precisamente es lo que podría ocu- 8
rrirles ahora a los atenienses. Avanzan, en efecto, contra nosotros con la convicción de que no nos defenderemos, y nos desprecian con toda razón porque no los hemos destruido uniéndonos a los lacedemonios; pero si, en contra de lo que esperan, nos vieran actuar con audacia, quedarían más perplejos por lo inesperado de la situación que por el poder militar que realmente tenemos.

Escuchad pues mis consejos, sobre todo atreviéndoos a 9
este acto de audacia, y si no, persuadiéndoos a tomar cuanto antes todas las disposiciones necesarias para la guerra; todo el mundo debe tener presente que el desprecio al atacante se demuestra con la energía en la acción, y que lo más ventajoso que nos puede ocurrir, considerando más seguros los preparativos que se hacen de la mano del miedo, es actuar de inmediato con la convicción de estar ante el peligro. Y ellos están avanzando, y estoy seguro de que ya hacen rumbo hacia nosotros y de que dentro de nada estarán aquí.»

---

[99] *Isokindýnous*, literalmente «iguales al peligro», «a la altura del peligro», es decir, «capaces de afrontar el peligro en igualdad de condiciones». Aquí se entiende que la situación de los defensores no es más peligrosa que la de los atacantes. Un escolio al pasaje dice: *ē̃toi en homoíōi kindýnōi katastē̃sontas autoús, ē̃ isopaleîs*, o sea, en igual situación ante el peligro o iguales en la lucha.

35 *Reacciones al discurso de Hermócrates*

Esto fue cuanto dijo Hermócrates[100]. Entre el pueblo de Siracusa reinaba un completo desacuerdo: unos sostenían que los atenienses no vendrían en modo alguno y que no era verdad lo que Hermócrates decía; para otros la cuestión estribaba en qué daño podrían causarles los atenienses, aun en el caso de venir, por el que no recibieran una respuesta más contundente. Había otros incluso que, con un desprecio total, tomaban a risa el asunto. Sólo unos pocos daban crédito a Hermócrates y se inquietaban por el
2 futuro. Y se adelantó entonces Atenágoras, que era el jefe del partido popular y el que en aquel momento ejercía una mayor influencia sobre la mayoría, y habló de este modo:

36 *Discurso de Atenágoras*

«Quien no desee que los atenienses sean tan insensatos y vengan aquí a caer en nuestras manos, o es un cobarde o no es leal a la ciudad. Y quienes propalan tales noticias y tratan de atemorizarnos no me asombran por su audacia, sino por su estupidez, si es que piensan que no se les ve el
2 juego. En efecto, quienes abrigan algún temor por motivos personales desean poner a la ciudad en un estado de pánico a fin de enmascarar su propio miedo con el miedo general. Y éste es el sentido que tienen hoy estas noticias, noticias que no han nacido de forma natural, sino que están ahí por obra de los mismos hombres que siempre mueven estas
3 cosas. Pero vosotros, si deliberáis con cordura, no haréis el cálculo de lo que es probable a partir de lo que éstos os anuncian, sino considerando lo que podrían hacer unos

[100] Este capítulo, que recoge las reacciones al discurso de Hermócrates, es comparable a los caps. 15 y 19, posteriores a los discursos de Nicias y Alcibíades. Aquí la división de opiniones separa al auditorio en cuatro categorías.

hombres inteligentes y de enorme experiencia, como a mi
juicio son los atenienses. Y ciertamente no es probable que 4
ellos dejen a sus espaldas a los peloponesios y, sin haber concluido de forma segura la guerra de allí, vengan aquí por voluntad propia para emprender una guerra no menos importante, pues pienso que se dan por satisfechos con que nosotros, que tenemos tantas y tan grandes ciudades, no marchemos contra ellos.

Pero en el caso de que verdaderamente vinieran, como 37
se está diciendo, pienso que Sicilia está en mejores condiciones que el Peloponeso para llevar la guerra hasta la victoria, por cuanto está mejor dotada en todos los aspectos, y, por lo que respecta a nuestra ciudad, creo que es mucho más poderosa que el ejército que ahora, según dicen, está avanzando contra ella, incluso si viniera con el doble de fuerzas. Me figuro, en efecto, que no traerán consigo caballos (y que no se los podrán procurar aquí, a excepción de unos pocos de los egesteos), y que a bordo de las naves no vendrá un número de hoplitas comparable al nuestro (pues ya es una gran empresa llegar hasta aquí en una travesía tan larga incluso con las naves sin carga), y sé que el resto de recursos que es preciso procurarse frente a una ciudad tan grande como la nuestra no es asunto de poca monta [101].
Así que me parece (y tan lejos me atrevo a llevar mi opi- 2
nión) que, incluso en el caso de que vinieran aquí con otra ciudad tan grande como lo es Siracusa y estableciéndose en la vecindad nos hicieran la guerra, apenas podrían escapar

[101] Respecto a la superioridad siciliota, Atenágoras se refiere a tres puntos: la caballería, los hoplitas y el resto de los recursos. En cuanto a la caballería, cf. *supra,* VI 20, 4-21, donde Nicias plantea el problema; respecto a la infantería, cf. *supra,* VI 21-22, y sobre los recursos en general, cf. *supra,* VI 22-23. Respecto a este pasaje, en relación con *infra,* VII 28, 3, cf. V. BARTOLETTI, «Potenza della Sicilia e ardore degli Ateniesi in Tucidide», *Studi Italiani di Filologia Classica* 14 (1937), 227-235.

de una destrucción total; y con mayor razón cabe pensar que esto será así en una Sicilia enteramente enemiga (puesto que se unirá) y con un campamento construido con lo que puedan traer en sus naves, con unas pobres tiendas de campaña y una instalación mínima, de las que no podrán alejarse mucho a causa de nuestra caballería. Pienso, en suma, que ni siquiera lograrán asentarse en un pedazo de tierra. Tan superiores son, en mi opinión, nuestras fuerzas.

38 Pero esto, como os he dicho, los atenienses lo saben y estoy seguro de que se cuidan de sus intereses; es aquí donde hay unos hombres que inventan historias que no
2 existen ni pueden existir. Y yo me doy perfecta cuenta de que lo que estos hombres desean, no ahora por primera vez sino desde siempre, es asustaros a vosotros, al pueblo, con cuentos de esa clase o todavía más perversos, o con sus acciones, a fin de hacerse ellos con el dominio de la ciudad. Y temo ciertamente que un día, a fuerza de intentarlo, lleguen a conseguirlo; porque nosotros somos incapaces de ponernos en guardia antes de padecer el daño y de reaccionar contra ellos al darnos cuenta de sus maquinaciones.
3 Por esto precisamente nuestra ciudad está pocas veces tranquila y soporta muchas disensiones y un mayor número de luchas en su interior que contra sus enemigos, y a veces
4 incluso tiranías e injustos regímenes personales[102]. De todos

[102] Después de concluir la dinastía de los Dinoménidas con el derrocamiento, en el 466 (cf. Diodoro, XI 68, 6), de Trasíbulo, el hermano menor de Hierón, Siracusa tuvo una constitución democrática que, para evitar una restauración de la tiranía, preveía, a imitación del ostracismo ateniense, un destierro de cinco años (el petalismo —de *pétalon*, «hoja»—, porque la votación se efectuaba escribiendo el nombre sobre hojas de olivo). No obstante, en época más cercana hubo nuevos intentos de establecer un régimen personal; así fue el caso de Tindárides, en el 454 (cf. Diodoro, XI 86, 4-5). Es posible asimismo que Tucídides, en el momento de la composición de este texto, tuviera presente la tiranía de Dionisio, posterior (406) al discurso de Atenágoras. Cf. V. Hunter, «The Composi-

esos males, si vosotros estáis dispuestos a seguirme, yo trataré de no permitir que sobrevenga ninguno en nuestro tiempo; para ello procuraré convenceros a vosotros, a la mayoría, de que castiguéis a los que urden tales maquinaciones, no sólo al cogerlos en flagrante delito (pues es difícil sorprenderlos), sino en los casos en que tienen la intención, pero no los medios (pues frente al enemigo es preciso defenderse por anticipado, no atendiendo sólo a lo que hace sino también a sus proyectos, sobre todo si por no ser el primero en ponerse en guardia se va a ser el primero en recibir el daño); y en cuanto a los oligarcas, mi misión consiste en descubrirlos, vigilarlos y amonestarlos, pues pienso que ésta será la mejor manera de apartarlos del mal camino.

Y bien, he aquí una pregunta que me he hecho muchas 5
veces, ¿qué es lo que queréis vosotros, los jóvenes? ¿Tener ya el poder? ¡Pero si no es legal! Y la ley se estableció por el hecho de que vosotros no estáis capacitados para ejercer cargos[103], y no para despojaros de este derecho teniendo capacidad para ello. ¿O es que no queréis la igualdad de derechos[104] con la mayoría? ¿Y cómo sería justo que aquellos que son iguales no gozaran de iguales derechos?

---

tion of Thucydides' History: A New Answer to the Problem», *Historia* 26 (1977), 284-285.

[103] Se entiende «por la edad». No sabemos qué edad mínima se requería en Siracusa para el ejercicio de las magistraturas.

[104] La *isonomía,* que encuentra su justificación en que los hombres son iguales. Cf. HERÓDOTO, III 80, 6, y 142, 3. La *isonomía* es la situación en que «todos tienen los mismos derechos»; el término definía un aspecto esencial de la democracia, en oposición a la tiranía, antes de que se generalizara el mismo concepto de *dēmokratía,* es decir, «el poder en manos de la mayoría». Un régimen *isonómico* (cf. *supra,* IV 78, 3), frente al régimen personalista y arbitrario de los poderosos *(dynasteía),* era el auténtico estado de derecho para un griego, con independencia de su carácter oligárquico o democrático.

39 Se dirá que la democracia no es ni inteligente ni equitativa y que aquellos que poseen el dinero son también los mejores para ejercer el poder con más acierto. Pero yo afirmo en primer lugar que se llama "pueblo"[105] al conjunto de los ciudadanos, mientras que el término "oligarquía" sólo designa una parte; después, que los ricos son los mejores guardianes del dinero, pero que para dar los mejores consejos tenemos a los inteligentes, y que para decidir lo mejor después de haber escuchado está la mayoría; estos elementos[106] indistintamente, por separado o en conjunto,
2 tienen una parte igual en la democracia. La oligarquía, en cambio, hace partícipe de los riesgos a la mayoría, pero respecto a los beneficios, no se limita a querer llevarse la mayor parte, sino que arrambla con todo y se lo queda. Éste es el régimen que entre vosotros desean tener los poderosos y los jóvenes, pero es imposible imponer ese régimen en una gran ciudad.

---

[105] *Dêmos* frente a *oligarchía*. El término griego *dêmos*, como el español «pueblo», puede tener varios sentidos. *Dêmos* puede referirse a una clase social, a la «gente del pueblo», la plebe por oposición a una aristocracia, así como al partido político que defiende sus intereses (el partido democrático). En este sentido, el *dêmos* constituye la mayoría de la ciudad, pero sigue siendo una parte, «gente del pueblo» frente a «gente pudiente» o «gente rica», demócratas frente a oligarcas. Otro sentido es el de conjunto de ciudadanos sin distinción, y, en esta acepción, democracia también es el régimen de todos, en el que ricos y pobres se sientan juntos en la Asamblea y tienen el mismo voto. Éste es el sentido que Atenágoras da aquí al término. Cf. *supra*, II 37, 1, la definición de democracia en el discurso fúnebre de Pericles.

[106] Atenágoras ha asignado tres funciones o capacidades (administración, deliberación y decisión) a tres categorías de la población, los ricos, los inteligentes y la mayoría. Concibe la democracia como una colaboración de tres elementos que tienen una parte igual *(isomoireîn)*. Cf. J. de Romilly, «Alcibiade et la mélange entre jeunes et vieux: politique et médecine», *Wiener Studien* 10 (1976), 93 y sigs.

Aun así, una vez más, vosotros, los menos inteligentes 40
de los ciudadanos, si no os daís cuenta de que vuestros afanes van por mal camino, entre los griegos que conozco sois los más necios, o los más criminales si, a sabiendas, persistís en vuestra audacia [107]. ¡Ea!, pues, caed al menos en la cuenta o arrepentíos, y tratad de acrecentar lo que en la ciudad constituye el patrimonio de todos los ciudadanos, pensando que de este modo los mejores de vosotros tendrán una parte igual o superior a la de la masa de los ciudadanos, mientras que si vuestros objetivos son otros, correréis el riesgo de perderlo todo. Y absteneos, en fin, de difundir ese tipo de noticias, convencidos de que llegan a oídos de personas enteradas y que no os permitirán actuar.
Porque nuestra ciudad, si verdaderamente llegan los ate- 2
nienses, los rechazará como conviene a su propia grandeza, y tenemos estrategos que se cuidarán de ello. Pero si ninguno de esos rumores resulta cierto, como yo pienso que no lo son, la ciudad no se dejará asustar por vuestras noticias ni os elegirá como jefes para imponerse voluntariamente la esclavitud, sino que, mirando por sus propios intereses, juzgará vuestras palabras como equivalentes a hechos y por escucharos no se dejará arrebatar la libertad

---

[107] Sigo el texto de los manuscritos, con una estructura y una construcción quiástica muy del gusto de Tucídides, tal como lo aceptan Stuart Jones y otros. Desde luego no es un pasaje cómodo: se han efectuado algunas transposiciones y algunos editores, como Classen y Romilly, suprimen el *ē amathéstatoí este,* considerándolo una simple glosa de *asynetṓtatoi* incorporada al texto; también es problemático el matiz exacto y la relación entre el *all'éti kaì nŷn* inicial y el *all'ētoi* posterior. Pensamos, sin embargo, que es posible aceptar el texto. Con la supresión de *ē amathéstatoí este,* «sois los más necios», tendríamos: «Mas aún estáis a tiempo [o "Mas una vez en esa situación"], vosotros, los menos inteligentes de todos los griegos que conozco, si no os dais cuenta de que vuestros afanes van por mal camino, o los más criminales, si, a sabiendas, persistís en vuestra audacia, ¡ea! caed al menos en la cuenta...».

de que goza, sino que, por medio de una vigilancia en la acción que no os permitirá actuar, luchará por conservarla.»

Un general siracusano cierra el debate

41 Así habló Atenágoras. Se levantó entonces uno de los generales, recomendando[108] que ya nadie más se adelantara a tomar la palabra, y él mismo se refirió a la situación hablando de este modo:

2 «No es sensato lanzarse mutuas acusaciones ni que el auditorio les preste oídos, sino que, en vista de las noticias que nos llegan, resulta más prudente ver de qué manera, cada ciudadano individualmente y la ciudad en su conjunto, nos prepararemos para rechazar adecuadamente al
3 invasor. Y si luego no resulta necesario nada de lo preparado, no supone ningún perjuicio que el Estado haga ostentación de caballos, armas y demás pertrechos de los que
4 hace alarde la guerra[109] (y del cuidado y revista de todo ello nos ocuparemos nosotros[110]), y que proceda al envío de embajadores a las distintas ciudades para explorar la

---

[108] Éste debe de ser aquí el sentido de *eâin.* Cf. *infra,* VI 72, 2, y VII 48, 2. Parece preferible esta traducción a la de «sin permitir...», como si fuera un asunto de derecho constitucional y entendiéramos que el general estaba presidiendo la Asamblea. Al final de la mayoría de los debates se vota una decisión, pero esta sesión de la Asamblea siracusana es una excepción (cf. H. D. Westlake, «The Setting of Thucydidean Speeches», en Ph. A. Stadter, *The Speeches in Thucydides,* Chapel Hill, 1973, pág. 92). Aquí se espera a ver si los hechos darán la razón a Atenágoras o a Hermócrates. Entre tanto un general zanja la disputa.

[109] El Estado se adorna *(kosmēthênai)* con los pertrechos con los que se atavía *(agálletai)* la guerra, se dota de lo que constituye el ornato de la guerra. Respecto a la metáfora, cf. Jenofonte, *Anábasis* I 9, 23. Sobre la expresión, cf. Eurípides, *Filoctetes* 1379. En cuanto a la personificación de la guerra, cf. *supra,* I 122, 1.

[110] Preferimos *toû te tò koinòn* a *toû ge tò koinón* y consideramos *tēn d'epiméleian... héxomen* como paréntesis.

situación y con cualquier otra misión que parezca oportuna. Y de esto ya hemos empezado a cuidarnos, y os comunicaremos cualquier cosa que llegue a nuestro conocimiento.»

Después de estas palabras del general, los siracusanos levantaron la sesión.

PRIMERAS SINGLADURAS DE LA EXPEDICIÓN

Últimos preparativos en Corcira. Envío de tres naves exploradoras

Entre tanto los atenienses y todos 42
sus aliados ya estaban en Corcira. En primer lugar los estrategos pasaron revista al cuerpo expedicionario y determinaron el orden en que deberían fondear y acampar; dividieron las fuerzas en tres partes, y asignaron por sorteo una a cada uno de ellos, a fin de evitar que, al navegar juntos[111], pudieran verse en problemas de agua, de puertos y de todo lo que se necesita en las escalas, y también para que en general hubiera más orden y fueran más fáciles de mandar al estar encomendada cada división a un estratego. Después enviaron por 2
delante tres naves a Italia y a Sicilia con la misión de informarse sobre qué ciudades les darían acogida. Y se les ordenó que volvieran al encuentro de la flota, a fin de que ésta pudiera tocar tierra conociendo la situación.

La flota zarpa de Corcira. Efectivos del cuerpo expedicionario

Después de hacer todo esto, los 43
atenienses levaron anclas de Corcira e iniciaron la travesía rumbo a Sicilia con los siguientes efectivos: tenían un total de ciento treinta y cuatro trirremes y dos pentecóntoros rodios (de estas naves, cien eran atenienses, y de estas cien, sesenta eran trirremes

[111] El *háma pléontes* (H_2; cf. Valla: *si pariter navigarent)* es preferible al *anapléontes*.

rápidas [112] y las otras transportes de tropas [113], mientras que el resto de la flota procedía de Quíos y de las demás ciudades aliadas); el total de los hoplitas ascendía a cinco mil cien (y de éstos, procedían de la misma Atenas mil quinientos hombres del alistamiento ordinario [114] y setecientos

---

[112] Trirremes de guerra o ataque, en las que todo estaba subordinado a la velocidad y a la maniobrabilidad. Eran las *triḗreis tacheîai* de las que aquí habla Tucídides (cf. asimismo *supra,* VI 31, 3) o *tachynautoûsai* (cf. Diodoro, XX 47, 2), las naves «arrogantes por su velocidad» *(hypérkopoi táchei)* a las que se refiere Esquilo, *Persas* 341-43. Eran los barcos con los cascos y el equipo en las mejores condiciones y con tripulaciones preparadas y completas. Su tripulación era de unos 200 hombres: unos 170 remeros más otros 30 tripulantes, entre oficiales, marineros, arqueros *(toxótai)* y hoplitas de cubierta *(epibátai).*

[113] *Stratiṓtides.* Cf. *supra,* VI 31, 3. Podemos pensar que estos «barcos de soldados» no eran una trirreme normal con una tripulación normal, que tenían un número reducido de remeros y que los soldados empuñaban los remos, y que diferían estructuralmente de una trirreme normal, aunque fuera posible reconvertirlas en naves de combate. No hay datos seguros sobre su tripulación, sobre sus remeros y su capacidad. Pero de este pasaje de Tucídides se ha deducido que una *stratiṓtis* podía transportar por lo menos unos 85 hombres del ejército de tierra. Puesto que la velocidad no era lo esencial, podría operar con menos remeros que una trirreme rápida, aumentando así su capacidad para el transporte de tropas. En este caso nos encontramos con una flota de 60 trirremes rápidas, 40 transportes y 34 trirremes aliadas; los hombres a transportar son 6.400. Las 60 trirremes rápidas debían de estar preparadas para la acción y no llevarían pasajeros a bordo. Por tanto, si repartimos los 6.400 hombres entre 74 barcos (en el supuesto de que las 34 trirremes aliadas estuvieran habilitadas para el transporte) obtenemos un resultado de unos 85 hombres por barco, número que naturalmente debe ser aumentado si algunas de las trirremes aliadas, como es muy probable, no estaban preparadas para servir como transportes.

[114] El reclutamiento ordinario realizado a partir de listas oficiales *(katálogos).* Cf. *supra,* VI 26, 2; 31, 3. Estas listas comprenderían todos los ciudadanos que, según el censo, edad y capacidad física, podían servir como hoplitas costeándose su armamento.

tetes[115] que iban como soldados de marina, mientras que del resto, que participaban en la expedición a título de aliados, unos venían de las ciudades vasallas y los otros eran quinientos argivos y doscientos cincuenta mantineos y mercenarios); el total de arqueros ascendía a cuatrocientos ochenta (y de éstos, ochenta eran cretenses), y había setecientos honderos rodios, ciento veinte megareos exiliados armados a la ligera, y un transporte de caballos con treinta hombres de caballería a bordo.

La intendencia y el acompañamiento comercial de la expedición. La flota llega a Regio

Con estas fuerzas emprendía la 44
travesía la primera armada que partió para la guerra; treinta buques de intendencia[116] transportaban sus víveres y también llevaban a bordo a los panaderos, albañiles, carpinteros, y todas las herramientas necesarias para las obras de fortificación, y con estos transportes de intendencia navegaban cien barcos mercantes que habían sido requisados; y, de forma voluntaria, otras muchas embarcaciones y grandes cargueros acompañaban a la armada con fines comerciales. Todos estos barcos zarparon entonces con la flota

---

[115] Los tetes *(thêtes)* constituían la última de las cuatro clases establecidas por Solón (cf. *supra*, III 16, 1); el estado les pagaba el armamento pesado con el que servían como *epibátai*. Sobre el hecho de que sirvieran como soldados de marina *(epibátai)*, cf. *supra*, III 95, 2. Si el número del texto es correcto, en este caso serían más de diez por trirreme (como era normal en otras ocasiones), dado que había sesenta trirremes. La lectura de H_2, sin embargo, es *hexakósioi*, «seiscientos», lo que da un número normal de 10 *epibátai* por cada una de las 60 trirremes rápidas. La misión principal de estos *epibátai* sería la vigilancia y defensa de las trirremes cuando estaban fondeadas.

[116] *Holkádes sitagōgoí*, «barcos de transporte de grano», transportes de intendencia. Los grandes cargueros *(holkádes)* navegaban exclusivamente a vela. Frente a *holkás*, el término *ploîon* suele referirse a otros tipos de embarcaciones y galeras. Cf. *infra*, VII 7, 3, y L. CASSON, *Ships and Seamanship in the Ancient World*, Princeton, ed. 1986, págs. 157 y 169 y sigs.

2 desde Corcira y atravesaron el Golfo Jonio. Y una vez que toda la expedición hubo arribado a la Punta Yapigia, a Tarento, o al lugar donde a cada uno le fue bien recalar, siguieron navegando a lo largo de la costa de Italia —donde las ciudades no los acogieron ni en el mercado ni en el interior de la ciudad, limitándose a concederles la aguada y el permiso para fondear, y Tarento y Locros ni siquiera eso— hasta que llegaron a Regio, en el extremo de Italia.
3 Allí ya se concentraron y, fuera de la ciudad, ya que no los acogieron dentro, establecieron su campamento en el santuario de Ártemis, donde los reginos incluso instalaron un mercado para ellos, y, después de sacar las naves a tierra[117], se tomaron un descanso. Luego, entraron en conversaciones con los reginos, pidiéndoles que, como calcideos que eran, prestaran su ayuda a los leontinos, que también eran calcideos. Pero ellos les respondieron que serían neutrales y que harían lo que decidieran en común
4 los demás italiotas. Los atenienses se pusieron entonces a estudiar la mejor forma de llevar adelante los asuntos de Sicilia y entre tanto esperaban que regresaran de Egesta las naves enviadas por delante; querían saber si existían realmente aquellas sumas de dinero de las que habían hablado los mensajeros en Atenas.

---

[117] *Tàs naûs anélkein,* «sacar las naves a tierra». Después de una larga travesía, era conveniente poner las naves en seco para que disminuyeran de peso y fueran más rápidas y para reparar y calafatear el casco. Cf. *infra,* VII 12, 3; Heródoto, VII 59, 3; Jenofonte, *Helénicas* I 5, 10; L. Casson, *Ships and Seamanship in the Ancient World,* Princeton, reimpr. 1986, págs. 89-90, y J. Rougé, *La marine dans l'antiquité,* París, 1975, pág. 46.

PREPARATIVOS DE LOS SIRACUSANOS

Entre tanto a los siracusanos, ya desde diversas partes y 45
en especial de sus propios exploradores, les llegaban noticias ciertas de que las naves estaban en Regio; y en vista de la situación, se preparaban con todo empeño y ya no tenían ninguna duda. A los sículos de alrededor, a unos les enviaban cuerpos de guardia y a otros embajadores, y ponían guarniciones en los fuertes de su territorio; pasando revista de armas y caballos miraban si las fuerzas que se encontraban en la ciudad estaban en perfecto estado, y en general se organizaban como para una guerra inminente que prácticamente ya estaba allí.

PRIMEROS CONTRATIEMPOS. EL ENGAÑO DE EGESTA. DELIBERACIÓN DE LOS ESTRATEGOS ATENIENSES

Las tres naves enviadas por delante, de vuelta de Egesta, 46
se reunieron con los atenienses en Regio y les comunicaron
que todo el dinero que se les había prometido no existía y
que sólo aparecían treinta talentos. Los estrategos cayeron 2
de inmediato en el desánimo debido a que se les había presentado este primer obstáculo y también porque los reginos no habían querido unirse a la expedición; siendo éstos los primeros a quienes habían intentado convencer y tratándose de la adhesión que contaba con mayor probabilidad, ya que eran de la misma raza que los leontinos y siempre habían sido amigos de Atenas[118]. Las noticias de

[118] Respecto a la amistad entre Regio y Atenas, véanse los hechos del período 427-424: cf. *supra,* III 86, 5, y IV 25, 1-2, 4 y 11. También sabe-

Egesta no sorprendieron a Nicias, pero a los otros dos
3 estrategos les resultaron inexplicables. En efecto, los egesteos, cuando los primeros embajadores atenienses se habían presentado en su ciudad para la inspección de sus recursos, habían recurrido al siguiente subterfugio: les llevaron al santuario de Afrodita que hay en Erice y les mostraron sus ofrendas, copas, jarras para escanciar el vino, incensarios [119] y otros muchos objetos, que, al ser de plata, causaban una impresión de riqueza muy superior al escaso valor efectivo; también organizaban recepciones privadas a los tripulantes de las trirremes y, reuniendo copas de oro y plata de la misma Egesta y pidiéndolas prestadas a las ciudades vecinas, fenicias y griegas [120], cada anfitrión las sacaba
4 en los banquetes como si fueran de su propiedad. Y como por lo general todos se servían de las mismas y se veía por todas partes una gran abundancia de ellas, el hecho causó un gran efecto a los atenienses de las trirremes, que, al llegar a Atenas, esparcieron la noticia de que habían visto

mos por una inscripción *(Inscriptiones Graecae* I² 51 = R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b.C.,* Oxford, 1969, 63) que en el año 433-432 fue renovada para siempre *(es aídion)* una alianza entre Atenas y Regio.

[119] Los exvotos *(anathêmata)* aquí citados eran copas (la escudilla o fíala, la *phiálē),* jarras para escanciar el vino (la enócoe, *oinochóē),* los incensarios o turíbolos (el timiaterio, *thymiathḗrion).* Sobre la nomenclatura de los vasos griegos, cf. P. BÁDENAS, R. OLMOS, «La nomenclatura de los vasos griegos en castellano. Propuestas de uso y normalización», *Archivo Español de Arqueología* 61 (1988), 61 y sigs.

[120] ¿Qué ciudades griegas? La única ciudad griega cercana era Selinunte, y ésta se encontraba en guerra con Egesta y naturalmente no iba a colaborar en el engaño cuando era el primer objetivo de Atenas (cf. *infra,* 47). Tampoco podemos pensar en Hímera, la única ciudad griega de la costa noroccidental de Sicilia, pues era hostil a Atenas (cf. *infra,* VI 62, 2). Tucídides aceptaría la historia del engaño, una historia que se contaría con exageraciones, sin caer en la cuenta de este hecho.

muchas riquezas. Así, aquellos que, después de ser engaña- 5
dos ellos mismos, habían convencido del engaño a los demás, cuando se difundió la nueva de que en Egesta no había tales riquezas, fueron muy criticados por los soldados. Y los estrategos por su parte, ante aquella situación, se pusieron a deliberar.

Opinión de Nicias

47 La opinión de Nicias era que debían hacer vela con toda la armada contra Selinunte, el principal objetivo de la expedición, y si los egesteos les proporcionaban dinero para todo el ejército, decidirían en consecuencia; pero si esto no era así, se les pediría que dieran avituallamiento a las sesenta naves, las sesenta que habían pedido, y permaneciendo allí reconciliarían a los selinuntios con los egesteos por la fuerza o mediante un acuerdo. De esta forma podrían navegar frente a la costa de las otras ciudades haciendo alarde del poderío de la ciudad de Atenas y dejando patente su interés por los amigos y aliados, y luego regresarían a su patria, a no ser que de repente y de manera inesperada se les presentara la posibilidad de prestar ayuda a los leontinos o de atraerse a algunas de las otras ciudades; y así no pondrían en peligro a Atenas haciéndole gastar sus propios recursos.

Opinión de Alcibíades

48 Alcibíades, por el contrario, sostenía que, al haberse hecho a la mar con una fuerza tan imponente, estaban en la obligación de no regresar vergonzosamente y sin ningún resultado; debían, en cambio, enviar emisarios a todas las ciudades a excepción de Selinunte y Siracusa, e intentar respecto a los sículos que unos hicieran defección de Siracusa y convertir en amigos a los otros a fin de obtener provisiones y tropas; pero, como primera medida, había

que convencer a los mesenios[121] (pues al estar justamente en el estrecho y en el lugar idóneo para desembarcar en Sicilia, podían ofrecer a la armada un puerto y un magnífico puesto de observación); y después de atraerse a las ciudades, sabiendo al lado de quién haría la guerra cada una, entonces sería ya la hora de atacar Siracusa y Selinunte, a no ser que ésta llegara a un acuerdo con los egesteos y aquélla permitiera que los leontinos volvieran a establecerse en su patria.

Opinión de Lámaco

49 Lámaco, por su parte, sostenía que debían hacer rumbo directamente contra Siracusa y presentar batalla cuanto antes frente a la ciudad, mientras los siracusanos estaban to-
2 davía desorganizados y muy asustados. En un primer momento, decía, todo ejército resulta terrible, pero si se deja pasar el tiempo antes de ponerse a la vista, el enemigo se reanima en su espíritu y al tenerlo a la vista más bien lo desprecia. En cambio, si los atenienses caían sobre sus enemigos súbitamente, mientras que éstos todavía estaban muertos de miedo esperándolos, lo más probable era que ellos se impusieran y que provocaran en los siracusanos el pánico más absoluto, tanto por la contemplación del ejército (que en aquel momento aparecería más numeroso que nunca) como por la expectación de los males que iban a sufrir, y sobre todo por el peligro inminente de la batalla.
3 Y era probable que mucha gente quedara aislada fuera, en los campos, por no creer en su llegada, y, al intentar esta gente recoger sus bienes para meterlos dentro de las murallas, el ejército no se vería falto de recursos si podía esta-

[121] Respecto a la importante posición de Mesene (Mesina), cf. *supra*, IV 1, 2, y 24, 4. Mesene había sido amiga de Atenas (cf. *supra*, III 90, 4, y IV 1, 1), y los siracusanos se habían dado cuenta de la importancia estratégica de la posición (cf. *supra*, IV 1, 2). Cf. asimismo *infra*, VI 74.

blecerse como vencedor delante de la ciudad. En estas con- 4
diciones, los demás siciliotas ya no sentirían una mayor
inclinación por la alianza con los siracusanos y estarían
más dispuestos a pasarse a su lado, sin esperar a ver cuál
de las dos partes conseguiría la victoria. Opinaba asimismo
que al retirarse debían hacer de Mégara su base naval y
puesto de observación[122], puesto que estaba deshabitada y
no distaba mucho de Siracusa ni por mar ni por tierra.

Llegada a Sicilia. Primeros contactos

Triunfa el parecer de Alcibíades. Parte de la flota se dirige a Naxos, Catana y Siracusa. Proclama en el Puerto Grande

A pesar de expresar esta opi- 50
nión, Lámaco también se adhirió al
parecer de Alcibíades. A continuación, éste pasó a Mesene en su
propia nave[123] y entabló conversaciones con los mesenios con vistas
a una alianza; y como no pudo
convencerles, ya que contestaron que no los recibirían dentro de la ciudad, aunque les instalarían un mercado en las
afueras, hizo la travesía de regreso hacia Regio. Inmedia- 2
tamente, los estrategos equiparon sesenta naves del conjunto de la flota, embarcaron los víveres necesarios, y se
dirigieron hacia Naxos navegando junto a la costa, después

[122] Para el bloqueo de Siracusa. Aceptando la corrección de Böhme *ephórmēsin tá*. Con el *ephormēthéntas* de los manuscritos la traducción sería: «debían fondear en Mégara y hacer de ella su base naval».

[123] Parece que se refiere a un barco que realmente pertenecía a Alcibíades, no simplemente a la nave del estratego. Lo mismo ocurre en VI 61, 6. De ello había un precedente en su propia familia: su bisabuelo Clinias, hijo de Alcibíades, luchó en Artemisio con una nave de su propiedad y con una tripulación pagada por él mismo, cf. Heródoto, VIII 17.

de dejar en Regio el resto de la armada a las órdenes de
3 uno de ellos. Los naxios los recibieron en su ciudad[124] y ellos siguieron rumbo a Catana. Y como los cataneos no los recibieron (pues había allí algunas personas que apoyaban la causa de los siracusanos), llegaron hasta el río Terias[125], donde vivaquearon, y al día siguiente pusieron rumbo a Siracusa navegando con el grueso de la escuadra
4 en columna, a excepción de diez naves que habían destacado con la misión de entrar en el Puerto Grande para observar si los siracusanos ya tenían una flota en el agua y para que, acercándose a la costa, efectuaran una proclama desde la naves diciendo que los atenienses venían a restablecer a los leontinos en su territorio en virtud de su alianza y de la afinidad de raza; por lo tanto, los leontinos que se encontraban en Siracusa debían salir sin miedo para ponerse al lado de los atenienses, teniéndolos por amigos y
5 benefactores. Después de hacer esta proclama y de observar la ciudad, los puertos[126] y los puntos del territorio de alrededor que deberían tomar como base para hacer la guerra, pusieron rumbo de regreso hacia Catana.

Los atenienses en Catana, que vota la alianza con Atenas

51 Los cataneos, reunida la asamblea, no acogieron al ejército, pero invitaron a los estrategos a que entraran para exponer lo que querían. Y mientras hablaba Alcibíades y los de la ciudad estaban atentos a la asamblea, los soldados,

[124] Nicias ya contaba con una buena acogida por parte de Naxos (cf. *supra,* VI 20, 3), que también contribuyó económicamente: cf. J. J. E. Hondius, A. G. Woodhead y otros, *Supplementum Epigraphicum Graecum,* vol. XVII, 7, Leiden, 1923-71, págs. 1-2.

[125] Se identifica con el actual San Leonardo, a unos 20 Km. al sur de Catana. Cf. Diodoro, XIV 14, 3, y Plinio, *Historia natural* III 89.

[126] Los dos puertos de Siracusa, es decir, el citado *Porto Grande* y el *Porto Piccolo,* ensenada situada al norte de la isla de Ortigia, sobre la que se asentaba la antigua Siracusa (cf. *supra,* VI 3, 2).

sin ser vistos, forzaron un postigo mal asegurado y penetrando en la ciudad ocuparon el ágora. Los cataneos que 2
eran partidarios de los siracusanos, cuando vieron las tropas dentro de la ciudad, fueron presa del pánico y desaparecieron enseguida; no eran muy numerosos. Pero los demás votaron la alianza con los atenienses y los invitaron a trasladar desde Regio el resto de su ejército. Después de 3
esto, los atenienses hicieron la travesía hasta Regio, y luego ya zarparon hacia Catana con todas sus fuerzas, y, al llegar allí, establecieron el campamento.

Camarina cierra sus puertas a los atenienses

Desde Camarina[127] se les comunicó que, si iban allí, se pasarían a 52
su lado, y que los siracusanos estaban equipando una flota. Hicieron rumbo, pues, a lo largo de la costa con toda la armada, primero hacia Siracusa, y, al no encontrar ninguna flota dispuesta para navegar, siguieron

[127] Sobre Camarina, cf. *supra,* III 86, 2, y VI 5, 3. Camarina había sido la única ciudad doria que en el conflicto de 427 se había alineado con Leontinos en su lucha contra Siracusa (III 86, 2). Por ello había entrado en la alianza con Atenas, que se había unido a las ciudades jonias frente a la coalición doria (III 86, 1). Pero en el Congreso de Gela se había llegado a un acuerdo entre los bandos enfrentados por el que un tratado de paz ponía fin a las hostilidades y se solucionaban las reivindicaciones territoriales de Camarina (cf. *supra,* IV 65, 1). Con el armisticio entre Camarina y Gela (cf. *supra,* IV 58, y F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *Los acuerdos bélicos en la antigua Grecia,* vol. II, Santiago de Compostela, 1975, núm. 65) y con la reunión de Gela, Camarina se distanció de la influencia ateniense y desde entonces se mantuvo al margen de los conflictos que provocaron la intervención ateniense del 415; y en la misma época del Congreso de Gela los camarineos debieron de acordar el pacto de mutua defensa con los siracusanos que luego les recordará Hermócrates (cf. *infra,* VI 80, 1). Ahora Camarina se verá entre este pacto con Siracusa y la antigua alianza defensiva con Atenas. Y como primera medida no recibirá a los atenienses alegando la cláusula de su *epimachía* del 427, por la que ambas partes se reservaban el derecho de admisión de cualquier fuerza naval del aliado, superior a la unidad, cuya presencia no hubiera sido solicitada.

costeando hasta Camarina, donde arribaron a la playa y enviaron un heraldo a negociar. Pero los camarineos no los acogieron, alegando que sus juramentos les obligaban a recibir a los atenienses siempre que éstos se acercaran a la costa en una sola nave, a no ser que ellos mismos hubieran
2 solicitado el envío de un número mayor. Los atenienses emprendieron, pues, la travesía de regreso sin haber conseguido nada; desembarcaron luego en un lugar del territorio de Siracusa y se dedicaron al pillaje, pero, al acudir la caballería siracusana y matar a algunos hombres de infantería ligera que se habían dispersado, regresaron a Catana.

ALCIBÍADES Y LOS PISISTRÁTIDAS

Atenas llama a Alcibíades. La cuestión de los hermes y el miedo a la tiranía

53 Allí encontraron a la nave *Salaminia,* que había venido de Atenas en busca de Alcibíades[128], con la orden de que emprendiera la travesía de regreso para defenderse de las acusaciones que le hacía la ciudad; también había venido en busca de otros soldados, algunos de los cuales habían sido denunciados con él como culpables de impiedad por el asunto de los misterios, mientras que otros eran

[128] En contra de lo que Alcibíades había solicitado: cf. *supra,* VI 29, 2. Ante lo que se le imputaba, Alcibíades trató de que se le juzgara antes de la partida de la expedición, pero no lo logró y recibió la orden de zarpar rumbo a Sicilia. Tucídides daba importancia al hecho de que uno de los jefes de la expedición marchara en aquellas condiciones, expuesto a ser llamado en cualquier momento y pendiente de un juicio que le podía acarrear la pena de muerte. Para el historiador fue seguramente uno de los principales errores de la campaña. La trampa contra Alcibíades, que se refugió en el campo enemigo, con lo que ello implicó, acabó siendo fatal para la propia Atenas.

acusados por la cuestión de los hermes. Los atenienses, en 2 efecto, una vez que la escuadra hubo zarpado, no habían disminuido su empeño en la investigación de los hechos relacionados con los misterios y los hermes; sin comprobar la credibilidad de los delatores, sospechando de todo y aceptando todas las denuncias, arrestaban y ponían en prisión, dando crédito a hombres de escasa honestidad, a ciudadanos absolutamente honrados, pensando que era más conveniente examinar la cuestión a fondo y encontrar la verdad que permitir que alguien que, a pesar de su fama de honradez, hubiera sido objeto de acusación, se sustrajera a la investigación por la mala reputación del denunciante. El 3 pueblo sabía por tradición que la tiranía de Pisístrato y de sus hijos había terminado por resultar insoportable y que, además, no había sido derribada por ellos y por Harmodio, sino por obra de los lacedemonios [129], y por ello vivía siempre en el temor y lo miraba todo con suspicacia.

Digresión sobre los Pisistrátidas

De hecho, el acto de audacia de 54 Aristogitón y Harmodio fue ejecutado a causa de un incidente amoroso, que yo explicaré detalladamente para demostrar que ni los demás ni los propios atenienses ofrecen una información precisa respecto a sus tiranos y a lo sucedido. Al morir Pisís- 2 trato [130], ya anciano, ejerciendo la tiranía, no fue Hiparco,

---

[129] Al final de la tiranía de los Pisistrátidas, un hecho de gran importancia en la historia de Atenas; Tucídides ya se había referido de pasada en I 20, 2. Respecto a la mayor dureza del período final (cf. asimismo *infra,* VI 59, 2) y al papel de los lacedemonios en el derrocamiento, cf. también HERÓDOTO, V 55; 62-65, y VI 123. Esparta quería incluir a Atenas entre sus aliados y no podía permitir la peligrosa política proargiva de los Pisistrátidas.

[130] Murió en el 528-527 a. C. Pisístrato había conquistado el poder por primera vez en el 561-560 a. C.; tras dos interrupciones de algunos años, se constituyó definitivamente en tirano en el 546 a. C. y ejerció la

como piensa la mayoría, quien ocupó el poder, sino Hipias, que era el hijo mayor. Harmodio era entonces un espléndido joven en la flor de la edad, y Aristogitón, un ciudadano de clase media, se había enamorado de él y se había
3 convertido en su amante. Y ocurrió que Harmodio fue objeto de los tanteos de Hiparco, el hijo de Pisístrato, pero no se dejó seducir y denunció el hecho a Aristogitón[131]. Entonces éste, muy dolido en su sentimiento amoroso y temeroso de que el poder de Hiparco consiguiera al joven por la fuerza, se puso a maquinar, en la medida que su
4 posición se lo permitía, el derrocamiento de la tiranía. Y en esta situación, Hiparco, como no tuvo más éxito en un nuevo intento de seducir a Harmodio, no quiso tomar ninguna medida violenta, sino que se dispuso a ultrajarlo de una manera encubierta, sin que aquel incidente pareciera la
5 causa. En realidad, en el conjunto de sus acciones de gobierno tampoco resultó molesto para la mayoría[132], sino que ejerció su autoridad sin despertar odios; ciertamente,

---

tiranía hasta el momento de su muerte. Cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 14, 1-15, 5, y 17, 1.

[131] Según la versión de Aristóteles, no sería Hiparco quien se habría interesado por Harmodio, sino Tésalo, el hijo menor de Pisístrato: cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses*, intr. trad. y notas de M. García Valdés, Madrid, B. C. G., 70, 1984, 18, 2 (págs. 89-90). Cf. asimismo Diodoro, X 16, 2, y Ateneo, 602a.

[132] Dado que Tucídides acaba de decir que Hiparco no era el tirano, ha llamado la atención el singular de la frase cuyo sujeto en este caso debe ser Hiparco. Por ello algunos (Hude) han querido corregir el texto *(epachtheîs* por *epachthḕs* y *katestḗsanto* por *katestḗsato)* poniendo el verbo en plural y dándole un sujeto, «estos tiranos», que aparece en la frase siguiente y que se referiría a Pisístrato e Hipias o, de forma más general, a Pisístrato y sus hijos. En realidad, los hermanos de Hipias, aun sin tener el poder supremo, debían de tener una gran influencia. Admitiendo, como hacemos, el singular del texto, puede referirse a un cargo como el arcontado, en el que Hiparco hubiera ejercido el poder, o a una simple participación indirecta en él.

estos tiranos dieron pruebas de virtud e inteligencia durante mucho tiempo, y, exigiendo a los atenienses tan sólo la vigésima parte de sus productos, embellecieron magníficamente su ciudad, llevaron a término las guerras y sufragaron los sacrificios de los templos. En general la ciudad 6
siguió gobernándose según las leyes preexistentes, con la excepción de que siempre se cuidaban de que uno de ellos estuviera presente en las magistraturas[133]. Y entre otros miembros de su familia que ejercieron la magistratura anual en Atenas tenemos a Pisístrato, el hijo del tirano Hipias, que llevaba el mismo nombre que su abuelo y que, durante su arcontado, dedicó el altar de los Doce Dioses[134] en el ágora y el de Apolo en el santuario de Apolo Pitio. Más tarde el pueblo ateniense ordenó la ampliación del 7
altar del ágora y, al agrandarlo, desapareció la inscripción;

---

[133] La expresión «uno de ellos» parece referirse a un miembro de su familia, aunque puede tener un mayor alcance y significar «uno de sus amigos». Una inscripción de fines del siglo V, conservada en el Museo del Ágora de Atenas, da una lista de los arcontes del período de la tiranía de Hipias (R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b.C.*, Oxford, 1969, 6) y demuestra que Hipias fue arconte en el 526-525, y que su hijo Pisistrato lo fue probablemente en el 522-521.

[134] Los restos del altar original, situado en la parte norte del ágora, corresponden a la segunda mitad del siglo VI a. C. (cf. M. CROSBY, «The Altar of Twelve Gods in Athens», *Hesperia*, Suppl. VIII (1949), 82 y sigs.; H. THOMPSON, «The Excavation of the Athenian Agora, 1940-46», *Hesperia* XVI (1947), 198-199; «The Altar of Pity in the Athenian Agora», *Hesperia* XXI (1952), 47-82, y *Hesperia* XXII (1953), 46-56. El altar fue destruido durante la ocupación persa y reconstruido y ampliado hacia el 425 a. C. Servía como punto de referencia para establecer las distancias a partir de Atenas (cf. HERÓDOTO, II 7, 1; ARISTÓFANES, *Aves* 1005; *Inscriptiones Graecae* II/III^2 2640) y era un refugio para los suplicantes (cf. HERÓDOTO, VI 108, 4; DIODORO, XII 39, y PLUTARCO, *Pericles* 31). Los doce dioses eran Zeus, Hera, Posidón, Deméter, Apolo, Ártemis, Ares, Afrodita, Hermes, Atenea, Hefesto y Hestia. Eran objeto de un vistoso culto: cf. JENOFONTE, *El Jefe de la Caballería* 3, 2.

pero en el del santuario de Apolo Pitio todavía hoy puede verse la dedicatoria[135], cuyo texto, con caracteres borrosos, dice lo siguiente:

Este recuerdo de su magistratura, Pisístrato, hijo de Hipias, lo erigió en el santuario de Apolo Pitio.

55 Que Hipias, al ser el mayor, obtuvo el poder, lo sostengo porque lo sé con más exactitud que otros gracias a los informes que han llegado a mis oídos[136], pero cualquiera podría darse cuenta de ello por lo siguiente: resulta que, entre los hermanos legítimos[137], sólo él tuvo hijos, como lo demuestran el altar y la estela erigida en la acrópolis de Atenas en memoria de la iniquidad de los tiranos; en ella no está inscrito ningún hijo de Tésalo[138] ni de Hiparco,

[135] Esta inscripción, conservada en el Museo Epigráfico de Atenas, fue encontrada en 1877 junto al Iliso: cf. *Inscriptiones Graecae* I^2 761 = R. MEIGGS, D. LEWIS, *op. cit.*, 11. Se ha señalado que Tucídides no sólo ha recurrido a datos arqueológicos (cf. *supra,* I 8, 1, y 93, 5), sino que también se ha basado en documentos epigráficos (cf. asimismo *infra,* VI 55, 1, y 59, 3).

[136] Tucídides parece tener una fuente oral accesible a pocas personas, una fuente que debía de considerar particularmente fidedigna. Se ha especulado con un lejano parentesco del historiador con los Pisistrátidas.

[137] *Gnēsioi adelphoí,* «hermanos legítimos», se refiere a los hijos de la mujer ateniense de Pisístrato, por oposición a los hijos de su matrimonio con la argiva Timonasa. Para la época a la que hace referencia, esta distinción resulta anacrónica, ya que arrancaba del decreto pericleo del 451-450, por el que se restringía la legitimación a los hijos de padre y madre ciudadanos.

[138] Tésalo era, pues, según Tucídides, el tercer hijo legítimo de Pisístrato. Pero la situación es diferente en otras fuentes: HERÓDOTO, V 94, no menciona el nombre de Tésalo y llama a Hegesístrato «bastardo», como hijo de una mujer argiva. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 17, 3-4, dice que sólo Hipias e Hiparco eran hijos de la mujer legítima, mientras que Iofón y Hegesístrato eran ilegítimos como hijos de Timonasa, y a Hegesístrato le atribuye el sobrenombre de Tésalo. PLUTARCO, *Marco*

pero figuran cinco de Hipias, los que tuvo con Mirrina, hija de Calias, el hijo de Hiperóquides; era natural, en efecto, que el mayor fuera el primero en casarse. Y en esta 2
misma estela su nombre aparece inscrito el primero, después del de su padre, y esto no resulta menos natural, dado que era el de mayor edad después del padre y fue su sucesor como tirano. Me parece, por otra parte, que Hipias no 3
hubiera podido ejercer de inmediato la tiranía sin dificultades si Hiparco hubiera muerto mientras estaba en el poder y él se hubiera erigido en tirano el mismo día. Pero lo que ocurrió fue lo contrario; gracias al anterior hábito de temor en los ciudadanos y de disciplina en la guardia[139], ocupó el poder con un amplio margen de seguridad, y no tuvo las dificultades que hubiera tenido de ser el hermano más joven, en cuyo caso no habría estado continuamente familiarizado con el poder. A Hiparco, sin embargo, le sucedió 4
que, al adquirir renombre por el infortunio de su pasión, se le adjudicó a continuación la fama de haber sido tirano.

56 Así pues, tal como había planeado, Hiparco ultrajó a Harmodio, que había rechazado sus insinuaciones. Después de haber invitado a una hermana suya, una doncella, a presentarse para participar como canéfora[140] en una pro-

---

Catón 24, afirma que Pisístrato se casó en segundas nupcias con Timonasa de Argos, de la que tuvo a Iofón y a Tésalo.

[139] La guardia de los Pisistrátidas, los «maceros» *(korynēphóroi)*, desempeñaron un papel importante en el establecimiento y mantenimiento de la tiranía. Cf. *infra*, VI 57, 1 y 4; Heródoto, I 59, 4-5; Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 14, 1-2; 15, 4, y 18, 4, y Plutarco, *Solón* 30. Heródoto subrayaba el hecho de que estos guardaespaldas de Pisístrato fueran llamados «maceros», debido a que ejercían su función de escolta provistos de mazas de madera, y no «lanceros» *(doryphóroi)*, término que se solía dar a la guardia personal de un gobernante absoluto. Según Plutarco, los miembros de esta guardia de Pisístrato eran cincuenta.

[140] Literalmente «para llevar el canastillo». Las canéforas *(hai kanēphóroi)* eran doncellas, pertenecientes por lo general a la nobleza ateniense,

cesión, la despidieron negando absolutamente que la hubieran invitado, dado que no la consideraban digna de
2 aquel honor[141]. Harmodio lo aguantó muy mal, y por su causa Aristogitón se irritó todavía mucho más. Habían tomado todas las medidas con los que tenían que colaborar en la empresa y aguardaban a las Grandes Panateneas[142], la única fecha en que no resultaba sospechoso que los ciudadanos que participaban en la procesión se reunieran llevando armas; ellos debían tomar la iniciativa e inmediatamente los otros les ayudarían a enfrentarse con la escolta.
3 Los conjurados no eran muchos por razones de seguridad,

---

que en las procesiones llevaban sobre la cabeza un canastillo *(kanoûn, kanēphoreîn)* con las ofrendas y objetos de culto. Así participaban en la famosa procesión de las Panateneas representada en el friso de Fidias del Partenón. Ser canéfora constituía un gran honor, y se les exigía una conducta intachable. Sobre el hecho aquí mencionado, cf. asimismo ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 18, 2 y sigs.; *Política* V 10, 1311b36, y PLATÓN, *Banquete* 182c. Sobre las canéforas, cf. también ARISTÓFANES, *Asambleístas* 732; *Aves* 1551; *Lisístrata* 646 y sigs. HARPOCRACIÓN, *kanēphóroi.*

141 Evidentemente era una ofensa muy grave, puesto que la declaración de que la muchacha no era digna *(dià tè mḕ axían eînai)* suponía el deshonor para el hermano y para toda la familia.

142 Respecto a las Panateneas, cf. *supra,* I 20, 2. Las Grandes Panateneas se celebraban cada cuatro años, en el tercer año de las Olimpiadas, durante el mes de hecatombeón (el primer mes del calendario ático, correspondiente a parte de julio-agosto aproximadamente). Se celebraban en honor de Atenea, constituían la fiesta más importante de Atenas y eran el símbolo de la unidad del Ática. La procesión que se dirigía a la Acrópolis llevando el peplo a Atenea era la ceremonia principal; tenía lugar el día 28 del mes citado. En ella participaban nobles efebos a caballo, las muchachas que llevaban el don a la diosa y otras ofrendas, otros ciudadanos y metecos que conducían animales para el sacrificio y llevaban los objetos necesarios para el mismo, mujeres con sombrillas, viejos con ramos de olivo, los que tomaban parte en los juegos..., y todo el pueblo de Atenas estaba presente. La procesión partía del Cerámico, discurría por la *Vía Sacra* y a través del ágora se dirigía a la Acrópolis, al altar de Atenea.

pero esperaban que incluso aquellos que no estaban enterados, por pocos que fueran los que se atrevieran a emprender la acción, al instante estarían dispuestos, dado que llevaban armas, a colaborar en su propia liberación.

Cuando llegó el día de la fiesta, mientras que, fuera de 57
la ciudad, en el llamado Cerámico[143], Hipias, acompañado de su escolta, disponía cómo debía marchar cada cual en la procesión, Harmodio y Aristogitón, empuñando ya los
puñales, se disponían a actuar. Pero al ver a uno de sus 2

[143] El Cerámico era un barrio de la zona noroccidental de Atenas, que fue dividido en dos partes por la muralla construida en época de Temístocles (cf. *supra*, II 34, 5); había un Cerámico interior y un Cerámico exterior, en el que se celebraban los funerales oficiales. Según este pasaje de Tucídides, la procesión de las Panateneas partía del Cerámico (cf. L. Deubner, *Attische Feste*, Berlín, 1932, págs. 22-35); Aristóteles, sin embargo, afirmaba que se organizaba junto al Leocorio, el monumento de las tres hijas de Leo que se ofrecieron en sacrificio para salvar a la ciudad (cf. Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 18, 3). No hay acuerdo entre Tucídides y Aristóteles en algunos puntos de la organización. En el relato tucidídeo es Hipias quien da salida a la procesión en el Cerámico, mientras que Hiparco se encuentra más adelante, probablemente ordenando la procesión o una parte de ella en un sitio cercano al punto de partida (en el Leocorio, en un lugar más avanzado, probablemente en el sector noroeste del ágora, cerca del altar de los Doce Dioses); en esta versión no hay ningún personaje de parecida importancia que esté en la Acrópolis para recibir la procesión. En la versión de Aristóteles, en cambio, la distribución de cometidos era otra: Hiparco despedía y organizaba la procesión junto al Leocorio, mientras que Hipias esperaba la llegada en la Acrópolis. Tucídides debía de tener alguna razón para pensar que ninguno de los dos hermanos estaba en la Acrópolis y los situó en la partida. Este relato del libro VI, sin embargo, no coincide exactamente con el resumen que el mismo Tucídides nos daba en I 20. Allí no se decía nada de la intervención de Hipias en la organización de la procesión y sólo se refería a Hiparco como organizador (aplicándole el término *diakosmeîn*, «disponer, organizar», aplicado aquí a Hipias). El hecho, no obstante, puede deberse a la distinta extensión y detalle de los relatos. En general, la versión de Tucídides es coherente y digna de crédito. Mabel Lang, sin

conjurados conversar familiarmente con Hipias (Hipias era accesible para todo el mundo), tuvieron miedo y pensaron que habían sido delatados y que ya podían darse por pre-
3 sos. En consecuencia, quisieron primero, si podían, tomar venganza de aquel que les había ofendido y por cuya causa lo habían arriesgado todo, y tal como estaban se lanzaron puertas adentro y encontraron a Hiparco junto al llamado Leocorio, e inmediatamente, sin pararse a pensar, cayeron sobre él y en un arrebato de ira, el uno por celos y el otro
4 por la injuria recibida, lo apuñalaron hasta matarlo. Uno de ellos, Aristogitón, logró de momento librarse de la escolta en medio del revuelo de la multitud, pero después fue apresado y no fue tratado con indulgencia; Harmodio, en cambio, encontró la muerte al instante, en el mismo lugar de la acción.

58 Cuando le llegó la noticia a Hipias en el Cerámico, éste no marchó inmediatamente al lugar del atentado, sino al sitio donde se hallaban los hoplitas que participaban en la procesión, antes de que éstos, que estaban lejos, pudieran enterarse; y componiendo el semblante ante la desgracia para que su rostro no la revelara, indicándoles un lugar, les
2 dio la orden de dirigirse a él sin armas. Ellos fueron allí pensando que iba a decirles algo[144], pero Hipias, después de ordenar a sus guardias que recogieran las armas, separó inmediatamente a los que consideraba culpables y a todo el que fue encontrado con un puñal, pues la costumbre quería que se participara en las procesiones sólo con escudo y lanza.

---

embargo, confía más en la exposición de Aristóteles (cf. M. Lang, «The Murder of Hipparchus», *Historia* 3 [1954-55], 395-407).

[144] Era normal que los soldados dejaran las armas para ir a escuchar a sus jefes. Cf., en otro contexto, una situación semejante en Herodiano, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio,* trad. intr. y notas de J. J. Torres Esbarranch, Madrid, B. C. G., 80, 1985, II 13, págs. 168-171.

De este modo, a causa de una ofensa amorosa, tuvo origen la conspiración de Harmodio y Aristogitón, y su irreflexiva audacia nació de un terror repentino. Después de estos hechos[145], la tiranía se hizo más dura para los atenienses, e Hipias, que ya tenía más miedo, hizo ejecutar a muchos ciudadanos al mismo tiempo que comenzó a fijar su atención en el exterior para ver si encontraba algún lugar que le ofreciera seguridad en el caso de un cambio de régimen. Así pues, después de estos acontecimientos, entregó su propia hija Arquédice a Ayántides, hijo de Hipoclo, el tirano de Lámpsaco[146] —¡él, que era ateniense, a un lampsaceno[147]!—, pues sabía que esta familia tenía gran influencia en la corte del rey Darío. La tumba de esta mujer se encuentra en Lámpsaco, con la inscripción siguiente:

59 (margin, line 1); 2 (margin, line 3); 3 (margin, line 9)

Este polvo cubre a Arquédice, hija de Hipias,
hombre que en Grecia sobresalió entre sus contemporáneos.
Su padre, marido, hermanos e hijos fueron tiranos,
pero ella no ensoberbeció su corazón en la arrogancia.

145 Ocurridos en el 514 a. C.

146 Respecto a Lámpsaco, colonia focea fundada hacia el 654 a. C. llamada anteriormente Pitiusa, cf. *supra,* I 138, 5, n. 883. Estaba en la costa asiática del Helesponto, cerca del punto donde el estrecho se ensancha para pasar a la Propóntide. Arquédice era hija de Hipias y de Mirrina (cf. *supra,* 55, 1) y Ayántides era hijo de Hipoclo, uno de los tiranos impuestos por los persas a las ciudades griegas. Este Hipoclo acompañó a Darío en la expedición contra los escitas y se opuso al proyecto de Milcíades de destruir el puente sobre el Istro abandonando al rey y a sus hombres (cf. HERÓDOTO, IV 138, 1). Era, pues, estimado por Darío, que daba seguridad a su régimen.

147 Esta alianza probablemente sorprende a Tucídides no tanto por la diferencia étnica, por el desprecio de Atenas hacia una ciudad periférica (cf. SOLÓN, fr. 2, 3 y sigs., y PLATÓN, *República* 330a), como por el hecho de que Lámpsaco había sido durante muchos años, tanto en vida de Pisístrato como después de su muerte, enemiga de Atenas oponiéndose a la expansión ateniense por el Quersoneso tracio: cf. HERÓDOTO, VI 37-39.

4 Hipias fue tirano de Atenas todavía durante tres años y, tras ser derrocado en el cuarto año [148] por obra de los lacedemonios y —entre los exiliados— por los Alcmeónidas [149], marchó a Sigeo protegido por un pacto, luego a Lámpsaco junto a Ayántides, y desde allí a la corte del rey Darío, de donde partió veinte años más tarde, ya viejo, para ir a Maratón con la expedición de los medos [150].

Atenas en el temor de una conspiración. De nuevo el asunto de los hermes

60 El pueblo de Atenas tenía en la mente estos hechos y recordaba todo lo que había oído decir sobre ellos; por ello se mostraba entonces duro y suspicaz respecto a los que habían sido acusados por el asunto de los misterios, y creía que todo aquello había sido hecho con vistas a una conjuración
2 oligárquica y conducente a la tiranía. Y como, a consecuencia de la irritación ocasionada por aquello, ya se encontraban en la cárcel muchos y muy importantes ciuda-

---

[148] Hiparco fue asesinado en el 514 e Hipias fue expulsado en el 511 a. C.

[149] Respecto a la intervención de los lacedemonios y los Alcmeónidas, cf. Heródoto, V 55 y sigs., y 62-65, y Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 19, 3-6. Los Alcmeónidas, en su propaganda para conseguir el título de paladines de la libertad, sostenían que habían sido siempre contrarios a los Pisistrátidas y que habían permanecido en el exilio; pero esto no era exacto, puesto que Megacles negoció con Pisistrato y le entregó en matrimonio a su hija (cf. Heródoto, I 60, 61, y Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 14, 4 - 15, 1); otro entendimiento de las dos familias estaría reflejado en una inscripción ya citada (R. Meiggs, D. Lewis, *A selection...*, núm. 6), si es cierto que Clístenes, el reformador del estado ateniense, fue arconte epónimo en época de Hipias. De todas formas, los Alcmeónidas fueron los más activos entre los exiliados, aunque no fueron los únicos.

[150] Literalmente «en el vigésimo año» *(étei eikóstōi):* debe de tratarse de un número redondo, puesto que la batalla de Maratón tuvo lugar en el 490, veintiún años después de la expulsión de Hipias en el 511. Cf. Heródoto, VI 102 y 107.

danos y no se veía el final, sino que cada día se entregaban más a la crueldad y detenían a más gente, entonces uno de los presos, precisamente el que parecía el principal responsable, fue persuadido por uno de sus compañeros de prisión[151] a efectuar denuncias, fueran verdaderas o falsas; en los dos sentidos se hacen conjeturas, y nadie, ni entonces ni más tarde, ha podido dar informaciones precisas respecto a los autores del hecho. Aquel hombre lo convenció diciendo 3
que, incluso en el caso de que no hubiera hecho nada, debía salvarse a sí mismo ganándose la impunidad y librar a la ciudad de aquel ambiente de sospechas; su salvación sería más segura si confesaba con garantía de impunidad que si negaba e iba a juicio. Él entonces se inculpó a sí 4
mismo y denunció a los demás por el asunto de los hermes. Y el pueblo ateniense, contento de haber obtenido —así lo creía— la verdad, y que antes consideraba indignante el hecho de no saber quiénes maquinaban contra la mayoría, liberó inmediatamente al delator y con él a todos los otros a los que no había acusado; y a los acusados, tras haberlos procesado, a unos, que habían sido detenidos, los ejecutaron, y a los que habían logrado escapar los condenaron a muerte, prometiendo una recompensa a quien los matara[152].
En todo aquello no quedó claro si los que sufrieron aquella 5
suerte fueron castigados injustamente, pero la ciudad en su conjunto encontró un alivio manifiesto en aquel momento[153].

[151] Debe de referirse a Cármides, primo de Andócides (cf. ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* 48), aunque PLUTARCO *(Alcibíades* 20-21) atribuye el papel a Timeo, un amigo «inteligente y resuelto».

[152] El procedimiento no era inhabitual: cf. el decreto milesio contra los tiranos en G. DITTENBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, 3.ª ed., Leipzig, 1915-1924, 58, y ARISTÓFANES, *Aves* 1071 y sigs.

[153] *Perifanôs ōphélēto,* «experimentó un alivio manifiesto»; como los médicos, los gobernantes deben dar alivio, ser útiles *(ōpheleîn)* y no causar perjuicios *(bláptein):* cf. *supra,* VI 14.

61 *Sospechas contra Alcibíades. La Salaminia regresa sin él*

Con respecto a Alcibíades, por instigación de sus enemigos, que ya le habían atacado antes de hacerse a la mar, los atenienses mantenían una postura de dureza; y una vez que creyeron tener la verdad respecto a lo de los hermes, también les pareció mucho más cierto que la parodia de los misterios, por la que él era acusado, se había realizado por iniciativa suya, con la misma intención y obedeciendo a la
2 misma conjura antidemocrática. Se dio el caso, además, que, por el mismo tiempo en que estaban muy alterados por todo aquello, se presentó en el Istmo un pequeño ejército lacedemonio para tratar alguna cosa con los beocios[154]. Y se creyó que aquellas tropas habían venido por instigación de Alcibíades, en virtud de un acuerdo previo, y no a causa de los beocios, y que, si ellos no se hubieran anticipado arrestando a los culpables gracias a una denuncia, la ciudad hubiera sido entregada. E incluso pasaron una noche con sus armas en el santuario de Teseo que está
3 en la ciudad[155]. También por el mismo tiempo, los huéspedes que Alcibíades tenía en Argos resultaron sospechosos de conspirar contra la democracia, y entonces los atenienses entregaron los rehenes argivos confinados en las islas a los demócratas de Argos, a fin de que les dieran muerte por

[154] Cf. ANDÓCIDES, *Sobre los misterios* 45, donde dice que después de ser detenidas cuarenta y dos personas (entre las que estaba el mismo Andócides) a consecuencia de la denuncia de Dioclides y de ser ordenadas con urgencia medidas militares para la defensa de Atenas (cf. *infra),* se presentaron los beocios en la frontera. Cf. C. A. POWELL, «Athens' difficulty, Sparta's opportunity», *L'Antiquité Classique* 49 (1980), 113.

[155] Este templo, construido en época de Cimón, estaba al Sudeste y no muy lejos del ágora (cf. PAUSANIAS, I 17, 2, y PLUTARCO, *Teseo* 36, 4). Estaba decorado con pinturas que celebraban las hazañas del héroe. Según Filócoro, F. JACOBY, *Die Fragmente...* 328, F 18, había cuatro santuarios de Teseo. Sobre Teseo, cf. *supra,* II 15, 1, n. 117.

aquella causa. Por todas partes, pues, la sospecha rodeaba a 4
Alcibíades. Así, con la intención de matarlo después de
someterlo a juicio, enviaron la nave *Salaminia* a Sicilia en
su busca y en la de los otros que habían sido denunciados.
Se dio orden de exhortarle a seguir para defenderse, pero 5
no de prenderle; cuidaban de no alterar las cosas en Sicilia,
tanto entre sus propios soldados como entre los enemigos,
y sobre todo querían que permanecieran allí los mantineos
y los argivos, de quienes pensaban que se habían unido a la
expedición gracias a la influencia de aquél.

Alcibíades, que tenía su propia nave, y los que habían 6
sido acusados con él zarparon de Sicilia junto con la *Sala-*
minia como si se dirigieran a Atenas; pero cuando llegaron
a Turios [156], ya no siguieron con ella, sino que abandona-
ron su barco y desaparecieron; tenían miedo de continuar
la travesía hasta Atenas para someterse a un juicio basado
en calumnias. Los de la *Salaminia* buscaron a Alcibíades y 7
a sus compañeros durante un tiempo, pero, al no aparecer
por ninguna parte, se hicieron a la mar y partieron. Alci-
bíades, que ya era un exiliado, pasó no mucho después
desde el territorio de Turios al Peloponeso en un barco
mercante; y los atenienses lo condenaron a muerte en rebel-
día, a él y a sus compañeros.

[156] Turios, ciudad fundada por los atenienses mediante el envío de una colonia *(apoikía)* panhelénica en el lugar de la antigua Síbaris, está en la costa nororiental de Calabria, en la parte central del golfo en el que desemboca el río Crati (cf. DIODORO, XII 10, 3-11, 4, y ESTRABÓN, VI 1, 13). Debido al carácter heterogéneo de su población y a los conflictos internos (cf. DIODORO, XII 11, 1-3, y 35, 1-3, y ARISTÓTELES, *Política* V 2, 10 [1303a]; 6, 6 [1307a]; 6, 8 [1307b]), Turios no fue siempre una aliada segura (cf. *infra*, VI 104, 2-3; VII 33, 5-6; 57, 11, y VIII 35, 1; 61, 2, y 84, 2).

Continúan los movimientos de la flota ateniense en Sicilia. Operaciones en la costa norte

62 Después de estos hechos, los estrategos atenienses que quedaban en Sicilia, después de dividir el ejército en dos partes y adjudicarse cada uno una de ellas por sorteo, se hicieron a la vela con todo el cuerpo expedicionario rumbo a Selinunte y Egesta[157]; querían saber si los egesteos entregarían el dinero, observar la situación de Selinunte e
2 informarse de sus diferencias con los egesteos. Navegaron a lo largo de la costa de Sicilia, dejándola a su izquierda, por la parte que mira al Mar Tirreno, y se detuvieron en Hímera, que es la única ciudad griega de esta parte de Sicilia; pero, como no los acogieron, prosiguieron su avance a
3 lo largo de la costa. Y en el curso de esta navegación tomaron Hícara[158], una pequeña plaza sicana, pero enemiga de los egesteos; estaba situada junto al mar. Redujeron a la esclavitud a su población y entregaron la ciudad a los egesteos, cuya caballería había estado a su lado. Luego ellos emprendieron el regreso con sus tropas de tierra y marcharon a través del territorio de los sículos hasta que llegaron a Catana, mientras que las naves navegaban alre-
4 dedor de la isla llevando los esclavos capturados. Nicias se dirigió directamente de Hícara a Egesta navegando a lo largo de la costa y, tras arreglar otros asuntos y recibir

---

157 En realidad, Nicias llegó a Egesta, pero no fueron a Selinunte. Es, pues, una simple indicación de la parte de Sicilia a la que se dirigían. Obsérvese, por otra parte, que el sitio más lejano aparece citado en primer lugar (cf. *infra,* VIII 88).

158 Hícara estaba a 24 Km. al oeste de Palermo, en la actual Carini; estaba cerca del mar, pero no en la misma costa. Cf. Plutarco, *Alcibíades* 39, y *Nicias* 15.

treinta talentos, se reunió con la expedición. Y vendieron los esclavos y con su venta obtuvieron ciento veinte talentos[159]. A continuación enviaron mensajeros a los diversos 5
aliados sículos pidiéndoles que enviaran tropas, y con la mitad de sus propias fuerzas marcharon contra Hibla Geleatis, que era enemiga, pero no pudieron tomarla. Y así acabó el verano.

DESEMBARCO Y VICTORIA ATENIENSE JUNTO A SIRACUSA

Comienza el invierno. Preparativos en los dos campos

Nada más comenzar el invierno 63
siguiente, los atenienses se pusieron a preparar el ataque contra Siracusa, mientras que los siracusanos se disponían a su vez a marchar
contra ellos. Ocurría que, una vez que los atenienses no les 2
habían atacado de inmediato, contrariamente al temor y a las conjeturas del primer momento, su confianza había ido en aumento de día en día; y cuando vieron que hacían rumbo a aquella parte de Sicilia tan alejada de su territorio, y que marchaban contra Hibla y fracasaban en su intento de tomarla al asalto, los despreciaron todavía más y se pusieron a pedir a sus generales —en una de esas reacciones que suele tener la masa cuando está llena de confianza[160]— que les condujeran contra Catana, ya que aqué-

[159] Cantidad considerable, el sueldo de dos meses para sesenta trirremes (cf. *supra,* VI 8, 1); debía de compensar la insuficiente financiación de los egesteos. La guerra alimentaba el mercado de esclavos, mercado muy necesario para un sistema de producción esclavista y para el imperialismo antiguo. Sobre guerra y esclavitud, cf. asimismo, entre otros pasajes, *supra,* I 29, y V 32, 116.

[160] Uno de los característicos comentarios de Tucídides sobre la conducta de las masas. Cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athé-*

3 llos no marchaban contra ellos. Y los hombres de la caballería siracusana, que efectuaban continuas cabalgadas hasta el campamento ateniense en misión de reconocimiento, entre otras burlas, les preguntaban si habían venido para establecerse junto a ellos en tierra extraña más que para restablecer a los leontinos en la suya.

Estratagema de los estrategos atenienses

64 Los estrategos atenienses se daban cuenta de la situación y querían atraer al enemigo con todo su ejército lo más lejos posible de su ciudad; así ellos, entretanto, seguirían la costa con la flota durante la noche y establecerían con tranquilidad el campamento en un lugar favorable. Sabían que de este modo sus posibilidades serían muy distintas [161] que si tenían que desembarcar de las naves frente a un enemigo preparado o si eran vistos mientras avanzaban por tierra, pues en este caso la caballería siracusana, que era muy numerosa, mientras que ellos no contaban con fuerzas de caballería, causaría importantes daños a su

---

nien, París, 1947, 323, 329 y sigs., y W. E. THOMPSON, «Thucydides 2, 65, 11», *Historia* 20 (1971), 144 y sigs.

[161] Un desembarco por sorpresa ofrecía, naturalmente, más posibilidades de éxito que un desembarco esperado o que un avance por tierra. Sobre este pasaje, cf. H. J. ROSE, «Thucydides VI 64, 1», *Classical Review* 42 (1928), 169, y A. W. GOMME, «Thucydides VI 34, 7», *Classical Review* 43 (1929), 15. Sobre la habilidad táctica y estratégica ateniense ante Siracusa, cf. E. HEZA, «Ruse de Guerre. Trait caractéristique d'une tactique nouvelle dans l'oeuvre de Thucydide», *Eos* 62 (1974), 239 y sigs. Respecto al arte u oficio de la guerra, cf. S. SAÏD, M. TRÉDÉ, «Guerre et experience chez Thucydide», *Classica et Mediaevalia* 36 (1985), 64-85. En la Guerra del Peloponeso tal como la describe Tucídides se observa un desarrollo de la *téchnē;* entra más en juego el oficio e incluso la astucia en las tácticas y en el uso de las armas. Cf., por ej., *supra,* IV 100, donde los beocios utilizan carbón, azufre y pez en su ataque a Delio, hecho que por estas fechas un comentarista de la escalada bélica del Golfo Pérsico recordaba como remoto precedente de las actuales armas químicas.

infantería ligera y a la masa que acompañaba al ejército; de aquel modo, en cambio, ocuparían una posición en la que la caballería no podría causarles daños dignos de tenerse en cuenta; y unos exiliados siracusanos que iban con ellos les habían informado respecto a un lugar situado junto al Olimpieo, que fue precisamente el que ocuparon. Así pues, para conseguir su objetivo, los estrategos idearon la siguiente estratagema. Enviaron a Siracusa a un hombre 2
de su confianza, pero que en apariencia no era menos amigo de los generales siracusanos. El hombre era un cataneo y dijo que venía de parte de unos ciudadanos de Catana, de quienes aquéllos conocían los nombres y sabían que se trataba de las personas bien dispuestas hacia ellos que todavía quedaban en la ciudad. Explicó que los ate- 3
nienses pasaban la noche en la ciudad, lejos del campamento, y que si los siracusanos, en un día convenido y al amanecer querían marchar con todas sus fuerzas contra el ejército ateniense, ellos encerrarían a los que pernoctaban en la ciudad e incendiarían las naves, y los siracusanos, lanzándose contra la empalizada, apresarían a todo el ejército. Les dijo que muchos cataneos colaborarían en la empresa y que ya estaban preparados, y que él venía de su parte.

El ejército ateniense desembarca por sorpresa junto a Siracusa

Los generales siracusanos, que 65
en general estaban llenos de confianza y tenían el proyecto, aun sin aquella circunstancia favorable, de marchar contra Catana, creyeron a aquel hombre de forma harto irreflexiva y, tras acordar el día en que harían acto de presencia, lo despidieron enseguida. Por su parte, como ya se hallaban allí los selinuntios y algunos otros aliados [162], dieron orden a todos los siracu-

[162] La presencia de estos aliados hizo posible la salida de todo el ejército siracusano. Los aliados se encargarían de la defensa de la ciudad.

sanos de disponerse para una salida en masa. Cuando tuvieron listos los preparativos y llegaron los días en que habían acordado acudir, se pusieron en marcha hacia Catana y pasaron la noche junto al río Simeto, en el terri-
2 torio de Leontinos. Los atenienses, cuando supieron que se estaban acercando, pusieron en movimiento todo su ejército y todas las fuerzas de los sículos o de algún otro aliado que se les habían unido y, embarcándose en las naves de guerra y en los transportes, zarparon, de noche, rumbo a
3 Siracusa. Y mientras los atenienses desembarcaban al alba en la zona del Olimpieo[163] para establecer el campamento, la caballería siracusana, que como avanzada había llegado a Catana y se había dado cuenta de que todo el ejército ateniense había levantado el campo, dio la vuelta para comunicarlo a la infantería, y entonces ya se volvieron todos y marcharon en auxilio de la ciudad.

Los atenienses organizan sus posiciones

66 Entre tanto, los atenienses, como el camino a recorrer por los siracusanos era largo, establecieron con tranquilidad su campamento en un lugar favorable, que les permitía presentar batalla cuando quisieran y donde la caballería siracusana podría inquietarles muy poco, tanto durante la acción como antes de ella, dado que por un lado había cercados, casas, árboles y una laguna que los protegían, y por
2 el otro, unos barrancos[164]. Cortaron, además, los árboles

Respecto al caso semejante de fuerzas argivas encargadas de la defensa de Mantinea en el 421, cf. *supra,* V 33, 2.

[163] «En el gran puerto enfrente del Olimpieo» *(es tòn mégan liména katà tò Olympieîon)* según Dover (cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides,* vol. IV, Oxford, 1945-1981, pág. 343).

[164] Las posiciones atenienses debían de ocupar un área entre el Olimpieo (situado en una elevación, donde estaban los barrancos, al sur del

cercanos y, después de bajarlos hasta el mar, plantaron una empalizada delante de las naves y junto a Dascón[165], y en el sitio por donde había un más fácil acceso para el enemigo, levantaron a toda prisa un parapeto con piedras amontonadas y troncos, y cortaron el puente sobre el río Anapo. Mientras hacían estos preparativos, nadie salió de 3
la ciudad a impedírselo. Los primeros en acudir fueron los hombres de la caballería siracusana, y luego, más tarde,

---

Anapo) y Lisimelia, una zona pantanosa situada al norte del Anapo, cercana al mar, al oeste del Puerto Grande (cf. *infra,* VII 53, 2). De todas formas, la descripción de Tucídides no está exenta de problemas (cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *op. cit.*, vol. IV, págs. 482-484). Sorprende sobre todo que en esta descripción de los límites de la posición ateniense no se haga una referencia más concreta al Anapo. Es probable que no se hable más de él debido a que la batalla tuvo lugar sobre todo al norte del Anapo, con el ejército ateniense mirando hacia el Norte y teniendo a la derecha la zona pantanosa de Lisimelia. La descripción de Tucídides no debería entenderse en el sentido de que los atenienses estuvieran perfectamente protegidos por los dos flancos, sino que ocupaban una zona en cuyos extremos el enemigo se encontraba con obstáculos: al SO. un terreno accidentado *(krēmnoí)* y al NE. una laguna *(límnē).* En general se ha discutido sobre el conocimiento de Tucídides de la zona de Siracusa (cf. VI 64-66; 75; 96-103, etc.). El historiador no nos dice si él mismo ha estado en Siracusa y, aunque algunos creen que estuvo allí, nada implica con seguridad que esto fuera así; no podemos afirmar ni negar su presencia de forma concluyente. Es cierto que a veces escribe como si tanto él como sus lectores estuvieran familiarizados con la topografía de Siracusa, pero, si realmente estuvo en Siracusa, pensamos que hubiera podido manifestar en muchas ocasiones un conocimiento más preciso.

[165] Dascón se suele identificar con la franja costera de la parte sudoccidental del Puerto Grande, la costa entre Punta Caderini, al sur del Anapo, y Punta Spinazza, donde se inicia la Península della Maddalena, y las tierras situadas detrás de esta costa. Tucídides sólo habla de Dascón en este pasaje, mientras que Diodoro, XIII 13, 3, atribuye el topónimo a una bahía *(kólpos).* Cf. K. J. Dover, *A Historical Commentary...*, vol. IV, págs. 480-481, y H. P. Drögemüller, *Syrakus. Zur Topographie und Geschichte einer griechischen Stadt. Mit einem Anhang zu Thukydides 6, 96 ff. und Livius 24.25,* Heidelberg, 1969, pág. 14.

también se congregó allí toda la infantería. Primero se situaron cerca del campamento ateniense, pero luego, en vista de que no salían a presentarles batalla, se retiraron y, después de pasar al otro lado del camino de Éloro[166], acamparon para pasar la noche.

Batalla de Olimpieo

Disposición de ambos ejércitos

67 Al día siguiente, los atenienses y sus aliados se prepararon para la batalla y formaron de este modo: los argivos y los mantineos ocupaban el ala derecha, los atenienses el centro, y los otros aliados la otra parte. La mitad del ejército estaba en primera línea, con los hombres colocados de ocho en fondo; y la otra mitad junto al campamento, formados en cuadro[167] y también de ocho en fondo; éstos tenían orden de estar vigilantes y acudir a los puntos donde el ejército se encontrara en mayor apuro. Y en medio de

---

[166] Éloro o Héloro *(Éloros o Héloros).* Estaba en la costa, a 27 Km. al sur de Siracusa. El camino salía de Siracusa en dirección SO. hasta el puente sobre el Anapo, y después seguía en dirección Sur, a poca distancia de la costa. Era una fundación de Siracusa del siglo VII a. C., junto a la desembocadura del río Telaro; está a unos 6 Km. al sudeste de la actual Noto.

[167] La formación en cuadro *(en plaisíōi)* era adoptada sobre todo por tropas en movimiento y era una formación más rectangular que cuadrada, con un frente y una cola (cf. JENOFONTE, *Anábasis* I 8, 9; III 2, 36; 4, 42-43; *Helénicas* IV 3, 4, y ARRIANO, *Táctica* 29, 7); en medio iban las tropas ligeras y los bagajes, protegidos por los hoplitas, situados en la parte exterior. En este caso se puede pensar en una formación cuadrada o aproximada a ella, para crear el máximo espacio en el centro.

estas tropas de reserva metieron a los bagajeros[168]. Por su 2
parte, los siracusanos colocaron de dieciséis en fondo a todos sus hoplitas; estaban allí los propios siracusanos en masa y todos los aliados presentes (habían acudido en su ayuda, en primer lugar, los selinuntios, y luego un contingente de caballería de Gela, unos doscientos hombres en total, así como unos veinte jinetes y unos cincuenta arqueros de Camarina). A la caballería, compuesta por no menos de mil doscientos hombres, la colocaron en el ala derecha, y junto a ella situaron a los lanzadores de dardos. Y cuando los atenienses iban a iniciar el ataque, Nicias, pasando revista a los contingentes de los diversos pueblos y dirigiéndose a todos ellos, les arengó de este modo:

Arenga de Nicias

«¡Qué necesidad hay, soldados, 68
de pronunciar una larga arenga cuando estamos todos ante una misma prueba?[169] Estas fuerzas nuestras me parecen más idóneas para infundir confianza que unas palabras brillantemente pronunciadas ante un ejército débil. En efecto, en un sitio en que 2
estamos juntos argivos, mantineos, atenienses y los mejores isleños, ¿cómo es posible que cada uno, con tales y tantos aliados, no alimente una gran esperanza en la victoria?, máxime frente a unos hombres que se defienden en masa y que no son tropas escogidas, como es nuestro caso, y, por añadidura, siciliotas, gente que ciertamente nos menosprecia, pero que no será capaz de aguantar nuestro ataque

[168] En el interior del *plaísion*, aquí no en movimiento sino a la expectativa, estarían todos los elementos que no combatían, que de otro modo estaban expuestos a los rápidos ataques de la caballería.

[169] Nicias, consciente del carácter mixto de sus tropas (cf. *infra*, VII 61, 1; 63), insiste en la idea de unidad. Algunos (siguiendo a Hude, que sustituye *tòn autón agôna* por *toioûton agôna)* interpretan «ante una batalla como ésta», en relación a la superioridad frente a los siracusanos a la que se hace referencia a continuación.

debido a que su ciencia militar es inferior a su audacia.
3 Que cada uno de vosotros tenga presente lo siguiente: estamos muy lejos de nuestra patria y no tenemos cerca ninguna tierra amiga, a no ser que vosotros la conquistéis combatiendo. Y os voy a recordar lo contrario de lo que estoy seguro que se dicen los enemigos para infundirse ánimo. Dicen que la lucha será por la patria, pero yo os digo que no será en nuestra patria, sino en una tierra en la que es preciso vencer, si es que no queréis retiraros de ella en medio de dificultades, pues su caballería, muy nume-
4 rosa, se nos echará encima. Acordaos, pues, de vuestra reputación y avanzad contra el enemigo con coraje, convencidos de que la necesidad y los apuros presentes son más temibles que los enemigos.»

Se inicia la batalla. Móviles y moral de ambos ejércitos

69 Después de esta exhortación, Nicias hizo avanzar inmediatamente al ejército. Los siracusanos no se esperaban tener ya que combatir en aquel momento, y algunos, dado que la ciudad estaba cerca, incluso se habían marchado; éstos, a pesar de que precipitadamente acudieron a la carrera, llegaron tarde y cada uno se colocó en el sitio donde pudo unirse al grueso de las tropas. No les faltó coraje ni audacia, ni en esta batalla ni en las otras, pero, aunque no eran inferiores en valor mientras su ciencia militar hacía frente a la situación, cuando ésta resultaba insuficiente, sin quererlo tenían que renunciar a su voluntad de lucha. De todas formas, aunque no habían pensado que los atenienses atacaran los primeros, al verse forzados a defenderse a toda prisa, tomaron inmediatamente las armas y se lanzaron a
2 su vez al ataque. En primer lugar, por ambas partes, los lanzadores de piedras [170], los honderos y los arqueros efec-

[170] Estos lanzadores *(lithobóloi)* tiraban piedras con las manos, a diferencia de los honderos. Cf. PLATÓN, *Leyes* VII 834a.

tuaron unas escaramuzas delante de las líneas y, como es natural que ocurra tratándose de tropas ligeras, provocaron desbandadas en una y otra parte. A continuación se adelantaron los adivinos con las víctimas rituales, los trompetas dieron la señal de ataque a los hoplitas y los dos ejércitos avanzaron. Los siracusanos avanzaban para com- 3
batir por su patria, y cada uno por su propia salvación en aquel momento, y por su libertad en el futuro; en la parte contraria, los atenienses iban a luchar por una tierra ajena, para hacerla suya, y para que su propia tierra no sufriera daño a causa de la derrota; los argivos y los aliados autónomos [171] para ayudar a los atenienses a conquistar las tierras por las que habían venido y para ver de nuevo, después de la victoria, su propia patria; en cuanto a los aliados

[171] En este párrafo se hace la distinción entre aliados autónomos *(autónomoi)* y aliados sometidos, los súbditos *(hypêkooi)*. Los autónomos, como los argivos, estaban unidos a Atenas por una alianza en condiciones de igualdad (cf. *infra*, VII 57, 7-9), mientras que los miembros del Imperio Ateniense estaban sujetos a tributo o a la obligación de aportar naves y hombres (cf. *infra*, VII 57, 3-6) y dependían del gobierno de Atenas en condiciones de auténtico vasallaje. En este pasaje, pues, parece que sólo se entiende como *autónomos* a los aliados que no eran miembros de la Liga de Delos. Pero esta distinción no aparece siempre de la misma forma y se ha señalado una cierta inconsistencia en el uso del término *autónomoi* en Tucídides. Entre los aliados de la Liga también se hace a veces la distinción *autónomos/súbditos*. Así, en VI 85, 2, en el discurso de Eufemo, veremos a Quíos y Metimna descritas como autónomas o independientes, a diferencia de otros miembros del imperio (cf. asimismo *infra*, VII 57, 4, donde en rigor, sólo se aplica el término a Quíos). En realidad el estado de *autónomos* era algo bastante relativo. Cf. *supra*, I 67, 2, n. 382; 113, 4, n. 697; III 10, 5-6, n. 60-61; *infra*, VI 85, 2; VII 57, 3-11; M. Ostwald, *Autonomia: Its Genesis and Early History*, American Classical Studies, núm. 11, págs. 33, 45, n. 147, 185 y 255, y A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. IV, Oxford, 1959-81, págs. 434-435.

sometidos a vasallaje[172], lo que más les movía era su deseo de salvación inmediata, salvación imposible de esperar si no vencían, y también les movía, en segundo lugar, la esperanza de verse aligerados en su propia servidumbre si colaboraban en el sometimiento de algún otro pueblo.

Victoria ateniense

70 Una vez que se llegó al combate cuerpo a cuerpo, unos y otros resistieron durante mucho tiempo, y ocurrió que, coincidiendo con la batalla, se produjeron algunos truenos y relámpagos y mucha lluvia, de suerte que este hecho contribuyó a provocar el miedo de quienes combatían por primera vez y tenían muy escasa familiaridad con la guerra, mientras que los que tenían una mayor experiencia consideraban que aquel fenómeno tenía lugar debido a la época del año[173] y les causaba un mayor temor el hecho de que
2 sus adversarios no se dieran por vencidos. Sin embargo, una vez que los argivos, en primer lugar, hicieron retroceder al ala izquierda de los siracusanos, y luego los atenienses a las tropas que tenían delante, entonces el resto del
3 ejército siracusano ya quedó roto y se dio a la fuga. Pero los atenienses no los persiguieron largo trecho (la caballería siracusana, que era numerosa y no había sido derrotada, los mantenía a raya, y lanzándose sobre los hoplitas, si veía

---

[172] Literalmente, «el sector sometido de los aliados» *(tò d'hypḗkoon tôn xymmáchon).* El mismo uso de *tò hypḗkoon* (en Tucídides sólo aparece aquí y en IV 99) se da en una *sententia* de Herodiano (I 2, 4): *phileî gár pōs aeì tò hypḗkoon zḗlōi tês toû árchontos gnṓmēs bioûn,* «pues a los súbditos siempre les gusta vivir tomando como modelo la forma de ser de su jefe» (cf. HERODIANO, *Historia del Imperio Romano...,* intr., trad. y notas de J. J. TORRES ESBARRANCH, Madrid, B. C. G., 80, 1985, pág. 90).

[173] La batalla tenía lugar en otoño, hacia comienzos del «invierno» griego (cf. *supra,* 63, 1). Cf. *infra,* VII 79, 3. Respecto a la expresión, cf. asimismo *supra,* II 52, 2.

que algunos se adelantaban en la persecución, los rechazaba[174]); se limitaron a seguirlos en formación compacta en tanto que la seguridad se lo permitía y luego se volvieron y levantaron un trofeo. Los siracusanos, por su parte, 4
se reunieron en el camino de Éloro y se dispusieron en formación en la medida que se lo permitían las circunstancias, y, a pesar de la situación, enviaron una guarnición de soldados propios al Olimpieo, temerosos de que los atenienses tocaran los tesoros que allí había; luego, el resto del ejército se retiró a la ciudad.

Los atenienses deciden retirarse y volver a Catana

Los atenienses, sin embargo, no 71
marcharon contra el santuario, sino que juntaron sus muertos, los pusieron en una pira y pasaron allí la noche. Al día siguiente entregaron los muertos a los siracusanos en virtud de una tregua (entre siracusanos y aliados habían muerto unos doscientos sesenta hombres), recogieron los huesos[175] de los suyos (entre sus hombres y los aliados habían muerto unos cincuenta), y con los despojos del enemigo zarparon rumbo a Catana. Era ya 2
invierno y no les parecía posible por el momento sostener la guerra desde allí, antes de hacer venir caballería de Ate-

[174] La intervención de la caballería fue aquí decisiva y debió de influir en gran manera en el aplazamiento del ataque por parte de los estrategos atenienses (cf. *infra,* 71, 2), lo que constituye un hecho de gran importancia en el conjunto de la campaña: cf. *infra,* VII 42, 3. Probablemente no es cierto lo que dice Polieno, I 39, 2, respecto al uso de abrojos por parte de los atenienses para contrarrestar a la caballería siracusana. Tucídides, que se refiere varias veces al problema que esta caballería suponía para los atenienses (cf. *supra,* VI 22, 1; 22, en un discurso de Nicias, y 64, 1), no habla de ninguna medida especial contra ella.

[175] Estos huesos eran llevados después a Atenas para los funerales públicos y la inhumación en el Cerámico. Cf. *supra,* II 34. Respecto a esta tregua posterior al primer encuentro entre atenienses y siracusanos, cf. F. J. Fernández Nieto, *Los acuerdos bélicos...,* vol. II, núm. 38.

nas o de reunir la de los aliados de Sicilia, a fin de no estar completamente a merced de la caballería enemiga; también era preciso que antes recogieran dinero en el lugar y que llegara de Atenas, y debían ganarse algunas ciudades, que esperaban que se les someterían más fácilmente después de la batalla, y había que procurarse todo lo demás, grano y todo lo necesario, con vistas a lanzar un ataque contra Siracusa en primavera.

Después de la batalla. Continúan los preparativos en los dos campos

Asamblea en Siracusa. Propuesta de Hermócrates

72 Con esta intención los atenienses hicieron rumbo a Naxos y Catana para pasar el invierno. Por su parte, los siracusanos, después de dar sepultura a sus muertos, celebraron una asamblea.
2 braron una asamblea. Salió a hablar ante ellos Hermócrates, hijo de Hermón, un hombre que en general no era inferior a nadie en inteligencia y que en el campo de la guerra era apto por su experiencia y brillante por su valor. Quiso infundirles confianza y se opuso a que se desmoralizaran
3 por lo sucedido. Su coraje —les dijo— no había sido derrotado, sino que era el desorden lo que les había perjudicado. Aun así, no habían quedado tan por debajo como era de esperar, teniendo en cuenta sobre todo que se habían enfrentado a los que entre los griegos eran los primeros por experiencia, ellos, unos profanos, por decirlo de alguna
4 manera, frente a unos profesionales[176]. Según él, también

[176] La expresión podría ser del propio Hermócrates, aunque metáforas y sentencias de este tipo eran frecuentes. Cf., por ej., *supra,* VI 41, 3; expresiones semejantes a la presente en Jenofonte, *Ciropedia* I 5, 11; *El*

les había perjudicado mucho el gran número de generales con la consiguiente división en el mando[177] (pues tenían quince generales), así como la indisciplinada anarquía[178] de las tropas. Si hubiera, por el contrario, unos pocos generales con experiencia, y en el curso de aquel invierno se dedicaban a preparar la infantería hoplítica, proporcionando armas a quienes no las tuvieran, a fin de tener el mayor número de hoplitas que fuera posible, y se les obligaba además a ejercitarse, con toda probabilidad —les dijo— vencerían a sus adversarios, puesto que el valor ya lo tenían y el buen orden[179] se añadiría con la práctica; y ambas cualidades irían en aumento, pues la disciplina se ejercitaría en medio de los peligros, mientras que su buen ánimo, al estar en compañía de la confianza que da el oficio[180],

---

Jefe de la Caballería 8, 1 («deben mostrarse hasta tal punto ejercitados en el arte ecuestre de la guerra que los enemigos aparezcan como unos profanos», trad. O. Guntiñas). Sobre el término *idiotēs* con valor de «profano», cf. asimismo *supra,* II 48, 3, donde aparece opuesto a «médico»; HIPÓCRATES, *Sobre las afecciones* I, y PLATÓN, *El Sofista* 221c. Respecto a una cierta caracterización de algunos personajes en los discursos tucidídeos, cf. I. BRUNS, *Das literarische Porträt der Griechen im 5 und 4 Jhdt. vor Chr. Geb.*, Berlín, 1896.

[177] Los problemas en el mando obedecían al excesivo número de generales y a su dependencia de la Asamblea. La solución se propone en el párrafo 5: número reducido y plenos poderes garantizados por un juramento de la Asamblea. Recuérdese el *ouk agathòn polykoiraníē,* «no es bueno que haya muchos jefes». Cf. asimismo JENOFONTE, *Anábasis* VI 1, 18. Sobre esta intervención de Hermócrates en aquella situación de emergencia, cf. H. D. WESTLAKE, «Hermocrates the Syracusan», *Bulletin of the John Rylands Library* 41 (1958-59), 251, y F. GROSSO, «Ermocrate di Siracusa», *Kokalos* 12 (1966), 126.

[178] Son consideradas negativamente la *polyarchía,* «poliarquía», «mando de muchos» o «división en el mando», y la *anarchía,* «anarquía».

[179] *Eutaxía,* «buen orden» o «disciplina», en oposición a la *ataxía,* «desorden» del párrafo 3, y al «anárquico desorden» o «indisciplinada anarquía» *(axýntaktos anarchía)* del mismo párrafo.

[180] La *epistḗmē*, el «oficio», la «ciencia militar» de la que se ha hablado

5 tendría una mayor fe en sí mismo. A los generales, en fin, había que elegirlos en número reducido y con plenos poderes, y había que comprometerse con ellos mediante juramento a dejarles ejercer el mando de acuerdo con sus conocimientos; de este modo estaría mejor guardado lo que debía mantenerse en secreto y todos los preparativos se realizarían con orden y sin andar con razones.

Los siracusanos aceptan la reorganización propuesta por Hermócrates. Envío de embajadores al Peloponeso

73 Los siracusanos, después de escucharle, votaron todo lo que él les aconsejaba y eligieron general al propio Hermócrates en compañía de Heraclides, hijo de Lisímaco, y de Sicano, hijo de Execesto, sólo estos tres. También enviaron embajadores a Corinto y a Esparta, para solicitar la intervención de las tropas aliadas y persuadir a los lacedemonios a hacer en su favor la guerra contra los atenienses de forma más decidida y abiertamente, a fin de que éstos se retiraran de Sicilia o estuvieran menos dispuestos a enviar el auxilio de otras tropas al ejército que ya estaba en Sicilia.

Intento ateniense contra Mesene. Campamento de invierno en Naxos. Petición de refuerzos a Atenas

74 El ejército ateniense, que había vuelto a Catana, zarpó inmediatamente hacia Mesene en la idea de que la plaza les sería entregada. Pero lo que se había urdido no pudo realizarse, pues Alcibíades, cuando abandonó el mando al ser reclamado desde Atenas, sabiendo que tendría que ir al exilio, reveló el complot a los partidarios de Siracusa en Mesene, dado que estaba al corriente de lo que se fraguaba. Éstos primero habían dado

antes (69, 1) o los «conocimientos» a los que se alude en el párrafo siguiente, en relación con la *empeiría*, la «experiencia», de la que se habla repetidamente. Cf. P. HUART, *Le vocabulaire de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide*, París, 1968, págs. 228 y sigs.

muerte a los conjurados; y entonces los que querían que no se recibiera a los atenienses se amotinaron, tomaron las armas e impusieron su voluntad. Los atenienses permane- 2
cieron allí unos trece días, pero luego, como sufrían las inclemencias del invierno y carecían de víveres, y además no se hacía ningún progreso, regresaron a Naxos; y después de construir defensas[181] y empalizadas en torno al campamento, se dispusieron a invernar en aquel lugar. También enviaron una trirreme a Atenas, para pedir dinero y caballería, a fin de que les llegaran a comienzos de la primavera.

Los siracusanos refuerzan sus fortificaciones y hacen una expedición de castigo contra Catana

También los siracusanos se for- 75
tificaron durante este invierno; junto a la ciudad y dejando el Temenites[182] en el interior, levantaron un muro a lo largo de toda la parte que mira a las Epípolas[183], a fin de que no fuera fácil cercarles con un muro de circunvalación a corta distancia si eran derrotados; asimismo convirtieron

[181] El término (corrección de la tradición manuscrita) es *hória,* que normalmente tiene un valor de «límite» o «frontera» y que aquí debe de tener un sentido técnico militar. Según Hesiquio, *hórion = teíchisma, phragmón,* una fortificación o defensa cuya exacta naturaleza no está clara.

[182] El Temenites *(Temenítēs)* es la zona, en la parte noroccidental de la ciudad, en la que se levantaba el santuario de Apolo Temenites («del recinto sagrado», *témenos),* con el que se ha identificado un santuario hallado al Oeste y muy cerca del teatro griego. El santuario y su zona quedaron después absorbidos por el posterior barrio de *Neápolis* (cf. CICERÓN, *Segunda acción contra Verres* IV 119). El muro que los siracusanos construyeron durante este invierno debía de arrancar en la zona situada al norte del Puerto Grande para seguir hacia el Norte hasta llegar al mar junto a la actual cala de Santa Panagia.

[183] Se llama Epípolas *(Epipolaí,* «alturas»; cf. la explicación en el mismo Tucídides, *infra,* VI 96, 2) a la meseta situada al noroeste de Siracusa (de 3,6 Km. en su mayor distancia Norte-Sur por 7,25 Km. en la

Mégara en un fuerte de vigilancia y construyeron otro en el Olimpieo; y plantaron estacas en el mar, en todos los sitios
2 en que era posible un desembarco. Sabiendo, además, que los atenienses invernaban en Naxos, hicieron una expedición con todas sus fuerzas contra Catana, devastaron su territorio y, después de incendiar las tiendas y el campamento de los atenienses, regresaron a su ciudad.

LAS NEGOCIACIONES DE CAMARINA

Los atenienses y los siracusanos envían embajadas a Camarina

3 Enterándose entonces de que los atenienses enviaban una embajada a Camarina invocando la alianza concluida en tiempos de Laques [184], para ver si lograban ganarse a los camarineos, ellos también mandaron una. Sospechaban que los camarineos no les habían enviado con mucho entusiasmo la ayuda ofrecida para la primera batalla, y que en el futuro ya no estarían dispuestos a apoyarles, después de ver que los atenienses habían conseguido

línea Este-Oeste). Se da el nombre a toda la elevación o a la parte que se encuentra al oeste del *Viale Santa Panagia*. Aunque la dirección del muro que en esta ocasión construyeron los siracusanos no es segura, es muy probable que fuera, como hemos dicho, de Sur a Norte, abarcando a su derecha la parte situada al este del camino que lleva a Santa Panagia. Según esto, las Epípolas sólo serían las alturas centrales y occidentales, la parte de la meseta desde el camino de Santa Panagia hasta el Eurielo (cf. *infra,* VI 97, 2). Con el muro se impedía al enemigo el acceso a la parte alta que dominaba directamente la ciudad.

[184] Tucídides no se refirió a esta alianza en el momento en que fue concluida, es decir, durante la expedición de Laques, entre el 427 y el 425 a. C.: cf. *supra,* III 86, 1-2; 88; 90; 99; 103 y 115, y cf. asimismo *supra,* VI 52, 1.

un éxito en la batalla, sino que se pasarían a éstos persuadidos a hacerlo en nombre de su amistad de antes. Llegaron, pues, a Camarina Hermócrates y otros desde Siracusa, y de parte de los atenienses Eufemo[185] con sus acompañantes, y una vez reunidos los camarineos en asamblea, Hermócrates, con la intención de predisponerles en contra de los atenienses, habló de este modo: 4

Discurso de Hermócrates

«Camarineos, no es la presencia 76
de las fuerzas atenienses, porque temamos que os dejéis impresionar por ellas, lo que ha motivado nuestra embajada, sino más bien el temor de que los argumentos que van a exponer os persuadan antes de escuchar también de nosotros algunas palabras. Han venido a Sicilia con el pretexto que conocéis, 2
pero sus verdaderas intenciones son las que todos sospechamos. Me parece que lo que quieren no es repatriar a los leontinos, sino más bien hacer de nosotros unos expatriados. Pues no es razonable[186], ciertamente, que mientras dejan asoladas las ciudades de allí pretendan restablecer la población en las de aquí, ni que se preocupen de los leonti-

[185] Nada más sabemos de este personaje que se enfrentará dialécticamente a Hermócrates (cf. *infra,* 81-88, 1). Otro caso entre los oradores desconocidos (cf. *supra,* I 72, donde vemos a unos atenienses anónimos) o mal conocidos (cf. *supra,* III 41, el caso de Diódoto).

[186] *Anastátous poieîn.* «Dejan asoladas o sin población», en relación con el *exoikísai* de antes. El «de allí» se refiere naturalmente a Grecia. Es clara la alusión a casos como los de Hestiea, Egina y Potidea, en los que se expulsó a la población (cf. *supra,* I 114, 3; II 27, 1, y 70, 3-4), o a la matanza y reducción a la esclavitud de los ciudadanos de Escione y Melos (cf. *supra,* V 32, 1, y 116, 4), con el consiguiente envío de poblaciones de colonos atenienses a las ciudades despobladas. El caso más reciente y sangrante era el asesinato masivo de Melos. Y todos estos hechos eran motivo de acusaciones contra la política ateniense, acusaciones frente a las que era difícil elaborar una defensa (cf. Isócrates, IV 107).

nos, que son calcideos, a causa de su afinidad de raza, mientras que tienen esclavizados a los calcideos de Eubea[187],
3 de quienes éstos de aquí son una colonia. Con la misma política con que conquistaron las tierras de allá tratan ahora de apoderarse de las de aquí. Porque una vez que, con el pretexto de castigar al Medo, hubieron conseguido la hegemonía, voluntariamente aceptada, sobre los jonios y sobre todos los aliados que habían sido fundación suya, entonces, acusando a unos de abandono de sus obligaciones militares[188], a otros de guerrear entre sí, y a otros con el especioso pretexto que convenía a cada caso, los some-
4 tieron a todos. La verdad es que no fue una lucha por la libertad, pues ni los atenienses se enfrentaron al Medo por la libertad de los griegos, ni los griegos lo hicieron por su propia libertad, sino que unos lo hicieron para que la esclavitud[189] redundara en beneficio suyo y no del Medo, y los otros por afán de cambio, para pasar a depender de un amo nuevo, un amo no menos inteligente, pero de una inteligencia peor intencionada[190].

77 Pero no hemos venido ciertamente para demostrar ante quienes conocen todas sus injusticias cuán fácil es de inculpar la ciudad de Atenas, sino más bien para acusarnos a nosotros mismos, porque contando con el ejemplo de los

---

[187] En el año 446 a. C. Eubea se sublevó contra Atenas y un ejército ateniense, al mando de Pericles, pasó a la isla y la sometió (cf. *supra,* I 114, 1 y 3). Hestiea fue despoblada y ocupada por colonos atenienses y la autonomía de las otras ciudades quedó muy limitada. Respecto a Calcis en concreto, cf. R. Meiggs, D. Lewis, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b.C.,* Oxford, 1969, 52.

[188] La *lipostratía:* cf. *supra,* I 99.

[189] La esclavitud de los griegos, naturalmente. *Katadoúlōsis,* sumisión, sometimiento, reducción a la esclavitud, cf. *supra,* III 10, 3.

[190] Un amo no menos inteligente, pero más malvadamente inteligente, de una inteligencia más dotada para el mal. Un final de párrafo con otra efectiva figura gorgiana: *ouk axynetōtérou, kakoxynetōtérou dé.*

griegos de allá, de cómo fueron esclavizados por no apoyarse unos a otros, y viendo ahora que se esgrimen contra nosotros los mismos sofismas —la repatriación de los leontinos debido a su parentesco y el socorro a los egesteos en virtud de su alianza—, a pesar de ello, no queremos formar un bloque y mostrarles con toda decisión que aquí no tratan con jonios ni helespontios o isleños, gentes que, aunque vayan cambiando de amo, sea éste el Medo u otro cualquiera, siempre viven en la esclavitud, sino con dorios, hombres libres que habitan Sicilia después de venir de un
Peloponeso independiente[191]. ¿O es que vamos a esperar a 2
caer en sus manos unos después de otros, ciudad por ciudad, sabiendo que sólo de este modo es posible conquistarnos y viendo que ponen en práctica contra nosotros esa política[192] de desunir a unos con sus argumentos, de arrastrar a otros a guerrear entre sí con la esperanza puesta en los aliados, y de causar daño a los demás como les es posible utilizando en cada caso un lenguaje zalamero[193]? ¿Creemos acaso, cuando sucumbe primero un compatriota

[191] Hermócrates, que en un discurso anterior (cf. *supra,* IV 61, 2, y 64, 3) había criticado la división de razas y había propugnado la unidad de los siciliotas, ahora prefiere utilizar el argumento del valor y la independencia de la raza doria (cf. asimismo *supra,* V 9, 1, e *infra,* VI 82, 2; VII 5, 4; VIII 25, 3 y 5).

[192] *Eîdos* en el sentido de «política» o «táctica». Cf. *infra,* VIII 56, 2. La política del «divide y vencerás».

[193] *Prosēnés,* con el significado de «seductor», «zalamero». En Tucídides el término sólo aparece aquí y no lo encontramos en la prosa ática. Sobre la prosa de Tucídides, extraña a la lengua habitual según Dionisio de Halicarnaso (que la calificaba de *glōttēmatikḗ,* necesitada de glosas: *De Thucydide* 24) y muy cercana a la *koiné,* cf. A. López Eire, «Tucídides y la koiné», en *Athlon. Satura grammatica in honorem F. R. Adrados,* Madrid, 1984, págs. 246 y sigs., y F. Romero, «Tucídides en la historia de la prosa griega», en *Estudios de prosa griega,* coord. G. Morocho, León, 1985, págs. 123-139.

lejano, que el peligro no nos alcanzará también a todos nosotros, y que aquel que sufre el infortunio antes será el único en sufrirlo?

78 Y si a alguno se le viene a la cabeza que es Siracusa, y no él, quien constituye el enemigo para Atenas, y considera absurdo ponerse en peligro en defensa de mi patria, que pare mientes en que mi tierra no va a combatir especialmente por mi patria, sino que al mismo tiempo también combatirá por la suya en igual medida, y en que va a hacerlo con mayor seguridad por cuanto nosotros no habremos sido previamente destruidos y él luchará teniéndonos como aliados y no solo; que piense, además, que lo que quiere Atenas no es tanto castigar la enemistad de Siracusa como utilizarnos de pretexto para asegurarse la amistad de
2 las otras ciudades. Por otra parte, si alguien nos envidia o nos teme (la grandeza, en efecto, está expuesta a este doble peligro) y quiere por ello que Siracusa experimente la desgracia, a fin de que aprendamos la lección, pero también desea, con vistas a su propia seguridad, que acabe levantando la cabeza, éste pone sus esperanzas en un deseo que sobrepasa la capacidad humana. No es posible, en efecto, que un mismo hombre sea a la vez administrador de su
3 anhelo y de la suerte. Y si yerra en sus cálculos, podría ser que un día, afligido por sus propias desgracias, deseara volver a sentir envidia de nuestros bienes. Pero esto le será imposible una vez que nos haya abandonado y no haya querido asumir los mismos peligros, peligros que no son por simples cuestiones nominales, sino por auténticas realidades[194]; porque en la apariencia de las palabras lucharía para salvar nuestro poderío, pero de hecho conseguiría su propia salvación.

[194] La típica oposición *lógos/érgon (onomátōn/érgōn* y *lógōi/érgōi).* Cf. A. Parry, *Logos and Ergon in Thucydides,* Tesis, Harvard, 1957.

Y era de esperar que sobre todo vosotros, hombres de Camarina, que sois nuestros vecinos y quienes vais a correr peligro en segundo lugar[195], previerais todo esto y no fuerais aliados tibios, como sois ahora; debíais más bien acudir espontáneamente a nosotros e, igual que nos hubierais llamado pidiéndonos ayuda si los atenienses hubieran atacado primero a Camarina, del mismo modo, con idéntico interés, debíais ahora comparecer para exhortarnos a no ceder en absoluto. Pero ni vosotros, al menos hasta ahora, ni los demás habéis mostrado el menor empeño en este sentido. 4

Es posible que por cobardía tratéis de respetar la legali- 79
dad respecto a nosotros y a los invasores, alegando que tenéis una alianza con los atenienses. Pero no la acordasteis contra vuestros amigos, sino para el caso de que alguno de vuestros enemigos marchara contra vosotros; y para acudir en ayuda de los atenienses cuando éstos fueran agredidos por otros, no cuando ellos, como ocurre ahora,
agredieran a los demás. ¡Porque ni siquiera los reginos, que 2
son calcideos, están dispuestos a colaborar en el restablecimiento de los leontinos, que también son calcideos! Y es absurdo que mientras ellos, escépticos respecto a la realidad que se esconde detrás de esa bella justificación, se muestren sensatos contra toda lógica[196], vosotros estéis dispuestos a ayudar, con un pretexto de una lógica especiosa[197], a quienes son vuestros enemigos naturales, y a des-

[195] Para pedir la solidaridad de Camarina, Hermócrates hubiera podido invocar los lazos coloniales, ya que Camarina era una *apoikía* de Siracusa, pero no utiliza este argumento; ello se debe sin duda a que sus relaciones no eran precisamente buenas: cf. *supra,* VI 5, 3.

[196] Lo lógico hubiera sido que Regio, amiga y aliada de Atenas (cf. *supra,* VI 46, 2), hubiera ayudado a los atenienses a restablecer a los leontinos, sus hermanos de raza.

[197] A diferencia de los reginos, sensatos «contra toda lógica» *(alógōs),* Camarina actúa con un «pretexto lógico», «de buena lógica» *(eulógōi*

truir a quienes con unos lazos más naturales son vuestros hermanos de raza[198], colaborando con sus enemigos más
3 odiados. No, eso no sería justo. Lo justo es que nos prestéis vuestra ayuda y que no tengáis miedo de las fuerzas que los atenienses han preparado. No son de temer si todos nosotros estamos unidos, pero lo serán si, por el contrario, estamos en desacuerdo, como ellos tratan de conseguir; porque ni siquiera cuando vinieron contra nosotros solos y obtuvieron la victoria en una batalla lograron lo que querían, sino que se retiraron a toda prisa.

80 No hay razón, pues, para desanimarse si estamos unidos, sino que lo razonable es participar con todo empeño en la alianza[199], máxime teniendo en cuenta que llegará el socorro del Peloponeso, gentes que son absolutamente superiores a los atenienses en el arte de la guerra. Y nadie debe creer que supone equidad respecto a nosotros y seguridad para vosotros aquella prudencia que consiste en no ayudar a ninguno de los dos bandos alegando que sois alia-
2 dos de ambos. Esta equidad no existe en la realidad del mismo modo que está en vuestra justificación legal. Porque si por el hecho de no participar vosotros como aliados la

---

prophásei), ya que podía invocar la alianza con Atenas concluida durante la expedición de Laques (cf. *supra,* VI 75, 3), o «de una lógica especiosa», con un tono irónico.

[198] Además de vecina, Camarina era doria y colonia de Siracusa. A estos argumentos que invocan la lógica y el parentesco se opondrá luego el descarnado realismo de Eufemo: «de ningún modo puede ser ilógico lo que resulta útil y no puede haber parentesco donde no hay fidelidad» (cf. *infra,* 85, 1). El grado de oportunidad es la medida de todo y está por encima del mismo derecho natural. Cf. N. I. Barbu, «Remarques sur le droit chez Thucydide», *Studii Clasice* 8 (1966), 37.

[199] *Iénai es tèn xymmachían,* «entrar en la alianza» (cf. *supra,* V 30, 5) en el sentido de «entrar efectivamente» o «participar activamente» en ella (ya que Camarina ya era aliada de Siracusa), de una colaboración real entre los dos estados. Hermócrates advierte de los riesgos de la neutralidad.

víctima sucumbe y el más fuerte se impone, ¿qué otra cosa lográis con vuestra ausencia sino negar vuestro apoyo a unos para que se salven y no impedir a los otros que se comporten como malvados? Será ciertamente más hermoso que os unáis a los que sufren injusticia, que además son vuestros hermanos de raza, y que veléis por los intereses comunes de Sicilia, sin permitir a vuestros amigos atenienses que cometan una mala acción[200].

En resumen, los siracusanos afirmamos que no hay 3
necesidad de explicaros con todo detalle, ni a vosotros ni a los demás, lo que conocéis tan bien como nosotros. Pero os pedimos vuestra ayuda y, al mismo tiempo, si no logramos persuadiros, proclamamos solemnemente que somos objeto de la agresión de los jonios, nuestros enemigos de siempre, y que, siendo nosotros dorios, somos traicionados por
vosotros, que también sois dorios. Si los atenienses nos 4
someten, vencerán gracias a vuestras decisiones, pero el honor del éxito se adjudicará a su nombre, y el premio que recibirán por la victoria no será otro que la propia ciudad que se la proporcionó. Y si, por el contrario, somos nosotros los que logramos imponernos, seréis vosotros quienes

[200] *Hamarteîn* en relación con el *kakoùs genésthai,* «que se comporten como malvados», anterior. Los atenienses son los agresores (cf. *supra,* VI 79, 1). Nótese, por otra parte, que la idea de solidaridad invocada en estos párrafos ha sido comparada en más de una ocasión con paralelos modernos. Así, por ejemplo, se ha recordado el artículo 11 del Pacto de la Sociedad de Naciones, que proclama que «toda guerra o amenaza de guerra, bien que afecte directamente o no a uno de los miembros de la Sociedad, interesa a la Sociedad en su totalidad...», o afirmaciones como las del presidente Wilson de los EEUU en su discurso del 2 de abril de 1917 (unos días antes de declarar la guerra a Alemania): «Ninguna nación puede ya permanecer neutral ante las obstinadas perturbaciones en la paz de los pueblos» (cf. S. Séfériadès, «La conception de la neutralité dans l'ancienne Grèce», *Revue Droit Intern. et Leg. Comp.* 16 (1935), 641 y sigs., citado por V. Alonso Troncoso, *op. cit.*, págs. 58-59).

sufriréis el castigo como responsables de nuestros peligros.
5 Reflexionad pues y elegid ya: o esa esclavitud inmediata y sin riesgos o, si vencéis con nosotros, no tener que aceptar vergonzosamente por amos a los atenienses y veros libres de nuestra enemistad, que no sería breve.»

81 Así habló Hermócrates, y tras él Eufemo, el embajador ateniense, dijo lo siguiente:

Discurso de Eufemo

82 «Habíamos venido con vistas a la renovación de nuestra anterior alianza, pero una vez que el representante siracusano nos ha atacado, es menester que hablemos sobre nuestro imperio, para demostrar que lo poseemos con toda razón[201].

2 La prueba principal la ha aportado él mismo al decir que los jonios son desde siempre enemigos de los dorios. La realidad es ésta. Nosotros, que somos jonios, hemos buscado la manera de estar lo menos sometidos posible a los peloponesios, que son dorios y que, además, son superiores en número y habitan cerca de nuestras fronteras[202].
3 Así, después de las Guerras Médicas, al haber adquirido una flota, nos liberamos del imperio y de la hegemonía de los lacedemonios, pues no había más razón para que ellos nos mandaran que para que nosotros les mandáramos a ellos, salvo en la medida en que en aquel momento eran más poderosos[203]. Y entonces nosotros instauramos nues-

---

[201] Se ha comparado este discurso con el de los atenienses de I 72 y sigs. Son discursos apologéticos en los que se justifica el liderazgo de Atenas. Cf. J. DE ROMILLY, *Thucydide et l'impérialisme athénien*, París, 1947, págs. 242 y sigs.; H. STRASBURGER, «Thukydides und die politische Selbstdarstellung der Athener», *Hermes* 86 (1958), 29 y sigs., y W. R. CONNOR, *Thucydides*, Princeton, 1984, págs. 183-184.

[202] Aceptando la corrección de Herwerden, que suprime un incómodo *autôn*.

[203] Entre la caída de la tiranía de los Pisistrátidas y la Primera Guerra

tra hegemonía sobre las ciudades que antes estaban bajo el poder del Rey, que desde entonces gobernamos, pensando que estaríamos menos a merced de los peloponesios si dispusiéramos de una fuerza para defendernos. Y, a decir verdad, no actuamos injustamente al someter a los jonios y a los isleños, a quienes los siracusanos dicen que hemos esclavizado a pesar de ser nuestros hermanos de raza. Porque ellos habían marchado en compañía del Medo contra nosotros, contra su metrópoli, y no se habían atrevido a separarse de él y a sacrificar sus propios bienes, como hicimos nosotros al abandonar nuestra ciudad, sino que prefirieron la esclavitud y quisieron imponernos a nosotros el mismo estado.

A cambio de ello ejercemos el imperio con todo mere- 83
cimiento, no sólo porque pusimos al servicio de los griegos la flota más numerosa y un ardor sin reservas, sino también por el hecho de que aquéllos, al actuar decididamente a favor del Medo, nos causaron un perjuicio; y asimismo lo ejercemos debido a nuestra aspiración de constituir una fuerza frente a los peloponesios. Y no queremos construir 2
bellas frases diciendo que ejercemos el imperio con toda razón porque nosotros solos derrotamos al bárbaro o porque afrontamos el peligro por la libertad de aquellos pueblos más que por la de todos los griegos e incluso por la nuestra. Nadie puede despertar resentimientos por procurarse la propia salvación de la forma más adecuada. Y ahora es a causa de nuestra seguridad por lo que estamos aquí, y vemos que vuestros intereses coinciden con los nuestros. Os lo demostraremos basándonos en los mismos 3
hechos por los que éstos nos calumnian y por los que vosotros receláis de nosotros con un temor excesivo; porque

Médica, Esparta quiso imponer su influencia en Atenas, que durante un tiempo tuvo que adherirse a la Liga Peloponesia.

sabemos que aquellos que abrigan con mucho miedo alguna sospecha se dejan seducir de momento por la fascinación de las palabras[204], pero que después, en el momento de
4 actuar, atienden a sus intereses. Pues bien, hemos dicho que tenemos el imperio de allí a causa del miedo, y afirmamos que por la misma razón hemos venido aquí para organizar de forma segura los asuntos de Sicilia de acuerdo con nuestros amigos, no para esclavizaros, sino más bien para evitar que sufráis esa suerte.

84 Y que nadie objete que no es asunto nuestro ocuparnos de vosotros, pues debe saberse que si vosotros estáis a salvo y, al no ser débiles, podéis hacer frente a los siracusanos, habrá menos posibilidades de que ellos envíen fuerzas a los peloponesios[205] y de que nosotros resultemos perjudicados. Y en este aspecto ahora sois para nosotros de
2 una importancia extraordinaria. Por esa misma razón es lógico[206] que restablezcamos a los leontinos, no en calidad de súbditos, como es el caso de sus parientes de Eubea,

---

[204] Las palabras de Hermócrates, que podían provocar la ruptura de los camarineos con Atenas. Eufemo manifiesta la misma preocupación que Hermócrates: cf. *supra,* 76, 1. Sobre la fascinación de las palabras o el placer del oído, cf. *supra,* III 38, 4-7; 40, 3, y J. DE ROMILLY, «La condamnation du plaisir dans l'oeuvre de Thucydide», *Wiener Studien* 79 (1966), 142-147. Eufemo, como los embajadores atenienses en Melos (cf. *supra,* V 89), rechaza las hermosas palabras, el construir bellas frases (= *kalliepeîsthai, supra,* 83, 2), preocupado sobre todo por la utilidad *(tò xymphéron).* Cf. F. SOLMSEN, «Thucydides' Treatment of Words and Concepts», *Hermes* 99 (1971), 406.

[205] Cf. *supra,* VI 10, 1. Sobre el tema de la posibilidad de una ayuda siciliota a los peloponesios, cf. H. D. WESTLAKE, «Athenian Aims in Sicily, 427-424, B. C.», *Historia* 9 (1960), 394-396.

[206] Cf. *supra,* VI 76, 2. La preocupación por lo razonable está presente en estos dos discursos. Cf. asimismo *supra,* VI 79, 2, e *infra,* VI 84, 3; 85, 1. Respecto a las correspondencias entre los discursos de Hermócrates y Eufemo, cf. J. DE ROMILLY, *Histoire et raison chez Thucydide,* París, 1956, 189 y sigs.

sino con la mayor potencia posible, para que desde su tierra, puesto que son vecinos de los siracusanos, sean una
preocupación para éstos en beneficio nuestro. Porque en 3
los asuntos de allá nosotros solos nos bastamos frente a nuestros enemigos, y el pueblo calcideo, sobre el que Hermócrates dice que no es lógico liberar a los de aquí después de haber esclavizado a los otros, allí nos resulta útil estando desarmado y aportándonos sólo dinero, mientras que aquí lo útil es que los leontinos y los otros amigos tengan la máxima autonomía posible.

Para un tirano o para una ciudad que posee un imperio[207] 85
de ningún modo puede ser ilógico lo que resulta útil y no puede haber parentesco donde no hay fidelidad; en cada caso es preciso ser enemigo o amigo de acuerdo con la oportunidad[208]. Y lo que aquí nos aprovecha no es debilitar a nuestros amigos, sino hacer que nuestros enemigos sean impotentes debido a la fortaleza de nuestros amigos.
No debéis desconfiar. Ejercemos nuestra hegemonía sobre 2
nuestros aliados de allí del modo en que cada uno de ellos nos resulta útil: a los quiotas y metimneos los tratamos como pueblos autónomos a cambio de su suministro de naves, a la mayoría con mayor rigor exigiéndoles el pago

---

[207] Pericles había dicho que el imperio era como una tiranía, a la que no era posible renunciar (cf. *supra,* II 63, 2), y Cleón identificaba imperio a tiranía, una tiranía que se ejerce sobre pueblos que sólo se someten a la superioridad que otorga la fuerza (cf. *supra,* III 37, 3).

[208] La amistad subordinada a la coyuntura: el mismo pragmatismo político que se manifiesta en el diálogo de Melos. La idea de utilidad *(tò symphéron)* es empleada a menudo por Tucídides como fundamento de la política imperialista (cf. *supra,* V 90 y 107). Temor e interés *(phóbos* y *ōphelía)* son dos móviles importantes y dos términos y sentimientos que aparecen en numerosos textos de Tucídides. Cf. *supra,* I 75, 3; 76, 2, etc., y J. DE ROMILLY, «Thucydide et l'idée de progrès», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 35 (1966), 174.

de un tributo[209], y a algunos otros, a pesar de ser isleños y fáciles de conquistar, como aliados en condiciones de absoluta libertad, dado que están situados en lugares estratégi-
3 cos en torno al Peloponeso[210]. De suerte que es razonable que también organicemos los asuntos de aquí atendiendo a nuestra conveniencia y teniendo presente, tal como decíamos, el miedo que nos inspiran los siracusanos. Porque éstos aspiran al imperio sobre vosotros y lo que quieren, después de haberos unido merced a las sospechas que despertamos, es ejercer ellos el imperio sobre Sicilia, o por la fuerza o mediante el aislamiento, una vez que nosotros nos hayamos retirado sin conseguir nada. Y esto será inevitable si os unís a ellos, porque para nosotros una potencia tan grande, una vez unida, ya no será fácil de controlar, y ellos ya no serán débiles frente a vosotros cuando nosotros no estemos aquí.

86 Si alguien no es de esta opinión, los hechos están aquí para contradecirle. Porque la primera vez que nos llamasteis[211] no esgrimisteis otro temor que éste: que, si consentíamos que vosotros estuviérais a merced de los siracusa-
2 nos, nosotros también estaríamos en peligro. Y ahora no es justo que vosotros sintáis desconfianza ante la misma argumentación con la que pretendíais convencernos también a nosotros, ni lo es el que resultemos sospechosos porque nos hayamos presentado con unas fuerzas superiores, en consonancia al poderío de éstos, sino que es mucho más justo que desconfiéis de ellos. Nosotros, ciertamente,

---

[209] Respecto a la distinción entre los dos tipos de contribución, cf. *supra*, I 96, 1; 99, e *infra*, VII 57, 4.

[210] Se trata de islas como Cefalenia y Zacinto: cf. *supra*, VII 57, 7. Sobre el control del mar y de los isleños por parte de los atenienses, cf. *supra*, III 91, 2, y IV 120, 3.

[211] Camarina estaba entre los aliados de Leontinos que solicitaron la ayuda de Atenas en el 427 a. C.: cf. *supra*, III 86, 2-3.

no podemos permanecer aquí sin vuestra ayuda[212], y aun
en el supuesto de que nos comportáramos como malvados
y sometiéramos Sicilia, no podríamos mantenerla bajo
nuestro poder debido a la gran distancia de la travesía y a
la dificultad de vigilar unas ciudades populosas con recur-
sos similares a los de los estados continentales[213]. Ellos, en 3
cambio, tienen una base de operaciones junto a vosotros
que no es un campamento, sino una ciudad que constituye
un peligro mayor que nuestra presencia, y os acechan con-
tinuamente, y, tan pronto como se les presente una opor-
tunidad contra cada ciudad, no la dejarán escapar (otros
casos ya lo han demostrado y en especial su actuación con-
tra Leontinos). Y ahora, como si fueseis estúpidos, tienen 4
la osadía de solicitar vuestra ayuda contra los que han
puesto obstáculos a su política y han impedido hasta ahora
que Sicilia caiga bajo su poder. Pues bien, nosotros os soli- 5
citamos a nuestra vez vuestra ayuda con vistas a una salva-
ción mucho más verdadera; os pedimos que no echéis a
perder esta salvación, que es posible para ambos y depende
de la ayuda recíproca, y que penséis que para los siracusa-
nos, aun sin aliados, siempre estará abierto, debido a su
número, el camino para marchar contra vosotros, mientras
que a vosotros no se os ofrecerá muchas veces la ocasión
de defenderos con tan poderosos refuerzos; y si, a causa de
vuestras sospechas, permitís que estos refuerzos se retiren

[212] Eufemo reconoce con peligrosa franqueza que los atenienses no pueden permanecer en Sicilia sin contar con apoyos.

[213] Para disipar los temores de los camarineos utiliza el mismo argumento que usaban los que en Atenas se oponían a la expedición: cf. *supra,* VI 11, 1, en un discurso de Nicias. Sicilia contaba con importantes fuerzas de infantería y caballería, a diferencia de las islas del Egeo, de mayor potencia naval, y de la misma Atenas, cuya expedición contaba con importantes fuerzas navales a la vez que adolecía de la falta de una caballería.

sin conseguir nada o incluso derrotados, un día querréis verlos de nuevo, aunque sólo sea en una mínima parte, pero entonces su presencia ya no podrá daros ninguna solución.

87 No os dejéis persuadir, camarineos, por las calumnias de éstos, ni vosotros ni los demás. Os hemos dicho toda la verdad[214] respecto a las sospechas de que somos objeto, y ahora os vamos a recordar los puntos esenciales con la pre-
2 tensión de convenceros. Afirmamos que ejercemos el imperio sobre los pueblos de allí para no estar sometidos a otro y que queremos liberar a los de aquí para no vernos perjudicados por ellos, que nos vemos obligados a intervenir en muchos asuntos[215] porque también hemos de guardarnos de muchos peligros, y que tanto ahora como la vez anterior hemos venido como aliados de aquellos de vosotros contra quienes se había cometido injusticia, no sin ser llamados,
3 sino después de haber sido solicitada nuestra ayuda. Y vosotros no os erijáis en jueces de nuestros actos ni en moderadores de los mismos a fin de intentar disuadirnos, cosa que ya sería difícil, sino que en la medida en que también os reporte utilidad cualquier aspecto de nuestro continuo afán de intervención y de nuestro carácter, aceptadlo y aprovechadlo, y pensad que esa política nuestra no sólo no perjudica a todos por igual, sino que incluso beneficia a la
4 inmensa mayoría de los griegos. Porque en todo lugar, aunque nosotros no estemos allí, todo el mundo, tanto los que piensan que van a ser víctimas de la injusticia como los que la maquinan, debido a que unos se encuentran ante la

[214] *Pâsan tḕn alḗtheian.* Cf. HERÓDOTO, VIII 82; IX 89, 1; ISÓCRATES, XV 50, y PLATÓN, *Apología* 17, 20, 33.

[215] *Pollà prássein:* la *polypragmosýne,* la política de los atenienses tal como es descrita por Pericles en su discurso fúnebre: cf. *supra,* II 40, 41. Cf. EURÍPIDES, *Suplicantes* 576.

perspectiva cierta de que van a obtener nuestra ayuda frente a sus enemigos y los otros de que, si intervenimos, corren el riesgo de no estar sin problemas, unos y otros se ven llevados necesariamente a una solución, los unos a ser moderados en contra de su voluntad y los otros a salvarse sin ningún esfuerzo. No rechacéis, pues, esta seguridad que 5
está abierta a todo el que la solicita y que ahora tenéis a vuestro alcance; actuad igual que los demás[216] y, en lugar de estar continuamente en guardia contra los siracusanos, uníos a nosotros frente a ellos y, cambiando de política, contestad a sus asechanzas con la misma moneda.»

Decisión de Camarina. Más preparativos y negociaciones de invierno en ambos bandos. Siracusanos y corintios coinciden con Alcibíades en Esparta

Tal fue el discurso de Eufemo. 88
Y los sentimientos de los camarineos eran los siguientes: eran partidarios de los atenienses con la reserva de que pensaban que querían someter Sicilia, y siempre estaban en desacuerdo con los siracusanos debido a su vecindad. Su mayor temor, sin embargo, era que los siracusanos, que habitaban cerca de ellos, llegaran a vencer sin su ayuda, y por ello antes les habían enviado el pequeño contingente de caballería que se ha mencionado y, de cara al futuro, decidieron que de hecho debían cooperar más con los siracusanos, si bien con la máxima moderación posible; por el momento, empero, para no dar la impresión de hacer menos conce-

[216] Dover propone otra interpretación (cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. IV, Oxford, 1945-1981, pág. 359): «poneos en situación de competir con los siracusanos uniéndoos a nosotros, y en lugar de estar continuamente en guardia contra ellos, cambiad vuestra política y contestad a sus asechanzas con la misma moneda». Para ello suprime *toîs állois*, considerándolo una glosa: *exisôsantes* [*toîs állois*] *meth' hemôn*, en lugar de *exisôsantes toîs állois, meth' hēmôn*.

siones a los atenienses, dado que éstos habían sido quienes se habían mostrado más fuertes en la batalla, acordaron
2 que de palabra darían la misma respuesta a ambos. Después de tomar esta decisión, respondieron que, en vista de que los dos pueblos que estaban en guerra eran aliados suyos, les parecía que era conforme a los juramentos no apoyar por el momento a ninguno de los dos bandos. Tras ello, los embajadores de ambas partes se marcharon.

3 Y mientras los siracusanos disponían sus propios preparativos para la guerra, los atenienses, acampados en Naxos, proseguían sus negociaciones con los sículos, a fin
4 de que se pasaran a ellos en el mayor número posible. De estos sículos, los que vivían más en la parte de la llanura, que eran súbditos de Siracusa, no hicieron defección en un número considerable[217]; pero los que ocupaban las tierras del interior, cuyos poblados habían sido desde siempre autónomos, se pusieron inmediatamente, a excepción de unos pocos, del lado de los atenienses, y comenzaron a lle-
5 var víveres al ejército y algunos incluso dinero. Los atenienses marcharon contra los que no se les habían pasado y a algunos los obligaron a hacerlo, pero en otros casos fueron estorbados por los siracusanos, que enviaron guarni-

---

[217] *Kaì hoi mèn pròs tà pedía mâllon tôn sikelôn, hypêkooi óntes tôn Syrakosíōn, hoi polloì apheistêkesan.* Como hacen muchos editores y traductores, aceptamos la corrección de Canter, que lee *ou polloí* en lugar del *hoi polloí* de los manuscritos. Algunos, sin embargo, mantienen la lectura de los códices, no entendiendo el *apheistêkesan* en el sentido de que «hicieron defección de los siracusanos», sino en el de que «se mantuvieron apartados de Atenas», de que se negaron a colaborar con ella. En este caso deberíamos entender que en su mayor parte se resistieron a ponerse de parte de los atenienses, o que en su mayoría se opusieron a alinearse, como era previsible en su caso, con Siracusa, manteniéndose a la expectativa. Así lo entendía el escoliasta y así lo entienden algunos estudiosos, como R. Vattuone, «Atene ed i Siculi nel 415 a. C.: Nota a Thuc., VI 88, 4», *Rivista Storica dell'Anthichità* 9 (1979), 1-9.

ciones y acudieron en auxilio. En el curso del invierno[218] cambiaron de fondeadero trasladándose de Naxos a Catana y, después de reconstruir el campamento que había sido incendiado por los siracusanos, se dispusieron a pasar allí el resto del invierno. También enviaron una trirreme a Car- 6
tago con propuestas de amistad y por si podían obtener alguna ayuda, y enviaron otra a Tirrenia[219], donde algunas ciudades habían manifestado su voluntad de hacer la guerra a su lado. Despacharon asimismo mensajes a los sículos y mandaron una embajada a Egesta para pedir que les enviaran caballería en el mayor número posible; y se procuraron el material para circunvalar la ciudad, ladrillos[220], hierro y todo lo que era necesario, con la intención de proseguir la guerra al llegar la primavera.

Entre tanto, los embajadores siracusanos que habían 7
sido enviados a Corinto y Esparta, durante su travesía a lo largo de las costas de Italia, trataban de convencer a los italiotas de que no miraran con indiferencia la actuación de los atenienses, puesto que también iba dirigida contra ellos; y una vez que llegaron a Corinto, entablaron conversaciones con los corintios pidiéndoles que acudieran en su ayuda en nombre de sus vínculos de raza. Los corintios, después 8
de votar inmediatamente, ellos los primeros, que los ayudarían con todo entusiasmo, también enviaron con ellos a Esparta a sus propios embajadores, a fin de que contribuyeran a convencer a los lacedemonios de la conveniencia de

---

[218] Seguimos en el invierno del 415-414, cuyo relato comenzaba en el cap. 63. Cf. *supra*, VI 72, 1.

[219] Etruria. Cf. *supra*, IV 109, 4. La presencia de los etruscos al lado de los atenienses es señalada a continuación en diversos pasajes: cf. *infra*, VI 103, 2; VII 53, 2; 54, y 57, 11.

[220] *Plinthía*, «ladrillos» o «pequeños bloques». Según el texto de los escolios de Patmos, sería *plintheîa*, «material para fabricar ladrillos». El hierro es el de las grapas para unir los bloques.

hacer allí la guerra más abiertamente contra los atenienses y de enviar algún socorro a Sicilia.

9 Alcibíades y sus compañeros de exilio se encontraban en Esparta cuando llegaron los embajadores procedentes de Corinto; en su momento había realizado la travesía sin dilación desde el territorio de Turios a bordo de un barco de carga, y primero había llegado a Cilene, en la Élide, y luego, más tarde, había llegado a Esparta[221], después de conseguir un salvoconducto y por invitación de los lacedemonios, pues tenía miedo de ellos a causa de su interven-
10 ción en el asunto de Mantinea. Y ocurrió que, en la Asamblea de los lacedemonios, los corintios, los siracusanos y Alcibíades formularon la misma petición para convencer de ello a los lacedemonios. Y como los éforos y los demás magistrados pensaban enviar embajadores a Siracusa para impedir que pactaran con los atenienses, pero no estaban muy dispuestos a acudir en su ayuda, Alcibíades se adelantó e incitó y enardeció a los lacedemonios hablando de este modo:

---

[221] ISÓCRATES, XVI 9 (seguido por PLUTARCO, *Alcibíades* 23, 1), dice que Alcibíades fue primero a Argos y que fue obligado a refugiarse en Esparta cuando Atenas pidió a Argos que lo entregara. Es preferible, sin embargo, el relato de Tucídides. Cf. W. M. ELLIS, *Alcibiades*, Londres y Nueva York, 1989, págs. 121-122.

Alcibíades en Esparta

Discurso de Alcibíades ante la Asamblea de Esparta

«Es necesario que en primer lugar 89
os hable respecto a las imputaciones que se me hacen, a fin de que por prevención contra mí no prestéis menor atención a lo que es de interés común. Mientras que mis antepasados renunciaron 2
a vuestra proxenía a causa de alguna desavenencia, yo, con el propósito de restablecer estas relaciones nuestras, os he prestado personalmente algunos servicios, en particular con motivo del desgraciado asunto de Pilos. Sin embargo, a pesar de que yo perseveraba en mi buena voluntad, vosotros, en el momento de reconciliaros con Atenas, disteis poder a mis enemigos, al gestionar la paz por medio de ellos, mientras que a mí me cubristeis de deshonor. Por 3
esta razón os causé justamente algunos trastornos cuando me puse del lado de los mantineos y los argivos y en todos los demás casos en que me enfrenté a vosotros; y si en el momento de sufrir estos daños alguno se irritó sin razón contra mí, que examine ahora la cuestión a la luz de la verdad y cambie de parecer. Del mismo modo, si alguien tenía mala opinión de mí debido a mi mayor inclinación por la democracia, que no piense tampoco encontrar en ello un motivo de justa indignación. Porque nosotros[222] 4

[222] Con el término «nosotros» quiere decir «mi familia», se refiere a sus antepasados. Alcibíades pertenecía por parte materna a la ilustre familia de los Alcmeónidas, que se había distinguido en la lucha contra la tiranía (cf. *supra,* VI 59, 4). Por línea paterna descendía de otra importante familia aristocrática, y su abuelo, homónimo de Alcibíades, participó con Clístenes en la expulsión de los Pisistrátidas (cf. Isócrates, XVI 25-26). Sobre la familia de Alcibíades, cf. *supra,* V 43, 2.

siempre hemos sido contrarios a los tiranos[223] (y toda política que se opone al poder absoluto[224] recibe el calificativo de democrática), y ésta es la razón por la que ha permanecido ligado a nosotros el liderazgo del pueblo[225]. Además, al tener nuestra ciudad un régimen democrático, era necesario que en la mayoría de los casos nos adaptáramos a las
5 condiciones existentes. No obstante, en medio del desenfreno reinante[226] tratamos de tener un comportamiento político lo más moderado posible. Han sido otros quienes, tanto en el pasado como ahora, han conducido a la masa a actitudes más viles; y éstos son precisamente los que me
6 han desterrado. Nosotros, en cambio, hemos sido líderes del Estado en su totalidad[227], considerando que era deber

---

[223] Se podía objetar, sin embargo, que su abuelo había sido condenado al ostracismo (cf. LISIAS, XIV 39, y [ANDÓCIDES], IV 34) y que su familia había contemporizado en algunas ocasiones con los Pisistrátidas.

[224] *Dynasteúein* y *dynasteía* son términos que se refieren al ejercicio de un poder despótico no sometido a una constitución. Cf. *supra*, III 62, 3-4, y IV 78, 3.

[225] El liderazgo del pueblo *(hē prostasía toû plêthous)* era muy importante en Atenas, donde se luchaba por estar a la cabeza del pueblo, por asegurarse el título de *prostátēs toû dêmou*. Cf. *supra*, II 65, 11; VI 28, 2, y ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 28, 1-5.

[226] *Akolasía*, «desenfreno», «indisciplina», era la característica de la democracia a los ojos de sus críticos. Cf. *supra*, III 37, 3, donde *akolasía* se opone a *sōphrosýnē*, «mesura». En el presente pasaje Alcibíades hace verdaderos equilibrios ante un auditorio aristocrático como el lacedemonio, enemigo de la tiranía pero contrario asimismo al régimen democrático ateniense. Ha de referirse a la lucha contra la tiranía y a su papel de líder del pueblo, pero debe insistir en la moderación de su familia dentro del régimen democrático.

[227] Es decir, no sólo de las masas. Hay aquí una concepción de la democracia muy semejante a la expuesta por Atenágoras: cf. *supra*, VI 39, 1-2. En ella el *dêmos* es la «totalidad» *(sýmpan)* de los ciudadanos, el Estado en su conjunto. Cf. J. DE ROMILLY, *Problèmes de la démocratie grecque*, París, 1975, pág. 154; «Alcibiade et le mélange entre jeunes et

de justicia contribuir al mantenimiento del sistema de gobierno con el que la ciudad alcanzaba el mayor grado de poderío y libertad y que constituía el legado de nuestros antepasados. Lo que era la democracia lo sabíamos perfectamente las gentes sensatas, y yo mismo podría vituperarla más que nadie por cuanto <me ha causado los perjuicios más grandes>[228]. Pero nada nuevo podría decirse sobre lo que es una locura reconocida; y cambiarla no nos parecía seguro cuando vosotros estabais a nuestras puertas como enemigos.

Ahí están las razones que han motivado las imputacio- 90
nes que se me hacen. Pero ahora escuchadme respecto al asunto sobre el que vosotros debéis deliberar y del que yo, si soy poseedor de mejor información, he de daros mi parecer. Zarpamos hacia Sicilia para someter en primer lugar, 2
si podíamos, a los siciliotas, y después de ellos, a su vez, a los italiotas, y para hacer a continuación una tentativa contra el Imperio Cartaginés y contra la propia Cartago. Si 3
estos proyectos tenían éxito, en su totalidad o en su mayor parte, entonces nuestro objetivo ya era atacar al Peloponeso, trayendo con nosotros todas las fuerzas griegas que se nos hubieran unido allí, contratando como mercenarios a muchos bárbaros, iberos[229] y otros pueblos reconocidos como los más belicosos de los bárbaros de aquellas tierras, y construyendo en fin muchas trirremes (pues Italia tiene abundancia de madera)[230], para añadirlas a las nuestras.

vieux», *Wiener Studien* 89 (1976), 96, y M. Pope, «Thucydides and democracy», *Historia* 37 (1988), 284.

[228] Con la conjetura de Steup basada en la paráfrasis de los escolios. Es un pasaje problemático en el que se ha señalado una laguna y que ha sido objeto de diversas correcciones e interpretaciones.

[229] Sobre los iberos de España en el ejército cartaginés, cf. Heródoto, VII 165.

[230] Esparta conocería esta abundancia, y ello explicaría el gran número de naves solicitado por los lacedemonios a sus amigos de Occidente al

Con estas naves estableceríamos el bloqueo en torno al Peloponeso y con ataques combinados que por tierra efectuaría la infantería tomaríamos sus ciudades, unas al asalto y otras levantando fortificaciones contra ellas; y así esperábamos someterlo fácilmente e imponer luego nuestro impe-
4 rio sobre todo el mundo griego. En cuanto al dinero y los víveres para facilitar la ejecución de los proyectos, los territorios que allí se nos unieran habían de proporcionarlos en cantidad suficiente, sin que tuviéramos que recurrir a los ingresos de Grecia.

91 Respecto a la expedición que ahora está en Sicilia, habéis, pues, oído cuáles eran nuestros planes de labios de quien está perfectamente informado; y los estrategos que quedan, si pueden, los llevarán igualmente a cabo. Daos cuenta ahora de que la situación de allí es insostenible si no
2 acudís en su ayuda. Los siciliotas, en efecto, son un tanto inexpertos, pero, a pesar de ello, si formaran un bloque todos juntos, aun ahora podrían salvarse. No es éste el caso, sin embargo, de los siracusanos aislados, que, derrotados ya con todas sus tropas en una batalla y bloqueados además por la flota, serán incapaces de hacer frente a las
3 fuerzas atenienses que están actualmente en Sicilia. Si Siracusa es conquistada, Sicilia entera será ocupada, y a continuación Italia; y el peligro procedente de allí que hace un momento os anunciaba no tardará así mucho tiempo en
4 abatirse sobre vosotros. Que nadie piense, pues, que sólo delibera sobre Sicilia. No, el asunto afecta también al Peloponeso si no ejecutáis con prontitud lo que os voy a decir. Enviad a bordo de las naves un ejército cuyos hombres vayan de remeros durante la travesía hacia allí y sir-

comienzo de la Guerra del Peloponeso (cf. *supra*, II 7, 2). Sobre la utilización de esta madera de construcción naval por los atenienses, cf. *infra*, VII 25, 2.

van inmediatamente como hoplitas una vez desembarcados; enviad asimismo —y esto aún lo considero más útil que el ejército— un espartiata como comandante, a fin de que organice las tropas que ya colaboran y obligue a las que rehúsan; así, vuestros amigos actuales cobrarán ánimos y aquellos que vacilan sentirán menos recelo de pasarse a
vosotros. Y es necesario, al mismo tiempo, hacer la guerra 5
aquí en Grecia, de manera más abierta, para que los siracusanos ofrezcan una mayor resistencia al darse cuenta de que os preocupáis de ellos y para que los atenienses tengan
menor capacidad de enviar refuerzos a los suyos. Es necesa- 6
rio, además, fortificar Decelia[231], en el Ática, lo que siempre han temido más los atenienses y la única prueba que piensan no haber experimentado en el curso de la guerra[232]. El modo más seguro de causar daño al enemigo consiste en darse cuenta de lo que constituye su mayor temor y, tras obtener sobre ello una información precisa, asestarle el golpe en este sentido; porque es natural que el enemigo conozca mejor que nadie sus puntos débiles y que
sienta temor por ellos. En cuanto a las ventajas derivadas 7
de la construcción de fuertes en su territorio que vosotros obtendréis y de las que privaréis a vuestros enemigos, pasaré por alto un buen número de ellas y os resumiré las principales. Los recursos del país pasarán en su mayor parte a vuestras manos, unos mediante conquista y otros por sí mismos. Y en seguida se verán privados de los ingre-

---

[231] Decelía o Decelia está situada a unos 20 Km. al norte de Atenas, en el camino que conduce a Oropo y en las estribaciones del Monte Parnes. Tenía una posición estratégica. Los lacedemonios la ocuparon y fortificaron en el 413 (cf. *infra,* VII 19). Sobre las consideraciones de Esparta con Decelia, cf. HERÓDOTO, IX 73.

[232] La idea de construir fuertes en el Ática ya había sido contemplada en Esparta en el 421 a. C. Cf. *supra,* V 17, 2.

sos procedentes de las minas de plata de Laurio[233] y de los beneficios que actualmente obtienen de la tierra y los tribunales[234], y sobre todo del tributo de los aliados, que les

[233] Laurio se encuentra en el extremo meridional del Ática, cerca del Cabo Sunio. El macizo montañoso *(Laúreion)* era conocido desde tiempos antiguos por sus minas de plomo argentífero. Cf. *supra*, II 55, 1; HERÓDOTO, VII 144, 1; JENOFONTE, *Los ingresos públicos* IV 1-5 (donde se dice que su explotación comienza en época remota y que ofrecen grandes posibilidades); ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 22, y PAUSANIAS, I 1, 1. En el siglo VI a. C. ya se conocían y se habla de ellas en tiempos de Pisístrato. Temístocles las hizo explotar sistemáticamente y propuso (hacia el 483-482 a. C.) destinar sus ganancias al aumento de la flota (HERÓDOTO, VII 144). Las minas eran propiedad del Estado, que las alquilaba a particulares, y los mineros eran esclavos (cf. ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 47). En el siglo II a. C. perdieron rentabilidad y se abandonó la explotación, pero la extracción fue reemprendida en el siglo pasado gracias a las nuevas técnicas de tratamiento del plomo argentífero y del cinc.

[234] Los manuscritos dicen *dikastēriōn*, «de los tribunales», pero esta lectura ha suscitado dudas y discusiones y se han propuesto diversas correcciones, entre las que la más aceptada es la de C. BADHAM, «Ad Thucyd. L. VI», *Mnemosyne* 3 (1875), 243, siguiendo una sugerencia de K. W. KRÜGER, ΘΟΥΚΥΔΙΔΟΥ ΞΥΓΓΡΑΦΗ, Berlín, 1858, que propone *ergastēriōn*, «de los talleres». No obstante, es perfectamente posible respetar la lectura de los manuscritos y entender que Tucídides se refería a la disminución de las ganancias particulares. Junto a las rentas agrícolas se referiría a los ingresos que numerosos atenienses obtenían actuando como jueces (los famosos tres óbolos con los que muchos subsistían: cf. ARISTÓFANES, *Las avispas)*. La apremiante situación militar derivada del establecimiento de los lacedemonios en el Ática haría que los ciudadanos no pudieran dedicarse a la actividad judicial (cf. *infra*, VII 28, 2) y llegaría a suspender los procesos de carácter privado, lo que ocurrió en los últimos años de la guerra (cf. LISIAS, XVII 3). El Estado también perdería sus ingresos por multas. Respecto a las ventajas económicas que los atenienses obtenían de los procesos y en particular de los litigios que los aliados debían resolver ante tribunales áticos, cf. PSEUDO JENOFONTE, *La República de los atenienses* I 16-18: los litigantes tenían que pagar un impuesto aduanero al desembarcar en el Pireo, luego necesitaban transporte, alojamiento y servicios, y además era necesario sobornar a los heraldos si que-

llegará en menor cantidad, ya que éstos, al ver que vos-
otros hacéis la guerra con decisión, se preocuparán menos
de los atenienses.
En vuestras manos está, lacedemonios, que alguna de 92
estas cosas se consiga con prontitud y resolución, porque
de que son realizables estoy absolutamente convencido, y
no creo que mi opinión se revele equivocada.
Y os pido que ninguno de vosotros me tenga en mal 2
concepto si yo, que antes era considerado un patriota,
ahora actúo resueltamente contra mi patria al lado de sus
peores enemigos; y no quisiera tampoco que mi discurso
suscitara desconfianza por atribuirlo al despecho del deste-
rrado. Es cierto que soy un desterrado, pero con mi destie- 3
rro trato de sustraerme a la perversidad de quienes me han
exiliado, no a los servicios que, si me escucháis, puedo
prestaros; y los peores enemigos no son los que, como
vosotros, causan daño alguna vez a sus enemigos, sino
aquellos que obligan a sus amigos a convertirse en enemi-
gos. Además, el patriotismo no lo siento en una situación 4
en que soy víctima de la injusticia, sino que lo sentía
cuando podía disfrutar con seguridad de mis derechos de
ciudadano. Y tampoco creo ir ahora contra la que todavía
es mi patria, sino que más bien trato de reconquistar la que
ya no lo es. El auténtico patriota no es el que no va contra
su ciudad después de haberla perdido injustamente, sino
aquel que, impulsado por su anhelo, trata de recuperarla
por todos los medios.
Así pues, lacedemonios, os pido que os sirváis de mí sin 5
recelo en cualquier situación de peligro o dificultad, teniendo

---

rían ver su caso prontamente resuelto. Algunos comentaristas, sin embargo, entienden que el pasaje se refiere estrictamente a recursos de cuya pérdida derivará un provecho para Esparta, y prefieren la corrección *ergastēríōn*, «de los talleres» (cf., por ej., L. Bodin, J. de Romilly, *Thucydide. La Guerre du Péloponnèse* VI y VII, París, 1975, págs. 70 y 166).

presente la frase que está en boca de todo el mundo, lo de que si como enemigo os causé serios problemas, también podría seros de gran utilidad como amigo, y ello tanto más cuanto que conozco la política de los atenienses, mientras que la vuestra sólo la conocía por conjeturas. Y os exhorto a que ahora, conscientes de que estáis deliberando sobre cuestiones de la máxima importancia, no vaciléis ante el envío de expediciones a Sicilia y al Ática, a fin de preservar allí grandes intereses mediante la presencia de una pequeña parte de vuestras fuerzas y acabar así con el poderío presente y futuro de Atenas, y tras ello poder vivir vosotros en una situación de seguridad y, gracias al afecto, asumir la hegemonía de toda Grecia, por su propia voluntad y no a la fuerza[235].»

Consecuencias del discurso de Alcibíades. Acaba el año decimoséptimo

93 Así habló Alcibíades. Los lacedemonios, que ya antes habían concebido por propia iniciativa el proyecto de una expedición contra Atenas, pero que todavía estaban dudando y aguardando acontecimientos, se sintieron mucho más animados gracias a la explicación que aquél les dio sobre los diversos asuntos y por considerar que la recibían de
2 alguien que poseía una información muy segura. El resultado fue que ya consagraron su atención a la fortificación de Decelia y a enviar de inmediato alguna ayuda a sus amigos de Sicilia[236]. Nombraron a Gilipo[237], hijo de

[235] El discurso se cierra con una utopía, ya que los imperios suelen deberse a la fuerza. Cf. J. de Romilly, «*Eunoia* in Isocrates or the political importance of creating good will», *Journal of Hellenic Studies* 78 (1958), 92 ss.

[236] Las dos consecuencias están en diferente plano temporal. El envío de socorros a Sicilia es una medida a corto plazo, mientras que para la ejecución del plan de Decelia todavía tendrá que pasar un año largo (primavera del 413).

[237] Primera aparición de este importante personaje, hábil general que

Cleándridas, para que se pusiera al frente de los siracusanos y le ordenaron que deliberara con los embajadores siracusanos y con los corintios para ver el modo de que en aquellas circunstancias llegara algún socorro a Sicilia de la forma más eficaz y rápida que fuera posible. Gilipo pidió a 3
los corintios que le enviaran en seguida dos naves a Ásine y que equiparan todas las demás que pensaban enviar a fin de que estuvieran dispuestas para zarpar cuando llegara el momento. Y tras ponerse de acuerdo en estos puntos, los embajadores partieron de Esparta[238].

Entre tanto también llegó de Sicilia la trirreme ateniense 4
que los estrategos habían enviado en busca de dinero y caballería. Oída esta petición, los atenienses votaron a favor del envío de recursos[239] y caballería al cuerpo expedicionario. Y así acabó el invierno, y con él acabó el decimoséptimo año[240] de esta guerra cuya historia escribió Tucídides.

---

supo modificar la situación en Sicilia y que con su decisiva victoria sobre el cuerpo expedicionario ateniense cambió el curso de la guerra. El nombre de su padre, Cleándridas, está confirmado (frente al Cleáridas que en este pasaje da el manuscrito C) por toda la tradición manuscrita de VII 2, 2, y PLUTARCO, *Pericles* 22, 3.

[238] El sujeto no está expreso en el texto, pero se trata sin duda de los embajadores siracusanos y corintios (cf. *supra,* VI 88, 8).

[239] Recursos económicos o medios de subsistencia *(trophḗ),* es decir, dinero para la compra de víveres (cf. *infra,* 94, 4); dinero *(chrḗmata)* era lo que habían pedido los estrategos.

[240] Era el invierno del 415-414 a. C.

AÑO DECIMOCTAVO: 414-413 a. C. PRIMERA PARTE

PRIMERAS OPERACIONES DE PRIMAVERA EN SICILIA

94 Recién comenzada la primavera del verano siguiente[241], los atenienses que estaban en Sicilia zarparon de Catana y navegaron a lo largo de la costa hasta Mégara de Sicilia, a cuya población en tiempos del tirano Gelón, como he dicho anteriormente, habían expulsado los siracusanos,
2 que desde entonces ocupan su territorio. Efectuando un desembarco, devastaron los campos y marcharon contra una fortaleza de los siracusanos; luego, al no conseguir tomarla, se volvieron atrás a lo largo de la costa, por tierra y por mar, hasta el río Terias; allí avanzaron hacia el interior y se pusieron a devastar la llanura y a prender fuego al grano[242], y, después de toparse con un pequeño destacamento de siracusanos y dar muerte a algunos de ellos, levan-
3 taron un trofeo y regresaron a las naves. A bordo de éstas volvieron a Catana y desde allí, después de aprovisionarse,

---

[241] Se trata de la primavera de «la estación del buen tiempo» del año 414, con la que comienza el decimoctavo año de guerra (414-413). Correspondía al segundo año de la olimpíada XCI.

[242] En el Ática el trigo alcanzaba su madurez (cf. *supra,* II 19, 1) unos dos meses y medio después del comienzo de la primavera, y en Sicilia las condiciones para la maduración eran similares. Dado que aquí se nos habla del principio de la primavera (cf. *supra,* § 1), cuando el trigo todavía no había madurado, podemos pensar que se trataba del grano almacenado del año anterior. O se refiere a una destrucción de los trigales.

marcharon con todas sus fuerzas contra Centóripa[243], un poblado sículo; y tras obtener su adhesión por medio de un acuerdo, se retiraron, prendiendo fuego a su paso al grano de los ineseos e hibleos. A su regreso a Catana, se encon- 4
traron con los soldados de caballería llegados de Atenas; eran doscientos cincuenta, con sus equipos, pero sin caballos (en la idea de que los caballos se los procurarían en Sicilia), y con ellos les habían enviado treinta arqueros a caballo y trescientos talentos de plata[244].

SUCESOS EN EL PELOPONESO Y EN BEOCIA

En esa misma primavera los lacedemonios efectuaron 95
una expedición contra Argos y llegaron hasta Cleonas[245], pero sobrevino un terremoto[246] y se retiraron. Después de esto, los argivos invadieron el territorio fronterizo de Tirea[247]

---

[243] Centúripe o Centorbi, a unos 40 Km. al noroeste de Catania y al sudoeste del Etna, está separada de Inesa por el valle del Simeto. Respecto a esta capitulación de Centóripa con Atenas, cf. F. J. FERNÁNDEZ NIETO, *op. cit.*, vol. II, núm. 120; cf. *infra*, VII 32, 1-2.

[244] Sobre este pago de trescientos talentos para el ejército de Sicilia, cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A selection of Greek historical inscriptions to the end of the fifth century b.C.*, Oxford, 1969, núm. 77, ls. 73-74 (=*Inscriptiones Graecae* I² 302).

[245] Cf. *supra*, V 67, 2. Cleonas está a unos 23 Km. al norte de Argos. Los lacedemonios debieron de marchar a través de Arcadia hasta el territorio de Fliunte, ciudad aliada (cf. *supra*, V 83, 3, e *infra*, VI 105, 3), desde donde iniciarían sus operaciones contra Argos con un ataque a Cleonas, al nordeste de Fliunte, para proseguir luego hacia el Sur. Allí sobrevino el terremoto que interrumpió la expedición.

[246] Un terremoto constituía un mal presagio. Cf. *supra*, III 89, 1, donde las fuerzas peloponesias que iniciaban una invasión del Ática también renunciaron a su proyecto a causa de un terremoto.

[247] Respecto al disputado territorio de Tirea, cf. *supra*, II 27, 2; IV

y tomaron a los lacedemonios un abundante botín, cuya
2 venta produjo no menos de veinticinco talentos. En el mismo verano, no mucho después, el pueblo de Tespias atacó a los que tenían el poder, pero no logró imponerse; intervinieron los tebanos[248], y los del partido popular o fueron apresados o tuvieron que refugiarse en Atenas.

Operaciones en Siracusa anteriores a la llegada de Gilipo

Proyecto siracusano respecto a las Epípolas

96 Ese mismo verano, al enterarse los siracusanos de que a los atenienses les habían llegado las fuerzas de caballería y de que ya estaban a punto de marchar contra ellos, pensaron que si las fuerzas atenienses no se apoderaban de las Epípolas, lugar escarpado situado inmediatamente encima de la ciudad, no sería fácil que les bloquearan con un muro, ni siquiera en el caso de que les vencieran en una batalla, y por eso decidieron guardar sus accesos, para evitar
2 que el enemigo subiera por ellos sin ser visto[249]. No podrían hacerlo por otro sitio, ya que por todas las demás partes el lugar termina en un elevado despeñadero y desciende en pendiente hasta la ciudad, y es visible en su

56-57; V 14, 4; 41, 2. Estaba en poder de Esparta, pero era *terra irredenta* para los argivos. A este ataque de Argos contra Tirea, Esparta responderá luego con una invasión de la Argólide (cf. *infra,* VI 105, 1).

[248] La mayor parte de los manuscritos dicen «atenienses» en lugar de «tebanos», pero tiene mejor sentido esta segunda lectura.

[249] Se podía acceder a las Epípolas por el Eurielo, al oeste de la meseta, o por el camino de Mégara, al Norte, junto al Lábdalo (cf. *infra,* VI 97, 2-5).

totalidad desde el interior[250]. Los siracusanos le dan el nombre de Epípolas por el hecho de que está «por encima» del resto de la zona. Salieron, pues, los siracusanos en 3
masa al rayar el alba hacia la pradera que bordea el río Anapo[251]. Hermócrates y los otros generales se habían hecho cargo del mando hacía poco[252]. Allí pasaron revista a las tropas y antes que nada separaron un cuerpo de seiscientos hoplitas escogidos[253] al mando de Diomilo, un exiliado de Andros, para que vigilaran las Epípolas y estuvie-

---

250 Es necesario entender este «desde el interior» referido a la parte interior después de la construcción del muro levantado durante el invierno (cf. *supra,* VI 75, 1), que abarcaba la zona situada al este del *Viale Santa Panagia.* Desde la ciudad antigua y desde la isla, la mayor parte de la meseta no está a la vista debido a una altura de unos 60 m. que la oculta, mientras que desde la zona algo más elevada del lado este del camino de Santa Panagia la visibilidad hacia el Oeste es total. Podemos suponer que en el 415 ya había algunos establecimientos y campos cultivados en la zona situada al este del camino de Santa Panagia que quedaría protegida por el nuevo muro. Se han dado otras interpretaciones, más o menos discutibles, al pasaje y al alcance de lo que en él se afirma, y H. P. DRÖGEMÜLLER *(op. cit.,* pág. 117) considera que la pendiente de la que aquí se habla se refiere al desnivel del 5 por 100 que hay en el último tercio de la línea que va desde el borde norte de la meseta hasta el embudo sudoriental, no al desnivel de apenas el 2 por 100 que vemos en 5 Km. de un perfil Oeste-Este.

251 Cf. *supra,* VI 66, 2. El Anapo está a diez estadios (a menos de 2 Km.) de la ciudad (cf. PLUTARCO, *Dión* 27). Algunos manuscritos dan *liména,* «puerto», en vez de *leimôna,* «pradera», pero se trata evidentemente de un error. De esta pradera a orillas del Anapo se vuelve a hablar en 97, 3.

252 Habían sido elegidos a principios del invierno anterior (cf. *supra,* VI 73, 1) y tomaron posesión en primavera, con lo que ésta sería su primera actuación.

253 Aquí los manuscritos (salvo H^{sl}) dan *heptakosíous,* «setecientos», en vez de *hexakosíous,* «seiscientos», pero esta cantidad, número normal de una unidad siracusana, es la que aparece en 97, 3.

ran en disposición de acudir rápidamente si cualquier otra necesidad lo requería.

Los atenienses ocupan por sorpresa las Epípolas y vencen a los siracusanos en una batalla

97 Pero no se habían dado cuenta de que, durante la noche que precedía al día en que pasaron la revista[254], los atenienses, partidos de Catana con todo su ejército, habían logrado arribar a un lugar llamado León, que dista seis o siete estadios de las Epípolas, desembarcando allí a su infantería y haciendo que las naves fondearan en Tapso. Tapso es una península con un estrecho istmo que se adentra en el mar y que no dista mucho
2 de Siracusa ni por tierra ni por vía marítima. Las fuerzas navales atenienses permanecieron quietas en Tapso después de cerrar el istmo con una empalizada, pero el ejército de tierra se lanzó a la carrera inmediatamente hacia las Epípolas y logró subir a ellas por el Eurielo[255] antes de que los siracusanos se dieran cuenta y se presentaran allí desde la
3 pradera donde se pasaba la revista. Entonces acudieron todas las tropas siracusanas, con la rapidez que pudo cada uno, y entre ellas los seiscientos hombres de Diomilo; pero antes de encontrarse con el enemigo, tenían, desde la pra-

[254] Pasaje muy discutido. El texto ha sido corregido (Madvig, Classen) en el sentido de que se refiera a la revista de tropas de los siracusanos (cf. *supra*, 96, 3, e *infra*, 97, 2). Algunos, siguiendo a Krüger, suprimen <*hêi*> *têi epigignoménēi hēmérai exētádsonto*, «en cuyo siguiente día pasaron la revista», considerándolo una glosa de *taútēs tês nyktós*.

[255] Eurielo (o Eurialo) es el nombre de la colina y de la vía de acceso a las Epípolas que se encuentran en el extremo occidental de la meseta, donde está el actual Belvedere; junto al paso se levanta el *castello Eurialo*, una de las más notables fortificaciones griegas actualmente conservadas, a la que se refiere Livio, XXV 25, 2. La posición era de vital importancia para la defensa de la ciudad. Dionisio I circundó las Epípolas con una muralla, y es probable que durante su reinado se construyera la primera fase de la fortaleza, destinada a proteger la puerta occidental.

dera, no menos de veinticinco estadios. En esas circunstan- 4
cias, los siracusanos trabaron combate con los atenienses en un completo desorden y, vencidos en la batalla de las Epípolas, se retiraron a la ciudad; Diomilo y unos trescientos hombres encontraron la muerte. Después de esto, los 5
atenienses levantaron un trofeo y, tras devolver sus muertos a los siracusanos en virtud de una tregua, al día siguiente bajaron contra la propia ciudad; pero, como no les salió nadie al encuentro, se retiraron hacia la meseta y construyeron un fuerte en Lábdalo, en el extremo de las escarpaduras de las Epípolas por la parte que mira a Mégara, a fin de tener un lugar donde depositar sus equipos y sus bienes cuando avanzasen para combatir o para construir el muro de circunvalación.

Los atenienses construyen el fuerte circular en Sica y obtienen una nueva victoria

No mucho después les llegaron 98
de Egesta trescientos jinetes, y unos cien enviados por los sículos y los naxios y de alguna otra procedencia. Contaban ya con doscientos cincuenta jinetes atenienses, para los que se habían procurado caballos, en unos casos facilitados por los egesteos y cataneos y en otros mediante compra, de modo que en total se reunieron unas fuerzas de caballería de seiscientos cincuenta hombres. Los atenienses 2
dejaron entonces una guarnición en Lábdalo y se dirigieron a Sica[256], donde acamparon y levantaron a toda prisa el

[256] Este topónimo, *sykê*, sólo aparece en este pasaje de Tucídides. Es probable que se debiera a la presencia de una higuera *(sykê)* famosa por su tamaño, edad, o cualquier otra circunstancia. El lugar no ha sido identificado con exactitud, pero es muy probable que deba ubicarse en la zona meridional de las Epípolas, mejor que en un punto situado más hacia el centro. Existía una antigua teoría que identificaba *sykê* y *Týkhē;* en este pasaje de Tucídides, el Códice Monacensis 340 (F) daba *Tykēn* frente a *sykēn* (A E), *Sykên* (C), *Sykēn* (BM), o *Sikên* (G), y en los manuscritos de

fuerte circular. Por la rapidez de la construcción provocaron el estupor de los siracusanos, que efectuaron una salida con la intención de presentar batalla y de no permanecer
3 indiferentes. Y cuando ya estaban alineados unos frente a otros, los generales siracusanos, viendo que su ejército estaba desordenado y que no se organizaba con facilidad, lo hicieron retroceder hasta el interior de la ciudad, salvo a una parte de la caballería, cuya misión era permanecer en el puesto para impedir que los atenienses transportaran
4 piedras y se alejaran demasiado. Pero por parte ateniense un cuerpo de hoplitas de una sola tribu[257], y con ellos toda la caballería, se lanzaron al ataque y pusieron en fuga a la caballería de los siracusanos, y después de matar a algunos enemigos, erigieron un trofeo en recuerdo de aquella batalla ecuestre.

DIODORO, XI 68, 1, se lee *Itúkēn* donde se esperaría *Týkhēn.* Pero hoy se rechaza tal identificación. *Týkhē* es una parte de la ciudad de Siracusa, tal como la identificaba CICERÓN, *Acción contra Verres* II 4, 119: *tertia est urbs quae, quod in ea parte Fortunae fanum antiquum fuit, Tycha nominata est.*

[257] *Tôn Athēnaíōn phylḕ mía tôn hoplitôn. Phylḕ mía* como unidad del ejército equivaliendo, tal como dice el escoliasta, a *hèn tágma apò phylês mías,* «un batallón», procedente de una «sola tribu». La estructura tribal no sólo estaba en la base de otras instituciones, sino que también era fundamental en la constitución del ejército ateniense. A partir de las diez tribus de Clístenes (Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntida, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipopóntide, Ayántide y Antioquea: cf. HERÓDOTO, V 66, 2; VI 111, 1, y PLUTARCO, *Arístides* 5) se formaban los batallones hoplíticos. Y la estructura tribal debía de observarse incluso en casos como el de la expedición a Sicilia (cf. asimismo *infra,* VI 101, 5), donde no se trataba de todo el ejército ateniense, sino de un cuerpo expedicionario en el que la infantería ateniense sólo estaba formada por 1.500 hoplitas (se excluyen los *epibátai),* un contingente que, además, era numéricamente inferior respecto a las fuerzas hoplíticas aliadas, formadas por 3.600 hombres de procedencia muy diversa (cf. *supra,* VI 43). Si el término *phylḗ* se aplica sólo a los hoplitas atenienses, estamos ante unidades atenienses de

Obras de circunvalación atenienses y primer muro de contrabloqueo siracusano

Al día siguiente, mientras una parte de los atenienses iniciaba la construcción del muro al norte del fuerte circular, otros transportaban piedras y troncos y los iban dejando unos tras otros ininterrumpidamente en dirección al lugar llamado Trógilo, por donde les resultaba más corto el trazado de un muro de circunvalación desde el Puerto Grande hasta el otro lado del mar. 99

Los siracusanos, por su parte —y entre sus generales no 2
era Hermócrates el que menos les aconsejaba en este sentido—, ya no querían arriesgarse en batallas campales contra los atenienses, sino que les parecía mejor construir un muro de contrabloqueo en sentido transversal a la línea por donde aquéllos tenían la intención de llevar su muro y lograr así, si se anticipaban, cerrar el paso a las obras de asedio del enemigo; y si cuando estaban en esto acudían los atenienses, enviarían contra ellos sólo una parte de su ejército, ya que de antemano se habrían asegurado los accesos por medio de empalizadas, y así aquéllos tendrían que abandonar el trabajo para dirigirse todos contra ellos.
Salieron, pues, y partiendo de su ciudad comenzaron a 3
construir, más abajo del fuerte circular de los atenienses[258], un muro transversal respecto al muro de asedio, talando

150 hombres cada una y otras unidades de aliados. Una organización racional podría haber sugerido una distribución de los aliados entre las diez divisiones tribales formando unidades más amplias. Pero en los ejércitos griegos formados por contingentes de diversas nacionalidades era frecuente que la organización obedeciera a razones étnicas (cf. *supra,* VI 67, 1, e *infra,* VI 101, 6). Una distribución similar se observa entre los siracusanos y sus aliados (cf. *supra,* VI 67, 2, e *infra,* VI 100, 1; VII 43, 4 y 7).

258 *Kátōthen,* «más abajo de», del lado del mar, entre el fuerte circular y el puerto. La expresión *kátōthen toû kýklou* no nos permite precisar el trazado de este muro.

los olivos del recinto sagrado y levantando torres de madera.
4 Las naves atenienses todavía no habían dado la vuelta para pasar de Tapso al Puerto Grande, sino que los siracusanos todavía controlaban la zona marítima y los atenienses se traían por tierra desde Tapso todo lo necesario.

100

Victoria ateniense y destrucción del primer muro de contrabloqueo

Llegó el momento en que a los siracusanos les pareció que eran suficientes todas las obras de contrabloqueo, tanto la empalizada como el muro de albañilería, y como los atenienses no habían acudido a impedir su trabajo, por temor a que se les combatiera más fácilmente si se dividían y también porque querían acelerar la construcción de su muro de circunvalación, entonces los siracusanos dejaron un contingente de una tribu para vigilar las obras y regresaron a la ciudad.

Los atenienses, por su parte, destruyeron las conducciones de agua potable de los siracusanos, que habían sido llevadas a la ciudad bajo tierra, y, tras aguardar a que los siracusanos estuvieran en sus tiendas a mediodía, e incluso se retiraran algunos a la ciudad, y a que los que estaban en la empalizada hicieran la guardia con negligencia, dieron orden de lanzarse a la carrera de improviso contra el muro de contrabloqueo a trescientos de sus mejores hombres y a algunos soldados escogidos de infantería ligera armados como hoplitas; el resto del ejército se dividió en dos cuerpos y uno avanzó con uno de los dos estrategos en dirección a la ciudad, por si los siracusanos acudían en defensa del muro, mientras que el otro, con el otro estratego, se dirigió hacia la parte de la empalizada que estaba
2 cerca del postigo[259]. Lanzándose al asalto los trescientos se

---

[259] Muchos editores aceptan la lectura *pylída*, «postigo», de la mayor parte de los manuscritos en vez del *pyramída*, «pirámide», que ofrecen

apoderaron de la empalizada y los guardianes la abandonaron y se refugiaron detrás del muro avanzado que rodeaba el Temenites. Sus perseguidores penetraron en el interior juntamente con ellos, pero, una vez dentro, los siracusanos les hicieron retroceder violentamente hacia fuera, y allí perecieron algunos argivos y unos cuantos atenienses. Entonces, al replegarse el conjunto del ejército, demolieron el muro de contrabloqueo, arrancaron la empalizada y se llevaron consigo las estacas, y levantaron un trofeo. 3

Segundo intento de contrabloqueo siracusano y nueva victoria ateniense. Muerte de Lámaco

Al día siguiente, los atenienses, partiendo del fuerte circular, comenzaron a fortificar las escarpaduras que dominan el pantano y que por esa parte de las Epípolas miran hacia el Puerto Grande; era el lugar por donde les resultaba más corto el trazado de un muro de circunvalación que bajara hasta el puerto a través del llano y del pantano. **101**

Entre tanto, los siracusanos salieron de la ciudad y a su vez comenzaron a levantar una nueva empalizada, par- 2

algunos códices (B, H). Esta segunda lectura, sin embargo, parece preferible a algunos estudiosos (cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *A Historical Commentary on Thucydides*, vol. IV, Oxford, 1945-1981, página 467, y G. Donini, *Le Storie di Tucidide*, vol. II, Turín, 1982, página 1056). *Pylída* sería una banal corruptela por *pyramída*, debida al desconocimiento del lugar, ya que Tucídides parece escribir para lectores que conocían la topografía de Siracusa; hay referencias de las que no se dan precisiones, como es el caso citado de Sica (cf. *supra*, VI 98, 2), o el de León (cf. *supra*, VI 97, 1). En este caso se trataría de una pirámide de la que no tenemos otra mención y la indicación topográfica se referiría a una parte de la empalizada que estaba junto a la pirámide. Si se trata de un postigo, tampoco se nos dice dónde estaba este portillo. Podría estar en el muro avanzado *(proteíchisma)* del Temenites (cf. *supra*, VI 75, 1), del que debía de arrancar el muro de contrabloqueo *(hypoteíchisma)*; el portillo se encontraría cerca de este muro y por allí podían llegar socorros. Se trataría entonces de la parte de la empalizada cercana al postigo.

tiendo de la ciudad y siguiendo a través del pantano; y al mismo tiempo se pusieron a cavar un foso paralelo a la empalizada a fin de que los atenienses no pudieran hacer
3 llegar su muro de circunvalación hasta el mar. Pero éstos, una vez que hubieron concluido sus obras de fortificación en las escarpaduras, atacaron de nuevo la empalizada y el foso de los siracusanos; tras ordenar a sus naves que dieran la vuelta desde Tapso poniendo proa al Puerto Grande de Siracusa, de madrugada bajaron de las Epípolas al llano y, después de atravesar el pantano por donde el suelo era fangoso y resultaba más firme, echando puertas y tablas y pasando por encima de ellas, al amanecer tomaron la empalizada, a excepción de una pequeña parte, y el foso, y más tarde también se apoderaron de la parte que quedaba.

4 Hubo una batalla y en ella vencieron los atenienses. Los siracusanos se dieron a la fuga, los que ocupaban el ala derecha en dirección a la ciudad y los del ala izquierda a lo largo del río. Y queriendo cerrarles el paso para que no lo atravesaran, los trescientos hombres escogidos de los atenienses se pusieron a correr a toda prisa hacia el puente.
5 Pero los siracusanos, que tenían allí a la mayor parte de su caballería, impulsados por el miedo, marcharon al encuentro de aquellos trescientos hombres, los pusieron en fuga y se lanzaron contra el ala derecha de los atenienses; y cuando cayeron sobre estas tropas, la primera tribu del ala
6 ateniense fue presa del pánico. Al ver lo que ocurría, Lámaco acudió en auxilio desde su ala izquierda con unos cuantos arqueros y tomando consigo a los argivos; y al atravesar un foso para atacar al enemigo, se quedó aislado con unos pocos hombres que lo habían pasado con él y encontró la muerte junto con cinco o seis de sus acompañantes[260]. En seguida los siracusanos se apresuraron a que-

[260] Plutarco ofrece una narración más anecdótica sobre este encuentro y sobre la muerte de Lámaco. Cf. PLUTARCO, *Nicias* 18, 1-4. Es menos

darse con los cadáveres y los llevaron a sitio seguro al otro lado del río; luego, viendo que el resto del ejército ateniense marchaba contra ellos, se retiraron.

Tras una reacción, el ejército siracusano ha de encerrarse en su ciudad. La flota ateniense entra en el Puerto Grande

Entre tanto, aquellos siracusa- 102
nos que en un primer momento se
habían refugiado en la ciudad, cuan-
do vieron lo que ocurría, cobraron
ánimos y, saliendo de la ciudad,
volvieron a alinearse contra los ate-
nienses que tenían frente a ellos y
enviaron un destacamento contra el fuerte circular de las
Epípolas, creyendo que estaría sin defensores y que podrían
tomarlo. Lograron tomar la fortificación avanzada de los 2
atenienses, que medía diez pletros[261], y la arrasaron, pero
Nicias, que casualmente se había quedado allí a causa de
una enfermedad, impidió que el fuerte circular sufriera la
misma suerte. En efecto, ordenó a los servidores que pren-
dieran fuego a las máquinas de guerra y a toda la madera
que se había dejado delante del muro, puesto que com-
prendió que no podrían salvarse de otro modo debido a la
falta de defensores. La estratagema tuvo el resultado que se 3
esperaba, ya que a causa del fuego los siracusanos ya no
siguieron avanzando, sino que se volvieron sobre sus pasos.
Además, ya acudía desde abajo en defensa del fuerte circu-

---

preciso, sin embargo, en la descripción de los diversos momentos de la batalla.

[261] El pletro, como medida de longitud, era una sexta parte del estadio (cf. HERÓDOTO, II 149, 3), es decir, correspondía a 29,58 m., equivaliendo a 100 pies (1 pie = 0,29 m.). Si esta fortificación de diez pletros (de la que no se nos ha hablado antes) era una simple protección construida delante del fuerte circular (cf. *supra,* VI 98, 2), tendría, pues, una longitud de unos 300 m. Pero la naturaleza de esta fortificación no es segura y el pletro también era una medida de superficie (un cuadrado cuyo lado era de 100 pies); por ello algunos han pensado que era un fortín situado al este del «fuerte circular», al que estaría ligado por medio de un camino fortificado.

lar el socorro de las tropas atenienses que habían rechazado a los siracusanos de allí, y al mismo tiempo sus naves procedentes de Tapso, de acuerdo con las instrucciones recibi-
4 das, arribaban al Puerto Grande. Al verlo, los siracusanos que estaban arriba se retiraron a toda prisa y todo el ejército siracusano entró en la ciudad; pensaban que con las fuerzas que entonces tenían no estaban en condiciones de impedir que las obras de circunvalación llegaran hasta el mar.

Éxito ateniense y desánimo en Siracusa

103 Después de estos hechos, los atenienses levantaron un trofeo, devolvieron sus muertos a los siracusanos en virtud de una tregua y a su vez recuperaron los cadáveres de Lámaco y de sus compañeros. Y al estar ya presente todo el ejército, tanto la flota como las tropas de tierra, bloquearon a los siracusanos con un muro doble desde las Epípolas
2 y la escarpadura hasta el mar. Llegaban víveres para el ejército desde todos los puntos de Italia. También se presentaron a los atenienses como aliados muchas tropas de sículos que antes habían estado a la expectativa y tres barcos pentecónteros procedentes de Tirrenia. Todo iba sa-
3 liendo según sus esperanzas. En efecto, los siracusanos, en vista de que no les había llegado ninguna ayuda, ni siquiera del Peloponeso, ya no confiaban en ganar la guerra y, con vistas a un acuerdo, mantenían conversaciones entre ellos y con Nicias[262], pues éste, después de la muerte de Lámaco,
4 era el único que tenía el mando. No se llegó a ningún resultado, pero, como era natural al tratarse de hombres en una situación apurada y sometidos a un asedio más estrecho que antes, se multiplicaron las conversaciones con él y

[262] Estos contactos con Nicias serán causa de una fatal confianza del general ateniense: cf. *infra,* VII 48, 2, 5. La precaria situación actual de Siracusa contrasta dramáticamente con su éxito final.

todavía se habló más en el interior de la ciudad. A causa de las desgracias presentes empezaron a mirarse unos a otros con un cierto recelo; destituyeron a los generales durante cuyo mandato habían ocurrido aquellos hechos, en la idea de que los daños sufridos se debían a su mala fortuna o a su traición[263], y en su lugar eligieron a otros, Heraclides[264], Eucles y Telias.

Gilipo llega a Tarento

Entre tanto, el lacedemonio Gilipo y las naves proce- 104 dentes de Corinto estaban ya en aguas de Léucade, con la intención de acudir en ayuda de Sicilia a toda prisa. Como las noticias que les iban llegando eran alarmantes y todas concordaban en la falsa información de que Siracusa ya se encontraba completamente bloqueada, Gilipo ya no abrigaba ninguna esperanza respecto a Sicilia, pero, queriendo

---

[263] Las acusaciones de venalidad o traición no eran raras (cf., por ej., el caso de Plistoanacte —*supra*, I 114, 2, y II 21, 1— y el de los estrategos atenienses que se marcharon de Sicilia en el año 424 —*supra*, IV 65, 3)—. El abandono o la falta de entusiasmo pasaban muchas veces por traición *(prodosía)* y en más de una ocasión actuaciones sin culpa fueron, lamentablemente, objeto de reproche o de condena. De ello se han señalado paralelos modernos, como el injusto rumor referido al comandante sudafricano que rindió Tobruk a los alemanes en 1942, al que se acusó de simpatizar con los nazis (cf. A. W. Gomme, A. Andrewes, K. J. Dover, *op. cit.*, vol. IV, pág. 375).

[264] Dado que se trata de «otros» generales distintos a los anteriores, este Heraclides no debe de ser el Heraclides, hijo de Lisímaco, nombrado en VI 73, 1, y aquí destituido, sino que probablemente se trata de Heraclides, hijo de Aristógenes, que con Eucles, hijo de Hipón, aparece al mando de unas naves siracusanas en el Egeo en el 409 a. C. (cf. Jenofonte, *Helénicas* I 2, 8).

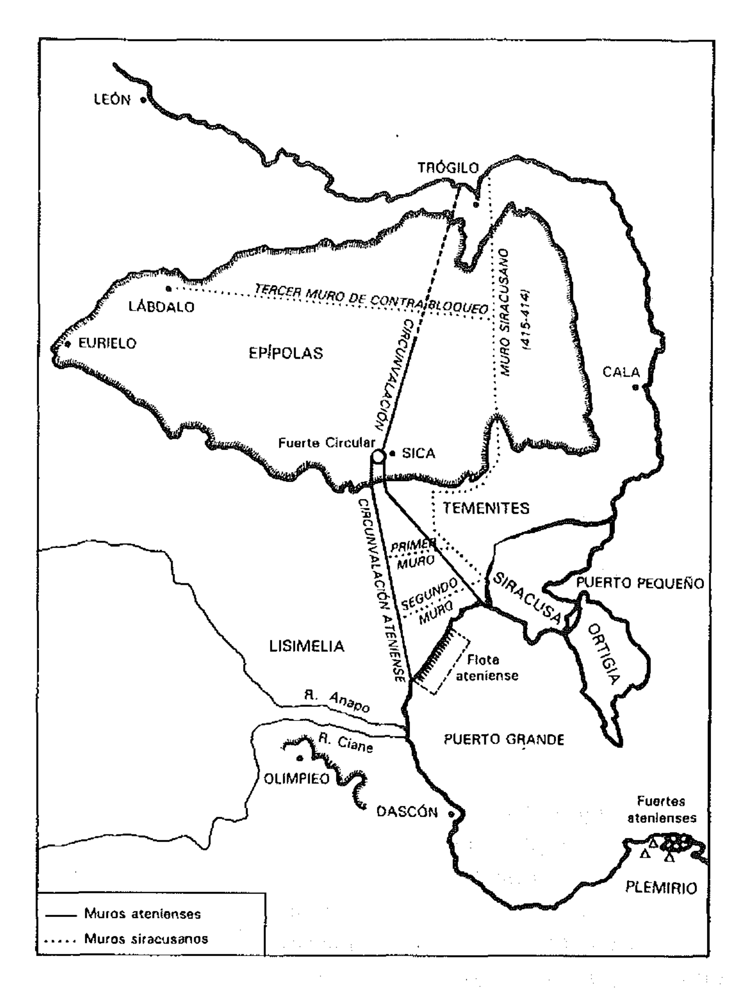
salvar Italia, él mismo y el corintio Pitén[265], con dos naves laconias y dos corintias, realizaron la travesía del Mar Jonio hasta Tarento lo más rápidamente posible. Los corintios debían zarpar más tarde, después de haber añadido a sus diez naves dos barcos de Léucade y tres de
2 Ampracia. Desde Tarento, Gilipo envió primero una embajada a los ciudadanos de Turios, invocando el derecho de ciudadanía del que antaño había disfrutado su padre[266], pero al no poder atraerlos a su causa, levó anclas y siguió navegando a lo largo de la costa de Italia. A la altura del Golfo de Terina[267] fue sorprendido por el viento que en aquella zona sopla regularmente del Norte con gran fuerza, y fue arrastrado a alta mar; luego, tras soportar un vio-

---

265 Sobre este personaje, cf. *infra,* VII 1, 1, y 70, 1; Dionisio de Halicarnaso, *Tucídides* 26, y Diodoro, XIII 7, 2, que escribe Pites *(Pýthēs)* en vez de Pitén *(Pythên).*

266 Según otra lectura: «y renovó el derecho de ciudadanía del que antaño había disfrutado su padre», o «para renovar...». Cleándridas, el padre de Gilipo (cf. *supra,* VI 93, 2, e *infra,* VII 2, 2), había sido desterrado de Esparta y había participado en la fundación de Turios, donde se había distinguido en las guerras contra sus vecinos (cf. Plutarco, *Pericles* 22, 2-4; F. Jacoby, *Die Fragmente der griechischen Historiker,* Berlín-Leiden, 1923-1958, 555 F 11, y Polieno, II 10).

267 El texto de este pasaje (su referencia al *Terinaîon kólpon,* «Golfo de Terina») ha sido objeto de discusiones. Terina estaba en el actual Golfo de Santa Eufemia, en la costa del Mar Tirreno, al otro lado de Calabria, y aquí toda la acción parece desarrollarse en el Mar Jonio; Gilipo zarpa de Tarento y, tras la tempestad, vuelve a encontrarse en el mismo lugar. Puede interpretarse *katà tòn Terinaîon kólpon* en el sentido de «a la altura del Golfo de Terina», entendiendo que se refiere a la costa del lado del Istmo de Terina que mira al Mar Jonio. O tal vez se trata de un error del historiador que llamaría «Golfo de Terina» al Golfo Esciletio (el actual Golfo de Squillace o de Catanzaro). También se ha pensado en un error de los manuscritos y se han propuesto diversas correcciones, como Golfo de Tarento *(Tarantînon* en vez de *Terinaîon),* Golfo de Turios o Istmo de Terina. Los vientos de aquella región llevan a pensar desde luego en un viento del Noroeste de la costa oriental de Calabria.



4. Sitio de Siracusa (según D. Kagan)

lento temporal, de nuevo fue a arribar a la costa de Tarento, donde sacó a tierra las naves más afectadas por el
3 temporal y las hizo reparar. Nicias fue informado de que Gilipo se estaba aproximando, pero no dio ninguna importancia a aquel insignificante número de naves, con un sentimiento similar al de los ciudadanos de Turios; pensó que más bien estaban equipadas para una expedición de piratería y de momento no tomó ninguna precaución.

La guerra en Grecia

Los lacedemonios invaden Argólide y los atenienses saquean las costas de Laconia

105 Por la misma época de este verano, los lacedemonios y sus aliados invadieron Argólide y devastaron la mayor parte del territorio. Los atenienses acudieron en ayuda de los argivos con treinta naves; estas naves violaron de un modo más manifiesto el tratado de paz existente entre los
2 atenienses y los lacedemonios. Porque hasta entonces los atenienses habían emprendido acciones de guerra en apoyo de los argivos y mantineos, con razzias desde Pilos y efectuando desembarcos en el resto del Peloponeso, pero no en Laconia; los argivos les habían pedido muchas veces que tan sólo tomaran tierra en Laconia con sus armas y partieran luego, tras devastar con ellos aunque fuera una mínima parte del territorio, pero los atenienses no habían querido. Entonces, sin embargo, a las órdenes de Pitodoro, Lespodias y Demárato[268], desembarcaron en Epidauro Limera,

---

[268] Respecto a Pitodoro, cf. *supra,* III 115, 2, n. 825. Lespodias aparece luego (cf. *infra,* VIII 86, 9) como enviado de los Cuatrocientos a Esparta, y es objeto de las burlas de Aristófanes (cf. *Avispas* 1288, y *Lisístrata* 732). De Demárato sólo se habla en este pasaje.

en Prasias, y en algunos otros lugares, y devastaron los campos, con lo que ya dieron a los lacedemonios un motivo más fundado para decir que actuaban contra Atenas en defensa propia. Luego, cuando los atenienses con 3
sus naves se hubieron retirado de Argólide y hubieron hecho lo mismo los lacedemonios, los argivos[269] invadieron

[269] Sobre la enemistad entre Argos y Fliunte, cf. *supra,* V 83, 3 y 115, 1. Tras este paréntesis dedicado a la guerra en Grecia, que cierra el libro VI, el libro VII volverá al escenario de Sicilia, en el que se iniciará una nueva etapa con la decisiva llegada de Gilipo a la isla. Con la ayuda a los argivos, los atenienses rompen de modo más manifiesto *(phanerōtata)* el tratado, lo que significa que en el libro VII Esparta ya se volverá a encontrar de forma abierta en una situación de guerra; estarán justificadas la fortificación de Decelia y la llegada de tropas peloponesias con Gilipo a Siracusa. Tucídides no habla de esto aquí; pero el pasaje quiere indicar el debilitamiento de la posición ateniense en Sicilia con la abertura de otro frente. J. DE ROMILLY *(Histoire et Raison chez Thucydide,* París, 1956, págs. 69-74) se refiere a la sutil transición entre los libros VI y VII: «Cette pause, plus subtile que les autres, mais aussi plus dramatique, a été si fortement perçue que là, au milieu d'une année, d'une saison, d'un épisode, a été placée, du coup, la séparation entre les deux livres». Los libros II, III, IV y V comienzan con un principio de año; el libro VI, donde se inicia el episodio bien diferenciado de la expedición a Sicilia, arranca en los preparativos del invierno precedente, y el VIII comienza con las consecuencias de la expedición y el fin del verano «Mais aucune coupure n'est aussi remarquable ni aussi "affective" —insiste J. de Romilly— que celle entre les livres VI et VII» *(op. cit.,* pág. 73). Al final del libro VI, los siracusanos están desanimados y los atenienses son todavía superiores, pero la situación cambiará en el libro VII, donde, con la llegada de Gilipo, pronto asistiremos al éxito siracusano y al desánimo ateniense. El cambio de fortuna es ciertamente lo que nos conduce de un libro a otro y marca su diferencia. Pero se ha observado que este cambio no es algo inesperado; han sido indicados los grandes errores de Atenas en lo referente a la expedición: el fracaso de un ataque inicial contra Siracusa, la llamada de Alcibíades, la indecisión y la lentitud de Nicias, el empeño en combatir por tierra y el fracaso del bloqueo del puerto de Siracusa, el desbarajuste político de Atenas. Ya hemos visto que las cosas no van bien y en el libro VII los errores y las premoniciones del libro VI tendrán una manifestación

el territorio de Fliunte, arrasaron una parte de sus campos, mataron a algunos de sus habitantes y regresaron a casa.

---

clara y dramática [cf. J. W. ALLISON, *Preparation (Paraskeve) in Thucydides*, Tesis, Univ. de Pittsburgh, 1974, págs. 137-138]. Gilipo será el catalizador de un cambio anunciado, un cambio que los atenienses no ven y un implacable desarrollo de los acontecimientos al que los lectores, como expectadores del Edipo de Sófocles, asistimos con una comprensión más clara. Entre los capítulos 45 y 105 del libro VI se han observado signos de debilitamiento en la inicialmente superior «preparación» de los atenienses, mientras que una lenta *paraskeuē* por parte de Siracusa se hace notar. La tendencia descendente en un caso y ascendente en el otro resulta clara (cf. J. W. ALLISON, *op. cit.*, pág. 119), a pesar de que los atenienses vencieran en los encuentros de 69-71, 96-99, 100 y 101-102. Estas victorias, por diversas razones, tuvieron escasa significación. Primeramente, los atenienses no supieron utilizar su mejor activo, la flota; ésta se movió alrededor, tal como observa J. W. ALLISON, como una amenazante, pero impotente pieza de ajedrez. En segundo lugar, la estrategia ateniense pensó más en compensar su debilidad que en utilizar su fuerza; entablaron combates en tierra con la preocupación de la inferioridad de su caballería y no aprovecharon la oportunidad de un bloqueo inicial del puerto de Siracusa y de organizar de forma realmente efectiva un asedio con el apoyo de la flota. Y en tercer lugar, perdieron el tiempo esperando los refuerzos para su caballería y en operaciones de menor importancia, lo que permitió que Siracusa reaccionara. A todos estos errores de la estrategia ateniense se añadieron una serie de incidentes puntuales de no menor importancia: Alcibiades fue llamado a Atenas y se escapó para colaborar con el enemigo; Lámaco murió, y Nicias, de quien se destaca su carácter vacilante y excesiva prudencia, se convirtió, a pesar de estar enfermo, en el único jefe de las fuerzas atenienses. Ni siquiera se supo aprovechar que, en el campo contrario, Hermócrates, el principal promotor de la reacción siracusana, no fuera mantenido en su puesto, y no se obstaculizó el paso de Gilipo, cuya presencia iba a resultar decisiva (VI 103-104). Todo ello suponía una transformación de la situación y un cambio de papeles y todo ello explica la división entre el libro VI y el VII, que se iniciará con otro signo.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL